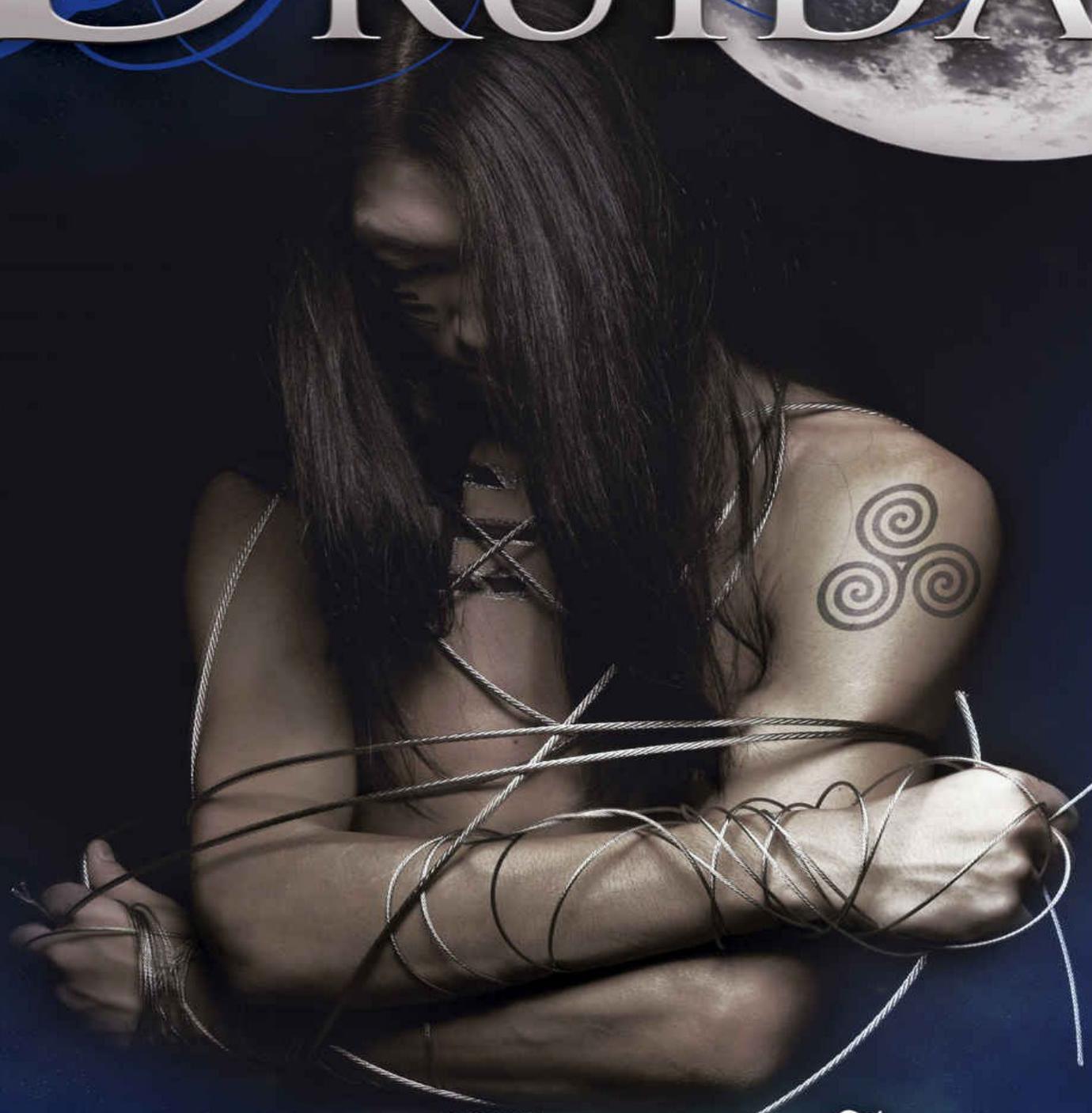


MI DRUIDA



LAURA NUÑO

MI DRUIDA

Los Ocultos III

LAURA NUÑO

*A José,
Mi morenazo.
Mi Compañero.*

*El mal existe, pero no sin el bien,
como la sombra existe, pero no sin la luz.*

Alfred de Musset.

ÍNDICE

[GLOSARIO DE TÉRMINOS](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[CRÉDITOS](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

[OTRAS NOVELAS](#)

GLOSARIO DE TÉRMINOS

BESTIA: Oculito de naturaleza mitad humana, mitad animal. Por norma general prevalece la humana, ya que cuando la Bestia toma el control, lo hace de forma absoluta, y la furia es tan descomunal, que crea el caos y el terror a su paso. No suele haber transformación física, salvo por una ligera desfiguración en su rostro y en sus manos, que se convierten en garras. Es una de las criaturas más letales de los Ocultos.

CHUPASANGRE: Término aplicable a cualquier criatura para quien la sangre sea su medio de subsistencia, en concreto los Reales, los Corruptos y los Infectados. Sin embargo, y generalizando, este término se usa despectivamente para designar a los Infectados.

COMPAÑERA/O: Término formal entre los Ocultos para designar a la persona elegida para compartir la eternidad. Su compromiso se sella mediante un rito en el que intercambian votos y sangre.

CORRUPTO: Reales que han quebrantado la ley y se han alimentado de humanos, provocando su propia degeneración. Adictos de sangre y de alma, son imparables. Es muy raro que se dé el caso. Si así fuera, deben ser exterminados de inmediato.

CUSTODIO: Oculito creado a partir de un humano que, a la hora de su muerte, vende su alma a los dioses de la noche a cambio de poderes e inmortalidad. La letra pequeña del contrato estipula que queda obligado para toda la eternidad a servir a la Triada de la Oscuridad y a proteger y custodiar a los seres humanos. Se dividen según sea su cometido: ejecutores, o sanadores.

DAIMON: Demonios menores, o personificaciones del poder oscuro. Son chupa almas. Se dividen en cinco clases: Tumulto, locura, destrucción, espanto y discordia. Son etéreos, por lo que sólo se les puede atacar con bolas de energía.

FOMORIANO/FOMORÉ: Grupo de invasores de Irlanda, eran dioses de la Noche, la Muerte y lo Oculto. Mantuvieron diversas batallas con los Tuatha, los FirBolg y los Milesianos. Fueron expulsados a las Tierras Muertas, donde viven reclusos por toda la eternidad.

INFECTADO: Humanos convertidos en chupasangres. Esta conversión puede darse bien a partir de un Corrupto, bien a partir de otro humano Infectado. Criaturas estrictamente nocturnas, son adictos a la sangre. Sólo mueren arrancándoles la cabeza o el corazón y con bolas de energía. Son el verdadero objetivo de los líderes de zona.

LICÁNTRPO: Raza de los Ocultos formada por lobos que, por capricho de los dioses, pueden convertirse en humanos. Aunque la mitad de su naturaleza es animal, el humano que hay en ellos siempre tiene las riendas; nunca pierden el control sobre el lobo. Durante las noches de luna llena deben evitar tomar la apariencia humana, ya que corren el peligro de no poder recuperar su apariencia animal nunca más.

LIDERES DE ZONA: Ocultos asignados por un Príncipe y destinados – bien sea por propia voluntad, como los Custodios, bien sea por castigo – a la vigilancia y cuidado de los humanos. Además, son los guerreros exterminadores de los chupasangres o de cualquier criatura que supongan una amenaza para la continuidad de la especie humana.

OCULTOS: Término aplicable a cualquier criatura creada por la Triada de la Oscuridad, los dioses celtas de la noche: Taranes, Teutates y Esus. Por norma general, son inmortales. Lo componen distintas especies y razas.

PRÍNCEPS: También conocido como semidiós, hijo de dioses y de humanos. Son los encargados de reclutar y liderar a los líderes de zona, siempre bajo las órdenes los Dioses.

REAL: Fueron los primeros habitantes de la Tierra, creados por los dioses aún antes de crear la luz. Por ese motivo se alimentaban entre ellos con el líquido vital. Son puros, nobles. Está terminante prohibido que se alimenten de los Humanos, ya que ello les lleva a un círculo cerrado de vicio y adicción del que es imposible salir. Viven agrupados y apartados. Su interacción con los humanos o con cualquier otra raza de los Ocultos es mínima. Como todos, son criaturas nocturnas, inmortales, y con infinidad de poderes.

TUATHA DE DANAAAN: También conocido como pueblo mágico, elfos, o reino de las Hadas, son hijos y seguidores de la diosa primigenia, Dana.

TRIADA DE LA LUZ: Representada por una única Diosa, la gran diosa Dana, engloba tres poderes: La luz, el día y la vida.

TRIADA DE LA OSCURIDAD: Representada por los dioses celtas de la noche, Taranes, dios de los cielos, Teutates, dios guerrero, y Esus, divinidad de los bosques. Son los creadores, y por lo tanto padres, de todos los Ocultos

PRÓLOGO

Lucus Asturum, 85 A.C. (Tribu de los Luggoni)

Noive estira el brazo y juega con el rayo de luz que, osadamente, ha atravesado la precaria techumbre de paja. Mira embelesada el polvo que ha ido atrapando en su camino, como si de motitas de oro se tratase. Juega con la mano a prenderlo, mientras deja que su calor le entibie los gélidos dedos. Solo cuando siente que estos han tomado algo de temperatura los acerca a su rostro. Se acaricia con mimo, con deleite, con el orgullo y la satisfacción de quien sabe que ha sido bendecido con una belleza inigualable.

Recorre primero la mandíbula y asciende por la mejilla. Nota la tersura y la suavidad de su piel al tiempo que cierra los ojos para imaginarse el tono sonrosado que seguramente luce en ese momento. Sus dedos llegan por fin a los ojos, donde deja que las largas y espesas pestañas le hagan cosquillas en las yemas. Tiene los párpados semicerrados, ocultando a medias unos ojos tan oscuros como una noche sin estrellas, tan fríos como una mañana de invierno en las montañas astures. Dibuja con la yema del dedo índice su ceja, fina, suave, delineada en un tramo ascendente. Desciende por el prominente puente de la nariz hasta llegar a la punta. No le importa esa pequeña tara en su belleza, signo distintivo de su estirpe, pues sabe que en el fondo le otorga la altivez y la majestuosidad que tanto le caracterizan.

Llega por fin a la boca. Perfila los labios, los acaricia, los pellizca... Sonríe con travesura al comprobar que todavía no ha disminuido la hinchazón que han provocado en ellos los besos de su amante.

Suspira al tiempo que, lánguidamente, abre los ojos para mirarle. Por un segundo sufre un ramalazo de celos al ver que su masculina belleza supera a la suya.

Un segundo y un tercer rayo se han unido al primero, iluminando

parcialmente el cuerpo desnudo y musculoso que yace boca abajo, sin atavío ni vergüenza alguna.

Noive estira la mano y le acaricia un muslo. Ruge, gruñe y despotrica en silencio cuando aprecia su fascinante suavidad. Peor es comprobar lo fácilmente que se ha encendido por tan mínimo contacto. Se lleva una mano al interior de sus propios mulos; la otra asciende para acariciar las duras nalgas del hombre.

No puede evitar soltar un gemido cuando llega a la ancha espalda y la acaricia con un placer que le resulta irracional. Absurdo. Demasiado adictivo. Demasiado delator.

Aumenta el ritmo de las caricias que se infringe a sí misma, odiándose por mostrarse tan débil y vulnerable ante él, por excitarse de esa forma, sin que él la toque. Sin que él haga nada, salvo ser quien es.

Y por poseer un poder que ella ni osaría soñar con alcanzar.

Su amante gruñe por la caricia y se pone boca arriba. Manotea y patalea con el lienzo que se le ha enredado en las piernas, hasta que, por fin, encuentra acomodo y vuelve a abandonarse al sueño.

Ella le mira con reverente fascinación. Se deja seducir por su belleza regia, por sus rasgos perfectos y serenos, por su fuerte mandíbula, por su boca sensual flanqueada por dos líneas verticales, por su nariz fina y recta, por sus pómulos marcados. Demasiada hermosura para un hombre.

Le acaricia el pelo, recién cortado por ella misma como premio ganado en una absurda apuesta. Se vanagloria de esa pequeña e infantil victoria mientras sus dedos peinan y despeinan sus mechones cortos, deliciosamente finos. En el fondo sabe que él se ha dejado ganar, pero eso no tiene importancia si ha conseguido su objetivo, que no es otro que imponer, aunque solo fuera por una vez, su voluntad sobre aquel mágico y misterioso hombre.

Se inclina un poco sobre él, entregada por completo a la hipnosis de su relajada y natural respiración, aguantando la suya por miedo a alterar la del hombre. Le toca la punta de la nariz, lo que provoca que el hombre la arrugue y haga guiños y vuelva a gruñir. Quiere apoyar la cabeza en su pecho para escuchar los latidos de su corazón, pero un demonio acomplejado y peligrosamente celoso le niega ese pequeño placer. Mira con

fastidio y recelo la letra tatuada en su pecho. Él nunca lo ha confesado, pero Noive sospecha que es la inicial de un nombre, y no un nombre cualquiera; el de aquella destinada a ser su amada. Prueba de ello es el mimo y cuidado que se ha puesto en el tatuaje, en la elegancia del trazo, en las bellísimas e intrincadas filigranas que complementan la inicial. Una vez, no hacía mucho, ella había intentado por medios naturales —y no tan naturales— borrárselo, pero era aquel un tatuaje real y no de hena, como los suyos.

Aparta el recuerdo a un lado cuando, golosa, su ávida mirada se posa en la entrepierna del amante. Estira la mano para acariciar sus rizos oscuros, mientras sonríe de lujuriosa satisfacción al ver que, esta vez sí, la caricia ha causado el efecto esperado.

Mas no es sino una reacción instintiva, pues pronto, demasiado pronto, el hombre le da un manotazo de impaciencia y, con un quejido de protesta, le brinda la espalda y con ella la más absoluta indiferencia.

Noive quiere gritar, rugir, arañarle, morderle. Quiere destrozarle el rostro, sacarle los ojos de sus cuencas, arrancarle ese precioso pelo negro mechón a mechón. Y le quiere a él. Y todo lo que él posee.

Solloza, enfebrecida de deseo, ahogándose en su propia rabia. Con un ramalazo de furia, que le otorga la fuerza necesaria, le da la vuelta y, rápida como un rayo, se coloca a horcajadas sobre él.

El hombre parpadea, confuso. Por un segundo su mirada castaña, perdida todavía en el sueño, con el brillo de los que todavía no terminan de despertar, vaga por el rostro de Noive, a quien mira sin ver, quizá porque en el fondo no quiere verla. O quizá porque otro rostro ocupa su mente.

—Mi Domina...

Un rugido de indignación sube por la garganta de Noive y explota en un llanto de rabia, un segundo antes de apoderarse de la boca del hombre con un beso que pretende marcar, poseer. Y advertir.

Una advertencia que cae en saco roto cuando unas manos fuertes la apartan con más indiferencia que desprecio; las manos de un hombre que ha despertado de un maravilloso sueño y se encuentra cara a cara con una realidad no deseada.

—Déjame dormir, muyer.

Unos ojos negros miran con desafío a unos ojos castaños. Noive rechina los dientes cuando descubre que, al contrario que el resto del mundo, el hombre no aparta la mirada. Que no se amilana ante la maldad que sabía que se arremolinaba en sus ojos. Que no se amedrenta ante el desafío. Que no sucumbe a la orden silenciosa de que le rindiera pleitesía.

Empero, es ella la que retira la mirada, la que siente un deseo irrefrenable de ofrecerle todo cuanto tiene, todo cuanto es y todo cuanto desearía ser.

Además, hay un motivo oculto y tremendamente egoísta por el cual no termina de desafiarle del todo. El primero, y más importante, porque no había hombre más poderoso que él y sería de necios granjearse su enemistad. No había recorrido todos los clanes buscándolo, atraída por la fama que las gentes le habían conferido y que se encargaban de prodigar a los cuatro vientos, seducida por todas las posibilidades que se abrían ante ella si conseguía una alianza con él, si le engatusaba para llevarle a su terreno y alcanzar su objetivo, que no era otro más que conquistar el mundo.

“El mundo es demasiado grande, Noive. ¿Qué harías con él? Necesitarías mil vidas para poder disfrutarlo”, le había reprendido una vez, burlón, condescendiente y condenadamente feliz en su austero mundo.

Si bien ella era poderosa, la más grande entre las suyas y la más temida, que no respetada, su poder se quedaba en el de un aprendiz si lo comparaba con el del hombre.

Pero, sobre todo, si Noive aparta la mirada es porque en el fondo sabe que él es capaz de descubrir lo que ella es en realidad, lo que piensa, lo que sueña, lo que desea, el poder que tiene y de lo que carece.

Es esto último lo que más teme. Que él mire sus ojos y vea el vacío que hay en ellos, que llegue a percibir el ansia y el hambre que tiene de vida. Que descubra cuántas ha arrebatado para calmar su codicia.

Frustrada, ignorada y en la más absoluta de las soledades pese a su compañía, decide seguir autocomplaciéndose. Mas el placer obtenido no es equiparable al que puede obtener con él. Sonríe con maldad. Quizá el hombre sea inmune a sus caricias, pero no a su compulsión, y más ahora, abandonado al sueño y con las defensas bajas. Se desprecia por tener que recurrir a tan bajas artimañas, pero le puede el ansia de placer y acalla su

conciencia, y su orgullo, con un rugido, al tiempo que se concentra en la compulsión.

No tarda en surtir efecto, pues el hombre se gira a mirarla. Es una mirada vacía, carente de emoción, una mirada bajo el influjo de su poder.

Sabe que no tiene mucho tiempo, que pronto él dominará la situación y volverá a rechazarla, por eso le tiende los brazos, zalamera.

No tarda en aceptarla, listo ya para complacerla.

Noive Calla. No dice ni una sola palabra. No le importa cómo le tenga, con tal de que él vuelva a estar dentro de ella. Bebe de su boca con avidez, con la ilusión renacida, con la necesidad del sediento.

Y ahí están, cuerpo a cuerpo, labio a labio, dos cuerpos enlazados en un cuarto en penumbras, sus jadeos entrecortados como música de fondo, comiéndose a besos con sabor a ponzoña y regalándose infames caricias.

Todo termina demasiado pronto para ella, demasiado tarde para él, quién, colmado, huye de su triste realidad y se deja llevar por el sueño a otros brazos, a otros labios, a otra mujer.

Noive lo sabe. Tiene el poder de saberlo. Frunce los labios cuando, después de meterse en su mente, algo que solo puede hacer cuando él duerme, la ve. A ella. A la otra. A la única. A la mujer con la que nunca podrá competir, porque quizá no existe más que ahí, en sus sueños.

Se queda boca arriba, mirando a la nada, planeando el siguiente movimiento. Por un segundo siente envidia del hombre que ahora ronca suavemente a su lado; envidia de su poder, cierto, pero sobre todo envidia de su humildad, de la capacidad de ser feliz con poca cosa, básicamente con nada, por no ser víctima de las garras que hacía mucho la habían aprisionado a ella: la ambición.

Gira la cabeza para mirarlo.

Y descubre que le ama casi tanto como le odia.

Le ama por su hermosura, por su poder, por su generosidad, por todas aquellas cosas que ella nunca tendría.

Por su honorable humanidad.

Le odia precisamente por amarle.

Y se jura, allí echada en la cama, que algún día ella se empapará de él, que no importa lo que costara; él sería suyo. Y de nadie más.

CAPÍTULO 1

Coslada, actualidad.

Cualquiera que me conoce, en el sentido más estricto de la palabra, sabe que soy una persona muy reservada y celosa de mi intimidad. Mi hermano Ronan puede dar fe de ello.

Ronan es, quizá, la persona más allegada a mí, alguien a quien llamar amigo, familia, compañero de fatigas, la única a la que he permitido acercarse un poquito a mí, y no sin muchas reservas por mi parte. En el pasado siempre supe que sospechaba algo sobre mi problema, por llamarlo de algún modo, pues fueron varias las ocasiones en las que me lanzó indirectas o intentó sonsacarme sobre el asunto, algo que, desde luego, no logró hasta que la desesperación cayó sobre mí y le revelé una parte de mí. Si no lo hice antes no fue porque no confiara en él, al contrario; era porque, de alguna forma, el Mal que vivía dentro de mí me obligaba a guardar el secreto.

O tal vez solo era prudencia. Quién sabía.

Sin embargo, ha tenido que llegar una *xanina* guerrera de poco más de metro y medio, mirarme con esos ojillos dorados y hacerme un par de pucheros para derretirme por completo hasta el punto de convencerme de contar mi historia.

Esto es más difícil de lo que pensaba, pues no sé ni cómo ni por dónde empezar.

—Pues desde el principio —me dice Alba con condescendencia, como si fuera sencillo hurgar en el pasado, como si no doliera cada vistazo que se echa hacia atrás.

Como si más de dos mil años no pesaran.

—Sí, pero ¿qué principio?

Alba bufá de forma encantadora, tan parecida a la forma que tiene de hacerlo otra persona que me provoca una sonrisa de medio lado.

Sacudo la cabeza para alejar la imagen que acaba de aparecer en mi mente, sobre todo cuando dicha imagen me deleita con una sonrisa.

Dos dedos chasqueando me traen a la realidad. Alba está ahora frente a mí, con cara de malas pulgas y perdiendo un poquito la paciencia.

Que se fastidie. Ya avisé de que esto no iba a ser fácil.

Porque lo cierto es que, en dos milenios, he tenido muchos principios.

No sé si debería empezar por el día de mi renacer como Custodio, perdido, desorientado, sin pasado; solo la sensación de que había vendido mi alma, y mi memoria, a cambio de una nueva vida que, para ser sincero, tampoco me terminaba de agradar. Creo que algo gordo debí hacer, algo tan sumamente grave como para tomar la decisión que tomé. Sin embargo, y si de algo estoy convencido, es de que hice lo correcto, que, al margen de todo, fui yo, y solo yo, quien reclamó a la Triada de la Oscuridad. Sin engaños. Sin trampas ni cartón. Sin artificios de semidioses mediante.

Lo que no llegaba a comprender era que, al contrario que mis hermanos, yo no tuviera memoria.

Cuando le pregunté a Mael, nuestro Princeps, el que se encarga de mediar el pacto con los dioses, me respondió que era mejor no preguntar. Y ya no quise ahondar más en el tema. Simplemente, lo dejé estar, pues no quería perder el tiempo en *por qué*s interminables que no me llevarían a ningún lado.

Es muy mal principio, pues deja muchas preguntas en el aire, pero poco o nada más debo aportar ahora. Ya todo se descubrirá en su momento.

Quizá fuese mejor empezar cuando descubrí que dentro de mí vivía alguien más, un invitado permanente y no deseado que pujaba por apoderarse de mí por completo, de mi parte buena, de lo poco que aún me quedaba de humano. Una cosa amorfa, un ente etéreo, la semilla de un mal que amenazaba con brotar y crecer hasta tener el control absoluto, siempre atenta a que yo bajara la guardia para darse el lujo de realizar todas las fechorías y maldades que se le ocurriesen a través de mí. No, no es buen principio; no quiero ahora pensar en eso.

Peor sería empezar por el día que descubrí mi segunda maldición, aquella que me impedía mantener relaciones sexuales. Lo descubrí de la peor de las maneras, cuando ya era demasiado tarde, pero no creo que hablar de esto

ahora, así, de sopetón, sea lo mejor.

Creo que empezaré a contar esta historia por algo hermoso; por el día que conocí a la persona que trajo un rayo de luz a mi vida, el día que algo dentro de mí, quizá lo poco que quedaba de un corazón humano, se agitó cuando la esperanza se abrió camino entre la maleza tenebrosa y me mostró el sendero que debía seguir.

Sí, creo que debo empezar por el día que una personita de azulados ojos almendrados, cabello castaño rojizo y cara de duende llegó a mi vida para ponerla patas arriba.

CAPÍTULO 2

Un año antes...

Ya podía arder Troya, que como hubiera mojado el churro, a él ni fu ni fa.

Era ese el motivo de que aquella mañana Keve estuviese de un humor excelente, que le importase un pimiento que un tipo —por llamar de alguna forma a aquella enorme sombra encapuchada que tenía por mascota un cuervo (y mira que le daban miedo los cuervos)— le hubiese estado siguiendo, o que la cantinela habitual de su hermana se la pasase por los innombrables. Keve solo podía pensar que estar dentro de Elvira era lo más parecido a rozar el cielo, tal vez por estar prohibida para él. Frunció el ceño mientras se quitaba la cazadora y la colgaba en el perchero de la entrada de su casa.

¿Era esa la causa de que encontrara tanta satisfacción con la bella camarera de La Guarida? ¿Por la amenaza de muerte que Leo le lanzó si se le ocurría tocarla? ¿Estaba ahí el aliciente?

Bah, ¡qué más daba!

Por una vez más había burlado a Leo y a los porteros y había logrado su objetivo. Y aunque sabía que en el fondo aquella bella Bestia le usaba para sus instintos más básicos y primitivos, que era incapaz de darle nada más que un buen revolcón, rápido y cargado de peligros en el callejón, no era él quién para negarse, porque ni podía hacerlo, ni quería.

—... Pandilleros de tres al cuarto...

Lo que él sentía por Elvira iba más allá de lo racional, aunque tampoco podía llamarlo amor. No, él ya conocía lo que era el amor y esto no le llegaba ni a la suela de los zapatos. Una sonrisa curvó sus labios al recordar un beso quizá imaginado, pero, como ya era habitual, tras ese recuerdo apareció otro: el de su corazón hecho añicos.

No, no se parecía aquello a esto, pero al menos el recuerdo de Elvira no le producía una punzada en el pecho. Entonces, si lo que sentía por Elvira no era

amor, ¿qué era? ¿Quizá obsesión? Independientemente de cómo lo llamase, llevaba detrás de ella desde la primera vez que la vio, cuando empezó toda aquella locura.

—... Drogas, y si no, a ver a cuento de qué te han regalado un Z-4.

¿Cuánto tiempo hacía ya? ¿Cuatro años? ¿Tres? Parecía toda una eternidad, como si su vida anterior no tuviera sentido, como si solo hubiera sido un rápido paso para desembocar en la vertiginosa vida que llevaba ahora.

—...Que te crees que soy tonta, pero eso de que es un trabajo decente no te lo crees tú ni harto de vino... ¡Keve, haz el favor de mirarme cuando te hablo!

¡Qué cansina era su hermana, por Dios! Nunca paraba, erre que erre con la misma historia.

Keve bostezó, sin contemplación, sin disimulo, dejando patente así no solo su estado de agotamiento casi crónico, sino además su postura ante el discurso tan poco imaginativo de su hermana, que seguía y seguía sin parar.

«Pesada», se dijo mientras se dirigía a la cocina para prepararse un Cola Cao calentito y comerse las pasas de la señora Carmen antes de irse a dormir.

—... Y ya estoy harta, córcholis.

Keve dejó de remover el Cola Cao para disolverlo y se volvió a mirarla.

—¿Has dicho córcholis?

Brigid le miró con la boca abierta por haber captado, por una vez, su atención, pero luego arrugó el ceño y puso los brazos en jarras.

—¿Has escuchado algo de lo que he dicho?

Keve metió el vaso en el microondas y arrugó la frente, pensativo.

—Algo —respondió con calma. Trató de abrir el bote de conservas donde guardaban las monedas pequeñas, pero al no poder se lo tendió a su hermana —. ¿Has dicho córcholis? —insistió, la risa bailando en sus ojos azules.

Brigid quiso rechinar los dientes. Estaba a un tris de perder la paciencia. Sin embargo, alzó la barbilla y le miró con arrojo mientras abría el bote sin dificultad aparente.

—Sí. ¿Qué pasa?

—Que no te pega —contestó el joven entre risas—. De los dos, tú eres la deslenguada. Por culpa de tu influencia, Ronan no para de darme collejas.

Colleja que quiso darse a sí mismo cuando se dio cuenta de su metedura de pata.

—¡Hombre, por fin el señorito se digna a darme algo más que evasivas! ¿Quién es Ronan? —preguntó rápidamente la hermana para centrar el tema en lo realmente importante: sonsacar toda la información posible sobre sus nada convenientes amistades.

—Mi jefe —claudicó Keve, aunque a regañadientes.

Los ojos azules de Brigid refulgieron triunfales. Como empática que era, sabía que Keve se encontraba con las defensas bajas. Quizá por el sueño. Quizá se había desfogado aquella noche. Quizá ambas cosas. Sonrió cuando descubrió que C era la respuesta correcta.

—Tu jefe tiene un nombre muy rarito. ¿Sabes que es de origen celta?

—Sí —respondió cansinamente a la par que sacaba su merecido Cola Cao del microondas.

—¿Por qué?

Keve mordisqueó una pasa y la miró sin comprender.

—¿Por qué, qué?

Ella resopló. Estaba especialmente lerdo su mellizo.

—¿Por qué tiene un nombre celta y por qué sabes su origen?

Keve se encogió de hombros y le metió mano a una segunda pasa. ¡Qué cosa más rica!

Un puño le golpeó el hombro.

—¡Joder, que eso duele! —protestó.

—¡¿Me quieres contestar?!

—No —respondió alargando la vocal y acariciándose allí donde ella le había golpeado. Dolía de verdad.

—Eres un gilip... ichis —protestó airada.

—Espera, espera —ordenó al tiempo que alargaba el brazo para impedir su elegante y ensayado mutis —¿Gilipichis?

—Gilipichis —asintió ella, reafirmando con un movimiento de cabeza, muy seria y muy digna.

—¿Y ese cambio?

Brigid bajó la mirada al suelo.

—He pensado que a la abuela no le gustaría que hablase igual que un camionero.

Keve soltó la carcajada y la estrechó entre sus brazos. Brigid no dejó de removerse, enfadada. Se calmó algo cuando él le depositó un beso en la coronilla.

—La abuela hablaba igual que los camioneros —corrigió él—. ¡Qué cojones, los camioneros se avergonzaban de su vocabulario!

Los mellizos se miraron y empezaron a reírse. Luego, simplemente, se perdieron en el recuerdo de aquella fabulosa mujer que había sido la madre que la vida les arrebató. El cariño y la emoción los envolvió en un manto de calidez y nostalgia. Fue Brigid quien rompió el abrazo, pues su don y el especial vínculo que tenía con su mellizo intensificaban las emociones, y de verdad que era agotador.

Keve dejó que se escapara de sus brazos y le dedicó una sonrisa de duende tan parecida a la suya propia que ella no pudo menos que estremecerse. ¡Qué idénticos eran, en muchos sentidos!

—Brigid —llamó su hermano cuando salía por la puerta—. Ahora, la verdad.

Ella sabía a lo que se refería, pero, tal y como él hiciera antes, jugó con él.

—¿Sobre qué?

—Sobre tu repentino interés en hablar en plan finolis. ¿Le tengo que partir las piernas al imbécil? —dijo entre risas y subiendo y alzando las cejas repetidamente, un gesto típico en él.

—¡No lo llames así! —refunfuñó.

Keve pensó que estaba muy bonita esa mañana, con los ojillos azules

cargados aún de sueño, la larguísima melena cobriza revuelta por la almohada y ese rictus perpetuo de mala breva que siempre le acompañaba por las mañanas antes de tomarse su té de hierbas de no se sabía dónde. Con aquel camisón de gasa hasta los pies, y la naricilla respingona moteada de pecas, descalza pese al frío de la baldosa, parecía una criatura mágica.

Para él lo era.

Prefería esa imagen de ella, y no la que solía mostrar al mundo.

Que ni él ni su hermana eran normales era algo evidente, pero mientras Keve trataba de mimetizarse con el resto de la gente para pasar inadvertido, Brigid llevaba un luminoso que rezaba: ¡Mirad, mirad: bicho raro andante! Porque a ver, una cosa era vestir como uno quisiera, y otra era pasarse; un día se levantaba con el pie izquierdo y se entubaba en cuero y tachuelas, y al día siguiente parecía una princesa de cuento. O, lo más habitual, hacía un mix de estilos que, por otro lado, era su sello personal.

¡Cuánto la quería! ¡Cuánto estaría dispuesto a dar por ella, su mitad, su complemento, la única familia que tenía, lo único puro y verdadero por lo que luchar, la única luz en su mundo de sombras!

—La verdad, duendecilla —insistió, cualquier amago de risa barrido por la emoción y la preocupación.

—Tu verdad primero. Luego, la mía.

¿Su verdad? ¿Contarle que Crepúsculo era Mujercitas comparado con la realidad? ¿Que todas las noches salía de copas con la muerte? ¿Que se cagaba por la pata abajo cada vez que veía a Alfa convertirse en un enorme lobo? ¿O que el acabose del acojone era ver refulgir los ojos fosforescentes de la Bestia? ¿Que su “jefe” tenía dos mil años y que se conservaba la mar de bien, el muy cabrón? Vamos, ¡ni loco! Por mucho humor que le pusiera a la situación no había forma de endulzar la verdad. Y lo cierto era que esa verdad no molaba nada. Como diría Ronan, ni una pizquita.

Se bebió el Cola Cao de un trago y negó con la cabeza.

—Paso. Me voy a la cama, que estoy reventado.

—Hala, vete, sí. No me contestes si ves qué tal. Pero no te pienses que la cosa va a... ¡Keve!

Su hermano le tiró un beso desde el vano de la puerta antes de efectuar una rápida retirada y dejarla con la palabra en la boca.

Brigid le dejó ir por dos motivos; el primero, porque sabía perfectamente que Keve ya se había cerrado en banda y no iba a soltar prenda. El segundo, porque ese día se le habían pegado las sábanas y como no se diera prisa iba a llegar tarde al trabajo. Podía coger el coche de Keve, claro, pero, además de ganarse una soberana bronca, se perdería su caminata diaria y con ella el único ejercicio que hacía en su día a día.

No tardó gran cosa en arreglarse, y en este aspecto no intervinieron las prisas; era que esa mañana poco tenía que arreglar; era uno de esos días en los que le gustaba lo que le mostraba el espejo, de modo que le bastó con un golpe de secador para no salir con el pelo chorreando, uno de sus vestidos medievales, sus botas de militar y listo. Debido a la experiencia, no tardó mucho en maquillarse. Esa mañana se sentía serena y relajada, por lo que se decantó por colores suaves, simplemente unas pinceladas que resaltaran su belleza clásica, algo que alegraría y aliviaría a su jefa.

Brigid sonrió al pensar en Remedios y en su eterna incongruencia. Si bien era la dueña de una tienda esotérica, y una de las mejores y más famosas tarotistas del Corredor del Henares, se persignaba cuando ella tenía uno de sus días grises y aparecía ataviada al más oscuro y tenebroso estilo gótico victoriano.

Tenía gracia que su jefa, que tenía wifi abierta con el más allá, que veía el futuro y el aura de las personas, se escandalizara y asustara por su forma de vestir.

—Mujer, pero si esto le da más vidilla a la tienda —se reía cuando Remedios la reprendía y la instaba a lavarse la cara, al menos—. Es marketing.

—Ya, marketing. Pues Dolores se ha negado a entrar en la tienda cuando vienes vestida con cadenas y pinchos.

Brigid sonreía ante esos comentarios, porque no era tan exagerada como su jefa apuntaba. Su amiga Rosa, *trade goth* por excelencia, sí asustaba, con la mitad de su cabeza rapada, sus calaveras y sus símbolos satánicos. Ella, en cambio, se movía más por el gótico Romántico, medieval incluso, muy parecido al estilo de la cantante Priscilla Hernández.

De todas formas, y pese a que su forma de vestir era mucho más suave que la de su amiga, por decirlo de algún modo, Brigid sabía que su estilo era muy peculiar, y que para alguien tan tradicional como Dolores no dejaba de ser extravagante y diferente. Y lo diferente, como lo que no se llegaba a comprender, asustaba.

—Bah, para lo poco que da... —zanjó Brigid el tema.

Remedios, como buena vidente y sanadora, no cobraba por sus servicios. Se conformaba con la voluntad, una voluntad muy espléndida para algunas, ausente para otras, como era el caso de Dolores, que de cinco euros no subía, y eso el día que se sentía generosa.

Gracias a los accesorios la tienda no se iba a pique, y ahí era donde Brigid entraba. La joven no solo se ponía frente al mostrador mientras Remedios realizaba sus sesiones en la trastienda, sino que además hacía abalorios personalizados. No importaba que sus conocimientos sobre las distintas piedras y cristales fueran muy básicos, nulos incluso; su empatía se encargaba de elegir las más convenientes para cada cliente. Así, en cuanto tocaba a la persona, sabía si usar turmalina, berilo o cuarzo.

Cinco años atrás, cuando su abuela murió y la universidad quedó muy lejos de sus posibilidades, Brigid no tuvo más remedio que buscar un empleo. Remedios tuvo serias dudas en aceptar su candidatura, tanto por su juventud como por su inexperiencia, pero después de escuchar su historia, y puesto que venía recomendadísima por una clienta excepcional, decidió darle una oportunidad.

Al mes le hizo un contrato fijo.

Influyeron muchos factores; su carisma, su orden y su pulcritud y, para qué se iba a engañar, el incremento en las ventas fueron un detonante a tener en cuenta. La empatía que parecía tener sumó muchos puntos. Las joyas tan bonitas que hacía para no aburrirse cuando no tenía otra cosa que hacer en la tienda, y que se vendían como churros, fue un aliciente muy tentador. Y su presencia, mágica y fresca, que aumentó y diversificó la clientela.

Pero lo que hizo que no se lo pensase dos veces fue cuando, después de tocar a una clienta, le recomendó que usase cinabrio para la sesión, pese a que ignoraba que la sesión era de Reiki y que la clienta en cuestión tenía problemas para abrir el chakra corona. Y el cinabrio era ideal para ello.

Por eso y porque en el fondo era una cotilla de cuidado que se juró que no pararía hasta descubrir qué era lo que había “anormal” en su empleada y la forma de ayudarla a aceptar lo que fuera que fuese en realidad.

—¡Buenos días! —entró gritando esa mañana en la tienda.

Su sonrisa, y su atuendo, indicaron a la dueña que la muchacha estaba de buen talante. Y eso, además de bueno para el espíritu, era bueno para el negocio.

—Ah, criatura, qué linda, pero qué linda te has puesto esta mañana.

Brigid, con una risa de júbilo, giró sobre sí misma, alzándose la falda para no pisársela. Remedios chasqueó la lengua cuando descubrió que bajo ese precioso vestido medieval llevaba las botas de tachuelas tan horrorosas.

—¿Te gusta de verdad?

—Mucho mejor que cuando vas de negro y cuero. Así pareces un hada. Ven, ponte esto —pidió mientras cogía una tiara medieval de un busto de escayola que hacía las veces de expositor.

Brigid se dejó colocar la tiara y fue corriendo a mirarse en un espejo. Sonrió con deleite. Tuvo que reconocer, aunque a regañadientes porque era de todo menos vanidosa, que esa mañana se la veía muy bonita. Si Alex la viera...

Bah, si Alex la viera lo primero que haría sería pedirle que se quitara esa cosa rara de la cabeza. Con un suspiro de resignación, se desprendió de la tiara y fue a ocupar su puesto tras el mostrador.

Remedios fue consciente de su repentino cambio de humor.

—¿Qué te pasa? —preguntó con sincera preocupación.

Brigid suspiró y miró a la buena mujer. La conocía de sobra como para saber que no pararía hasta averiguar lo que le sucedía, y puesto que no tenía ganas de tirarse toda la mañana esquivando su ataque y derribo, y la mentira quedaba totalmente descartada, no tuvo más remedio que hacer frente, aquí y ahora, a lo que sabía sería un interrogatorio digno de la Santa Inquisición.

—Estoy pensando en dejarlo con Alex —soltó sin más.

Remedios rio por lo bajo y se fue a sentar a su lado.

—Ya sabes mi opinión con respecto a ese soplagaitas, y no solo porque lo vi en las cartas...

—¿Me has echado una tirada de cartas?

—Calla y no interrumpas, criatura —regañó Remedios, lo que hizo que Brigid sonriera. Cuando se ponía así, le recordaba mucho a su abuela, que la Madre la tuviera en su seno—. Escucha con atención, hija mía, nadie, y cuando digo nadie digo nadie, tiene derecho a decidir por ti.

—Si no es eso —protestó la joven, aunque sí era eso.

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué es?

Brigid resopló y miró al techo. Estuvo pensando durante varios segundos, pero luego habló atropelladamente.

—Él nunca dice nada directamente, claro, no es su estilo, pero sabe cómo darle la vuelta a la tortilla para que todo sea culpa mía siempre. Si sus amigos no quieren quedar con nosotros es porque dicen que yo soy muy rarita. Pero ojo, que no importa, que para él lo importante es que estemos juntos. —La joven hizo un revuelo de ojos—. Por eso me aparca en casa a las doce y luego se va a buscarlos, que me lo han chivado unas amigas. Y luego están sus padres... Si no me presenta a ellos es porque tiene miedo de que no me acepten porque son muy religiosos, y claro, como yo soy wiccana... Sería más fácil, dice el muy imbécil, si no abriera la boca y no me presentase vestida de esta guisa. Y ya no hablemos de los tacos...

—Es que lo de los tacos está muy feo, y más en una señorita.

—A la mierda —exclamó con desdén—. Yo no soy una señorita. Yo no sé lo que soy...

Remedios sonrió con tristeza y le pasó un brazo por los hombros.

—Eres una muchachita preciosa que tiene un millón de cosas buenas, más salada que las pesetas, cariñosa, divertida y, chica, con unas manos virtuosas que todo lo que toca lo convierte en una joya. Y el que no sepa ver eso, ¡viento fresco!

Por fin Brigid esbozó una sonrisa sincera. Probablemente Remedios pensaba lo mismo que Alex, que era una chica muy rara, pero a diferencia de él, su jefa la aceptaba tal cual era. Sin reservas. Sin condiciones.

Sin juicios de valor. Sin pretender cambiarla.

—¿Qué haría yo sin ti? —expresó con afecto.

Remedios meneó la cabeza.

—Lo mismo que haces siempre: sobrevivir. Escucha, criatura, está bien que quieras cambiar de vida, sobre todo de amistades, después de lo del Coletas. Veo bien que no quieras tener a personas así a tu alrededor y que busques gente más formal, pero no debes cambiar tu esencia, ni por Alex ni por nadie. Ante todo, la barbilla siempre bien alta.

—Te quiero mucho, ¿lo sabes?

—No te voy a aumentar el sueldo —anunció la mujer poniéndose de pie, justo en el momento en que entraba una clienta para una sesión de espiritismo.

Brigid se dispuso a darle forma a un diseño que había ideado de camino al trabajo, así que después de encender una vara de incienso con olor a lavanda, de poner música y de sacar todos los enseres, se sentó en el taburete y comenzó la labor.

En ello estaba cuando escuchó una tonada que procedía de la trastienda, una canción de cuna que ella conocía muy bien.

Oh, sol, oh, luna, mece la cuna.

Oh, tierra, oh, río, arrulla a los niños...

Sobrecogida, Brigid clavó los ojos en la puerta, a la espera de lo que vendría a continuación, hasta que Remedios asomó la cabeza y, con una sonrisa picarona, dijo:

—Manda a ese atontado a la mierda. Él no es a quien esperas. Y lo sabes.

Brigid solo atinó a asentir.

Estaba muy pálida. Y muy seria. El corazón se saltó un latido cuando la mujer sonrió, un segundo antes de desaparecer tras la puerta.

¿Si lo sabía? Por supuesto. Del mismo modo que sabía que la que había hablado no había sido Remedios: había sido su abuela.

No era la primera vez que esta se presentaba ante ella de diversas formas; los espíritus siempre hallan la forma de comunicarse con los vivos, y más si encuentran un portal tan cercano como era Remedios.

—Pues ya me podía haber dicho cómo es —masculló cuando se recuperó de la impresión.

Al segundo pegó un respingo cuando comenzó la canción “Hijo de la luna” versionada por el cantante Leo Jiménez.

—Anda ya... Qué más quisiera yo.

Y por querer, quería, ¡vaya que sí!, pero ¿dónde iba a encontrar a un morenazo con el pelo largo, alto, atlético y guapo como el demonio?

Y, el más difícil todavía, ¿por qué extraña razón se iba a fijar un tipo así en ella?

Y ya el acabose de los imposibles; aunque se fijase ¿cómo haría para que aceptara todas y cada una de sus rarezas?

—Lo dicho. Anda ya...

CAPÍTULO 3

«Qué engañaditos les tienes a todos.»

Gruñí cuando la voz se alzó en mi interior aquella mañana, poderosa y letal. Agité la cabeza y me concentré en el trabajo que tenía por delante.

«Venga, hazlo. Te mueres de ganas, reconócelo.»

Pues claro que lo reconocía, pero no iba a sucumbir a un capricho que en realidad no sabía si venía de mí o del Mal.

—¡Cállate! —rugí, llevándome las manos a la cabeza y apretando hasta que conseguí controlar la sed de sangre.

Por fin se hizo un relativo silencio y retomé mi labor, pero mientras miraba por el microscópico no hacía más que pensar en lo oscuro y tenebroso que había dentro de mí. Y no porque quisiera hacerlo, no. Era porque el Mal ya se encargaba por sí solo de hacerse notar, sobre todo cuando se ponía a susurrarme con esa voz aguda, chirriante y metálica que tan bien conocía yo. Esa voz que exigía ser escuchada y obedecida sin cuestionar. Esa que me tentaba y tambaleaba mi autocontrol todo el maldito tiempo.

A veces me sentía muy cansado, tanto que no sabía hasta cuándo iba a poder resistirlo. De momento podía hacerlo. Después de todo, era algo que llevaba haciendo desde hacía casi dos mil cien años, desde que desperté perdido y desorientado y convertido en una criatura oscura.

No sabía cuánto tiempo más podría controlarla. Esa era mi eterna lucha, todos y cada uno de los segundos de mi inmortal existencia.

Realmente agotador.

Sacudí la cabeza cuando empezó con su cantinela y me concentré de nuevo en el microscopio.

Mael me había pedido que analizara la sangre de Alba, la amada de Ronan, porque creíamos que ella era el portal para poder caminar bajo la luz del sol.

No me extrañó descubrir que su sangre era pura, de ese tipo de pureza celestial y divina. Eso me dio que pensar, pero de momento aparqué las preguntas para poder centrarme en lo que realmente importaba.

A continuación, mezclé la sangre de Alba con la de Dolfo. El aludido era un Real, un chupasangres puro y líder de su raza. Ahí me llevé la primera sorpresa, porque la sangre de la humana no corrompió la sangre de Dolfo, algo que por otro lado debería haber ocurrido. Debo confesar que ese hecho me sorprendió bastante, pero luego observé que la sangre de Alba purificaba a la del Real, pero también le quitaba parte de sus propiedades naturales. Apunté en mi libreta considerar este hecho en un futuro, dado que los Reales parecían estar desfasándose. Era alarmante el número de casos de Corruptos que últimamente se estaba dando entre los Reales.

El siguiente paso era mezclar la sangre de la humana con la de Leo y Alfa. Ambos tenían naturaleza animal; la de Leo, felina. La de Alfa, canina.

La sangre del Bestia, o sea, la de Leo, no se dejó invadir por la de Alba. Lo mismo sucedió con la sangre de Alfa, Licántropo por excelencia. Sus naturalezas no dejaban que eso sucediera. Solo lo harían en el caso de que los animales que había dentro de ellos así lo eligieran, y lo normal era que lo hicieran con alguien de su propia raza. Era muy raro que eligieran a una hembra para compartir la eternidad fuera de su comunidad, aunque se habían dado casos, eso sí, muy aislados.

Bien, solo quedábamos Ronan y yo. Cuando mezclé la sangre de esos dos tortolitos llegó la segunda sorpresa, porque descubrí que Alba y Ronan estaban hechos el uno para el otro. Y no se trataba de una frase hecha. Uy, no. Eso era más. Infinitamente muchísimo más, porque cuando observé que sus sangres se mezclaban a la perfección, que ninguna trató de imponerse a la otra y que no se destruyeron entre sí, comprendí que el vínculo era viable para mi hermano, aquel que él creía tener vedado, aquel que le ligaría durante toda la eternidad a su amada. Que eso fuera posible, más aún con una humana, era extraordinario.

Se me hizo un nudo en la garganta por la emoción. Realmente me alegraba por Ronan, a quien consideraba una extensión de mí mismo.

Ronan y yo fuimos una vez humanos, para más coincidencia Astures y procedentes de la misma época, lustro arriba, lustro abajo. Ambos vendimos

nuestras almas a la Triada de la Oscuridad para conseguir la eternidad, pero a cambio el precio a pagar fue convertirnos en Custodios, criaturas oscuras obligadas a proteger a la humanidad de los demonios de la noche, cualquiera que estos sean. Por norma general, la Triada elige a los mejores guerreros o sanadores, a los más honorables y a los que ellos consideran merecedores de lo que llaman el *Don*.

Patrañas.

¿Don? Maldición, más bien. Porque estoy completamente seguro que, de haber sabido las consecuencias, de haber conocido todas y cada una de las cláusulas del contrato, más de uno lo hubiera rechazado. Y no hablo por hablar.

Cierto que el poder que adquiriríamos era asombroso, aterrador incluso. Nuestra velocidad y nuestra fuerza eran increíbles, así como nuestros poderes mentales. Éramos capaces de invocar a los elementos, sobre todo a Niebla y, en mi caso, a Tormenta. Niebla nos facilitaba muchísimo el trabajo, tanto para aturdir a los chupasangres —nuestro principal objetivo—, como para que los humanos no pudieran ver nada cuando estaban a punto de ser atacados por esos perros rastrosos.

Pero lo peor de todo era la inmortalidad.

La triste y solitaria inmortalidad.

No entendía por qué la gente se empeñaba tanto en conseguirla. En serio, no lo concebía, aunque tal vez fuera porque yo la poseía y me parecía un disparate.

Todos los Custodios, todos, teníamos un serio motivo para aceptar el trato de la Triada, y repito, serio. Nada tenía que ver con la fama, la eterna juventud o el ancestral miedo a la muerte. Así, sabía que Ronan aceptó el intercambio para poder encontrar a la mujer que amaba a través del tiempo; o que Wiza se sacrificó para proteger y asegurar la continuación de su linaje visigodo; o que Signus juró proteger eternamente a la humanidad porque unos chupasangres mataron a su amada.

¿Y yo?

Lo ignoraba.

Mi renacer como Custodio fue absoluto, en cuerpo, mente y no-alma.

Porque, esa era otra, no teníamos alma. Era parte del intercambio.

«Venga, venga, que ya llegamos a nosotros», me apremió el Mal.

Me irritaba hasta lo preocupante cuando hablaba en primera persona del plural, pero no tenía tiempo para sus jueguitos, así que me dispuse a mezclar mi sangre con la de Alba. Si bien la mezcla fue posible, no se produjo la perfección que se dio con Ronan, aunque eso, por otro lado, lo esperaba.

Lo que me sorprendió fue el burbujeo que se provocó. Fue apenas un instante, tan efímero que quizá lo había imaginado, así que decidí probar de nuevo.

Como estaba más atento, no solo fui capaz de distinguir claramente el burbujeo, sino también la pequeña chispa que lo precedió.

Estuve pensando en ello durante varios segundos, en los que no llegué a ninguna conclusión, por lo que decidí ir sobre seguro y ajustarme a lo que decía la profecía.

«Será creada una criatura por la Triada de la Luz que servirá de portal entre las tinieblas y la claridad, gracias a una mezcla de sangre».

Debía ser cierto lo que sostenía el Mal, eso de que los tenía engañados a todos, porque no todo lo malo que había dentro de mí provenía de aquella sombra oscura. No, porque no fue el Mal quien advirtió el hecho de que solo había necesitado un tubo de sangre de los cinco que le extrajimos a Alba.

Fui yo.

Ni fue él el que deseó beberla.

Fui yo.

Mi conciencia, o algo muy parecido, gritó una advertencia que fue escuchada. En parte.

La otra parte, no sabía ya quién estaba tomando las riendas, me instaba a beber aquella sangre sobrante y comprobar en carne propia —aunque lo más correcto sería decir en sangre propia— el efecto que dicha mezcla podría provocar en mí.

No era tan obtuso, así que me detuve a tiempo cuando recordé que la dulce Evelina dijo algo respecto a mutaciones o consecuencias. En teoría pequé una

vez de ignorante, al firmar un contrato sin leer las cláusulas cuando me convertí en Custodio —y repito, en teoría, porque ese día y los anteriores fueron borrados de mi memoria—, así que desde entonces medía mucho todo lo que hacía. Además, no podía ignorar el hecho de que perder el control, de la forma que fuese, podría provocar una reacción en cadena de dimensiones catastróficas.

Descarté temporalmente beber la sangre de Alba, aunque no decliné ir un poco más allá. ¿Cómo? Pues tomaría la muestra de nuestra mezcla y la expondría a la luz solar. Claro que, para hacer eso, tendría que exponerme yo mismo, porque no confiaba en nadie hasta el punto de encargarle semejante despropósito.

Y, vaya, convertirme en un Oculito a la barbacoa no entraba dentro de mis planes a corto plazo. Al leer esto quizá Alba me llame cobarde, pero, al contrario que Ronan, yo nunca había tenido esa necesidad de disfrutar de la luz del sol, aunque solo fuera por unos segundos.

Gruñí y maldije, porque realmente me interesaba descubrir cuál sería el resultado. El Mal lo tuvo muy fácil aquella mañana, porque le bastó con un par de frases para convencerme del todo.

Estaba en el Hotel, la residencia de Mael, de modo que me las tuve que ingeniar para burlar a Tristán, el perro fiel del semidiós, que custodiaba la puerta cual guardián de Troya. Si era para impedir la entrada o la salida, no lo sabía.

Tuve que darme ánimos, porque esa sería la primera vez en dos milenios que tendría contacto con la luz del sol, y como conmigo no valían mis aptitudes sanatorias, pues gracia, lo que se dice gracia, no me hacía.

Cuando por fin subí al almacén sucio y desvencijado que hacía de tapadera de la fabulosa y lujosísima residencia de Mael, todo mi cuerpo se estremeció. Las viejas ventanas sin cristales dejaban entrar rayos de sol que se me antojaron enemigos declarados. El vello de todo el cuerpo se erizó y las palmas de las manos empezaron a escocerme, pero lo peor de todo fue la claridad del almacén, que me dejó temporalmente ciego.

Cuando al fin pude abrir los ojos, observé el mejor emplazamiento para mi propósito. Había una ventana en concreto donde más daba el sol, así que decidí dejar allí la muestra y recogerla a la noche cuando saliera a patrullar.

Soy repetitivo, lo sé, pero había que echarle valor para atravesar el almacén y enfrentarse a los precarios rayos de sol que se colaban por distintas partes, porque esa era otra, algo que había oído, pero nunca había comprobado en carne propia: cuanto más cerca estábamos los Ocultos de la luz solar, más débiles nos volvíamos. De ese modo, correr a la velocidad que estaba acostumbrado era imposible, por eso los rayos, por tenues que fueran, me alcanzaron en mi carrera hacia el otro lado del almacén y hacia la ventana elegida.

«Ya podías haber elegido otra», se quejó el Mal. Supongo que en el fondo se preocupaba por mí, sobre todo si teníamos en cuenta que su supervivencia dependía de la mía. Lo ignoré, por supuesto, como ya era costumbre, porque su egoísmo no le permitía razonar y jamás comprendería que en unas horas no tardaría en dar sombra en las otras, mientras que la elegida gozaba de una posición en la que prácticamente le daría el sol todo el día.

Dejé la muestra en el poyete de la ventana, cuidando que el contacto de mi mano con el sol fuera mínimo.

Me sorprendió, porque, aunque sentí calor, no fue tan doloroso como esperaba. Perplejo, dejé que toda la luz me bañara la mano, hasta que pasado mucho tiempo —bastante, según mi parecer—, me quemé y se formó una ampolla.

Con la promesa de repetir la experiencia en el futuro y analizar el resultado más detenidamente, decidí volver a mis aposentos.

En el camino de regreso me encontré con Alfa, que apartado en un rincón hablaba en un susurro cargado de ira con Evelina, quien, a su vez, contenía la suya en forma de un fuerte sonrojo y un brillo furioso en sus hermosos ojos azules. De haber visto algún tipo de amenaza hacia la Real habría intervenido, y a punto estuve de hacerlo cuando recordé la eterna guerra entre Licántropos y Reales. Y todo ello sumado a la chulería del Chucho, podía suponer un coctel peligrosísimo para Evelina, pero hubo algo extraño, y mágico, en la mirada que compartieron que hizo que cambiara de rumbo y les dejara a solas en una discusión que encerraba mucho más de lo que ellos creían.

—¿Qué pasa, *tron*?

Se me formó una sonrisa involuntaria cuando escuché la alegre voz de Keve a mi espalda. Así era siempre con él. Keve tenía esa alegría innata que

hacía que uno deseara tenerle a su lado, que te evadía de todo mal. De mi mal.

El joven debía tener prisa, porque me adelantó casi a la carrera. Lo agradecí, porque siempre que lo tenía delante me ponía muy nervioso, pero por otro lado no me hubiera importado compartir un rato de charla con él. Aunque solo fuera unos pocos minutos.

La soledad, aunque fuese autoimpuesta, podía resultar una carga muy pesada.

Me fui a mis aposentos a tirarme en el sillón y a pasar las horas muertas, a pensar en todo y en nada, a luchar contra el demonio y a ampararme en mi aislamiento.

Una vez relajado y aparcados todas mis inquietudes, de pronto me encontré pensando en Keve, algo que se daba con frecuencia. Esa noche, además, tenía un motivo añadido, y fue la alarma que se me encendió de pronto cuando caí en la cuenta de que Mael no había solicitado su sangre para analizarla. A priori era hasta comprensible, dada la animadversión manifiesta que el semidiós sentía por el *puto elfo*, pero yo, que soy un poco retorcido, no pude evitar pensar que había algo más oscuro y secreto.

Porque que Keve no era normal saltaba a simple vista. Sí, tenía apariencia humana, y en conjunto no había nada que hiciese pensar lo contrario, pero había algo en su aura que no terminaba de encajar. Y era el hecho de que siempre tenía la misma tonalidad y el mismo olor a espliego. Daba igual su estado de ánimo, daba exactamente lo mismo la magnitud o carencia de sus sentimientos; siempre la misma luz blanca y con la misma intensidad y siempre el mismo olor.

Y eso era muy pero que muy extraño.

Decidí echar a Keve de mi cabeza, porque pensar en él me llevaba por unos derroteros prohibidos para mí, además de inquietantes.

Con un suspiro de resignación decidí emplear la tarde a la busca y captura de mi Santo Grial particular: el indulto a mi segunda maldición, aun a sabiendas de que esa búsqueda era, cuando menos, infructuosa.

Así estuve, sin comer ni beber, hasta que sentí en mi propia piel que estaba anocheciendo. Subí al almacén con premura para recoger la muestra que analizaría en cuanto volviera de mi obligada ronda.

No estaba preparado para lo que me encontré, porque después de analizar la muestra, una y mil veces, no supe cómo interpretar el hecho de que no solo no se había evaporado mi sangre, como debía de haber sucedido, sino que además no había ni rastro de la de Alba.

Aquella muestra solo contenía un tipo de sangre.

La mía.

O, tal vez, la del humano que un día fui.

—Y que patrulla urbana de vigilancia... ¡Ja!

La joven se arrodilló en el suelo y levantó la colcha de la cama. Tan pronto como se inclinó para mirar debajo, pegó un grito de indignación cuando las pelusas salieron a saludarla. Se anotó mentalmente tener con su hermano una charla sobre la necesidad de pasar la escoba debajo de la cama. De hecho, sobre la necesidad de la limpieza en general.

Claro que, dado el caso, tendría que explicar por qué sabía que tenía una colección de calcetines dispares debajo de la cama, una zapatilla que juraba haber perdido y...

—¡Leches, esto me lo quedo! —exclamó mientras estiraba la mano para coger un billete de cinco euros.

Con una risilla se lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón de falso cuero negro y siguió con su búsqueda.

En realidad, no sabía con exactitud qué buscaba, ni qué se esperaba encontrar. Solo sabía que ya estaba cansada de las evasivas de su hermano, de sus medias verdades y de que la tratara como a una tonta.

Porque a ver, ella sabía que había un plus de nocturnidad, pero de ahí a ganar más de cuatro mil euros al mes (y en efectivo) pues no, sobre todo desde que la noche anterior lo viera con un tipo de lo más extraño por Valleaguado.

Un tipo que estaba como un queso, todo sea dicho, pero que atufaba a traficante de drogas. Nada de un camello de barrio, no; aquel tipo tenía ese

aire de peligro y problemas que tanto conocía ella.

¡Vaya si conocía ese mundillo!

Al final, su primer novio, Francisco, alias el Coletas, había resultado ser aquello que aparentaba; un desgraciado de la vida que había hecho del trapicheo su forma de vida, esa que ella no estaba dispuesta a compartir ni a tolerar, así que por mucho que le gustara el chico no le costó gran cosa mandarlo a paseo.

Brigid tenía que reconocer que, en el fondo, ella había hecho la vista gorda con respecto a ciertas actividades de Francisco, como cuando decía que, al trabajar de transportista para una gran cadena de almacenes, le hacían descuento en prácticamente todo, cuando en realidad el tipo se lo agenciaba para venderlo por su cuenta. Ella se tragaba ese tipo de explicaciones, porque a la larga no eran más que pequeños hurtos y realmente no hacía daño a nadie, pues la cadena de almacenes se podía permitir esas pequeñas *pérdidas*, pero cuando se enteró de que pasaba —y consumía— todo tipo de drogas, Brigid le hizo la cruz.

Haber vivido en primera persona ese estilo de vida, haber sido testigo de los tejemanejes de ese tipo de gente, le había hecho una experta en detectar los problemas.

Y, desde luego, su hermano estaba metido en uno muy gordo.

Keve siempre le había dicho que trabajaba para un grupo de protección ciudadana, y hasta ahí todo bien, aunque le sonó un poco a castaña pilonga porque ganaba un pastón.

Si lo pensaba fríamente, y aunque era mucho dinero, debido a la nocturnidad y a las horas extras, si sumabas te salían las cuentas. Si añadíamos los recados que hacía durante el día, justificaba los cuatro mil euros que ganaba.

Pero luego estaban los otros pluses que hicieron que se dispararan todas las alarmas: móviles de gama alta, *tablets* y, el acabose de los pluses, un Z4 nuevecito, con el seguro pagado y todo, enviado por mensajero.

A otra con el cuento de la patrulla de seguridad. Aquello apestaba a ilegalidad.

Por un motivo que no llegaba a comprender, quizá por su empatía, esa que

la traía por la calle de la amargura, o quizá por el estrecho vínculo que tenía con su hermano mellizo, sabía que Keve le decía la verdad.

Su verdad.

La de los otros, la de sus *jefes*, era otro cantar.

De los dos el inocentón siempre había sido su hermano, una persona que no conocía la maldad y que siempre esperaba lo mejor de la gente. Brigid sabía que Keve realmente creía que trabajaba para una empresa de seguridad, por eso no le agobiaba con preguntas. Pero estaba dispuesta a averiguar por su cuenta qué se traían entre manos. Y que los dioses los pillaran confesados si metían en problemas a su hermano.

Después de todo, de algo le tenía que haber servido haberse codeado con la peor escoria de Coslada mientras estuvo con Francisco, lo suficiente como para que en un momento dado la ayudaran a darle un escarmiento a quien se atreviera a tocar lo que más quería.

Y lo único que tenía.

Brigid desechó con un cabeceo furioso el desasosiego que le producía el solo pensamiento de que algo le sucediese a Keve.

Ya hacía casi seis años que había muerto su abuela, tiempo suficiente para que se hubiese hecho a la idea de que estaban solos en el mundo, que su familia se reducía a ellos dos, dos mellizos, dos gotas de agua, idénticos en muchos aspectos, totalmente dispares en otros. Pero no, Brigid todavía se despertaba en mitad de la noche bañada en sudor y presa de temblores. Siempre se trataba de la misma pesadilla, que para ella más que tal, no era sino un presagio de futuro: la pérdida de Keve.

No estaba dispuesta a dejar que eso sucediera. Ella protegería a su hermano, aunque no supiera cómo hacerlo.

O, sobre todo, aunque no pudiera hacerlo, sobre todo cuando él se lo ponía tan difícil.

Si al menos supiera dónde estaba la sede de la empresa de patrulla... Pero no. Es que, y eso era lo más alarmante de todo, no estaba segura de que tal empresa existiera, pues ni siquiera lo habían metido en nómina; ya se había encargado ella de averiguarlo en la Seguridad Social, donde, por cierto, no estaba dado de alta.

Pruebas. Necesitaba pruebas, algo que la tranquilizase. O algo que incriminara lo suficiente a los jefes de su hermano para abrirle los ojos.

Por desgracia, salvo las pelusas y la capa de polvo de un dedo en las estanterías superiores, todo estaba limpio.

Se levantó y se sacudió el pantalón. Ya había revisado todos y cada uno de los rincones del cuarto de Keve, los cajones, las cajas de zapatos, todos los bolsillos de sus cazadoras.

Todo.

Y no había encontrado nada, salvo un montón de revistas guarras, algunas monedas, montones de condones, una caja de recuerdos que la puso muy ñoña y una colección de cosas inútiles que le hicieron pensar que su mellizo tenía síndrome de Diógenes.

—Qué tío más guarro —exclamó cuando sus ojos azules se toparon con la pila de ropa sucia olvidada en una silla.

Entre bufido e impropiedad, cogió la ropa y la bajó al sótano. Allí separó la blanca de la de color y puso una lavadora. La secadora ya había terminado, así que sacó la colada y la dejó sobre el sofá viejo para plancharla cuando volviera del trabajo.

Pegó un grito cuando se miró el reloj de pulsera y vio que eran las nueve y media. Cielos, ¿tantísimo tiempo había perdido en el cuarto de Keve? Subió las escaleras de dos en dos y se metió en el baño.

Ni se le pasó por la cabeza prepararse un desayuno rápido.

Hizo un puchero cuando comprobó que no tenía tiempo más que para lavarse los dientes y la cara y darse un rápido cepillado.

Ni siquiera se podía permitir el lujo de aplicarse una base de maquillaje para tapar las pecas.

—Os odio —dijo mientras se las miraba en el espejo y entrecerraba los ojos en un gesto tan pueril como amenazador.

Esa noche no se había trenzado su larga—muy larga— cabellera castaño-rojiza, de modo que ante cada pasada del cepillo pegaba un grito de dolor por los enredos que le habían producido una noche de vueltas y vueltas en la cama.

El motivo de que estuviera tan agitada era una incógnita para ella. Porque además de estar preocupada por su hermano y por la charla que tendría esa noche con Alex, había algo más que se le escapaba, algo que la mantenía en guardia y a la expectativa, como si se estuviera preparando para algo, aunque no sabía qué.

Se miró el reloj de nuevo. Quiso llorar cuando vio que ya no le daba tiempo a coger el autobús de menos cuarto, llanto que se tragó cuando escuchó la puerta principal abrirse.

—¡Keve! —gritó saliendo a su encuentro en el pasillo—. Eres mi salvación.

Su mellizo al principio la miró sorprendido, pero luego ladeó la sonrisa.

—Se te han pegado las sábanas otra vez, ¿eh?

Brigid frunció los labios. No podía responder a esa pregunta, pues para ello tendría que decir una mentira, algo del todo impensable. Y no porque no fuera ético mentir, que en parte sí, sino porque, al igual que su hermano, era incapaz.

Literalmente.

Y, desde luego, tampoco iba a confesar que de pegársele las sábanas nada, que si iba con la hora pegada al culo había sido porque se había entretenido más de la cuenta *limpiando* su cuarto.

La única opción que le quedaba era escurrir el bulto.

—¡Anda, porfi, llévame, que como llegue tarde otra vez Remedios me va a despedir!

—¿Qué te va a despedir, con la falta que le haces? ¿Dónde va a encontrar a otra pringadilla como tú?

—¡Yo no soy una pringadilla! —protestó ella, ofendida.

—Vaya que no. Te tienes que poner más firme y pedirle un aumento de sueldo.

—Gano acorde con mi puesto de trabajo —dijo con la barbilla alzada, tratando de defender, más que a sí misma, a su jefa—, no como otros.

—Hale, ya tenías que lanzar la pulla de siempre. ¿No te cansas?

—Sabes que me preocupo por ti. —Brigid cogió su cazadora de piel negra y se la puso mientras empujaba a su hermano hacia la calle—. Venga, tira, que no llego.

—Ah, no —se detuvo Keve ante la puerta principal—. Estoy molido. Si quieres, te puedes llevar el coche. Eso sí, tráelo de vuelta antes de las cinco, que tengo que llevar a Alba a la Castellana.

—Uy, uy. ¿Quién es Alba? ¿Una nueva chati?

Keve pareció horrorizado solo con la idea.

—¿Qué chati ni qué ocho cuartos! Alba es la Compañera de mi Jefe.

—¿Del tal Ronan? —trató de indagar.

Keve alzó las cejas y la miró sorprendido.

—Cojones, qué buena memoria tienes cuando quieres.

—No cambies de tema. Anoche volví a verte con él.

El joven masculló una maldición, lo que hizo que Brigid se mosqueara más.

—¿Qué pasa? ¿Acaso no debía haberte visto con él?

Keve frunció los labios, del mismo modo que hacía ella cuando le hacían una pregunta directa y no podía responder.

—No debías estar a esas horas en la calle, eso es lo que pasa.

—Ya salió el machito.

—Me preocupo por ti, eso es todo.

—Anda, mira, como yo por ti. Además, te recuerdo que soy más fuerte que tú. ¿O acaso has olvidado las palizas que te metía en clase de Judo? Ni una sola vez fuiste capaz de derribarme y...

—¿Quieres el coche o no? —cortó Keve de malas maneras.

—¿En serio me lo vas a dejar? —preguntó, escéptica.

Realmente debía estar cansado, porque era la primera vez que hacía una concesión así.

—Sí.

Brigid gritó de júbilo. No pudo remediarlo. Era espontánea por naturaleza.

—Con una condición—añadió Keve.

—¿Cuál? —preguntó con recelo.

—Que durante una semana, solo una semana, fíjate si pido poco, no harás preguntas sobre mi trabajo.

—Pero...

Keve agitó las llaves delante de sus narices y le dedicó una sonrisa pícara.

—Tic, tac, tic, tac, el reloj avanza.

—Trae, pesado —claudicó de mala gana. Cogió las llaves y salió a toda carrera.

Tal vez los jefes de su hermano fueran de la peor calaña, pero una cosa tenía que reconocer: tenían un gusto exquisito con los coches.

¡Qué pasada! ¡Y qué rabia que no tuviera tiempo de salir a pista para ponerlo a toda velocidad!

Bueno, ahora iría derecha a la tienda, pero cuando saliera a las dos bien podía darse una vuelta.

Y, de paso, hacerle una visita al Coletas.

Después de todo, su ex sabía todo lo que se cocía en Coslada. Quizá le pudiera arrojar algo de luz sobre la gente con la que se movía su hermano.

CAPÍTULO 4

Poco a poco se va alejando del poblado. Lo hace con disimulo, deteniéndose a charlar con los lugareños cuando se tropieza con ellos, sonriendo a rostros conocidos, marcándose unos pasos de baile cuando algún muchacho atrevido la toma entre sus brazos.

Busca a su amante entre la gente, a quien no tarda en encontrar, tal es su poder de atracción. Está relajado y risueño, mas de vez en cuando mira a las llamas de la hoguera con nostalgia.

Noive intuye cuál es el motivo del halo de tristeza que ha enturbiado su mirada castaña. Curiosa, sopesa la idea de hurgar en sus pensamientos y comprobar si ha ganado su propia apuesta, pero desdeña la idea tan pronto surge, pues él detectaría su intromisión y centraría su atención en ella.

En circunstancias normales no le importaría en absoluto —en ocasiones incluso lo hace con ese propósito—, pero esa noche su meta es la contraria.

Ya se ha alejado varios metros del centro del castro, donde la fiesta comienza a alcanzar su apogeo etílico. Apoya la espalda en un árbol cualquiera, y aguarda un segundo, dos, tres...

Corre.

Corre ahora libre, sabiéndose a salvo de miradas indiscretas, pero con el temor de que alguien repare en su ausencia.

Sortea una rama tras otra, una piedra en el camino, un árbol que ha parecido moverse con el fin de dificultarle la carrera.

Sortea miedos, dudas y malos presagios.

Tiene la sensación de que unos ojos la siguen, pero son unos ojos que no son de este mundo, no del mundo de los humanos. Mira por encima del hombro con desagrado, a la espera de encontrarse con la mirada censuradora de alguna Encantada o con el dedo acusador en forma de rama del Texu.

Ignora la advertencia silenciosa del bosque, ignora los susurros alarmados de una lechuza y el grito de advertencia de las curuxas.

Llega por fin al río, en el lugar donde hay un desnivel en el terreno y se forma una pequeña cascada. Se saca la túnica por la cabeza y la tira de malas maneras, los ojos fijos en una gran piedra en mitad del río y sobre la que la luz de la luna no tardará en arrojar toda su luz. No es consciente del agua gélida, ni del airado embiste del agua.

No hay tiempo que perder.

Llega al fin a la roca, a la que se sube. Se coloca de cara a la luna y, con los brazos extendidos, aguarda a que su luz bañe su cuerpo desnudo.

Aguarda.

Retiene el aire.

Controla un espasmo de nervios.

Sonríe cuando, después de una eternidad, siente los rayos de luna sobre su fría piel.

Recita un cántico, tan antiguo como prohibido, conocido solo por unos pocos que desearían borrarlo de sus memorias, una maldición que llegó a sus manos casi por casualidad.

O quizá la casualidad, disfrazada de anciana, la eligió a ella.

Termina el cántico, aspira con fuerza, abre los ojos y grita:

—¡Balco, yo, Noive, te invoco!

Se levanta una ventisca de aire, tan fuerte que a punto está de derribarla, mas Noive concentra todas sus fuerzas, y su poder, en mantenerse sobre la piedra. Rechina los dientes cuando el frío la devora, cuando la oscuridad la envuelve, cuando Balco, al fin, se muestra ante ella.

Noive ríe.

El bosque llora.

Ambos saben que se acaba de despertar el Mal del Bosque.

Dicen que al mal no hay que alimentarlo.

Perdonad, pero discrepo totalmente. A una bestia indestructible, si se la quiere someter, no se le debe privar de alimento, porque llegará un momento en que, presa del desasosiego, y pese a la debilidad producida por la inanición, justo cuando note el primer indicio de muerte, sacará fuerzas de flaqueza y su instinto de supervivencia le gritará: ¡ataca!

Y precisamente porque sabe que solo contará con ese segundo, atacará con un único objetivo: vencer.

Y vencerá.

Yo llevaba dos mil años o más conviviendo con mi demonio particular, y sabía que la única forma de controlarlo, y por ende de controlarme a mí mismo, era darle pequeños bocaditos de maldad, los necesarios para no llevarle al extremo, pero no tantos como para que cobrara fuerza y se impusiera a mí. Solo la dosis suficiente para tenerlo contento y que hubiera un justo equilibrio entre nosotros.

Al principio probé con sexo, pero ahí fue cuando averigüé que estaba maldito, aunque desgraciadamente me di cuenta demasiado tarde para las víctimas de mi ignorancia.

Aquello cambió mi existencia radicalmente, anuló cualquier tipo de esperanza que pudiera albergar para mí.

No sé cómo era antes de mi intercambio con las mujeres, pero siendo joven, atractivo y sano no creo que huyeran de mí precisamente. Sospecho que era más bien al contrario. A día de hoy, y sin ánimo de sonar vanidoso, las muchachas suelen hacerme ojitos.

Mi abstinencia sexual hubiera sido más llevadera si con la conversión hubiera perdido la libido, pero no. Mis atributos masculinos estaban en vigor y más entusiasmados que nunca.

Como el sexo compartido quedó descartado tras, como dije, conocer mi maldición, no me quedó otra que buscar alivio manual, pese a que nunca me quedaba totalmente satisfecho. Sí, llegaba al clímax, pero con él también llegaba un odio descomunal. Tan amarga era la sensación que tenía que repetir, con la esperanza de alcanzar la calma, algo que no sucedía jamás, pese a todo mi empeño.

Fue tal el fervor y asiduidad de mis prácticas onanistas, que incluso sufrí una adicción importante.

Además, pensaba que dándole ese pequeño capricho a mi demonio personal se quedaría satisfecho, pero fue justo lo contrario. El muy desgraciado todavía quería más.

Era insaciable en cuanto a placer carnal se refería.

Fue cuando le pedí a Mael que, además de curar (mi principal función como Custodio), me permitiese matar de vez en cuando.

Creo que Mael tuvo serias dudas al respecto, pero viendo mi desesperación finalmente accedió, a los Dioses gracias.

Debo confesar que eso me ayudó bastante a mantener el equilibrio, pero, aun así, y para no tentar a la suerte, Mael se encargó de que mis zonas fueran las más pacíficas. No tenía nada que envidiar a mi hermano Ronan en cuanto a complexión, pero su musculatura y su condición física, además de estar más preparado y versado en la lucha, era mejores que las mías, para qué nos íbamos a engañar a estas alturas. De ahí que él fuera el responsable, junto a Leo, de las zonas más conflictivas. Pero ojo, si Mael decidió alejarme de la batalla no fue porque yo no pudiera matar como mis hermanos, sino precisamente porque podía hacerlo. De hecho, de una forma más destructiva que ellos.

Así que privado de sexo (compartido o no), y sin gran cantidad de chupasangres que matar, ¿qué opción me quedaba para reestablecer el orden de mi propio infierno?

Delitos menores.

En realidad, no hacía gran daño, y a mí me ofrecía una tregua momentánea con el Mal; sustillos al señor del feudo por opresor, amenazas anónimas a políticos y mandatarios corruptos, al comerciante que tangaba a las ancianas, llamadas telefónicas en plan: ¿qué llevas puesto?, y demás lindezas.

Con la invención de internet y los foros me convertí en el malo malísimo de la red. Eran pocos los momentos en los que entraba, pero cuando me desesperaba, cuando sentía que ya no podía más, no tenía más que sentarme frente al ordenador y darle al demonio lo que quería: maldad en estado puro en forma de palabrería incendiaria con un avatar que se hacía llamar

@DruidaCabrón.

Está muy mal que yo diga esto, pero las barbaridades que me obligaba a escribir eran, en ocasiones, tronchantes, hasta el punto de tenerme carcajeándome como los locos. Eran su predilección patanes fanáticos con mucho ego y muy poco sentido común.

Precisamente en ello estaba cuando Mael apareció frente a mí.

No me extrañó la súbita aparición del semidiós en mis aposentos, pero sí que lo hiciera riéndose sin parar.

—¿Mael? —pregunté.

Levantó una mano para indicar que aguardara, mientras se doblaba sobre sí mismo y tomaba aire.

Por fin pareció calmarse, pero aún necesitó controlar dos accesos de risa más antes de erguirse y ponerse relativamente serio.

—¿Qué tienes? —pregunté tan divertido como intrigado. Era muy raro que Mael mostrara sus sentimientos, sean cuales fuesen, y siempre bajo el supuesto de que los tuviera.

—Ronan, que es un cachondo mental.

Sabía perfectamente a lo que se estaba refiriendo con esa expresión, que no había ninguna connotación sexual en ella, pero había ciertas palabras que borré tiempo atrás de mi vocabulario, y cachondo era una de ellas. Ya se sabe que quien evita la ocasión, evita el peligro, de modo que intentaba desechar de mi vida todo lo que supusiera una tentación.

Hice una mueca cuando mi mente se desbocó y aparecieron otras muchas palabras de esa índole, más aún cuando tomaron forma y se convirtieron en un despliegue de imágenes a cada cual más creativa. Me perdí un segundo en una imagen en concreto, donde había mucha carne y muy poca ropa. Controlé el giro que estaban tomando mis pensamientos a tiempo, pero no tan rápido como para que Mael volviera a ser el tipo impasible que solía ser y me mirara con un deje especulativo.

Mael era un cotilla sin remedio, por eso no me extrañó que tratara de meterse en mi mente. Bloqueé su intrusión sin apenas esfuerzo, algo que le gustó y desagradó a partes iguales; ya habíamos jugado a ese juego muchas

veces. Y, hasta el momento, siempre había ganado yo. Ignoraba si, en el fondo, me estaba dejando ganar porque le aterraba lo que pudiera encontrar dentro de mí. Al fin y al cabo, él sabía más de mí que yo mismo.

—¿Qué le pasa a Ronan?

Dudaba que a mi hermano le quedasen ganas de bromear después de lo acaecido aquella noche; no hacía ni una hora que habíamos rescatado a su amada de una muerte segura.

—Bah, nada. Lo pardillo que es con respecto al puto elfo. Y hablando de Keve: ve a verle.

Eso era algo que tenía pensado hacer, con o sin su permiso.

Al igual que le sucedía a Ronan, yo sentía una simpatía natural y sincera hacia Keve. En realidad, todos mis hermanos sentían lo mismo por el muchacho, salvo Mael. Qué inquina tan injustificada le tenía, por los dioses. Llegaba hasta el punto de exasperarme. Nunca me han gustado los juicios de valor preconcebidos. Bueno, Mael, a grandes rasgos, tampoco me gustaba, sobre todo cuando se empecinaba con algo, y que la tenía tomada con el muchacho era algo que no se molestaba en ocultar.

Recuerdo perfectamente el instante que Keve entró en nuestras vidas. Era una noche de primavera y andaba patrullando con calma. En Coslada Pueblo, mi zona, no había muchos locales de copas, por lo que eran escasos los ataques de los chupasangres. Por ese motivo me extrañó que apareciera Keve de la nada gritando como un condenado que estaba en peligro.

Durante varios segundos me quedé paralizado, sin atinar a decir palabra alguna y completamente asombrado por los sentimientos que su presencia despertó en mí. Mi corazón se saltó un latido y sentí una emoción tan intensa como absurda. No podía decir que me sintiera atraído por él, pero, al mismo tiempo, al visualizar sus ojos azules, sentí cómo algo dentro de mí se activaba. Solo tenía la sensación de haber encontrado la respuesta antes de formular siquiera la pregunta, como si hubiera encontrado una llave, aunque desconocía qué puerta abriría.

—¡Corre, que vienen! —volvió a gritar, sacándome de mi aturdimiento al fin.

Efectivamente, dos minutos después, y tras preguntarle qué era, porque era

evidente que humano no, aparecieron los Daimons. Era extraño que los Daimons pululasen por nuestro mundo, aunque ya habían sido reiterados los ataques de esos demonios menores sobre mi persona. La razón era toda una incógnita para mí.

No tardé mucho en deshacerme de esa escoria, vamos, lo que se puede tardar en invocar una bola de energía y arrojársela. Deshacerme del muchacho me costó algo más. ¡Qué pesado se puso aquella noche, con tanto «*me cagüen to* lo que se menea, ¿eso qué coño ha sido?»! Por norma general no me suele gustar borrarles los recuerdos a los humanos, pero debido a lo que vio, no me quedó más remedio si quería dejarle marchar.

Por miedo a lo que sentí, decidí no volver a pensar en él, hasta que mis hermanos confesaron, sin excepción, haber pasado por una situación similar, de modo que después de votar —a escondidas de Mael, por supuesto—, encargamos a Ronan que averiguara algo más sobre él. Así nos enteramos que el humano —en caso de serlo, sobre lo que tenía mis dudas— tenía visiones sobre nosotros; en concreto, sobre aquellas situaciones en las que nuestras vidas corrían peligro.

Ronan decidió mantenerlo a su lado, porque en el fondo nos venían de perlas sus visiones y porque se ganó nuestro afecto de forma irremediable. Por norma general patrullaba con él, así que apenas volví a verle, hasta que una noche, tal que un diez de junio del 2006 (sí, lo recuerdo perfectamente) me lo encontré por mi zona. Estábamos en el recinto ferial, ya que eran las fiestas patronales de Coslada y andábamos cuidando que los chupasangres no aparecieran por allí. Ronan se puso a flirtear con una joven, lo que me dio oportunidad de hablar con Keve y conocerle un poco más. No volví a sentir esa extraña emoción, pero cada vez que miraba sus ojos me sentía sumamente inquieto.

Era un muchacho muy extraño; jovial y dicharachero, pero ocasionalmente soltaba una parrafada aparentemente tonta pero que encerraba mucha sabiduría. Me extrañó y me agradó a partes iguales que fuese vegetariano, pero lo que me dejó totalmente perplejo fue que se declarase abstemio. No era usual que los jóvenes de su edad no tomaran alcohol. Así se lo hice saber, pero él me explicó que era algo que su abuela le había inculcado, tanto a él como a Brigid.

Ahí pegué un respingo. El Mal, también.

—¿Bri-Brigid?

—Mi hermana melliza.

No supe por qué aquello me confundió tanto. No me esperaba que Keve tuviera una hermana, y menos melliza.

Y, mucho menos, que su nombre empezara por *B*.

«Brigid», suspiró una parte de mí.

Involuntariamente me llevé una mano al pecho, mientras sondeaba sus ojos azules.

—Imagínate, Dru —comentó Ronan, que perdió interés por la joven y se había unido a nosotros—. ¡Otro como él, solo que en chica! —Y soltó una carcajada.

Keve le secundó, pero era obvio que se había percatado de mi tirantez, porque era una risa forzada y me miraba con recelo.

Yo no me reí. En absoluto.

Estaba ahí, mirándole fijamente, traspasando sus barreras mentales, buscando a su hermana.

Asombrosamente, él detectó mi intromisión. Es más, puso toda la resistencia posible, que a mi entender fue demasiada para lo habitual en un humano.

Mi perplejidad aumentó cuando gritó:

—Sal de ahí, hostias. Ella no. O te las verás conmigo.

Sé que debí de haberle hecho caso, pero me pudo la curiosidad y por un segundo más seguí indagando en su mente.

Cuando al fin capté un recuerdo de su hermana, aunque borroso, sentí un estremecimiento que me tambaleó. De nuevo tuve la necesidad de llevarme una mano al pecho, además de inclinarme a modo de reverencia.

Pero lo que hizo que saliera rápidamente de su mente, y me quedara totalmente perplejo, fue el grito de rabia que se alzó en mi interior, un grito que no procedía del Mal, para mi sorpresa, sino de otro ente que, pese a ser la primera vez que se manifestaba, sentí que me era familiar, como si alguien hubiera hecho vibrar la cuerda de un arpa en una habitación donde,

adormecidos, se hallaban todos mis recuerdos, a la espera de que algo los hiciese despertar.

Eso me asustó, así que me marché de allí dispuesto a olvidar aquel incidente, algo que me fue difícil, pues desde entonces cada vez que me cruzaba con Keve se me venía a la memoria, lo que me hacía mantener una actitud distante y alerta con el muchacho, muy a mi pesar, pues realmente sentía afecto por él.

Tanto que, cuando me enteré que le habían dado una paliza de muerte aquella misma tarde por tratar de evitar que secuestraran a Alba, me juré hacerle una visita. Acabábamos de rescatarla y habíamos regresado al Hotel solo para dar un informe de los hechos, pero una vez aclarado todo, era hora de que cada cual siguiera con su ruta establecida, una ruta que me iba a saltar a la torera; Keve era lo primero.

No necesitaba el permiso de Mael para ello, aunque él parecía pensar que sí, porque ahí le tenía frente a mí, esperando que agradeciera y acatará su orden. Yo también tenía mi orgullo, así que tan solo hice un gesto de asentimiento con la cabeza.

Sus ojos multicolor chisporrotearon, pero al instante desapareció.

Aliviado con su marcha, no tardé en vestirme; un vaquero negro, una camiseta negra sin mangas y una chaqueta deportiva con capucha.

No era tan melindre como mis hermanos con respecto a la moda actual. En realidad, la ropa me daba un poco igual, con tal de que fuera cómoda y oscura.

Un poco como era mi vida en general.

Aunque, mientras tomaba el ascensor que me llevaba a la planta superior del Hotel, tuve el presentimiento de que eso estaba a punto de cambiar.

—Vaya, vaya. Mira a quién tenemos aquí. Ni más ni menos que a *Lady in black*. Me han dicho que has estado buscándome.

Brigid soportó estoicamente la mirada burlona de Francisco. Que pensase

lo que le diese la gana. Necesitaba respuestas, aunque para ello tuviera que soportar las mamarrachadas de su ex.

Por desgracia, no lo encontró en su casa a la salida del trabajo, a solas, cuando más vulnerable y razonable era. No, había tenido que esperar a la noche para recorrerse todos los garitos de la ruta del *money-money*, como él la llamaba.

Por lo visto, en los seis meses que hacía que lo habían dejado había subido de estatus, pues según le comentaron ahora se había apropiado de la zona VIP de un disco-pub de élite, desde donde manejaba todos sus negocios.

Lo encontró rodeado de dos de sus secuaces, el Loco y el Puños, dos tipos de lo más despreciable. Brigid quiso pasar entre ellos, pero le cerraron el paso. Les dirigió una mirada altanera, casi de advertencia.

No era la primera vez que se las veía con ellos. De hecho, el Loco acabó una vez con la muñeca rota. De algo tenía que servirle ser cinturón negro. Era algo que siempre agradecería a su abuela, que había insistido que tenía que aprender a defenderse, aunque reconocía que tenía bastante fuerza *per se*.

El Loco titubeó, pero el Puños, a quien las drogas le habían dejado tonto, continuó bloqueándole el paso. Estaba claro que al dejar a Francisco había perdido todos los privilegios.

—Te quitas o te quito.

—Déjala pasar—advirtió Francisco.

Cual perrito faldero, el Puños se apartó.

Brigid caminó hasta detenerse frente a su ex, quien, despatarrado en un sillón, dejaba que una chica le magrease mientras él saboreaba un cigarro. O un porro. O un chino. No importaba.

—Tú la ley antitabaco te la pasas por el forro, ¿eh? —le increpó.

Francisco, después de soltar una lenta bocanada de humo, sonrió con maldad.

—Todas, *Lady in black*. Me las paso todas por el forro.

Brigid lo miró con desprecio. Para agravarla más, o para intentarlo, Francisco acogotó a la chica-pulpo y la besó con ardor, sin dejar de mirar a

Brigid.

Esta ni se inmutó. Es más, le sonrió. Francisco dejó de besar a la chica al ver que no había logrado su objetivo, que no era más que ponerla celosa, de modo que, sin miramientos, apartó a la otra chica.

—Está bien, Brigid, ¿qué quieres?

—Respuestas.

—Adelante. Pregunta.

Brigid miró de reojo a la muchacha, que había vuelto al ataque y trataba de meter la mano dentro del pantalón de Francisco.

—A solas.

—Lo que tengas que decirle se lo puedes decir delante de mí —soltó la muchacha con desdén.

Brigid meneó la cabeza. Conocía a la chica; Aroa, el pañuelo desechable de Francisco. Al menos, lo había sido mientras estuvieron juntos, o, precisando, las veces en las que se enfadaban y terminaban dejándolo. En el fondo sabía que Francisco le había puesto los cuernos con ella en más de una ocasión, pero eso ahora ya no le importaba. Por lo visto, ahora era su nueva novia.

«Pues todo para ti, maja».

—Vete, Aroa —ordenó Francisco.

—Pero...

—¡Ya!

Brigid quiso soltarle un sopapo cuando gritó a Aroa, que salió corriendo, no sin dirigirle una mirada de odio. Brigid comprendía y aceptaba el odio visceral de Aroa hacia ella. El maltrato y menosprecio de Francisco hacia la muchacha, no.

La música estaba un pelín alta, y a ella no le apetecía hablar a gritos, así que no le quedó más remedio que sentarse al lado de su ex, quien, rauda, trató de abrazarla.

—Para, Fran, no he venido por esto.

—Me encanta que me llames Fran —susurró, meloso, sus manos de nuevo buscando su piel—. Solo dejo que tú me llames así.

—Quieto, Fran, de verdad, no me obligues a soltarte un guantazo...

—Me da igual. Pégame, ódiame, escúpeme. Seré tu perrito faldero. Pero vuelve conmigo.

—Fran, ¡no! —dijo poniéndose en pie cuando trató de besarla—. Si no vas a poder controlarte me largo ahora mismo.

De malas maneras, Fran se recostó en el asiento y le dio un trago a su copa.

—Habla.

Aunque parecía que había desistido por fin, Brigid no se fiaba ni un pelo, por eso, en vez de sentarse a su lado en el sillón, lo hizo en un puf de cuero, frente a él.

—Tú conoces todo lo que se cuece en Coslada, ¿verdad? Me refiero —añadió al ver el gesto confundido de su ex—, a drogas y demás.

La confusión de su ex desapareció para dar paso al recelo.

—¿Y qué interés tienes tú en eso? No estarás ayudando a la poli...

—No. Es por... Keve.

—¿El atontado?

Brigid le dio una colleja.

—Joder, Brigid, no hagas eso en público.

—Pues no vuelvas a llamar así a mi hermano.

Fran asintió. Sabía lo que significaba Keve para Brigid: todo.

—Está bien. ¿Qué le pasa a Keve?

Brigid le contó todas sus sospechas. Después de un rato, en los que parecía estar meditando, aunque en el fondo no apartaba los ojos de su escote, Francisco negó con la cabeza.

—Que yo sepa, no hay nadie nuevo en la ciudad. Después del escándalo policial de Ginés y la operación Bloque, todo el mundo anda con pies de

plomo.

—Menos tú.

—Menos yo. Sabes que a romper la ley ya me enseñó Judas Priest.

—Eso es la letra de una canción del grupo Lujuria.

—Para lujuria la que despiertas en mí... ¡Joder, Brigid! ¡Menuda hostia me has soltado!

—Te he avisado: las manos quietas. Entonces, ¿no sabes nada de nada?

—No. He visto varias veces a Keve con un tipo, el motero gay.

Brigid se asombró por sus últimas palabras.

—¿Gay?

—Ya sabes, por lo de ir todo de cuero. Y entre nosotros, tu hermano siempre ha tenido pinta de julandrón... ¡Vale, vale, lo siento! —trató de apaciguar cuando Brigid alzó de nuevo la mano—. Quería decir que no creo que se traigan nada raro entre manos, nada ilegal. Lo de la patrulla de vigilancia sí me suena más. Varias personas han asegurado que unos tipos les han salvado de un robo.

Brigid suspiró, esperanzada. Quería creer a Francisco. Quería creer a Keve. Aunque su instinto le decía que había algo más en aquella historia.

—Gracias, Fran. Me tengo que ir ya.

—¿Y no me vas a dar un besito de despedida?

—No.

—¿Ni en la mejilla? —pidió mostrándosela.

Brigid le sonrió con afecto por primera vez aquella tarde. Cuando abandonaba su papel de chico malo, cuando dejaba salir al pilluelo que había en él, al chico cariñoso y juguetón, era un auténtico encanto. Su pelo rubio, sus ojos azules y sus hoyuelos era un reclamo para toda fémica. Una pena que tuviera esa vena egoísta y que le gustase el dinero fácil, aunque ello supusiera jugar con la vida de las personas.

—Ni en la mejilla.

—¿Y por qué no? —refunfuñó cual infante.

—Porque vas a tratar de besarme en la boca y yo voy a tener que lanzarte por los aires.

—No puedes conmigo —se guaseó.

—¿Ya te has olvidado de la primera vez que trataste de meterme mano? — Fran gruñó y ella se rio—. Adiós, Fran. Muchas gracias por todo.

—¿Te acerco a casa? —propuso.

Ufff, ni borracha.

—No. Tengo que pasarme por el Shannon para hablar con Alex.

—Ya, tu novio —dijo con desprecio.

—Por poco tiempo.

Los ojos de Fran refulgieron de felicidad.

—¿Tengo que hacerme ilusiones?

Brigid rio por lo bajo y le revolvió el largo flequillo.

—Ni por asomo. Adiós, Fran.

—Hasta pronto, *Lady in black*.

Brigid echó a andar, pero meneó la cabeza con tristeza cuando escuchó sus últimas palabras, un «Te quiero» sincero y desgarrador.

De camino al Shannon estuvo pensando en él, en lo que fue, en lo que era, en lo que podría haber sido si Fran hubiera sido menos problemático. Quizá, con el tiempo, cuando la madurez hiciera mella en él y cambiara lo suficiente, podrían tener una oportunidad.

Pero no era tan fácil la cosa. Ella ya no le quería. No de esa forma. En realidad, nunca lo había hecho.

Ni siquiera a Alex. Siempre había tenido claro que su actual novio no era más que un ave de paso, que más pronto que tarde la cosa tendría que terminar. ¿Para qué alargar más algo inevitable? ¿Para qué seguir fingiendo ser alguien que no era? ¿Para qué querer llevar una vida que la anulaba como persona? Y, sobre todo, ¿para qué perder el tiempo con alguien que no la merecía?

Pero era muy frustrante saber que ninguna de sus relaciones había funcionado en parte por su culpa, por su falta de respuesta afectiva.

¿Por qué tenía esa incapacidad para amar? ¿Por qué nunca se había enamorado locamente?

«Porque no ha llegado aquel que la Madre ha fijado para ti», le había dicho su abuela una vez en una de sus visitas desde el más allá.

—Pues ya está tardando...

Porque sí, ella quería amar, quería darlo todo, entregarse plenamente. Quería saber lo que era mirar a un chico y quedarse prendada de él.

No, Leo Jiménez no contaba. El cantante era guapísimo, su ideal de belleza masculina, con su larga melena, su cuerpo atlético y su sonrisa... Pensándolo bien, Leo Jiménez sí contaba.

El cantante desapareció de su mente cuando sintió un latigazo de dolor que la hizo doblarse sobre sí misma, un dolor extraño, más emocional que físico. Tuvo que detenerse para coger aire, mientras se masajeaba el pecho. Qué extraña sensación...

Pero mucho más extraño fue cuando, de pronto, escuchó el graznido de un cuervo. Creyó haberlo imaginado, pero no; la fuente sus pesadillas planeaba sobre ella. Aterrada, soltó una exclamación ahogada y echó a correr. Por un segundo miró a su alrededor y le pareció ver a alguien escabullirse en las sombras.

¿La habían estado siguiendo? Pero ¿quién? ¿Y por qué?

Probablemente Fran había mandado a sus secuaces a seguirla, pues no era la primera vez que lo hacía. Siempre había sido demasiado protector con ella.

Conforme con esa explicación, aunque no convencida del todo, centró su atención en el cuervo. Ahí seguía, acosándola. Corrió más aprisa hasta llegar al pub donde sabía se hallaba su novio.

Lo vio al fondo, así que se aupó y alzó la mano para llamar su atención, pero él estaba demasiado ocupado mirándole el escote a una rubia y relamiéndose.

—Será gili...

Brigid se quedó boquiabierta cuando Alex, de pronto, comenzó a besar a la chica.

—¡...Pollas! —concluyó, muerta de rabia e indignación.

Iba a hacer mutis, porque no tenía ganas de gresca, pero luego se lo pensó dos veces y haciéndose paso entre la gente como pudo llegó hasta él. Tan solo hizo el gesto de la tijera con los dedos cuando él por fin la miró.

No se merecía más.

Quizá él no, pero ella sí. ¡Vaya si se merecía lo mejor! Tuvo deseos de llorar, no tanto por él como por sí misma.

—¡Brigid, espera! —le escuchó gritar.

Con lágrimas de impotencia y de frustración, Brigid echó a correr y no se detuvo hasta llegar a su barrio, donde comenzó a caminar despacio y cabizbaja, pensando en lo poco que le había dolido el engaño de Alex, en lo aliviada que se sentía al haber acabado por fin algo que no debería ni haber empezado, pero en lo vacía que se sentía por dentro.

Y sintió pena de sí misma. Y eso era algo muy, pero que muy malo.

La lástima era un sentimiento derrotista que no llevaba a ningún lado, así que decidió pensar en otra cosa.

Era ya cerca de la una de la madrugada, por lo que optó por celebrar a su manera Beltaine, la festividad celta. Estaba repasando mentalmente todos los preparativos que debía llevar a cabo cuando, al ir a abrir la puerta de su casa, descubrió que la llave no estaba echada.

—Oh, no... —susurró—¿Y ahora, qué?

Alarmada, abrió con cautela y encendió la luz del pasillo. Del paragüero cogió el paraguas de la abuela, el grande, negro y con punta afilada, a modo de arma. Controló su respiración, que, además de acelerada, se le antojó en exceso sonora. Como nadie se le echó encima, se adentró un paso más y comenzó a recorrer toda la casa, habitación por habitación, hasta llegar a la cocina.

La imagen que se encontró le hizo gritar horrorizada; Keve, derrumbado en el piso y con restos de sangre en su camiseta blanca.

Y fue cuando comprendió el porqué de aquel dolor que la había paralizado horas atrás; el vínculo entre mellizos no era ninguna leyenda.

—¡Keve! —gritó esta vez, al tiempo que se arrodillaba a su lado para ver si...

Sí, debía estar vivo. ¡Tenía que estar vivo!

Gracias a los dioses, lo estaba. Lo confirmó un amago de tos y un taco que a ella le sonó a música celestial.

CAPÍTULO 5

Hacía muchos años que no iba por el barrio de Vicálvaro, más o menos unos veinte, cuando sus fiestas eran el despiporre, pese a que era un barrio humilde y con muy mala fama. Era esta fama la que nos llevaba a vigilarlo continuamente, aunque no tardamos en descubrir que había más de leyenda que de realidad en las historias que corrían sobre el barrio.

Era maravilloso ver cómo se lo montaban las peñas con cuatro duros, que, por cierto, salían de sus bolsillos. Recuerdo que por esa época la calle— porque se trataba de una calle, más que de un barrio— siempre estaba llena de gente; las vecinas que, silla en ristre, hacían corrillo para tomar el fresco, los hombres que ocupaban su lugar en la terraza de la Asociación para la partida después de la cena y los niños y no tan niños que tras su paseo se reunían a jugar al pillo-pillo, al pañuelo o a los dados.

Se me cayó el alma a los pies al ver el deterioro del barrio; fachadas a medio derruir, puertas cerradas y aceras vacías, señal de que era un barrio envejecido, que los niños ya habían abandonado el nido para llevar su propia vida muy lejos de aquella barriada.

Tendría que estar acostumbrado a estas alturas, pues dos mil años dan mucho de sí para ver cosas como esta, pero en esa ocasión una pequeña parte de mí esperaba que allí, en aquel barrio, nada hubiera cambiado, que la decadencia hubiera pasado de largo, tal era el grato recuerdo que conservaba de esa zona.

La casa de Keve estaba relativamente cerca, más o menos por la “Soci”, como la llamaban por allí, el edificio destinado a la Asociación de vecinos y que hacía las veces de club social. Chasqueé la lengua cuando vi que algunos negocios del barrio habían cerrado y que las fuentes que antaño la habían caracterizado habían desaparecido.

Por fin llegué a *la casa del duende*, como la llamaba Ronan, por su fachada pintada en distintos tonos de verde y porque así le gustaba referirse a

Keve.

Sonreí cuando apareció en mi campo de visión, pues era imposible no reconocerla: su color destacaba sobre las demás. Consistía en una construcción de una única planta, bastante estrecha, pues la fachada solo tenía una ventana enrejada y una puerta de hierro.

No sé por qué dudé durante un segundo. Cierto es que durante todo el camino me estuve preparando mentalmente (quizá aún antes) para ese momento, así que no entendía del todo esos nervios que me atizaron, esa cautela, esa... expectación.

Fue como si presintiera que tocar ese timbre cambiaría mi vida de forma irreparable, que, si lo hacía, ya no habría vuelta atrás.

Y sí, la imagen que le robé una vez a Keve tuvo mucho que ver en ese momento de incertidumbre.

Disfruté un minuto más de la expectativa, tan simple y banal era mi vida. Luego, solo pulsé el timbre. Pese a que podría haber abierto con mi telequinesis, prefería hacerlo de forma normal, pues ignoraba si su hermana se hallaba en casa y no quería matarla del susto.

Eran las dos de la mañana, pronto para mí, tarde para los humanos. Caí en la cuenta de que era viernes, así que probablemente Brigid había salido y Keve estaba solo en casa, y siempre bajo el supuesto de que no hubiera decidido ir al hospital.

El sonido de pasos acercándose para atender mi llamada me indicó que había alguien en casa, a los dioses gracias. Se escuchó el sonido de la cerradura primero, de un cerrojo manual después. Sonreí con tristeza por las medidas extremas de seguridad. ¡Qué diferente de años atrás, cuando las vecinas dejaban las puertas abiertas!

Apoyé una mano en la pared y otra en la cadera, un pelín impaciente ya.

Por fin la puerta se abrió para descubrir a...

—Mi Domina... —me oí exclamar, maravillado.

Era hermosa. La muchacha más bonita que mis ojos habían visto en dos milenios.

Si tuviera que elegir banda sonora para ese instante, elegiría una de las

canciones más hermosas y melancólicas del mundo: *Gone with the sin*, de Him.

Tan bella como el hada que me miraba con los ojos muy abiertos, la boquita de labios rojos arqueada en una exclamación a medio brotar, la luz de la luna resaltando las pecas de su rostro, mientras que su melena rojiza atrapaba la luz de una farola.

Un hada, una xana, una criatura mágica, con ese camisoncito de tirantes, blanco y bordado con flores verdes, tan nítido que dejaba entrever todas y cada una de sus curvas.

Jadeé, extasiado por su belleza, excitado como nunca... Aturdido por la corriente de energía que su sola presencia activó en mí.

Increíblemente maravillado al saber que tenía frente a mí a mi diosa particular.

Sí, era igual de hermosa que la canción, pero a la vez tan melancólica como la melodía, tan aterradora como la soledad que estaba impregnada en cada nota: tan lamentable como el hecho de saber que ella era *ella*, del mismo modo que sabía que nunca, jamás, la podría tener.

Una Compañera inalcanzable, pero a la que ya nunca podría olvidar.

Y justo cuando pronuncié su nombre, el nuevo ente, ese que despertó cuando tuve conocimiento de la existencia de Brigid, se puso a gritar.

Lo hizo con rabia, un rugido de impotencia y frustración que me hizo tambalear.

Luché.

Luché contra el nuevo ente, contra el antiguo que se asomó a ver qué pasaba y que quería unirse a la fiesta, contra la necesidad de abrazar a Brigid... Incluso con el deseo, desatado y más voraz que nunca, contra la tentación de agarrarla y no soltarla nunca más.

Todo sucedió en un corto intervalo de tiempo y nada, salvo un ligero oscurecimiento de mi globo ocular, acusaba la batalla que se estaba fraguando en mi interior.

Cuando todo acabó, cuando controlé todas las emociones, me centré en Brigid, más tranquilo, más relajado ahora que la lucha había terminado.

¡Qué equivocado estaba!

Estaba soñando.

O eso, o se había pasado con los vapores del láudano que había preparado para Keve; no había otra explicación al hecho de que el cantante Leo Jiménez estuviera frente a ella.

Brigid era consciente de que en algún momento tendría que cerrar la boca y dejar de mirarlo con cara de cordera degollada.

Y de babear.

Mientras ella controlaba sus secreciones, el hombre se encogió un poco, como si hubiera sufrido un golpe en el estómago, lo que le permitió verlo mejor.

No, no se trataba de Leo Jiménez, pero sí se le asemejaba muchísimo. Era igual de guapo, con esa aura de calma y peligro, de melancolía y arrojo, de ternura y pasión. Sus ojos eran muy oscuros, unos ojos que la escrutaban, que recorrían palmo a palmo su persona. Unos ojos que la devoraban, pero en los que, al mismo tiempo, había tristeza y un rechazo palpable. Su boca estaba flanqueada por dos líneas verticales, un paréntesis que custodiaba unos labios hechos para pecar y que probablemente ocultaban muchos secretos.

—Mi Domina —suspiró más que susurró.

Ay, la madre, qué voz tan bonita tenía... Voz que invitaba a la paz, a la calma, a refugiarse en sus brazos y dejarse arrullar.

Ahí estaban los dos, frente a frente, mirándose asombrados, comiéndose con los ojos, parpadeando de incredulidad, descubriéndose. Y reconociéndose. Al menos, esa fue la extraña sensación que tuvo Brigid.

Fue el hombre quien, tras cerrar los ojos y aspirar con placer (¿la estaba olisqueando?), sonrió de medio lado.

¡Qué sonrisa, por la Madre, pero qué sonrisa tan bonita!

—Buenas noches, mi... —Agitó la cabeza, como desechando algo—.

Brigid. ¿Está Keve?

Parpadeó. ¿Cómo sabía su nombre?

—¿Cómo sabes mi nombre?

Quería haber sido amable, pero la pregunta le salió imperiosa, exigente, soberbia e inquisitiva.

El hombre frunció los labios, como si quisiera contener una sonrisa. Sus ojos no fueron tan comedidos y relampaguearon de diversión.

Brigid se perdió en ese brillo.

—Tu hermano me lo dijo una vez.

—¿Q-qué hermano? —se escuchó decir a sí misma.

—Keve.

Keve. Hermano. Paliza.

Por fin pareció reaccionar. Por muy guapo y fascinante que le resultase el tipo, no era más que un desconocido que se había plantado en su casa a las dos de la madrugada, la noche en la que a su hermano le habían dado una paliza que le había dejado a las puertas de la muerte. Vale, sí, estaba exagerando, no estaba tan maltrecho, pero los daños eran de una gravedad considerable.

¿Había tenido algo que ver ese hombre?

La joven tragó saliva. Parecía tan desvalido, tan perdido, tan triste y desesperado...

Y peligroso.

Quiso decirle que no estaba en casa, pero la mentira murió en sus labios. Rápidamente buscó una verdad a medias, pero el tipo era tan impresionante que no pensaba con la lucidez normal.

Ante el impedimento de las palabras, y antes de que él pudiera reaccionar, con un grito bajo se apresuró a cerrar la puerta. Por desgracia, el hombre se lo impidió.

—Brigid, espera —pidió desde el otro lado de la puerta con voz calmada, una voz serena y tranquila que acunaba y adormecía.

—¡Vete! —gritó, mientras intentaba cerrar la puerta dejando caer todo su

peso sobre ella.

—Déjame ver a Keve.

—¿Para que me lo remates? ¡Ni loca!

El hombre empujó un poco más, por lo que se recolocó para hacer más presión por su parte.

—*Muyer*, sé razonable. Si quisiera matarlo no habría llamado al timbre.

A ver... tenía razón, pero no se fiaba ni de su sombra.

—¡He dicho que te vayas o llamo a la policía!

Al otro lado de la puerta se escuchó un suspiro, profundo e impaciente.

—Brigid —advirtió—, apártate. No quiero lastimarte.

—¡No!

—Uno...

Sus muelas, qué fuerte era el tipo. Estaba consiguiendo abrir la puerta. Si ella empleara la suficiente presión para conseguir cerrar la puerta del todo...

—Dos...

... Y con un poco de ayuda por parte de los dioses mantener dicha presión para que le diera tiempo a echar el cerrojo...

—Tres. Quítate.

—No serás capaz...

Brigid pegó un grito cuando salió disparada y acabó casi en la otra punta del pasillo, con el trasero en el suelo y la dignidad en el sótano. No supo cómo lo había hecho el tipo, pero ahí lo tenía, caminando hacia ella tranquilamente, sin resoplar, sin despeinarse, mirándola con un poquito de irritación y otro tanto de ternura.

Qué coraje le dio la mirada compasiva que le dirigió. No supo qué fue más ofensivo, si eso, o la mano que le tendió para ayudarla a levantarse del suelo, una ofrenda de paz que, al mismo tiempo, proclamaba su victoria sobre ella.

Brigid apretó los dientes y, con toda la rabia del mundo, alzó la pierna para darle una patada que fue a parar al rostro del hombre y que,

asombrosamente, lo mandó disparado a la otra punta.

—Jo-der... —susurraron ambos al mismo tiempo, una con perplejidad y el otro maravillado.

Aunque Brigid seguía asombrada por su propia fuerza, aprovechó que el hombre parecía más shockeado que ella y, tras incorporarse, se lanzó de nuevo al ataque.

Aunque era cinturón negro, en ese momento no pensó y actuó como una chiquilla de colegio, pues no se le ocurrió otra cosa que tirarle del cabello.

—¡Detente, Brigid! —pidió el hombre, que, por cierto, no hacía absolutamente nada para responder a la agresión.

Solo se limitaba a controlar la furia de ella, que ahora trataba de arrancarle los ojos y buscaba la forma de hincar su rodilla en la entrepierna.

—No voy a dejar que hagas daño a mi hermano—dijo apartándose para hacerle una llave de Judo. Por desgracia, el pasillo era muy estrecho y limitaba sus movimientos.

—No quiero hacerle daño. He venido a ayudar.

—¡Ja!

Brigid se lanzó de nuevo al ataque, pero entonces él levantó la mano y pronunció unas palabras. Tan desprevenida le pilló esa acción, que se detuvo y lo miró asombrada. Debía ser muy importante lo que estaba diciendo, pues se puso sumamente serio. Por desgracia ella no sabía noruego. O sueco. O lo que fuera en lo que estaba hablando.

—¿Me lo traduces? —pidió con sorna.

El hombre abrió mucho los ojos. De hecho, muchísimo. Es más, parecía totalmente fuera de sí. Volvió a gritar las palabras, atrapando la mirada perpleja y asustada de Brigid, que negó con la cabeza.

—Alzar la voz no va a hacer que te entienda —medio se disculpó, medio regañó.

Al parecer el tipo se cansó, pues tras restregarse el rostro con las manos, de pronto, y sin esfuerzo aparente, la envolvió en un abrazo que pretendía tanto calmarla como inmovilizarla.

O esa fue la impresión que tuvo Brigid al principio.

¿Por qué se quedó laxa y serena en sus brazos? ¿Por qué pelear ya no le pareció una idea coherente? ¿Por qué tuvo el deseo de abrazarse a su cintura y no soltarle nunca más?

Qué narices... ¿por qué se excitó tantísimo, hasta el punto de apretarse más contra él?

—Ya, ya, mi Domina—le susurraba él mientras le acariciaba el cabello con lentas y suaves pasadas—. Ya, ya.

Era una caricia muy agradable, pero... insuficiente. En algún momento tendría que dejar de desgastarle el cabello y bajar la mano. Por ejemplo, por su espalda, hasta llegar a, quizá, su trasero. O a un pecho. O a su alma...

«Desconocido, Brigid», se recordó.

«Voy, espera».

Sí, en algún momento tendría que recuperar la cordura, y ese momento era ya. Ahora. En cuanto se le pasaran los escalofríos de placer. En cuanto no necesitara más el calor del hombre. En cuanto dejara de tener la sensación de que, si la soltaba, ella caería, y caería, y caería...

—¿Brigid? —susurró alguien.

Brigid no supo quién. El hombre no, porque tenía los labios pegados a su propia frente.

Pasados unos segundos —o minutos, o eones—, algo, tampoco supo qué, la apartó del hombre, su fuente de calor, su punto de anclaje.

—Regresa, mi Domina. Regresa... —le estaba susurrando ahora él.

Brigid se concentró en unos ojos castaños que la miraban con esa mezcla de ternura y tristeza.

Aturdida, miró a su alrededor. Por un segundo había sentido que no estaba allí, en su propia casa, en un pasillo a oscuras, los pies helados por el contacto con la fría baldosa y un tanto aterida al verse desprovista del calor de pecho ajeno.

Y sola.

No, acababa de regresar de un lugar muchísimo mejor, de un paraíso

natural, de un lugar donde todo estaba bien. Donde era amada...

—¿Qué... qué me has hecho?

—Serenarte.

Le pareció buena idea, además de efectiva, pero había un pequeño problema: ella quería regresar allí donde él la había llevado; no le importaba el lugar. Solo sabía que estar entre sus brazos era lo más cerca que había estado de sentirse amada en su corta y vacua vida. Que allí, como quiera que se llamase ese sitio al que las caricias y los susurros del hombre la habían empujado, estaba su hogar.

Pero la vida tenía otros planes para ella, porque él ya le había dado la espalda y se dirigía hacia una puerta.

En concreto, hacia el dormitorio de Keve.

Era curioso cómo la sola evocación de su hermano, su moribundo hermano, le despojaba de cualquier fantasía, por muy grata que esta fuera.

Cuando el hombre ya estaba a punto de agarrar la manecilla de la puerta, ella le cerró el paso y se puso delante de él, en cruces, evitando, o al menos intentándolo, que él entrase.

El tipo suspiró con resignación y le dirigió una mirada cansada.

—No te das por vencida, ¿verdad?

—Aha—negó ella—. Tendrás que pasar por encima de mi cadáver.

Él volvió a fruncir los labios, más por diversión que por irritación.

—Aparta, Brigid. Por favor. No dispongo de mucho tiempo.

—Al contrario que yo —replicó con una sonrisa triunfal.

Sonrisa que se ensanchó cuando él se apartó ligeramente y la miró con derrota. Pero no fue más que una mera ilusión, porque inmediatamente el hombre hizo un gesto que la descolocó por completo; con un movimiento de cabeza y hombro apenas perceptible, pero sumamente sensual, se echó su larga cabellera hacia atrás. Era un gesto de coquetería, puramente femenino, pero que en él tenía un efecto totalmente contrario. Era un gesto de advertencia. Un preparatorio de lo que iba a ocurrir si no seguía sus advertencias.

Y lo que ocurrió fue un par de pasos que se adelantaron hasta que su

cuerpo rozó el de ella, una mirada oscura y altanera, una barbilla victoriosa y una sonrisa engreída.

Y peligrosa.

—Quítate —volvió a advertir.

Y, con el aviso, vino el calor. Sofocante, asfixiante, abrumador... Un calor que procedía del hombre y que ella lo sintió como propio.

Brigid abrió mucho los ojos cuando la pelvis de él se balanceó contra ella. Ay, dioses. Que la ahorcaran si eso no era una erección.

Corrección: una maxi erección.

Una mano apresó su cintura, al tiempo que él bajaba la cabeza, como si buscara sus labios, como si fuera a besarla.

Jo... der, la estaba seduciendo. Con todas las letras. Y lo peor era que ella no solo estaba cayendo en su juego —a juzgar por la humedad de sus braguitas y por su respiración acelerada—, sino que además estaba más que dispuesta a dejarse seducir.

—¿Brigid?

La vuelta a la realidad fue como un jarro de agua fría. Keve estaba detrás de esa puerta, muerto de dolor. Probablemente, agonizando. ¿Y qué hacía ella? Jugar al aquí te pillo aquí te mato con el primer tipo que tocaba el timbre de su casa a las dos de la mañana, un hombre del que, por no saber, no sabía ni su nombre. Y aunque no parecía tener malas intenciones —al menos asesinas, porque de las otras tenía a raudales, o eso parecía—, no dejaba de ser lo que era: un desconocido.

Punto. Fin de la discusión.

—¡Vete ya, hombre! —gritó dándole un suave golpe en el hombro que tuvo escaso resultado, salvo que, por fin, los labios del hombre, esos que apestaban a pecado y lujuria, se apartaron de los suyos, esos que clamaban vicio y perversión.

—Ni por asomo. Tengo órdenes muy precisas de curar al muchacho, así que de aquí no me voy sin verle.

—¿Curar? —espetó ella, mirándolo de arriba abajo—. ¿Acaso eres

médico?

Después de un fruncimiento de ceño, el hombre comenzó a negar con la cabeza.

—El término correcto es sanador.

Oh, venga ya.

—Debo de tener cara de tonta, ¿a que sí?

—¿Por qué lo dices? —preguntó realmente confuso.

—Y que sanador —masculló, haciendo caso omiso a su pregunta—. ¿No podrías haber encontrado un término más acorde a tu época y a tu apariencia, hermoso?

—¿Apariencia?

—Ni en este mundo, ni en ningún otro paralelo, o perpendicular, o transversal a este, un tipo de tu planta se haría llamar sanador —dijo la última palabra con retintín.

—¿Y qué planta debería tener un sanador?

—Pues, para empezar, alguien serio y responsable. Alguien que no tiene pinta de chico malote lleno de tatuajes y que parece recién salido de un bar de moteros tipo Ángeles del Infierno.

—¿Tengo pinta de malote?

Pareció muy divertido con la percepción que ella tenía de él.

—De los peores. De los que no tienen ningún reparo en personarse en una casa decente a altas horas de la noche y pelear con una damisela en apuros.

El hombre ahora rio por lo bajo.

A ella le dio un pequeño vuelco el corazón por ese sonido; suave, dulce, cristalino... como su mirada en esos momentos.

—Yo no he peleado. Me he limitado a detener tu ataque. Y en cuanto a damisela en apuros...

No acabó la frase; de eso se encargó su risa burlona y despectiva.

Brigid se puso rígida.

—¿Qué? Anda, termina, pero ojito con lo que vas a decir, si no quieres que te baje eso que te ha crecido entre las piernas de un...

La puerta se abrió a su espalda dando paso a un Keve maltrecho y malhumorado.

—¡Brigid, coño, que llevo media hora llam...! ¡Hostias, Dru!

CAPÍTULO 6

Solo los dioses saben lo agradecido que me sentí con la aparición de Keve.

El Mal no. Ese quería más; más lucha, más pelea verbal, más enfrentamiento... más toqueteo, más acercamiento.

Más de ella.

El otro ente era otro cantar. Lo sentía en mi interior, mascullando mil maldades que quería hacerle a la desequilibrada del cabello cobrizo, furioso y totalmente fuera de sí.

Controlé a ambos sin gran problema, pues estaba demasiado ocupado tratando de darle sentido (e impidiendo que fueran más allá) a dos reacciones corporales totalmente inesperadas en mi persona.

Podía entender que *eso* se me hubiera levantado entre las piernas, como había apuntado Brigid, pues de piedra no era, pero llevaba tantísimo tiempo sin sufrir una erección que me pilló totalmente desprevenido. Lo hubiera controlado mejor si desde el principio lo hubiera atajado, pero no, había tenido que restregarme contra ella, buscar el tacto de su piel... de sus labios.

¿Por qué estuve a punto de besarla?

No le voy a echar la culpa al Mal (ni mucho menos al Ente, que parecía odiar a Brigid), pues yo, y solo yo, fui quien deseó hacerlo. Era una estupidez pensarlo siquiera, un juego muy peligroso en el que no solo me iba a quemar, sino que podía llevarme por delante a Brigid, pero no quise privarme de ese pequeño placer.

El único, de hecho, al que sucumbía desde hacía ya demasiado tiempo.

Por suerte (o desgracia), no hubo beso, pero eso no disminuyó la excitación. Creo que, si me apuras, no hizo sino aumentarla.

Hubo otra reacción que me descolocó aún más, algo que solo he experimentado una vez en mi vida, cuando renací: el alargamiento de los colmillos. Fue algo muy breve y que conseguí que volvieran a su estado natural sin dificultad, pero me pregunté en qué momento me había relajado tanto como para no ser consciente de que algo raro pasaba en mis encías.

Creo que sucedió cuando traté de serenarla.

Sí, en ese momento, mientras la tenía entre mis brazos, mientras aspiraba su aroma, una parte de mí, que nada tenía de sexual, quiso tomar su sangre con un único propósito: sellar el vínculo.

Eso lo supe después, cuando tuve tiempo para analizar las cosas, pero en ese momento no supe muy bien cómo me sentía. Eufórico, por un lado. Destrozado por otro. Alegría y tristeza. Calma y desasosiego.

Mi eterna dualidad.

Era muy triste, pero mucho, descubrir que estabas ante la mujer de tu vida y tener que dejarla marchar. Tal vez estaba anticipándome, pero ya aun antes de conocerla sabía que era, o había sido o sería, alguien importante en mi vida. No, no tenía muchas dudas al respecto, y las pocas que podía albergar se esparcieron como cenizas al viento cuando no sucumbió a mi *persuasión*, algo que, en mi mundo, entre los Ocultos, solo sucede con la hembra destinada a ser nuestra Compañera. Y a eso le sumábamos que todo druida reconoce al amor de su vida, a su único amor, en cuanto posa los ojos en ella.

Los dioses a veces son un poco retorcidos, porque, a ver, ¿para qué la ponían en mi camino si sabían que estaba maldito, que jamás podría complacerla de la forma que se merecía, en todos los sentidos?

Si hubiera sufrido rechazo por su parte lo hubiera llevado mejor, pero pese a sus palabras y a su actitud belicosa, que por otro lado me parecieron totalmente justificadas, Brigid, en su fuero interno, también me reconoció como su Compañero.

Lo supe cuando la abracé. Había querido llevarla a mi lugar favorito, un sitio atemporal donde no había nada más que energía positiva, un lugar de suave brisa, de tenue luz, de sosiego y templanza, ese sitio al que yo llamaba mi hogar. Pensé que me costaría algo más llevarla allí, pero entonces descubrí que era empática y que, si la dejaba, podía sentir lo mismo que estaba sintiendo yo.

Fue curioso que yo también sintiera lo mismo que ella. Y lo que ella sintió fue la sensación de estar en casa.

Por eso me aparté, porque de haber seguido, aunque solo fuera un segundo más abrazado a ella, luego nada ni nadie me separarían de ella.

—¡La hostia puta! ¡Al final has venido!

Sonreí a Keve, que tenía una sonrisa de oreja a oreja y los ojos brillantes.

Mucho. De hecho, demasiado.

Fruncí el ceño y me centré en sus pupilas, que estaban totalmente dilatadas.

—¿Estás drogado?

—Hasta las trancas, tío. Creo que aquí la colega se ha pasado con la infusión—dijo con una risa tonta, pero luego miró a su hermana muy serio—. Vete. Tengo que hablar con Dru.

De un empujón la apartó de la puerta, me agarró del brazo y me metió de lleno en su cuarto. Un segundo después, cerraba la puerta en las narices de una asombrada Brigid.

—¿Cómo está Alba? —fue lo primero que me preguntó. Había una sincera preocupación en él.

—Sana y salva.

Se peinó hacia atrás con un gesto de arrepentimiento y pesar que me conmovió.

—Ronan me va a cortar las pelotas...

—Lo dudo. Hiciste lo que pudiste.

—Pero no suficiente. —Suspiró, compungido, pero luego clavó sus ojos azules en mí—. Venga, venga, haz algo, que esto duele un huevo y parte del otro.

Chasquéé la lengua por el vocabulario empleado, más aún cuando las partes nombradas, las mías en concreto, seguían palpitando reclamando atención.

—¡Keve! —gritó la hermana irrumpiendo en el cuarto—. Ya mismo te

estás tumbando. Y tú, largo.

Yo sonreí, pero al muchacho no le sentó nada bien la orden de su hermana.

—Dru se queda. Ha venido a curarme.

—Eso ha dicho él. Que es... sanador.

—Exacto. Así que, fus, fus.

¿Fus, fus? Estuve a punto de solar la carcajada, pero entonces Brigid siguió hablando.

—Ni fus ni fas —replicó con escepticismo mientras me miraba de arriba abajo. Casi pude sentir la caricia de su mirada—. ¿Y con qué piensa curarte, eh?

Keve la miró como si fuera estúpida.

—¿Con qué va a ser, duendecilla? Pues con sus...

—Medicina natural —corté rápidamente antes de que cometiera alguna imprudencia. Estaba en ese estado en el que las drogas aletargaban los reflejos y soltaban la lengua.

Brigid me miró como si no me creyera, pero desvié la vista de ella a su hermano, que comenzaba a desplomarse. Lo agarré rápidamente por la cintura y lo llevé hasta la cama, donde lo deposité con cuidado, dado que se quejaba de dolor.

—Su puta madre, lo que duele esto. Haz algo, Dru —susurró con impaciencia.

—No puedo —susurré a mi vez—. No con ella aquí.

—¿Qué decís?

—Échala.

—No me hace caso.

—Pues haz eso. Ya sabes. *Persuadir*.

Negué con la cabeza. Brigid se había acercado a nosotros.

—No puedo.

—¿Por qué? —preguntó enojado. Era muy raro que Keve se mostrara tan

enfurruñado, prueba de que debía estar sumamente dolorido.

—No... funciona.

—¿Cómo que no funciona? No lo habrás hecho bien.

—¿Qué no ha hecho bien? —quiso saber Brigid.

—Lo he hecho perfectamente —susurré.

Keve me miró con los ojos muy abiertos y la mandíbula desencajada. Cuando comprendió lo que eso significaba, se restregó el rostro con las manos.

—No me jodas, tío... ¿Como Ronan con la albina?

Ni afirmé ni negué. Que sacara las conclusiones que quisiera.

—¡¿De qué puñetas estáis hablando?!

—Tú cállate y largo —soltó Keve de malas maneras.

—Te pongas como te pongas, no me voy a ir.

—Eres muy cansina y me tienes harto; quiero quedarme a solas con Dru. Quiero que me cure. Y no quiero que lo veas. ¿Tan difícil es de entender?

Brigid no dijo nada, pero se cruzó de brazos y arrugó el ceño. Estaba decidida a quedarse, casi tanto como Keve a que se marchara.

Esa era una guerra de voluntades que iba para largo, pero yo no tenía tiempo, así que decidí hacer las cosas a la vieja usanza.

—Deja que se quede. Lo mismo hasta es de utilidad.

Los mellizos me miraron con una expresión casi idéntica de asombro.

—¿En serio? —preguntaron a la vez.

—En serio. Keve, ¿qué clase de droga has tomado?

—¿De droga nada! —protestó Brigid, ofendida.

—Entonces, ¿qué cosa?

—Láudano—respondió entre dientes y un ligero rubor delator—. Es lo único que me ha dejado darle, y porque era para aliviar el dolor, pero las heridas no me ha dejado tocarlas.

—¿Láudano? —pregunté asombrado. Ese era un remedio muy usado en siglos anteriores, pero hoy en día estaba bastante desfasado. Si me hubiera dicho analgésico, o morfina o cualquier otro remedio actual contra el dolor me hubiera quedado tranquilo, pero el láudano podía ser contraproducente si no se trataba bien—. ¿Y de dónde lo has sacado?

—Lo he preparado yo misma.

La miré un tanto alerta.

—¿Cómo?

—Pues con vino blanco, azafrán y clavo. —La miré alzando una ceja, instándola a que siguiera. No tardó en captar la indirecta—. Bueno, y algunas cosas más.

—Por ejemplo...

—Adormidera —confesó con altivez, retándome a que la censurara.

Me tragué una sonrisa.

—Opio —corregí.

—Adormidera —insistió.

—¿Acaso no es lo mismo?

—De eso nada —insistió.

Decidí no acosarla más.

—¿Y de dónde la has sacado?

—Brigid cultiva todo tipo de plantas en el patio —respondió Keve por ella.

—Cierto. Incluso adormidera.

—Me gustaría ver esa planta.

—¡Hola! —intervino Keve—. ¿Vais a seguir charlando toda la noche de plantitas, o vais a empezar a hacerme caso? ¡Me estoy muriendo!

—Lo que te gusta el teatro—se mofó Brigid.

Volví a centrarme en Keve, que había roto a sudar y tenía la mirada absolutamente vidriosa.

—Desnúdate, Keve. Necesito ver cuáles son los daños.

—Ya te lo digo yo: estoy jodido.

—Eso lo sé —repliqué usando el mismo tono de voz que usaría para calmar a un niño—. Pero quiero ver hasta dónde.

Me miró sin comprender, pero no hizo amago de desnudarse.

—Keve, ahora —exigí.

El muchacho se mordió el labio, pero luego miró de reojo a su hermana.

—¡Oh, por favor! —bufó esta cuando detectó su mirada—. ¿Ahora vas a venir con pudor? Ni que fuera la primera vez que te veo la chorra.

—¿Chorra? —pregunté.

Brigid arrugó la frente y me miró con extrañeza.

—Chorra. Minga, picha, ciruelo, nabo, rabo, cola, pene, polla... Eso que hace un momento se levantó entre tus piernas y...

—Lo he captado —corté.

—Un momento, ¿te has puesto cachondo con mi hermana?

—No.

—Sí.

Dirigí una mirada admonitoria a Brigid.

—Keve, son casi las tres de la mañana. No tardará en amanecer —recordé para que se dejara de tonterías de una vez por todas.

—Ostras, es verdad —dijo quitándose la camiseta.

Mientras se desprendía del pantalón, me volví hacia Brigid.

—¿Puedes ir calentando agua, machacando ajo y buscando vendas?

Ella agrandó mucho los ojos.

—¿Ajo?

—A no ser que tengas desinfectante químico... Me lo temía —susurré cuando ella comenzó a negar con la cabeza. Luego, aventuré esperanzado—. ¿Y corteza de roble?

—De eso sí que tengo. Y savia.

—Oh, perfecto —dije maravillado—. ¿Sabrías preparar una infusión con ella?

—Sí, mi abuela me enseñó.

—Estupendo. Pero no te pases con la corteza —advertí entre risas.

Al principio me miró con los ojos entrecerrados, pero luego la risa bailó en sus ojos.

—¿Proporción una a tres? —preguntó haciéndose la listilla.

Ladeé la sonrisa. Qué engreída era... y qué bonita en su soberbia.

—Mejor una a cuatro.

—Es muy poco.

—No, si tenemos en cuenta la cantidad de... adormidera que lleva encima. Ve, por favor.

Por fin se marchó, y aunque presentí que me había aceptado, decidí cerrar la puerta con mis poderes y echar el candado por si se le ocurría volver antes de que terminara con Keve. No me apetecía tener que estar explicando por qué de mis manos salía esa energía azul ni por qué se convertía en negra.

—Dime dónde te duele—pedí al muchacho.

—Todo.

—Especifica, Keve. No tengo tiempo para una auscultación en profundidad.

Keve me señaló las costillas, la boca del estómago y allí donde debía estar el hígado.

Fruncí el ceño, temiendo que fuera demasiado tarde.

Las heridas debían tratarse de forma inmediata para que mis poderes sanadores tuvieran efecto. Si pasaban más de doce horas, olvídate de poder hacer algo por ellas. Por suerte estábamos a tiempo, así que concentré toda la energía, positiva, negativa y neutra, y comencé a entonar un cántico. Las manos no tardaron en tomar temperatura, así que las puse sobre las zonas doloridas y dejé que actuaran por sí mismas, mientras repetía las mismas palabras una y

otra vez.

Era curioso, pero curar me relajaba. Y digo curioso, porque en realidad lo que hacíamos era un intercambio de energías; mi positiva, por su negativa. Esto debería suponer un perjuicio para mí, pero contrariamente a lo esperado yo no sufría por este intercambio. Creo que el Mal absorbía el dolor y, satisfecho, me dejaba tranquilo durante bastante tiempo. Distinto sería si absorbía demasiado mal... Había que tener mucho cuidado con eso. Por eso nunca había tratado de curar a moribundos; era darle demasiado *mal* al Mal.

Por suerte, no era el caso.

Cuando acabé miré a Keve, que tenía los ojos cerrados, la respiración calmada y una expresión de paz. Me conmovió.

—Ya está.

Keve abrió un ojo para mirarme, pero luego abrió el otro y se echó un vistazo a sí mismo.

—Pues vaya chapuza. No me has curado los cortes, ni los moretones, ni...

—No debo, Keve. No sin levantar sospechas. —Seguía bajo los efectos del opio, porque me miraba sin comprender—. Dime, si te curo del todo, ¿qué crees que pensará tu hermana de mí?

—Me da igual. No volverá a verte.

Si me hubiera dado una patada en la boca del estómago no me habría dolido tanto.

Porque a mí no me daba igual. Porque yo sí quería volver a verla.

Pero, sobre todo, porque Keve tenía razón.

No importaba lo que Brigid pensara de mí. Yo no sería más que un episodio extraño en su vida la noche de Beltaine.

Y eso dolía como mil demonios.

De tonta no tenía ni un pelo, así que sabía que en realidad el hombre, el tal

Dru (¿por qué le resultaba tan sexy ese nombre?), había buscado una excusa fácil para quitársela de encima.

Ella se había hecho la sueca, porque había comprendido que Keve no corría ningún tipo de peligro con Dru. Lo supo cuando vio el cuidado y la delicadeza con la que tumbó a su hermano en la cama, como si fuera alguienpreciado para él. Desde ese momento, había bajado la guardia.

Quizá aun antes, pese a que ella había hecho todo lo posible para resistirse.

El sonido del agua desbordándose la sacó de sus reflexiones y le hizo pegar un grito y correr a retirar el cazo del fuego. Cogió una bayeta para limpiar el estropicio lamentando su descuido, pues ya no servía la infusión, dado que esta no debía llegar a ebullición.

—Me cago en todo... —susurró.

Una risa baja la hizo girarse rápidamente.

Apoyado en el marco de la puerta, Dru la miraba con una mezcla de diversión y dulzura.

Por la Madre, era impresionante. Cuerpo atlético, no demasiado musculoso, salvo lo justo. Rostro hermoso hasta lo imposible. Cabello de seda...

—¿Cómo vas con eso? —preguntó.

Brigid controló un escalofrío y aparentó indiferencia bailando la mano en el aire.

—La infusión de roble se ha echado a perder. Me he despistado y ha hervido.

Con un chasqueo de lengua, Dru se apartó del vano y se acercó lentamente a ella.

—Prepara otra. Ya termino yo de machacar los ajos.

Brigid lo miró a los ojos. Castaños, con motitas doradas. Qué cálidos. Qué acogedores.

Y qué distantes al mismo tiempo.

Tenía que hacer o decir algo, lo que fuese, para salir del embrujo de su

mirada.

—¿Sabrás hacerlo, Dru?

El hombre ladeó la cabeza y la miró con curiosidad.

—¿Podrías repetir eso?

—¿Lo de que si sabrás hacerlo?

—No. Mi nombre.

—¿Por qué?

Dru la miró con intensidad. Algo relampagueó en sus ojos.

—Porque me gusta cómo suena. Me hace sentir... bien.

Dijo la última palabra como si fuera algo más que *bien*. Algo único,preciado, maravilloso, como si el bien fuera algo ajeno y ansiado en su vida.

O eso, o estaba jugando con ella.

Y Brigid ya era mayorcita para jugar.

—Machaca el ajo, anda —pidió de malas maneras.

Dru trató de encubrir una sonrisa, aunque la decepción estaba patente en su mirada castaña.

Con un suspiro, se colocó a su lado para ocupar su puesto en la encimera y hacerse cargo del mortero. Al hacerlo, sus manos se rozaron. Brigid contuvo el aliento, sobre todo cuando el dedo meñique del hombre se demoró más de la cuenta en el contacto. La joven miró embelesada cómo el dedo largo y fino del hombre se separaba del resto, como si buscara un agarre, como si se negase a verse privado de la caricia.

Parpadeó confusa, porque tuvo la sensación de que con ese roce había encendido algo dentro de ella, pulsado un interruptor que activaba un mecanismo que la dejaba sin respiración, a la espera de más, extasiada, enfebrecida.

Y excitada.

Un dedo. Tan solo le había bastado un dedo para acelerarle el corazón, contener su respiración y desear agarrarse a su cuello, rodearle la cintura con las piernas y devorarle la boca.

¿Qué ocurriría si se le ocurriese besarla?

Una hecatombe.

No tuvo ocasión de averiguarlo, pues después que Dru la mirara de reojo, le brindó la indiferencia. En ese momento el mortero era infinitamente más atrayente que ella, a tenor del interés que Dru mostraba en él.

Brigid lo miró con una mezcla de alivio y enojo.

Con qué facilidad pasaba de un extremo a otro. ¿Habría imaginado el roce? Tal vez.

O tal vez no. Todavía sentía la caricia allí donde le había tocado.

«Fin de la historia».

Decidida a ignorarlo a su vez, vació el cazo para preparar una nueva infusión. En la cocina tan solo se escuchaba el tic tac del reloj, el zumbido de la nevera y los golpes del mortero. Brigid, además, escuchaba los latidos de su propio corazón y su respiración irregular, pero esperaba con toda su alma que Dru no fuera consciente de ellos.

Por si acaso, y pese a que era el suyo un silencio que no resultaba del todo incómodo, decidió romperlo, a ver si de paso le sacaba algo de información.

—¿Y tú qué relación tienes con mi hermano?

—Trabaja con nosotros.

—Y ese trabajo es...

Hubo un largo segundo de silencio.

—Seguridad.

Qué bien tenían aprendido el discursito.

—Ya. Seguridad. —Echó en el agua un poco de corteza de roble antes de que el agua hirviera—. Me estaba preguntando... ¿Qué hace un curandero con una patrulla de seguridad?

—Sanador —corrigió él—. Y la respuesta es obvia: velo por vuestra vida.

—Sanando.

—Sí —respondió él, aunque Brigid pudo detectar cierto titubeo en su voz

—. Sanando también.

—¿Y cómo sanas? Me refiero, ¿sueles llevar un maletín o algo así?

Como se daban la espalda, Brigid no pudo ver su reacción, aunque sí escuchó su risa.

—Solo si me llaman expresamente para ello.

—Como hoy.

Otro momento de silencio.

—No. Hoy ha sido diferente.

—¿Por qué?

—Haces demasiadas preguntas.

—No, hago las preguntas necesarias.

—Demasiadas —cortó él.

—¿Eso quiere decir que no vas a seguir respondiendo?

—Depende.

—¿De qué? —preguntó girándose un poco para mirarle.

—De la pregunta. ¿Tienes aceite de almendra?

Qué manera más descarada de cortar la conversación.

Con un resoplido, Brigid abandonó la cocina y fue hasta el baño. Cogió el pequeño frasco y regresó sin dilación a la cocina. Dru levantó la vista del mortero cuando entró y le dedicó una sonrisa que no fue correspondida. Con una actitud altanera depositó el frasco en la encimera y luego se fue a su puesto en el fogón.

—Y dime —comenzó a decir al tiempo que removía la nueva infusión—, ¿qué clase de nombre es Dru?

Le pareció que él contenía el aliento, así que lo miró por encima del hombro. Él estaba de espaldas a ella, pero percibió que había cesado de machacar el ajo y que se había puesto rígido.

Le pareció que no iba a contestar, pero tras un suspiro reanudó la tarea y respondió en un tono que le sonó extraño, como si tuviera algo en la boca.

—Solo es un alias.

Brigid bajó el fuego y se colocó a su lado para poder mirarle. Arrugó el ceño, confusa, cuando se percató que Dru estaba apretando los labios con fuerza, como si estuviera enfadado o algo así. Pero ¿por qué?

Por las preguntas, claro.

—Un alias, ¿eh? ¿Y cuál es tu verdadero nombre?

—Buena pregunta —susurró sin mirarla y sin apenas mover los labios.

Brigid esperó a que el hombre siguiera hablando, cosa que no sucedió. Exasperada, resopló.

—¿No me vas a decir tu verdadero nombre?

Nada, como si hablara con la pared.

—Vale, lo he pillado. Nada de nombres verdaderos, no vaya a ser que pueda usar esa información en vuestra contra.

Por fin él la miró. Tenía una mirada recelosa e interrogante. Antes de hablar hizo un movimiento extraño con la boca. Era como si se acariciase los dientes con la lengua.

—¿Qué quieres decir? —dijo al fin.

—Oh, venga, lo sabes —respondió bailando la mano en el aire—. Puede que tengáis engañados a Keve, pero a mí no me la dais. Has de saber que yo me llevé toda la inteligencia y el sentido común.

Dru cesó de machacar el ajo y lo apartó. Apoyó la cadera en la encimera y se cruzó de brazos.

—¿Y en qué tenemos engañados a Keve?

—Drogas.

Dru abrió mucho los ojos, pero luego soltó una carcajada.

—La inteligencia no sé, pero desde luego te llevaste toda la imaginación. ¡Drogas! —y continuó riéndose.

—Oh, para ya. Ni tú ni el jefe de Keve sois personas normales. Tenéis pinta de...

—Malotes —recordó él.

—Sí, malotes.

Dru movió la cabeza de un lado a otro, pero luego se colocó frente a ella y, para su sorpresa, agarró su mano y se la llevó al pecho.

Fue demoledor el contacto, pese a la tela. Bajo la palma de su mano, un corazón latía aceleradamente dentro de un pecho tan duro como cálido.

Más demoledora fue la intensa sobriedad de su mirada castaña.

—Te doy mi palabra de que ni yo ni ninguno de los hermanos haríamos algo que pueda perjudicar a los... a la gente. Es nuestro deber velar por vuestra seguridad.

Brigid tragó saliva. Parecía tan sincero, tan serio en su juramento, y al mismo tiempo tan indignado de que pudiera pensar lo peor de él, que decidió creerle.

Al menos, de momento, mientras su mano aún estuviera en contacto con su pecho y mientras se sintiera atrapada por sus ojos.

—Debes entenderme —pudo decir al fin—. Es todo tan extraño, tan raro. Y me preocupo tanto por él... Es lo único que tengo. Mataría por él si fuera necesario.

Había una sincera amenaza en su voz.

Dru sonrió con tristeza y después le acarició la mejilla con los nudillos.

—No, no lo harías. No podrías.

Brigid retiró la mano y le miró ofendida.

—Sí podría. Soy cinturón negro. No vayas a creer que no tengo fuerza para...

El hombre depositó un dedo en sus labios, pidiendo silencio.

—No, no podrías —susurró. Movié el dedo por sus labios en una dulce caricia que la obligó a contener el aliento por miedo a que se le escapara un jadeo—. No está en tu naturaleza destruir, sino crear.

Tomo sus manos y las miró con deleite, como si fueran un bien preciado, algo muy hermoso y delicado.

Tenía que romper el contacto. Tenía que alejarse de él, de su mirada, de su aroma a sándalo, de la promesa de una felicidad al alcance de la mano.

Alejarse de lo que estaba sintiendo.

Como pudo, se libró del agarre y se giró con brusquedad para darle la espalda, a tiempo de descubrir que el agua, nuevamente, había roto a hervir.

—Otra vez se ha estropeado —susurró con pesar.

Dru suspiró, pero después de un par de segundos dijo:

—Iré a ponerle esto a Keve.

Brigid supo el momento exacto en el que Dru abandonó la cocina, pero no fue por el sonido de sus pasos, sino por el frío que sintió con su marcha.

Aterrada, presintió que siempre sería así, que a partir de ahora solo él podría disipar ese frío.

Que solo él podría entibiar su corazón.

CAPÍTULO 7

—Sigamos. Dru, ¿cómo está el puto elfo?

Alcé la cabeza cuando Mael se dirigió a mí. Antes de centrarme en él miré perplejo a mi alrededor, porque por un momento mi mente había volado hacia el cuarto de Keve, donde apenas unas horas atrás me había dejado olvidada una parte de mí.

Marcharme había supuesto toda una Odisea, aunque lo hice de las peor de las maneras, sin despedirme y a hurtadillas.

Después del episodio de la cocina, en el que me expuse más de lo debidamente conveniente, decidí cortar el problema de raíz. No podía permitir que mis colmillos se alargaran cada vez que ella decía mi nombre, o cada vez que reía, o cuando suspiraba o... siempre que estaba presente.

Comprendí que poco más podía hacer por Keve, así que tras tratar las heridas con la mezcla de ajo y aceite de almendra —y un encantamiento—, le di instrucciones a Brigid de cómo y cuándo administrarle la infusión de roble.

Tenía grabada en la retina la última imagen de Brigid; sentada en el borde de la cama de su hermano, con su larga cabellera cobriza a modo de chal, sus pies descalzos y su mano, suave y delicada, acariciando la frente de su mellizo.

Quise susurrar un adiós, pero la palabra murió en mi garganta, porque una parte de mí se negó a despedirse de ella, de modo que me di la vuelta y salí del cuarto en silencio, ignorando la promesa que pareció quedar flotando en el aire de volver a vernos algún día.

—Dru.

Volví al presente, donde un Mael cada vez más impaciente seguía esperando una respuesta.

—Keve está perfectamente. Sus heridas no eran graves y no tuve que emplear más que una mínima parte de mis poderes. Lo difícil fue conseguir que su hermana me dejara ayudarlo. —Carraspeé, furioso, porque nuevamente me había dejado llevar por las emociones. Creo que nadie se dio cuenta, salvo Ronan, que me miró con una ceja alzada—. Solo está un poco triste y enfadado consigo mismo. Ronan, me mandó decirte que lo lamenta, que lo entenderá si pides su cabeza. Además, le han robado el coche.

Ronan hizo un gesto con la mano, como quitando importancia al asunto.

No presté gran cosa al resto de la reunión, en la que tratábamos de darle sentido a todo lo sucedido con Alba y los Corruptos.

No recuerdo mucho más de aquella reunión. Sé que entré en trance y que invoqué a la diosa Dana, pero de forma muy vaga. Cuando la invocaba solía entrar en trance y dejaba de ser yo mismo, por decirlo de algún modo. Después de eso, simplemente me perdí en mis pensamientos.

Lo bueno (o malo, no lo tengo claro), de ser inmortal era que teníamos demasiado tiempo, de ese modo me podía tirar días y días seguidos pensando en un mismo tema. Esa iba a ser la línea de ese día, es decir, evocar la imagen de Brigid hasta que tocara abandonar el Hotel por la noche para hacer la ronda, pero entonces Evelina se cruzó en mi campo de visión.

Evelina era una Real que Mael tenía a su cargo desde hacía muchos años, miles diría, aunque nadie sabía por qué. Creo que ni siquiera Mael lo sabía.

De larga cabellera rubia, era tan hermosa como delicada. Me inspiraba sosiego, pues eran sus gestos sigilosos, y su mirada siempre estaba cargada de dulzura.

Había vuelto al salón para recoger el libro que había dejado olvidado. Al verme sentado en el sillón pareció titubear, pero tras dedicarle una sonrisa se relajó y se apresuró a tomar el volumen.

—Ya me marcho. No era mi intención perturbar su duermevela —susurró.

—Tranquila, no dormitaba. No te vayas, por favor —pedí cuando vi que hacía amago de marcharse.

Creo que a Evelina se le tenía prohibido estar a solas con nosotros, porque siempre que esto sucedía Mael no tardaba en aparecer. Hasta que eso se produjera, decidí aprovechar la oportunidad para hablar sobre otro tema que

me interesaba mucho más: la profecía de Alba y los Corruptos.

—Evelina, ¿cómo dices que concluía la profecía?

La Real tenía una mente prodigiosa, así que cerró los ojos y la recitó de memoria.

—«*Cuando la luna anule al sol, aquel que ha caminado entre los dos mundos deberá beber la sangre de la criatura. Solo entonces se producirá la inversión. Pero, cuidado, porque lo que fue, será. El receptor de la mezcla ha de estar de acuerdo con esta consecuencia.*»

—¿Y cuál crees que es esa consecuencia? ¿Piensas que, si yo la bebo, por ejemplo, volvería a ser humano?

Evelina me miró con recelo.

—Eso ya no es posible. Al contraer el vínculo con Ronan su sangre se ha adulterado.

La muestra de sangre que tomé a Alba había sido antes de que contrajeran el vínculo, así que aún servía para mi propósito.

—Cierto. Pero ¿y si no hubiera sido el caso?

El recelo de Evelina fue más acusado.

—Sí, volveríais a ser humano. Pero solo si tomaseis una cantidad considerable.

—¿Cuánta?

Por la mirada especulativa que me dirigió, supe que sospeché que algo me traía entre manos, pero no me importó. Quería respuestas y no me apetecía jugar al ratón y al gato.

—Hasta matarla.

Suspiré de desilusión.

—Muchas gracias, Evelina.

La Real hizo una reverencia y se encaminó hacia la puerta, pero pareció pensárselo y regresó junto a mí.

—Dru, hay cosas que es mejor dejarlas como están. No es juicioso hurgar en el pasado.

—Tranquila. No haré ninguna tontería.

Evelina asintió, conforme con mi respuesta. De nuevo se inclinó y se encaminó hacia la puerta. No había hecho más que marcharse cuando Mael apareció frente a mí. Miró a su alrededor y luego a mí.

—¿Dónde está Evelina?

—Acaba de marcharse.

Frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—¿Qué hacías aquí con ella?

—Hablar.

—¿De qué?

—De la profecía de Alba.

—Ya se dijo todo lo que se tenía que decir sobre eso.

—Necesitaba una aclaración más.

—¿Sobre qué?

—Pues sobre...

—¿La has tocado? —me interrumpió.

—¿¿Qué?! —exclamé con incredulidad y entre risas.

—Lo que has oído. ¿La has tocado?

Lo dijo en un tono bajo y amenazador. Me enojó mucho que pensara algo así, y no solo porque conocía mi *problemilla* con el sexo, sino porque siempre me he tenido por un caballero.

—No, Mael, no la he tocado. Parece mentira que precisamente tú me preguntes algo así.

—Ya, sí, disculpa... —¿Mael, disculpándose?—. Estoy un poco agobiado.

—¿Tú, agobiado? ¿El gran Mael? ¿El rey de la impasibilidad?

Para mi sorpresa, Mael se dejó caer a mi lado en el sofá y se mesó el cabello.

—Este asunto de Ronan y Alba me trae de cabeza —confesó, dejándome

más asombrado si cabía.

Era muy raro que Mael se sincerase de ese modo.

—¿Por qué? No veo mal alguno en que sean Compañeros. De hecho, Ronan no es el único Custodio que crea el vínculo.

—No es por eso... Es por... Esto va a traer consecuencias, verás.

—¿Cómo por ejemplo?

—Mi caída.

—¿Es algo que sospechas, o que sabes con certeza?

—Con mucha certeza. —Agitó la cabeza, como si deseara borrar un pensamiento.

—No lo comprendo. ¿Por qué su unión te perjudica tanto?

—¿Y a ti qué te pasa?

Alcé las cejas.

—Estábamos hablando de ti.

—Ya, y ahora lo hacemos de ti. Responde.

—¿Qué se supone que me ocurre?

—Estás disperso.

—Cansado, nada más.

Mael se levantó y se colocó frente a mí.

—Dru, sabes que cualquier contratiempo, todo aquello que te altere, debe ser erradicado de tu vida. Así que, si algo te preocupa, suéltalo.

Me faltó poco para echarme a reír.

—Espera, espera... ¿Estás jugando a ser padre?

—No te pases... Hermano mayor, en cualquier caso.

Iba a reírme cuando recordé que había algo que sí debía contarle.

—Otro ser se ha manifestado.

Mael abrió mucho sus ojos multicolor y ladeó la cabeza.

—¿Qué otro ser?

—Lo desconozco. Lo siento dentro de mí, pero no creo que sea peligroso. Solo está...

¿Celoso? ¿Era esa la palabra?

—¿Cómo está? —exigió saber Mael.

Me di cuenta que hablarle del Ente implicaba hablarle de Brigid, ya que parecían ir parejos, y no me apetecía nada que él supiera de su existencia.

—A la expectativa —respondí acertadamente.

—¿De qué?

—No lo sé. Es algo que tengo que averiguar. Solo tengo la impresión de que es un ente que siempre ha estado ahí, confinado en las sombras, pero que ahora ha despertado.

—¿Y no sabes qué ha sido lo que lo ha sacado de su confinamiento?

—No.

Sí, mentí, no me avergonzaba hacerlo. Todo con tal de protegerla.

—Mal asunto. Por favor, trata de descubrir qué es y qué quiere. ¿Dices que no es peligroso? ¿Podrás controlarlo?

Me encogí de hombros a modo de respuesta, pues no sabía cuán de peligroso e incontrolable podía llegar a ser el Ente.

Mael me miró durante un par de largos, muy largos, segundos, pero para mi alivio desapareció de mi vista sin ni siquiera despedirse.

Era así de maleducado.

No recuerdo cómo pasé el resto del día, salvo la sensación de que estaba siendo eterno, que las horas no parecían avanzar y que tenía unas ganas enormes de que llegara la noche.

Y todo por volver a verla.

Sí, de acuerdo, no debía pensarlo siquiera, pues estaba doblemente maldito y jamás podría tenerla, pero eso no quería decir que, de vez en cuando, no le hiciera una visita...

Keve se removía en la cama, inquieto y nervioso, aún bajo los efectos de la porquería que su hermana le había obligado a beber por indicación del druida de las narices, hasta que muchas horas después consiguió dormirse.

Por primera vez en su vida, soñó. O quizá no fuera un sueño...

Por el realismo del sueño, parecía una visión, un vaticinio del futuro. Brigid lloraba desconsolada, llamándole a gritos y casi muerta de pena, hasta que unos brazos la envolvieron y su llanto se convirtió en apenas un jadeo lastimero. Keve no estaba del todo seguro, porque los veía a través de un velo, pero el hombre que la abrazó, de pelo largo, moreno y completamente liso, le resultó vagamente familiar.

A decir verdad, conocía la identidad de aquel individuo que consolaba a su hermana, pero una parte de él, quizá la precavida, negaba la posibilidad de que su hermana se involucrase en el mundo de los Ocultos, y menos, contra todo pronóstico aparente, con el más peligroso de todos.

Por suerte el sueño cambió de forma radical, y aunque era consciente de que estaba echado en la cama, sintió que se desplazaba. Si era en el espacio o en el tiempo no podía determinarlo. En cualquiera de los casos, de pronto estaba en otro lugar, mucho menos lúgubre y con una protagonista que le arrancó una enorme sonrisa: su madre.

Era prácticamente imposible que se acordara de ella, ya que murió al darles a luz. Sin embargo, pese a ello, Keve siempre la sentía cerca. Cuando se sentía triste, cuando se sentía eufórico, cuando se sentía perdido...

Siempre.

En el sueño había niebla cerrada, pero poco a poco esta se disipaba conforme ella caminaba hacia él.

Era... Ahhh, su madre era hermosa. La mujer más bella del mundo. Tenía una sonrisa radiante y unos ojos almendrados, de un azul tan intenso como el suyo y el de su hermana. Era increíble el parecido de los hermanos con su madre.

—Mi niño —dijo cuando llegó al fin a su lado, con esa expresión tierna y embelesada que solo las madres pueden tener.

—Mamá —sollozó Keve, dejándose caer en su regazo y aspirando su olor a espliego, un olor nunca antes olido por él, pero que reconoció inmediatamente.

—Lo estás haciendo muy bien, mi niño. Estoy muy orgullosa de ti... De vosotros —añadió.

Keve negó con la cabeza, avergonzado.

—No, mamá. Ando con criaturas oscuras y...

—Guardianes, Keve. Como tú.

Del aquel sueño poco más recordaba, salvo quizá el calor de su cuerpo, su olor, sus caricias en el pelo revuelto. Recordó la paz que sentía, así como la tristeza de saber que, tan pronto despertara, ella desaparecería, y entonces todo volvería a estar mal. Él y su hermana volverían a estar solos, dos bichos raros que trataban de adaptarse a un mundo que les resultaba extraño y hostil, un lugar donde solo se encontraba a gusto con unas criaturas que ni siquiera debían deambular por las calles, preso de un don que le hacía tener visiones de muerte y destrucción.

—¿Qué soy, mamá? —fue lo que se le ocurrió preguntar, la voz quebrada y en un tono que hacía muchos años que no empleaba: el de un niño perdido que llamaba a gritos a su madre.

Ella se rio por lo bajo, una risa cálida y afectiva que le llegó hasta el corazón.

—Sangre Real. Rey de reyes. Guerrero y sabio. Protector de protectores... Keve alzó la cabeza para mirarla, pero se asustó al ver preocupación en los ojos almendrados de su madre.

—Cúdate, Keve. Y cuida a Brigid. El de un solo ojo va tras ella. Y tras de ti. Dile a tu hermana que la amo. Os amo a los dos... Ahora recuerda estas palabras: la luz siempre acaba imponiéndose a la oscuridad, siempre acaba enterrándola. El bien siempre gana sobre el mal, siempre y cuando un corazón puro esté dispuesto a sacrificarse.

—¿Qué sacrificio, mamá?

—Pronto lo sabrás. Pero ¡no lo olvides! Tampoco esto: un beso de amor verdadero destruye una mentira. —La madre miró por encima del hombro y luego abrazó al muchacho—. Os quiero, pequeños.

—Y nosotros a ti. ¡Oh, mamá! ¡No me dejes ahora! ¡No me abandones!

—Pronto estaremos juntos. Despierta ahora, mi niño. Despierta...

Quiso decirle muchas cosas, que no se fuera, que no volviera a abandonarlo, que la necesitaba, que la quería, que sin ella no era nada... Pero su madre ya se alejaba, y tal como llegó se marchó, envuelta en niebla, dejando con su marcha frío y soledad.

—¡Keve!

El muchacho volvió a la realidad de golpe, para encontrarse a su hermana inclinada sobre él, con el ceño fruncido y lágrimas en los ojos.

—La has visto, ¿verdad?

Todavía preso del sueño, miró aturdido a su alrededor, como si esperase volver a ver a su madre de un momento a otro. Cuando la realidad se impuso, cuando comprendió que no regresaría, suspiró con pesar.

—¿La has visto? —insistió Brigid.

—Sí —contestó con la voz enronquecida por la emoción—. ¿Cómo lo has sabido?

—Hablabas en sueños. Era ella, ¿verdad?

—Sí, Brigid. Pero estoy convencido de que no era un sueño.

Keve la abrazó y la consoló cuando comenzó a llorar.

—¿Qué te ha dicho? —pudo decir Brigid cuando se calmó.

Por el bien de su hermana, decidió omitir cierta información hasta que le diera sentido.

—Que nos ama. Que te cuide. Que se siente muy orgullosa de nosotros.

Brigid se apartó de su hermano y lo miró muy seria.

—¿Eso ha dicho?

—Sí.

Brigid se quitó un gran peso de encima, porque eso solo significaba una cosa: su madre apoyaba a los jefes de Keve, ergo no tenían que ser tan malos como se los había imaginado.

Tan aliviada se sintió, que abrazó a su hermano con fuerza.

—Para, para, duendecilla, que me espachurras.

—Es que te quiero mucho.

—Quita ya, pesada, que cuando te pones moñas das yuyu. ¿No sales hoy?

Brigid negó con la cabeza.

—No, me quedaré contigo.

—Buah, venga ya... ¿Para que me des el coñazo? Ni muerto.

—Cualquiera que te escuche pensaría que soy mala compañía.

—Peor que mala: pésima. ¡Auch! —se quejó cuando ella le golpeó en el hombro.

—¿Encima que estoy dispuesta a sacrificar mi sábado noche me lo pagas así?

Keve rio.

—Pues no lo sacrifiques y vete.

—Muchas ganas tú de que me vaya. No estarás pensando en salir esta noche, ¿verdad?

—Que no, cansina.

Brigid frunció los labios y lo miró con recelo.

—Como me entere de que has salido, te vas a enterar de lo que vale un peine.

—O una acelga —se rio Keve.

Siempre que Brigid se enfadaba con él le tenía una semana entera a base de acelgas. La joven le guiñó un ojo a modo de advertencia, pero luego comenzó a reír.

—En ese caso, me voy a duchar, que hoy hay fiesta en el Stigmata.

—Espera, espera... ¿Vas a subir a Madrid?

—Sí, ¿por?

—Porque no me mola que andes sola por ahí.

Y menos después de la advertencia de su madre. Una cosa era que saliera por Coslada, un lugar medianamente tranquilo, y otra que se fuera donde él no pudiera protegerla. En un momento dado, podía engatusar a Ronan para que la vigilara.

Brigid bufó.

—Eres de un protector que da asco. Compadezco a la pobre chica que caiga en tus redes.

Le dio un beso baboso en la mejilla, que Keve se limpió rápidamente, y salió disparada hacia el baño.

Una hora después, cuando acabó de arreglarse, lo último que esperaba fue encontrarse a su hermano en el salón charlando animadamente con alguien.

Pero no con alguien cualquiera, no.

El morenazo que estaba sentado en su sillón favorito, vestido con un pantalón negro y una camiseta del mismo color sin mangas, con el largo cabello echado hacia atrás y la sonrisa tímida flanqueada por dos líneas verticales que le robó el aliento era mucho más que un simple *alguien*.

CAPÍTULO 8

Fue Keve quien me abrió la puerta.

Me sentí un poco decepcionado, la verdad, porque había ido hasta allí expresamente para ver a Brigid.

Keve tenía un aspecto bastante saludable, con esa sonrisa de duende que siempre le acompañaba y la mirada limpia y clara, libre ya de los efectos del láudano y los dolores. Tan solo presentaba alguna magulladura sin importancia, nada que requiriera un cuidado especial ni una atención constante. Eso quería decir que Brigid no tenía que hacer de enfermera, y puesto que era sábado, y más de las diez y media de la noche, dudaba que se encontrara en casa.

—¡Menuda sorpresa! —gritó Keve, que me abrazó con afecto—. ¿Qué te trae por aquí?

—He venido a ver qué tal te encontrabas.

—Eso no ha sido cosa de Mael, ¿verdad?

—Ni por asomo.

Keve frunció el ceño, preocupado.

—¿Y eso no te puede meter en un lío? ¿No deberías ir directamente a Coslada Pueblo?

—Cierto, debería, pero digamos que hoy he tomado un atajo.

—Y qué casualidad que mi casa te pillaba de camino —dijo guiñándome un ojo.

—Muy de camino —respondí entre risas—. Además, ¿quién se lo va a decir?

—Yo no, desde luego. ¿Quieres pasar?

Ya que estaba allí no vi ningún mal en perder un par de minutos con Keve, así además le pondría al día de todo lo acontecido.

Tan pronto traspasé la puerta la sentí. Titubeé un segundo, porque el Ente se puso a gruñir y a maldecir, pero al ver que podía controlarlo me adentré en la casa.

Era extraña la distribución. Consistía en un pasillo muy largo que parecía no tener fin. A la derecha del pasillo encontrabas diversas puertas. Las dos primeras correspondían a los dormitorios y, a continuación, había un patio de luces, donde por lo visto Brigid cultivaba de todo, seguido de la cocina, el baño y al final del todo el salón.

—No es muy grande, pero oye, para nosotros suficiente. Lo que más mola es el sótano; es enorme.

—¿Sótano? —pregunté mientras me dejaba llevar por él al salón. El ruido del agua corriendo detrás de la puerta del baño me indicó que Brigid estaba ahí.

Duchándose.

Desnuda.

—Sí, luego te lo enseño. Si algún día tienes que disponer de él, ya sabes. No entra ni un haz de luz. ¿Qué te pasa?

—¿A mí? —pregunté sin apenas despegar los labios y mientras me sentaba en un sillón orejero.

—No te hagas el tonto —me regañó, enojado—. Tienes los colmillos desplegados. Guárdalos, anda, que como te vea mi hermana para qué queremos más.

Me abstuve de decir que precisamente la culpable del alargamiento de mis colmillos —y de algo más, pero por suerte de eso no se percató mi joven amigo—, era Brigid.

Como no preguntó el motivo, no me vi en la necesidad de dar una explicación. Keve fue hasta la cocina a por un par de *Nestees*, tiempo que aproveché para inspeccionar el salón. Lo primero que captó mi atención fue un móvil sobre la mesa, que emitía sonidos sin parar. Suelo ser curioso por naturaleza, de modo que, sin ningún tipo de remordimiento, y saltándome todas

las leyes de la privacidad a la torera, agarré el aparato y me puse a trastear con él. Probablemente se me dibujó una sonrisa ladina al comprobar que era el teléfono de Brigid, y que los pitidos se debían a las notificaciones de su cuenta de twitter, que no tardé en aprenderme de memoria.

El Mal se frotó las manos con mi plan, pues sabía que en breve dejaría salir a *@DruidaCabrón* (O, quizá, a mi yo reprimido) para que le soltara todas las guarradas del mundo a *@LadyInBlack*.

Con esa promesa dejé el teléfono de nuevo sobre la mesa y seguí con mi inspección. Estaba todo muy limpio y colocado, aunque se mezclaba lo moderno y lo antiguo. Había varias fotos de ellos dos juntos de pequeños, de una señora muy mayor que supuse sería la abuela fallecida y un retrato al óleo que me dejó sin respiración: una belleza de pelo anaranjado, mirada melancólica y sonrisa dulce. Tan fascinado me sentí por la mujer, que me levanté para contemplarla mejor.

—Mi madre.

Me giré cuando escuché la voz emocionada de Keve. Se acercó hasta mí, me dio el refresco y luego miró el cuadro. Estiró una mano y acarició con cuidado el cristal que protegía la pintura, allí donde estaba la mejilla de la mujer.

—Es hermosa.

Keve asintió, complacido, pero luego arrugó el ceño.

—Hace un rato se me presentó en sueños.

—Querrás decir que soñaste con ella.

Keve se dejó caer en el sofá de tres plazas y me invitó a que hiciera lo propio.

—No, dije bien. Yo nunca sueño.

—Entonces, ¿fue algo así como una visión?

Keve se mordió el labio.

—No, sabes que estas son a corto plazo y que luego de tenerlas no me acuerdo de ellas. Lo de anoche creo que fue una advertencia.

—¿Sobre qué?

—Sobre mí y sobre Brigid. —Me puse alerta—. Creo que estamos en peligro.

No supe muy bien qué pensar, pues no sabía si dicho peligro era yo mismo. Era mucha coincidencia que el aviso llegara justo cuando yo acababa de aparecer en la vida de Brigid.

—¿No te dio ningún dato más? —indagué.

—Me dijo que pronto estaríamos juntos —susurró, y pese a que lo dijo con pesar, detecté en su voz algo parecido a la esperanza.

—Keve...

—No —me cortó con resolución—. No vayas a sentir lástima por mí. Lo que tenga que ser, será. —Cerró los ojos como si le atravesara el dolor, pero luego, cuando los abrió, habló con determinación—. Yo no soy importante, pero sí Brigid, y mira, me vienes de perlas, porque lo mismo tú sabes a qué se refería. Habló del que tiene un solo ojo.

Fruncí el ceño.

Iba a decir algo al respecto cuando Brigid apareció en mi campo de visión. Yo me puse rápidamente en pie, mientras ella permaneció en el umbral de la puerta, mirándome... No sabía muy bien cómo me miraba. No pude determinar si le alegraba o le enojaba mi visita.

—Buenas noches, mi Domina.

Ella parpadeó, pero no me saludó. Siguió mirándome durante apenas un segundo más, pero luego, quizá repuesta de su inicial sorpresa, decidió ignorarme.

Yo me sentí divertido, pues sabía que era la suya una pose fingida, pues temblaba visiblemente. Ni qué decir que yo me sentí como un pavo real al ver su reacción, que mi presencia no la dejaba en absoluto indiferente.

Al contrario; le afectaba tanto como a mí la suya.

—¿Dónde vas así, tía?

Miré a Keve, que, repuesto de la emoción que le embargó momentos antes, ahora tenía un semblante que iba del espanto al más absoluto asco.

—¿Así cómo? —replico ella, inspeccionándose.

—Pues... así.

Supongo que con el *así* se refería a su pantalón de cuero negro, a su corsé, a sus guantes de rejilla, a sus botas altas de tacón imposible y al kilo y medio de maquillaje que llevaba encima. Era eso, o que, al igual que yo, reparó en lo perfectamente que se ajustaba el pantalón a las piernas, en la sensual curva de su cadera, en lo embriagador de aquel trozo de piel que se le veía a la altura del ombligo, lo pecaminoso de sus labios maquillados de rojo intenso o, lo peor de todo, lo soberbio de su pecho sobresaliendo del corsé.

Para mí, como hombre, contemplar una belleza semejante era lo más parecido a rozar el edén, pero a él, como hermano, debían llevarle los demonios.

Las hermanas son sagradas.

—Que te den —dijo Brigid.

Se adentró en el salón y recogió su móvil, que se guardó en el bolsillo trasero.

¡Quién hubiera sido móvil!

—¿Dónde has quedado? —quiso saber su hermano.

—En casa de Rosa.

—¿La bizca?

—¡No la llames así!

—Vale, vale, entonces, la del ojo errático. Y hablando de ojo... Dru, ¿puedes acompañarla? Rosa vive en el Barrio del Puerto, así que te pilla de paso. Ya sabes lo que hemos hablado.

—¿Qué habéis hablado? —quiso saber la aludida, mirándonos alternativamente a uno y a otro.

—Cosas de machos. ¿Puedes, Dru?

—Por supuesto —me ofrecí.

—De eso nada —declinó ella—. Esta *hembra* no necesita *machitos* de tres al cuarto.

—Por favor —me oí implorar.

Brigid titubeó, pero luego me miró muy seria y, tras un bufido, asintió. Miré a Keve y le guiñé un ojo, mientras seguía a Brigid, que ya se dirigía hacia la puerta.

Debo decir que me estaba metiendo en terreno tenebroso, que sabía que no debía jugar a ese juego, que alejarla de mi vida era lo más sensato...

«Solo hoy», me prometí mientras la seguía por el pasillo, los ojos pegados a su trasero y la respiración acelerada.

Cuando ella miró hacia atrás y me encontré con sus ojos azules, supe que no iba a cumplir mi promesa.

Que ya estaba totalmente atado a ella.

«Mala idea».

Sí, había sido muy mala idea claudicar, aunque en su defensa debía decir que la culpa la tuvo él, por poner esa voz de súplica y mirarla con ojos de cordero degollado.

Ni por asomo se le ocurrió volver a negarse.

Mientras se dirigía hacia la puerta pudo sentir la mirada de él. No se dio la vuelta por dignidad, pero de haberlo hecho estaba convencida de que le habría pillado mirándole el culo. ¿Debería exagerar el movimiento de caderas? No, que eso a ella se le daba fatal y las veces que lo había hecho parecía un pato mareado.

Brigid nunca había sido consciente de lo extremadamente sensual que era, ni que había una postura que era mucho más femenina que el vaivén fingido de caderas. No, cuando Brigid se detuvo para ponerse la cazadora, desconocía el erotismo que desprendían sus largas piernas, ligeramente separadas. Ignoraba por completo que en esa postura las nalgas se adelantaban, como una ofrenda, y que mientras hacía malabares para ponerse las mangas, la espalda se arqueaba realzando el pecho.

No, por mucho que Brigid lo pensara, jamás adivinaría la causa del jadeo

ahogado de Dru, ni que la mirase como si se la quisiera comer allí mismo.

Por un lado, a ella le apetecía ser comida, engullida, devorada por él... Pero, por otro lado, ese que era borde hasta decir basta, le apetecía soltarle una guantada, por baboso. Ganó ese lado, porque le dirigió una mirada admonitoria mientras se sacaba el pelo que se le había quedado dentro de la cazadora con un movimiento impaciente.

No, tampoco sabía que ese gesto era el summum de la coquetería, por eso ignoró el gruñido del hombre y salió al exterior, donde el aire de la noche caldearía los nervios.

Porque sí, estaba nerviosa. No todos los días caminaba una al lado de un hombre como el que ahora caminaba a su lado y... Ah, pues no, no iba con ella.

Se dio la vuelta para buscarlo y se lo encontró sentado en la acera con la cabeza entre las piernas y temblando visiblemente.

Preocupada, deshizo lo poco que había andado y, apoyando las manos en los muslos, se inclinó un poco hacia él.

—¿Y a ti qué te pasa? —Como no obtuvo respuesta, insistió—. Eh, hermoso, que te estoy hablando. —Nada, como si hablara con la pared—. ¿Dru?

De él salió un nuevo gruñido, esta vez más largo y más peligroso, tanto como para que ella se incorporara y retrocediera un paso.

—Oye, mira, yo me tengo que ir. No hace falta que me acompañes si...

Agrandó muchos los ojos cuando él se incorporó casi de un salto y la miró con dulzura.

—Controlado —dijo más para sí que para ella—. Vamos.

Y echó a andar.

Brigid le hubiera seguido, de verdad, pero iba en dirección contraria.

—Eh, por ahí no es, Dru.

El hombre se detuvo y se giró para mirarla.

—Por aquí tardamos menos. Si seguimos toda la calle hacia arriba llegamos hasta la rotonda de la M-45 y luego es un breve paseo hasta la casa

de tu amiga.

Brigid bufó.

—Conozco el camino, y de breve paseo nada, guapo, que de media hora larga no baja. Además, tengo, por si no te has dado cuenta, un pequeño problema de equipamiento.

—¿Cuál?

—Este —respondió señalando a sus botas—. Como verás, ligera no voy. Soy una campeona con los tacones, pero hasta cierto punto, y ese punto es moverme lo menos posible y, desde luego, no pegarme caminatas cuesta arriba.

Dru apretó los labios, como siempre que trataba de encubrir una sonrisa.

—Bueno, puedo llevarte yo —propuso con una mirada traviesa.

—¿En brazos? —se guaseó ella—. No podrías.

—¿Apostamos?

Que la ahorcaran si no lo decía en serio. La oferta era tentadora, pero debido a lo que sentía a su lado, cuanto menos contacto mejor.

—No, gracias, no quiero ser la responsable de tu lumbalgia. Iremos en metro.

Le pareció graciosísima la cara de espanto de él.

—¿En... en metro?

—Sí, en metro. Esa cosa que va bajo tierra y te lleva de un lado a otro en un periquete sin necesidad de destrozarte los pies. O la espalda —añadió, traviesa.

Dru palideció, pero luego asintió y echó a andar.

Era extraño caminar con un hombre como él. Brigid estaba totalmente acostumbrada a acaparar miradas; la de los hombres por un motivo y la de las mujeres por otro, aunque ella estaba totalmente convencida de que tanto unas como otras se debían a lo mismo: las pintas que solía llevar siempre.

Esta vez, sin embargo, no la miraban a ella. Era curioso, pero los hombres apartaban rápidamente la mirada y agachaban la cabeza, mientras que las

féminas se comían con los ojos al espécimen de hombre que iba a su lado.

«Normal», se dijo a sí misma después de mirarle de reojo.

Dru caminaba aparentemente con sigilo y serenidad, pero si uno lo miraba más detenidamente veía que era su pose alerta, como la de un felino al acecho, dispuesto a atacar de un momento a otro. Estaba su semblante relajado, mas sus ojos, siempre alertas, escudriñaban cada rincón.

Ahora, y por fin, Brigid creyó la teoría de la Patrulla de seguridad ciudadana, pues a su lado se sentía protegida.

Bueno, sentía muchas cosas más, pero a esas mejor ponerle cerco, sobre todo esas veces en las que él le regalaba una mirada acaramelada.

«Tú mira al frente, camina erguida e ignora lo cálidos que son sus ojos, lo devastador de su sonrisa, lo sensual de sus andares...»

Y de sus gruñidos.

Realmente debía estar muy mal de la cabeza para que le gustase tanto (más que gustar, le extasiaba) todos y cada uno de los gruñidos que había empezado a emitir Dru. Ya no estaba tan *aparentemente relajado*, sino que era evidente que había visto algo que le había desagradado, a juzgar por su empeño en apretar la mandíbula con fuerza.

—¿Pasa algo?

Dru negó, pero la mirada enfurruñada (y oscura) que le dirigió era una clara señal de que sí sucedía algo. Eso, y su tono de fastidio cuando dijo:

—Creo que deberías empezar a plantearte cambiar de calzado.

Brigid resopló y lo miró con altanería.

—¿Por qué?

—Caminas despacio.

—Pues si tanto te molesta, carretera y manta. No hace falta que me acompañes. Hale, majo, hasta luego.

Habían llegado ya a la estación de metro de La Rambla, así que Brigid aceleró el paso y traspasó las puertas. Estaba bajando por las escaleras mecánicas cuando él la alcanzó.

—No me molesta en absoluto, pero dudo mucho que pudieras echar a correr en caso de peligro.

—Sí podría. He corrido un par de veces en alguna que otra redada.

Dru se rio por lo bajo y meneó la cabeza con incredulidad, pero luego se puso serio.

—Me refiero a un auténtico peligro.

Brigid introdujo el billete en la puerta de acceso, pero él saltó sin más.

Nadie pareció percatarse de la infracción.

—Auténtico peligro ¿como cuál?

De pronto, Brigid se vio de espaldas a la pared y con el cuerpo de Dru pegado al suyo.

—Yo —respondió él en su susurro cargado de... de todo.

Jadeando por la impresión, Brigid buscó los ojos de Dru, pero su mirada se encontró antes con sus labios y allí decidió quedarse. ¡Qué cerca estaban de los suyos! ¿Sería capaz de hacerle daño, con esos labios tan perfectos, con esa mandíbula tan suave, con esos ojos tan, humm, peligrosos?

Una parte le dijo que sí. La otra gritó un no rotundo.

—Tú no me harías daño.

—Cierto —confesó sin moverse—. *Yo* no querría hacerte daño. Nunca. Jamás.

—Pero podrías hacérmelo...

Era una suposición, pero él dejó la respuesta en el aire y, con un deje de tristeza, se apartó de ella. Brigid, por si las moscas, siguió apoyada en la pared.

No se había dado cuenta de que le temblaban tanto las piernas.

—Me refiero a que, si yo hubiera sido un violador, ¿cómo te habrías defendido?

—Soy cinturón negro y he dado clases de defensa personal.

Dru se apretó el puente de la nariz y suspiró con cansancio.

—Vale, replantaremos la situación. Imagina que lo único que puede salvarte la vida es correr. ¿Cuánta distancia y a qué velocidad podrías hacerlo con ese calzado?

—En ese caso me descalzaría, claro.

—Claro, claro. —Dru hizo amaneramientos y puso voz de falsete—: Señor malvado, ¿seríais tan amable de darme una tregua? Es que veréis, con este calzado no puedo correr y, claro, no considero que sea una persecución justa...

—Oh, por favor —cortó, aunque la risa escapó de sus labios—. Lo tuyo no es el sarcasmo.

Dru le guiñó un ojo, picarón, pero luego la señaló con un dedo.

—Me gustaría que pensases en ello. Esas botas son muy bonitas, y te hacen unas piernas que ¡guau!, pero no son nada prácticas.

Brigid sonrió de forma ladeada.

—Así que, ¡guau!

—Más que ¡guau!, súper ¡guau! —corrigió él entre risas—. Halagos aparte, prométemelo.

Brigid asintió y echó a andar. Dru no tardó en alcanzarla, aunque pareció titubear cuando finalmente llegaron al andén.

—Te veo nervioso.

—Lo estoy —confesó sin vergüenza alguna—. Esta será mi primera vez.

Brigid agrandó mucho los ojos.

—Te estás quedando conmigo...

No comprendió porqué los ojos de él, de pronto, se oscurecieron de tristeza.

—Eso quisiera yo —susurró.

La joven tragó saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

No llegaba a comprender qué le pasaba con él.

Le gustaba, era evidente, pero al mismo tiempo recelaba de él. Había una parte que se sentía atraída hacia él como un imán, mientras que otra quería correr en dirección contraria.

Presentía que parte de ese rechazo provenía más de él que de sí misma.

Por fin llegó el tren, al que Dru miró con una expresión asombrada y recelosa, como si en verdad fuera la primera vez que lo viera.

Vaya... Sí que era raro.

Para tranquilizarle, y puesto que no se movió ni un ápice cuando las puertas se abrieron, ella le tendió la mano.

—¿Vienes?

—Al fin del mundo, mi Domina —respondió Dru al tiempo que miraba la mano tendida y, con un temblor visible, la agarraba.

Algo pasó de una mano a otra, una fuerza extraña. Electricidad. O magia. O quizá amor.

Brigid, asustada, quiso retirar la mano, pero él, firme, se lo impidió.

Volvió a intentarlo. Él la aferró con más fuerza mientras se metía dentro del vagón.

—Suéltame, que no me voy a caer —protestó.

—Pero yo sí.

Brigid le miró desconcertada. Por sus muelas, qué mala era para captar dobles sentidos. O, más que para captarlos, para acertar si en verdad había doblez alguna en las palabras.

Parecía que sí. Quería creer que sí.

Quería pensar que ella era el pilar que le sostenía, que era el ancla que necesitaba, que era la brújula que le marcara el camino, que...

—¡Por Dana!

Brigid quiso echarse a reír al escuchar la exclamación del hombre cuando el tren se puso en marcha, pero en vez de ello gritó cuando él se abrazó con fuerza a ella.

—¡Nos vamos a caer! —pudo gritar cuando al fin consiguió despegar el

rostro de su escultural pecho—. ¡Agárrate a la barra!

Después de varios trompicones en los que a punto estuvieron de caerse, al fin él siguió sus instrucciones y se abrazó con un brazo a la barra. Con el otro la agarraba a ella. Su rostro, además de mortalmente pálido, estaba contraído. Su mirada, aunque asustada, estaba fija al frente, como desafiando a un enemigo invisible: la velocidad.

—Tranquilizaos, mi Domina, que no tenéis nada que temer. Ya os sostengo yo. Estáis totalmente protegida. Lo tengo todo controlado.

Ahora sí, ahora ya no pudo contener la carcajada.

—Ay, ay, Dru, qué mal han hecho las novelas de caballería en ti. Anda, Don Quijote, suéltame, que al contrario que tú, yo esto sí lo tengo controlado. Y deja de llamarme *Domina*.

—Me gusta sostenerte, Dulcinea —replicó él, aunque terminó por soltarla. Estaba algo más repuesto, tanto como para bromear. O coquetear. O como quiera que se llamase al susurro que dijo a continuación—: Me extasía.

—Te extasías tú muy pronto —gruñó ella dándole un pequeño empujón a modo de regañina.

Dru rio por lo bajo, pero luego suspiró sonoramente cuando el tren se detuvo.

—Al fin.

Brigid lo miró, divertida.

—De eso nada. Nos queda una parada más.

¡Qué gracioso le resultó su gesto desilusionado y temeroso a la vez!

—No creo que pueda sobrevivir a una parada más.

—Exagerado. ¿Por qué no te sientas?

Alguien subió al vagón. Brigid pudo sentirlo por dos motivos: por el murmullo a su espalda, y por la tirantez manifiesta de Dru. Iba a girarse cuando él la agarró por la barbilla para obligarla a mirarle.

—¿Por qué no quieres que te llame Domina?

—¿Eh?

Dru se agarró con fuerza a la barra cuando el tren se puso en marcha, se acercó un poco más a ella y, antes de responder, miró por encima de su cabeza.

—Has dicho antes que no me dirigiera a ti como mi Domina. ¿Por qué?

—Ah, eso. No sé. Por lo del tema BDSM y tal. Yo no soy una Ama de esas, aunque vestida así pueda dar pie a pensarlo, ahora que caigo.

Dru miró de nuevo algo tras Brigid, pero luego la miró a ella. Había perplejidad en sus ojos.

—¿BDSM? ¿Ama de esas? No comprendo.

Dru la abrazó. O al menos, pasó los brazos por sus costados para hacerlo, pero no llegó a cerrar el abrazo.

—Ya sabes, las dominatrix. —Como él seguía sin comprender (y sin abrazarla, joder), Brigid se apresuró a explicarse—. Sadomasoquismo y tal. Son prácticas alternativas de encontrar...

Algo iluminó el vagón con una luz azulada, pero cuando Brigid quiso girarse Dru se lo impidió atrayéndola hacia él y atrapándola con su oscura mirada. ¡Qué negros tenía los ojos! Le había parecido que era el suyo un castaño acaramelado, pero no. Negros como el carbón...

¿Qué leches era esa luz azulada?

—¿De encontrar qué? —instó él a que continuara.

La luz del vagón titubeó hasta que finalmente se apagó, pero rápidamente volvió.

—Placer —Dru al fin la liberó, lo que le dio oportunidad de girarse libremente e inspeccionar el vagón.

Se había equivocado; estaban solos. Pero ¿de dónde había venido esa luz?

—¿Placer?

Brigid volvió a mirar a su alrededor y luego a él.

—¿Qué placer?

Dru rio por lo bajo.

—No lo sé. Estabas explicándome lo que es el BDSM.

—Ah, eso. Pues lo que te decía, que son prácticas sexuales extremas.

—¿Cómo de extremas?

—Bondage, masoquismo, sumisión/dominación, amo/esclavo... Cuero, cuerdas, azotito por aquí, latigazo por allá, cera hirviendo y guarradas por el estilo.

Dru agrandó mucho los ojos.

—¿Para qué quieren la cera hirviendo?

—Pues para echársela por el cuerpo.

—Venga ya... ¿Por qué alguien querría que le echaran eso encima?

—Hay personas que encuentran placer en el dolor.

—Imposible.

—Vaya que sí.

—Lo dices como si fuera algo normal.

—Anormal no es. Diferente, inusual... pero no anormal. Es una manera alternativa de encontrar placer. Algunos lo hacen mediante el dolor, pero otros mediante el control, o incluso la humillación.

La expresión de Dru iba del asombro a la incredulidad.

—¿Humillación? No veo de qué forma humillar a alguien puede ser placentero.

—Para algunos lo es, así como en el caso contrario. Algunos sienten una excitación excepcional al ser humillados.

Dru negó con la cabeza.

—Es de locos.

—Y dale, qué manía tiene todo el mundo de verlo como algo demente... ¿Por qué no sois capaces de ver la belleza en lo más sórdido? ¿No comprendéis que para algunos es una forma de arte, de expresarse?

—Pero humillar...

—Para ellos es lo más normal del mundo. Siempre que sea consensuado, todo vale.

—No, no todo vale. A mí no se me ocurriría azotar a mi amante.

—¿Y ser azotado? —quiso saber ella, picarona.

—¡Menos! —exclamó indignado.

Brigid soltó una carcajada.

—Pues a mí alguna que otra palmadita en las nalgas no me desagrada.

Brigid sabía perfectamente el efecto que conseguiría con esas palabras, un efecto que no tardó en producirse, a juzgar por el jadeo de Dru y por cómo la miró.

—Cambiemos de tema, por favor —pidió sin apenas despegar los labios.

—Mojigato.

—No sabes cuánto —susurró él.

—Sí, sí, claro —dijo con travesura, golpeando su hombro contra el de él —. Los que os escandalizáis con estas cosas sois los que luego tenéis en favoritos la página colegialascachondonas.com.

—¿Eso qué es?

Brigid resopló.

—Pues qué va a ser... Una página porno.

—No veo porno. No es bueno para mi... celibato.

Brigid al principio quiso reírse, pero al ver que él no bromeaba en absoluto, lo miró con recelo.

—Vuelves a quedarte conmigo, ¿verdad?

Dru negó vehementemente con la cabeza.

—No llego a comprender lo que quieres decir con *quedarme conmigo*. En mi contexto, la respuesta es un sí rotundo.

El tren se detuvo, así que dejaron la conversación a medias y se apearon del vagón. Hasta la salida no volvieron a hablar, y lo hicieron para despedirse.

—Bueno —dijo Brigid, que se puso frente a Dru—. Pues es ahí enfrente. No hace falta que me acompañes hasta el portal.

Durante varios segundos los ojos de Dru vagaron por su rostro.

—¿Aceptarías otro consejo?

Brigid se encogió de hombros. No sabía muy bien qué le pasaba. Quería correr, quería quedarse, quería agarrarse a él y no soltarse nunca...

Dru le pasó un dedo por los labios y, ensoñador, y sin apartar los ojos de su boca, murmuró:

—No vuelvas a tratar de ocultar tu belleza natural al mundo. No dejes que cremas y potingues apaguen la luz de tu rostro. Nunca más escondas tus pecas. Son hermosas...

—En el fondo lo sé —confesó ella.

—Entonces, ¿por qué las ocultas?

—Me basta con saber que están ahí. «*Lo esencial es invisible a los ojos.*» —recitó.

—El Principito, ¿verdad? —preguntó Dru. Se había acercado un paso más a ella y no parecía tener ninguna prisa por marcharse.

—Así es. Es uno de los dogmas por los que nos guiamos los góticos.

Dru sonrió con timidez, pero sus ojos no eran nada tímidos; se mostraban osados y... ¿hambrientos?

—¿Y cuáles son los otros?

Brigid agrandó los ojos.

—¿En serio quieres saberlo? —Como Dru cabeceó en forma de asentimiento, Brigid busco las palabras precisas para que entendiese su forma de vida—. La individualidad.

—Individualidad —repitió Dru, acercándose otro paso más hacia ella.

—Es decir —se apresuró a explicarse, nerviosa por momentos con su cercanía—, la importancia del ego frente a la colectividad, la elevación del yo individual frente a la sociedad... Podemos participar en muchísimas cosas, pero a nuestro ritmo, de forma individual.

—Como el que reza a Dios en su casa, pero jamás pisa una iglesia ni se mezcla con la congregación.

—Eso es. Esa individualidad nos lleva a aislarnos de la sociedad, pero no porque esta no nos acepte, sino porque en el fondo no queremos ni necesitamos ser aceptados. Nos gusta este estado. Al final llegas a amar y a hacer frente a la...

—Soledad.

—Exacto. —Brigid se miró las manos antes de atreverse a devolverle la mirada a Dru. ¿Se había acercado nuevamente?—. Simplemente, no nos dejamos llevar como borregos, no aceptamos modas ni convenciones. El individuo es más importante que el colectivo.

—Lo entiendo. ¿Y qué más?

Brigid carraspeó.

—Vemos belleza donde los demás ven escombros. Como en las calaveras, o los cementerios... ¿Cómo pueden ser los cementerios aterradores, cuando se respira tanta paz, donde hay tanta belleza como historias ocultas en sus lápidas?

En esta ocasión fue Dru quien agrandó los ojos.

—O la hermosura de una noche sin estrellas, o la belleza oculta en el lamento del viento una tarde de otoño...

—Lo comprendes —masculló ella, atónita.

Dru sonrió con engreimiento.

—A lo mejor tengo más de gótico de lo que pensaba.

—Tienes pinta, sí —se rio ella—. Tienes ese aire oscuro, perturbador, solitario y... bello.

—¿Te parezco bello? —susurró de forma enloquecedora.

Brigid tragó saliva, pero asintió con efusividad. Dru acercó su rostro al suyo.

—Sí. La forma en la que me miras me hace sentir hermoso.

A Brigid el jadeo le salió involuntario, así que, molesta consigo misma, se apartó de él antes de que hiciera una idiotez. Fue lo más que pudo hacer, pues por más que lo intentó no pudo moverse, ni hablar, ni respirar, solo permanecer a la espera de que él hiciera algo más que mirarla como si

estuviera memorizando su rostro.

Algo sobrevoló sus cabezas, lo que le dio oportunidad de salir de su estado casi catatónico y dejar de parecer una mema, pero cuando descubrió lo que era pegó un grito y se refugió en los brazos de Dru.

—Joder, otra vez el pajarraco ese. Parece que me va siguiendo.

Dru miró en la dirección donde lo hacía ella y frunció el ceño.

—Un cuervo. ¿Y dices que no es la primera vez que lo ves?

—Aja.

—Y, ¿te asusta?

Brigid frunció el ceño y lo amonestó con la mirada.

—¿Quién dice que estoy asustada?

—No sé —respondió Dru con una sonrisa traviesa—. Quizá haya llegado a esa conclusión por la forma en que te aprietas a mí.

Brigid se dio cuenta de que se había pegado demasiado al hombre, así que se soltó.

—Bueno —repuso mientras intentaba recuperar la compostura y la dignidad—. Quizá un poco de miedo sí que me dan.

—¿Por qué? Según tengo entendido, los cuervos en la cultura gótica son un referente.

—Así es, a no ser que de pequeña hayan tratado de sacarte los ojos.

Dru alzó las cejas.

—¿Eso te pasó?

—A mí y a Keve, cuando éramos niños. Desde entonces nos dan pavor. Ahhh, se ha marchado —exclamó con alivio—. Espero que Poe se equivoque y no vuelva a verlo. ¡Nunca más!

—«Y mi alma, del fondo de esa sombra que flota sobre el suelo, no podrá liberarse. ¡Nunca más!» —recitó Dru el famoso poema *El cuervo*.

Brigid sonrió de medio lado.

—Al final vas a tener razón y vas a ser más gótico que muchos que

presumen de serlo. —De pronto miró su muñeca y frunció el ceño—. Oye, tengo que irme. Me están esperando y...

Ni se lo pensó; antes de echar a correr para cruzar la calle, le dio un rápido beso en los labios.

Atravesó la calle peatonal entre dos bloques y, antes de adentrarse en el portal, se giró para mirarlo. Dru seguía allí, con los ojos clavados en ella y tocándose los labios.

Hasta que no se dio la vuelta y vio su reflejo en el espejo de la entrada del portal, no se percató de que ella también se acariciaba los labios, como si quisiera retener el cosquilleo que había provocado tan sutil roce.

«Quieto corazón», se dijo mientras subía las escaleras.

Pero el corazón no dejó de bombear con fuerza.

CAPÍTULO 9

No sabía muy bien cómo sentirme.

Demasiados sentimientos, y todos muy contradictorios, me embargaban mientras la veía cruzar la calle.

Había en mí tres elementos discordantes que no se ponían de acuerdo, gracias a lo cual ella consiguió huir de, digamos, nosotros.

Sí, huir, porque todos representábamos un peligro para ella; el Ente porque quería destrozarla, descuartizarla, torturarla antes de matarla. El Mal porque quería —perdón por la grosería, pero fueron sus palabras textuales— follársela hasta reventar. Y yo por ser tan sumamente egoísta de quererla para mí.

Me acaricié los labios, increíblemente maravillado por el regalo que me acababa de dar, pero odiándola por haberlo hecho, pues a partir de entonces ya nunca podría borrar su sabor. Y, lo peor de todo, odiándola porque quería más.

Muchísimo más que un simple roce.

No supe cuánto tiempo permanecí allí, mirando como un idiota hacia el portal, obnubilado cual infante imberbe por su primer beso, recreando el viaje en metro una y otra vez. Tan absorto estaba en mis pensamientos que la gente me miraba con recelo, tan perdido en el recuerdo que solo el graznido del cuervo me trajo a la realidad.

Fue entonces cuando, además de moverme, decidí pensar sobre todo lo sucedido durante el trayecto hasta el Barrio del Puerto.

Me sentí muy preocupado, pues hasta el metro había tenido continuamente el vello erizado, síntoma de que había chupasangres cerca. Lidar con esa preocupación, con mis demonios personales y con mi propio deseo fue una auténtica tortura para mí, hasta el punto de tener la necesidad incongruente de

alejarme de ella.

Para colmo no hacía más que pensar que, de no haberla acompañado, a esas alturas cualquiera de esos chupasangres la habrían dejado seca, lo que sumaba más preocupación a la ya existente.

Insensata... ¿Cómo se le ocurría salir por la noche con semejante calzado? ¡Qué felices debían ser los humanos en su ignorancia! ¡Qué estúpidos confiados de su inestable seguridad!

En el metro fue peor.

Nunca he querido usarlo, porque la idea de estar bajo tierra me aterraba más allá de lo razonable, un miedo que no provenía de mí, sino que, asombrosamente, nacía del Mal. Siempre me pasaba cuando estaba bajo tierra, pero creo que con el tiempo se acostumbró a ciertos lugares y, salvo un estremecimiento inicial, luego se quedaba tranquilo. Esta ocasión, al ser una novedad, se puso a berrear con fuerza y puso toda la resistencia que pudo.

Decidí ignorar su grito de pánico y comportarme como si dentro de mí no se estuviera fraguando una lucha, pues bastante me había puesto ya en evidencia delante de Brigid cuando salimos de su casa y tuve que batallar contra mi propio deseo.

Durante el corto trayecto hasta Barrio del Puerto, que para mí fue eterno, hubo varios momentos críticos: el primero, cuando a punto estuve de expeler lo poco que había comido, allí, delante de Brigid.

La velocidad y yo no éramos muy amigos que digamos.

Como Oculto podía ser todo lo rápido que quisiera, incluso mi celeridad era equiparable a la del metro. Sin embargo, cuando la velocidad dependía de otra persona lo pasaba francamente mal, hasta el punto de romper a sudar y revolverme el estómago. Siempre me pasaba cuando utilizaba algún medio de transporte, sobre todo cuando Ronan se empeñaba en llevarme en moto o las pocas veces que había montado en cualquiera de los muchos coches deportivos de Mael.

Ella me miró con la risa bailando en sus ojos, consciente de mi incomodidad, pero tuvo la decencia de no machacarme con ello. Podría haberse reído de mí, que lo hizo hasta cierto punto, pero luego no le dio importancia y lo vio como algo normal.

Lo que no fue normal fue encontrarme con Daimons en el vagón, y mucho menos que Brigid sintiera su presencia.

Los Daimons son demonios menores que se dividen en cinco categorías: locura, discordia, espanto, tumulto y destrucción. En realidad, son personificaciones del mal, son entes etéreos a los que solo se les elimina con una bola de energía. No son visibles a los ojos de los hombres y, salvo una sensación de alarma, su presencia es indetectable.

Me extrañó muchísimo que Brigid sí pudiera hacerlo, pero entonces recordé que era empática. Quizá detectó su presencia a través de mí. Otra explicación no había.

Tuve que distraerla con lo que fuese, y aunque lo hice, ella tuvo la sensación de que algo raro había sucedido en el vagón. Por suerte, no hizo preguntas, creo que la aturullé cuando hice amago de abrazarla, algo que no pretendía hacer en absoluto, sino que fue el único modo que encontré de lanzar la bola de energía a los Daimons sin que ella se diera cuenta.

Y luego estaba el cuervo... Puede ser que una película homónima nos pudiéramos encontrar con uno por la ciudad, ahí como si nada, pero esto era la vida real, y aunque en ella había muchos más elementos discordantes de los que cabía esperar, un cuervo era desde luego muy extraño. Lo digo yo, que he visto de todo.

Además, los cuervos nunca presagian nada bueno.

El cuervo volvió y sobrevoló el edificio de la amiga de Brigid, hasta que descendió en picado y se posó en un bulto.

En un bulto no.

Encapuchado, un individuo de considerable tamaño se hallaba agazapado en las sombras frente al portal, a la espera de algo.

De algo no; de Brigid. Lo supe. Lo presentí.

Todo druida sabe cuándo la mujer destinada para él está en peligro.

Un rugido surgió de mi garganta, largo y contenido, tan amenazador que incluso a mí me sorprendió. Por norma general no solía ser tan... llamémoslo animal, pero saber que alguien pretendía dañar a *la mi muyer* sacó lo peor de mí. No sé si fue mi rugido, o tan solo que el ente detectó mi presencia, aunque

creo que fue el cuervo quien le avisó, porque, después de graznar, el ente giró su rostro hacia mí justo antes de echar a correr.

Corrí a mi vez tras él, pero lo perdí enseguida. Fue como si, sencillamente, se hubiera evaporado.

Volví sobre mis pasos para ver si el tipo había dejado algún tipo de rastro allí donde había estado escondido, pero, salvo un hedor insoportable a putrefacción, no hallé nada. Fruncí el ceño, porque por norma general los humanos suelen dejar un tipo de rastro bien diferente, una estela de, llamémoslo así, vida. Ergo, y a juzgar por la extraña pestilencia que había dejado, el tipo de humano no tenía nada.

La luz del portal se encendió, así que me vi obligado a esconderme, porque no quería que Brigid supiera que todavía no me había marchado.

Efectivamente, ella y su amiga no tardaron en aparecer. Salieron del portal riéndose por algo, no supe qué. Rosa era bonita, estafalaria, pero muy bonita, aunque al lado de Brigid se la veía apagada, deslucida.

Sonreí, porque pude apreciar que Brigid había aligerado su maquillaje y que se había desprendido de tan poco práctico calzado, aunque si he de ser sincero lo había cambiado por unas botas horrosas. Prácticas, planas, cómodas... pero feas con descaro.

Antes de meterse en el metro Brigid miró en mi dirección, pero no llegó a verme, o eso me pareció a mí.

Por primera vez como Custodio, y mientras la veía a través del cristal descender por las escaleras mecánicas, odie mi trabajo.

Porque me impedía seguirla para protegerla.

—¿Tú crees que tengo poca personalidad?

Como única respuesta obtuvo un gruñido amortiguado por la almohada.

Temiendo que su pañuelo de lágrimas se durmiera antes de que ella acabase con su retahíla de lamentos, le arrancó la almohada y luego golpeó al

cuerpo que trataba de esconderse bajo el edredón.

—Rosa, que te estoy hablando.

Rosa al final emergió, el pelo despeinado, un ojo abierto y el otro entornado, el rímel corrido y la boca abierta en un bostezo que no parecía tener fin.

—A ver, cansina, qué quieres ahora.

—Te preguntaba si crees que tengo poca personalidad.

—Como sigas dándome el coñazo no vas a tener ninguna.

—¡Hablo en serio!

—Toma, y yo. ¡Para, hostias! —protestó cuando un almohadón volador aterrizó en su cabeza.

—Pues despierta de una vez y atiende. ¡Esto es grave!

—¿Pero tú te crees que con el pedal que llevo encima estoy para temas *transmentales*?

—Transcendentales, inculta.

Rosa achicó los ojos y la señaló con un dedo.

—No te pases ni un pelo, que soy mayor que tú y me debes un respeto.

—Hace una hora eras tú la que me llamabas de usted.

Rosa agrandó los ojos.

—¿Tan borracha iba?

—Mucho más. No sé por qué te aguanto.

—Pero yo a ti sí lo sé: eres la que me trae a casa cuando bebo más de la cuenta.

Brigid hizo un revuelo de ojos, pero luego se sentó en la cama y se abrazó las piernas.

—Me tiene loca.

—¿Quién? —preguntó, la voz distorsionada por la almohada. Estaba quedándose otra vez dormida.

—Dru. ¿Tú crees que le gusto?

—¿Y yo qué sé? ¿Acaso tengo cara de adivina?

—Hablando de Remedios, mi abuela me habló a través de ella.

—Claro. Lo más normal del mundo.

Brigid ignoró el tono sarcástico de su amiga y continuó.

—He estado pensando en lo que me dijo y, ¿sabes qué? He llegado a una conclusión sobre por qué ninguna de mis relaciones ha cuajado. ¿Estás roncando? ¡Rosa!

La aludida gruñó, pero finalmente se dio por vencida. Tras restregarse el rostro con las manos y estropearse aún más el maquillaje, se encendió un cigarrillo.

—Qué asco —atacó Brigid, con una tos fingida y muchos aspavientos. Como respuesta, su amiga le enseñó el dedo corazón.

—Mi cuarto, mis normas. Desembucha.

Brigid se mordió el labio, un gesto propio en ella cuando se concentraba.

—Pues me he dado cuenta de que me muevo al son de la batuta de los chicos que me gustan.

Rosa alzó las cejas.

—Eso no se lo creen ellos ni hartos de vino.

Brigid ignoró su comentario y se puso a enumerar con los dedos.

—Alex. Fíjate cómo cambié por él, que incluso me quité el piercing de la nariz porque no le gustaba.

—Pero qué mierda de memoria tienes. A ver, te quitaste el piercing porque se te infectó, recuerda. Luego ya no quisiste ponértelo porque te dio miedo.

—Anda, es verdad. —Brigid estuvo unos segundos callada, pero luego atacó de nuevo—. Reconoce que mientras estuvimos juntos cambié bastante mi forma de vestir.

—No, simplemente eras menos... digamos imaginativa vistiendo. Siempre te pasa cuando no eres feliz: simplificas tu estilo.

Brigid la miró con sorpresa.

—¿Ah, sí?

—Sí. Algo parecido te pasa con el maquillaje. Es tu forma de expresarte, de decirle al mundo cuál es tu estado de ánimo. Cuando estás preocupada, o triste, o estresada, vas muy maquillada, pero cuando te sientes bien no usas ni una simple base. Tú no cambias en función del chico que te guste en ese momento, sino en función del pie con el que te levantas.

Como Brigid quería tener razón, siguió insistiendo hasta que su amiga se la diera.

—¿Y lo de esta noche, qué? Va un tío buenorro y me dice que me quite las botas y que me lave la cara, ¿y qué hago? Ir corriendo al baño y robarte las militares. ¡No te rías!

—Perdón, perdón... Es que me estaba acordando de eso. Ni las buenas noches me has dado cuando te he abierto la puerta. Me has empujado y has ido derecha al baño.

—¿Ves? No tengo personalidad.

—No es eso. Simplemente creo que has pensado que tenía razón. No es la primera vez que te has quejado de esas botas. Y en cuanto al maquillaje... Reconoce que te habías pasado un poco con él.

—Qué leches... Yo lo que quería era gustarle.

Rosa rio por lo bajo a la vez que apagaba el cigarrillo y fue a sentarse a su lado en la cama auxiliar.

—Tienes una personalidad tan grande, que no sabes cómo abarcarla. Tu problema no es ese. Es que andas buscándote y no terminas de encontrarte. No te sientes cómoda en el mundo, así que tratas de moldearlo a tu manera.

—Bonita forma de decirme que soy rara.

—El hecho de que no veas el mundo como lo hacen los demás no te hace rara, sino especial. No lo olvides —añadió depositando un beso en la mejilla pecosa de su amiga—. Hala, ya he hecho la buena acción del día. ¿Me dejarás dormir ahora?

Como no obtuvo ninguna respuesta, Rosa se acostó en su cama y se tapó

hasta las orejas.

—A lo mejor no es una cuestión de falta de personalidad, sino de bipolaridad.

Con un gruñido, Rosa pataleó al colchón antes de volver a incorporarse.

—¡Que quiero dormir!

—¿Crees que soy bipolar?

—¿Si te digo que sí me dejarás en paz?

Brigid la miró con desagrado.

—Te pones muy borde cuando bebes.

—Y tú muy cansina cuando te encoñas. Venga, a ver, explica eso de la bipolaridad, y rapidito.

—Pues verás, no sé qué me pasa con Dru. Me gusta un poquito...

—Babeas por él —corrigió Rosa.

—Babeo, babeo. Pero, por otro lado, quiero salir corriendo. Quiero besarle y darle una guantada al mismo tiempo. Me atrae y me repele.

—No te fías de él, eso es todo.

—No, si fiarme sí me fío. Pero hay algo más... raro.

—¿Raro o especial?

—Es lo mismo —respondió Brigid sin dudarlo.

—No, hay un matiz importante. Tú eres especial. Tu hermano es raro.

—Y hablando de Keve... ¿Por qué te llama la bizca?

El grito indignado de Rosa no se hizo esperar.

—¿Que me llama la bizca? ¡Será cabrón, el *Papageno*!

Brigid rompió a reír, pero al instante la miró intrigada.

—¿*Papageno*? ¿Como el hombre pájaro de la ópera *La flauta mágica*?

Rosa resopló con desdén, se irguió y trató de poner voz de barítono al recitar:

*«Soy un hombre primitivo,
que se contenta con el sueño,
la comida y la bebida;
y si pudiera ser que
alguna vez cazase a
una bella mujercita...»*

—Buah, me encanta esa ópera, pero yo prefiero la parte de la Reina de la noche.

—¿Tú qué sabrás, si no entiendes de música? —protestó Rosa.

—De ópera no mucho, salvo lo que tú me has enseñado. Y volviendo al tema de Keve, ¿por qué le has llamado igual que a tu personaje favorito de tu ópera preferida?

Rosa iba a responder, pero luego apretó los labios con fuerza, como si temiera que las palabras quisieran escapar. Encendió un nuevo cigarro y expulsó una larga calada.

—Cosas nuestras. ¡No vayas a indagar en mi mente!

—Yo no indago en la mente de nadie, lo sabes. Solo siento lo que los demás sienten cuando los toco.

—Vale, pues no vayas a tocarme.

—Uy, uy, eso es porque algo raro os traéis vosotros dos.

—¿Tú quieres que deje ahora mismo de hablarte? Pues a lo tuyo.

Brigid se apuntó mentalmente tener una conversación con Keve al respecto.

—Vale, a lo mío. Entonces, ¿no crees que sea bipolar?

—No, hasta que se demuestre lo contrario. Creo que tu mente le está poniendo trabas a tu corazón, de ahí que quieras y no quieras.

Brigid asintió y volvió a tumbarse en la cama.

—Total, no creo que llegue a tener nada con él.

—¿Por qué lo dices?

—Porque es célibe.

Rosa rompió a reír.

—O una de dos; o me has mentido al decirme que está más bueno que el pan, cosa del todo improbable, o el tipo te ha dado una mala excusa para no liarse contigo.

Rosa supo que su amiga no volvería a molestarla cuando, después de un quejido, le dio la espalda. Ya era hora de dormir.

O eso querían hacer, pero la voz de Shakira cantando *Waka Waka* no las dejó.

—¿Qué mierdas es eso? —protestó Rosa, indignada y atónita.

—El Twitter, que le he cambiado el tono a las notificaciones.

—¿El *Waka Waka*? —insistió.

—Es para apoyar a la selección española en el mundial —se excusó.

—Joder, pues ya podías haberle puesto algo más agradable. Como a Ville Valo, por ejemplo.

Brigid soltó una carcajada. A su amiga le gustaba tanto el cantante de Him como a ella Leo Jiménez.

Como el móvil no paraba de sonar, se levantó para ponerlo en silencio, pero antes trasteó buscando el motivo de que no parara de recibir notificaciones.

—Me cago en todo...

—¿Qué pasa? —quiso saber Rosa.

—Francisco, que ha debido de beber más de la cuenta y no deja de enviarme mensajitos de amor.

—¿A las cinco de la mañana? Mándalo a tomar por saco.

Por una vez, Brigid se dispuso a hacer caso a su amiga. Estaba escribiendo cuando recibió una nueva notificación de un tercero en discordia.

—¿Pero qué co...?

Durante varios segundos leyó las notificaciones, totalmente descolocada por las perlitas que se estaban soltando, hasta que, cansada de tanta memez y tanto gallito suelto, los mandó a freír espárragos.

Al instante, apagaba el móvil y se dispuso a soñar con un morenazo de pelo muy, muy largo, sonrisa tímida y ojos castaños. No, negros. Sus ojos eran negros... ¿O castaños?

CAPÍTULO 10

No sé cómo lo hacía Mael, pero siempre sabía dónde encontrarnos.

Era algo que había hablado muchas veces con Ronan, quien tenía la teoría de que nos espiaba. Yo lo ponía en duda, pues éramos tantos los que estábamos a su cargo que tendría que dividirse para ello.

Fuera como fuese, e independientemente del motivo que le llevaba a hacerlo, el semidiós conocía todos y cada uno de nuestros pasos, y la prueba estaba en que nada más llegar al *Capitán Cook* apareció él.

—¿Qué, escaqueándonos del trabajo? —soltó sin más.

Le miré con asombro al principio, pero luego cabeceé y me dirigí a la barra, donde pedí un *Nestea*.

¡Bendito invento!

A Mael no debió de gustarle que lo ignorara, porque se sentó a mi lado y me fulminó con la mirada.

—¿Dónde estabas?

—Haciendo la ronda.

—No. Siempre vienes aquí primero, pero hoy te has retrasado. Dos horas —puntualizó.

Me encogí de hombros y bebí un trago, tiempo que empleé para pensar una respuesta.

—Dru —advirtió, ya impaciente.

—He pasado a ver a Keve—acabé por confesar.

Me resultó graciosísima la cara de asco que puso Mael ante la mención del joven.

—No tenías permiso para hacer eso.

—No pensé que lo necesitase.

El semidiós parpadeó muy lentamente, un gesto muy humano que me hizo sonreír.

—¿Qué... qué es eso?

Entonces fui yo el que parpadeó.

—¿Eso, qué?

—Esa rebeldía. ¿Desde cuándo te enfrentas a mí?

—No me estoy enfrentando.

—Has ignorado una orden expresa, por lo tanto: sí, te has enfrentado a mí. Y me pregunto, ¿por qué?

Me apreté el puente de la nariz con cansancio.

—Tan solo quería ver cómo estaba Keve, dado que la noche anterior no lo curé del todo.

—¿Por qué?

Traté de pensar rápidamente.

—Un... familiar suyo estuvo presente. Pude sanar los daños internos, pero estimé que sanar las magulladuras y hematomas externos levantaría sospechas.

—Correcto —estuvo de acuerdo conmigo—. Bien pensado.

Suspiré, porque había salido victorioso en mi empeño de ocultar la existencia de Brigid a Mael.

—Pero... —Oh, oh—, sigo sin comprender. Si solo eran unos morados, ¿a cuento de qué tanta preocupación por el puto Elfo?

—A cuento de que le tengo afecto—respondí con altanería.

Mael me miró muy serio.

—Hay algo más. Lo sé. Noto algo... diferente en ti.

Asentí.

—Ya te comenté que otro Ente se ha manifestado.

Mael negó.

—No, no es eso. Tengo la impresión de que lo tienes controlado, al igual que el poder oscuro que habita en ti. Coño, si puedes controlar al mal, todo lo demás es pan comido—susurró con admiración—. Sin embargo... Eres tú el que no tiene paz.

Suspiré y miré al frente.

—Yo nunca tengo paz, Mael.

—Cierto. Pero por norma general sueles ser una persona serena y calmada. No sé qué ha pasado para que estés alterado, en tensión, a la expectativa... No comprendo por qué tu habitual resignación se ha transformado en rebeldía.

Debo decir que no entendía a lo que se refería. ¿Rebelde, yo? Vale, cierto que, por una vez, ¡una sola vez!, había desobedecido una orden, pero tampoco había sido tan grave como para que me lo estuviera recriminando. Desde mi punto de vista, el semidiós estaba exagerando.

—Estoy esperando.

Negué con la cabeza.

—No lo sé. Estoy cansado, eso es todo.

Mael estuvo pensando durante varios segundos, tantos que ya me empezaba a resultar incómodo su silencio.

—Dru —comenzó, por fin, a decir—, no quiero presionarte, pero tú más que nadie debe informarme de todo aquello que pueda alterarte. Es por tu bien. Y por el de la Humanidad —añadió en un susurro que me puso los pelos de punta—. Piensa, ¿ha pasado algo últimamente fuera de lo normal?

Asentí. Por supuesto, no iba a hablarle de lo que descubrí con respecto a la sangre de Alba, ni a confesar que me había guardado cuatro tubos para hacer un pequeño experimento y, ni muchísimo menos, contarle que acababa de encontrar a mi Compañera, como druida y como Oculito.

Pero sí podía hablarle de un hecho que había pasado por alto, pero al que debía empezar a prestar atención.

—Daimons.

Mael me miró asombrado.

—¿Otra vez?

—Sí. Justo esta noche he acabado con dos. Y no es la primera vez que me los encuentro.

—Pensaba que se habían unido a los Corruptos, pero al acabar prácticamente con ellos, y por lo tanto de su líder, deberían haber regresado a su inframundo. ¿Qué pueden querer?

Y, de pronto, hallé la respuesta.

—Tú lo has dicho, Mael: un líder.

Al principio me miró sin comprender, pero luego reparó en el trasfondo de mis palabras.

—¿Tú? —aventuró.

—No yo. El Mal.

Sí, ya no me cabía ninguna duda. Ahora comprendía que me siguieran y no atacaran, que tan solo quisieran herirme, hacerme perder el control. Ahora comprendía por qué tenía la sensación de que respondían a una llamada.

El semidiós pareció horrorizado por un segundo, pero acabó por serenarse.

—¿Cómo estás tan seguro?

—No sé cómo explicarlo. Sabes que los Daimons son chupa almas y que solo nos atacan a los Ocultos para alimentarse de los humanos a través de nosotros, pero en mi caso es... diferente. No sé, es como si buscaran al oscuro, como si él, además, los estuviera invocando.

Mael frunció el ceño y me miró de reojo.

—Este asunto no me gusta y es bastante más serio de lo que pensamos. No comprendo cómo has esperado hasta ahora para decírmelo.

—Porque esa sensación no la he tenido hasta esta noche, ahora que lo pienso.

—Piensas tú muy poco últimamente, me parece a mí. ¿Dónde los has encontrado?

—En el metro.

Me faltó poco para echarme a reír al ver el respingo que dio el semidiós.

—¿Y qué hacías tú en el metro? Bastante mal lo pasas en tus horas de descanso al estar recluido bajo tierra, y porque no te queda más remedio, como para además hacerlo por propia voluntad.

Me abstuve de decirle que de propia voluntad nada, que si lo había usado había sido por Brigid.

—Curiosidad —contesté en cambio.

Mael supo que estaba mintiendo, porque me señaló con un dedo, como el padre que regaña al hijo.

—Pues déjate de curiosear. —Se levantó del taburete y miró con repugnancia a su alrededor—. Te recogeré antes del amanecer.

—¿Para qué?

Me miró como si fuera lelo.

—Pues para llevarte al Hotel. A partir de ahora te alojarás allí. No quiero perderte de vista.

Eso me cabreó, porque quería decir que no podría hacer guardia en el piso de la amiga de Brigid.

Hizo amago de marcharse —por la puerta, eso sí, pues no era buena idea desmaterializarse allí mismo, delante de la gente—, pero todavía había algo que me llevaba todo el día carcomiendo.

—Aguarda, Mael, tengo que hacerte una pregunta.

Mael me miró receloso con sus ojos multicolor, pero se volvió a sentar en la banqueta y me prestó atención.

Dudé sobre cómo plantear la pregunta.

—¿Qué hice? —solté a bocajarro, en un susurro cargado de pesar y desesperación.

Mael me miró con tristeza al principio, con extrañeza después.

—Nunca has querido saberlo.

—Ahora sí.

—¿Por qué ahora?

Miré al frente y suspiré.

—Algún día tendría que pasar, ¿no crees? Dos mil años aguantando la intriga es demasiado tiempo.

El semidiós asintió.

—Y los que te quedan —respondió en cambio.

Me faltó poco para gritar de frustración.

—¿Por qué no puedes decírmelo?

—Hice una promesa.

—¿A quién? —exigí saber. Si alguien más sabía el secreto, estaba más que dispuesto a hacerle hablar.

Mael se acercó a mí y, de forma paternal, me tocó el hombro.

—A ti —susurró antes de levantarse nuevamente.

Me quedé allí, odiándole, odiándome.

Mael tenía razón. Algo se había activado en mí para querer saber después de tantos años. Y ese algo tenía una larga cabellera castaño-rojiza que me moría por volver a ver.

—A las cinco y media de la mañana en punto te quiero ver en La Vía.

Por norma general hubiera acatado su orden sin dudar, pero el hecho de que me plantease desobedecerle quería decir que Mael tenía razón al decir que me estaba rebelando.

Y eso sí era peligroso.

Casi tanto como los celos que sentí cuando, varias horas después, y tras seguir a @LadyInBlack en twitter, vi las mamarrachadas que le escribía un tal @ElColetas.

El amo del Cotarro. @ElColetas

Hace 2 segundos

@LadyInBlack Pero mudo, *avsorto* y de rodillas, como se adora a su Dios en el *haltar*, como yo te *e* querido desengañaate. *Asi* no te *querran!!!*

No pude evitarlo. Necesitaba una dosis de maldad, y el tipo me lo puso muy pero que muy fácil.

Druida Cabrón. @DruidaCabrón

Hace 2 segundos.

@LadyInBlack @ElColetas Bécquer tiene que estar revolviéndose en su tumba.

El amo del Cotarro. @ElColetas

Ahora

@LadyInBlack @DruidaCabrón Y ese quien es?

Druida Cabrón. @DruidaCabrón

Hace 2 segundos.

@LadyInBlack @ElColetas A quien le has robado la rima, además de mancillarla.

El amo del Cotarro. @ElColetas

Ahora

@LadyInBlack @DruidaCabrón Y tu quien mierdas eres y *pq* te metes donde no te *yaman*?

Druida Cabrón. @DruidaCabrón

Ahora

@LadyInBlack @ElColetas Antes de cortejar a una dama deberías echarle

un vistazo al diccionario, si no quieres que le sangren las retinas. Aprende ortografía, hombre.

El amo del Cotarro. @ElColetas

Ahora

@LadyInBlack @DruidaCabrón Me la paso por el forro de los cojones. Lo que mola es el mensaje. A *quien* le importa la *ortografía*?

Druida Cabrón. @DruidaCabrón

Ahora

@LadyInBlack @ElColetas A ella, a no ser que quieras insultar su inteligencia. Pero tú sigue así, que me lo estás poniendo muy facilito.

El amo del Cotarro. @ElColetas

Ahora

@LadyInBlack @DruidaCabrón No sabes con *quien* estas hablando.

Druida Cabrón. @DruidaCabrón

Ahora

@LadyInBlack @ElColetas Con alguien que no sabe lo que son las tildes.

El amo del Cotarro. @ElColetas

Ahora

@LadyInBlack @DruidaCabrón Pero doy hostias como panes.

Druida Cabrón. @DruidaCabrón

Ahora

@LadyInBlack @ElColetas Para hostia la que tú tienes.

Brigid Miles. @LadyInBlack

Ahora

@DruidaCabrón @ElColetas Ahora es cuando os sacáis las pollas y veis quien mea más lejos. Como sigáis tocándome los ovarios, os bloqueo. ¡Que os den!

Rugí de rabia, porque no quería que me bloqueara. Twitter era un portal con el mundo exterior, mi ventana particular al día a día de Brigid.

El tipo le mandó un tuit más, sin citarme a mí esta vez, un tuit solo para ella en el que le decía: Te quiero, mi nena.

Apreté la mandíbula con fuerza. Ella no era su nena, ni de nadie. Ni siquiera mía, pese a ser la destinada a ser mi Compañera.

Brigid no contestó, lo que, en cierta forma, me alivió. Sin embargo, los celos no disminuyeron, sino que aumentaron hasta alcanzar tal magnitud que tambalearon mi autocontrol, lo que me llevó a tomar una decisión: decir adiós a mis sueños de felicidad y dedicarme en cuerpo y no-alma a aquello para lo que había sido creado; proteger a la humanidad. Todo lo demás debía ser erradicado de mi vida. Por mi bien. Por el bien de la humanidad.

Aunque se me partiera el corazón.

Era un puñetero brujo.

O eso, o un cafre de cuidado que le había echado mal de ojo.

No hacía ni tres semanas que había mantenido una conversación al respecto con él y ahí estaba ella, tratando de andar lo más deprisa que podía, sorteando desniveles en el asfalto y batallando para que el tacón de aguja no se quedase clavado en la tierra cuando cogía algún atajo por los parques.

Todo podía ser una paranoia suya, pero no; que la iban siguiendo, era un hecho, como que se llamaba Brigid Miles.

Con cuidado miró hacia atrás. Lo hizo de forma muy sutil y rápida, pero fue suficiente para confirmar sus sospechas. El tipo, o lo que fuera, se movía con sigilo, como si en realidad no fuera más que una sombra. Hubiera pasado totalmente desapercibido de no haber sido porque le acompañaba algo que ya había visto ella antes: un cuervo.

Mientras Brigid echaba mano de su fuerza de voluntad para no echar a correr, delatando así que sabía que la iban siguiendo, pensaba en lo extraño que le estaba resultando todo ese asunto. En menos de un mes se había topado como una decena de veces con el cuervo, y aunque solo fueron dos las que llegó a ver al tipo (o a la capucha de su sudadera), presintió que también había estado presente todas las demás.

Lo sabía por el hedor. Es más, era como su tarjeta de visita; primero escuchaba el graznido del cuervo y luego llegaba ese olor nauseabundo a animal muerto.

Acababa de atravesar Ciudad-70 y estaba a un tris de poner los pies en su barrio, momento que creyó oportuno echar a correr.

Era extraño lo que le pasaba con su barrio. Siempre había tenido muy mala fama, pero ella se sentía a salvo en él. No sabía si era por la sensación de estar en casa, de que si algo le pasaba le bastaba con llamar al timbre de la primera casa que pillase y recibiría ayuda sin preguntar. O eso, o eran ciertas sus sospechas de que el barrio tenía un conjuro de protección, a juzgar por la corriente de energía que siempre sentía en cuanto ponía un pie en él.

Debía ser eso, porque cuando miró hacia atrás no vio ni a la sombra, ni al cuervo, y el único olor que le llegaba era el de las cenas que estaban preparando las vecinas en sus casas y que se escapaba por las ventanas abiertas.

Aliviada, aminoró el paso, aunque seguía recelando, tanto como para no dejar de mirar hacia atrás en todo momento y de estar deseando llegar a su casa.

En el barrio de Vicálvaro no solía haber sobresaltos, nada que alterase las rutinas de la gente, por ese motivo se alarmó cuando vio a un grupo de personas congregadas frente a su casa, haciendo un corrillo a algo.

De nuevo echó a correr, preocupadísima porque a Keve le hubiera sucedido algo otra vez, pero se detuvo cuando lo vio entre las vecinas, sonriendo de oreja a oreja y pavoneándose.

Dos personas se apartaron lo suficiente para que ella viera el motivo de tal expectación: un *Lamborghini Murciélago* amarillo chichón.

—¡Ahí va la hos...!

Con un grito de alegría salvó la distancia que le separa de su sueño hecho realidad. Apartó a la señora Balbi con afecto y, después de babear, lo rozó apenas con las yemas de los dedos.

Poco a poco fue saliendo de su ensoñación y busco al culpable de que un deportivo estuviera aparcado frente a su casa.

Keve sonreía de oreja a oreja, pero al ver que una de las cejas de su hermana se elevaba en una pregunta muda fingió toser.

—Keve...

—Dime, duendecilla.

—Supongo que esta maravilla es tuya.

—Supones bien.

—¿Y de dónde lo has sacado?

Keve miró a su alrededor, donde todas las vecinas habían dejado de prestar atención al coche y ahora estaba mirando a los hermanos. O, precisando, a Keve. Y sus rostros no eran nada amables. A Keve le asustó la conclusión a la que pudieran llegar aquellas mujeres que más que vecinas eran madres para ellos.

—¿Qué? —preguntó a la defensiva cuando todas, al unísono, arrugaron el morro y se cruzaron de brazos—. Lo he ganado honradamente con mi trabajo.

—Ya, trabajo —escupió la señora Isabel, que antiguamente había sido la proveedora oficial de chuches y bollos del barrio, hasta que llegaron los chinos y coparon el mercado.

—Ya, honradamente —replicó la señora Juli, una de las más desconfiadas.

—Dejad de atosigar al muchacho —pidió la señora Gabi, que siempre tendía a pensar lo mejor de las personas.

—Pero es que este coche es muy caro —protestó Kiki.

—A casa. Ahora —exigió Brigid.

Como era mejor enfrentarse al sermón de Brigid que a las miradas asesinas de las vecinas, Keve agachó la cabeza y siguió a su hermana cual perrito faldero. La encontró en el salón, sentada en un sofá con las piernas cruzadas y mirada de Inquisidora.

—¿De quién es? —fue la primera pregunta que hizo.

—Ehhh, mío. Es... es un regalo —se apresuró a responder—. De mi jefe, bueno, no de mi jefe, de Ronan, sino del otro, del jefe-jefe.

—¿Y el Z4?

—Me lo robaron.

Brigid seguía sin decir nada, así que él estimó oportuno decir algo más.

—En realidad es una especie de recompensa por la paliza que recibí.

—Pues deberías dejarte pegar más a menudo —soltó Brigid, para sorpresa de Keve. Brigid negó con la cabeza, como si quisiera concentrarse en lo importante—. ¿Tú sabes la bomba de relojería que es ese coche? ¿Sabes lo goloso que es? ¿Dónde lo vas a guardar?

—La señora Mari se ha ofrecido para que lo guarde en su garaje.

Brigid soltó un rugidito de exasperación y elevó las manos al cielo.

—Pero a ver, alma cántaro, ¿cómo se te ocurre dejarle esa carga a esa pobre mujer, eh? ¿Qué quieres, que asalten su casa para robar el coche y le hagan daño?

Keve se rascó la cabeza.

—Tienes razón. No puedo dejarlo ahí. Si algo le sucede por mi culpa no me lo perdonaría en la vida.

—Pues eso. Tú dirás qué hacemos con esa perlita.

Keve pensó durante varios segundos.

—Puedo comprar el almacén que hay al lado de la Soci y guardarlo ahí. Si me lo curro un poco, refuerzo las puertas y contrato un servicio de vigilancia, podría...

—¡Claro, como si nos sobrara el dinero! Venga, vamos a fumarnos un billete de quinientos euros, total, ¿qué es eso?

—No es tanto dinero. Además, se lo puedo pedir prestado a Ronan.

Brigid guardó silencio, pero no dejó de mirarle durante bastante tiempo, demasiado para lo que podía aguantar Keve sin sentirse incómodo.

—Cuando conocí a Dru comprendí que mis recelos con respecto a tu trabajo no eran más que paranoias, pero esto es demasiado, Keve. Es un *Lamborghini*, que traducido en mi mundo (recalco: el mío, no el tuyo, el chupi guay), significa más de doscientos cincuenta mil euros. Es un regalo excesivo.

—¿Y qué? Si se lo pueden permitir, ¿qué quieres que les diga?

—Ellos se lo pueden permitir, pero tú no. Y volvemos a lo mismo; en mi mundo el jefe-jefe tiene un nombre muy chungo: Ministerio de Hacienda. A ver, ¿qué ingresos, legales, tienes tú para poder pagar esto?

Derrotado, Keve se dejó caer en el sillón. No quería mirar a su hermana, pues hacerlo implicaba dar a entender que tenía razón. Y vaya si la tenía. Ni cien chupasangres juntos le daban tanto miedo como Hacienda.

—No quiero devolverlo —refunfuñó como un niño.

—No digo que lo devuelvas, pero no puede estar a tu nombre. Lo más sensato es que en el seguro te pongan como conductor habitual, así justificas que no es robado, pero al mismo tiempo también que el coche no es tuyo y, por lo tanto, los ojos de Hacienda mirarán para otro lado y, ¡voilà!, tenemos el culo salvado.

Keve pensó durante varios seguros.

—Sí, creo que es lo más sensato. Joder, eres buena, nena—dijo para engatusarla.

—Buena, sí. Tonta, no —espetó cuando su hermano comenzó a levantarse para marcharse—. Así que quietecito ahí hasta que me digas la verdad, de una vez por todas, sobre tu trabajo y tus jefes.

Keve se dejó caer de nuevo y se restregó el rostro con las manos.

—No puedo, Brigid. De verdad que no puedo.

Brigid vio la batalla que librara su hermano por lo que casi se compadeció

de él. Casi.

—Un *Lamborghini*, Keve —se limitó a decir, como si esa palabra fuera lo suficientemente incriminatoria.

—Lo sé, nena, sé que no es normal, ni que me paguen tanto dinero ni... otras muchas cosas. Pero de verdad, que ni son mala gente, ni están metidos en nada ilegal. Te lo juro por madre.

Ante esas palabras Brigid nada pudo hacer, de modo que asintió, complacida, que no satisfecha.

—¿Y qué hay de Dru? —preguntó cuando su hermano volvió a levantarse, que ante la pregunta puso cara de circunstancias.

—¿Qué pasa con él?

—Es raro.

—Anda, mira, en eso estamos de acuerdo.

—¿Tiene novia?

—¿Dru? —preguntó Keve con escepticismo, para inmediatamente echarse a reír como si se le fuera la vida en ello.

—Vale, me ha quedado claro. ¿Y novio?

—Dru no tiene nada de nada.

Como eso no aclaraba las cosas, Brigid siguió insistiendo.

—Me dijo una cosa que me descolocó.

Intrigado, Keve apoyó la cadera en el respaldo del sillón. Ya estaba cansado de levantarse y sentarse.

—¿Qué dijo?

—Que era célibe.

Brigid soltó una carcajada al ver que el rostro de su hermano se descompuso.

—¿En serio te dijo eso?

—Tal cual.

—Es muy raro que Dru haga esa confesión —susurró más para sí que para su hermana, que en esos momentos abrió muchos los ojos.

—Perdona, ¿estás diciendo que es verdad?

—Sí. —En esta ocasión fue Keve el que se rio de la cara de desconcierto que puso su hermana, pero entonces frunció el ceño—. Un momento, un momento... ¿Por qué Dru te habló de su celibato?

Brigid hizo un mohín con los labios.

—Estábamos hablando de sexo y...

—¿Y tú por qué cojones tienes que hablar de... de eso? —acabó por decir. No le gustaba que su hermana y la palabra sexo estuvieran en la misma frase.

—¿Y por qué no? Es un tema absolutamente normal entre un hombre y una mujer, sobre todo si entre ellos hay cierta, digamos, química —repuso, traviesa.

No había habido nada de picardía en la conversación que mantuvo con Dru, pero quiso pinchar a su hermano.

Keve, en cambio, no se tomó nada bien la broma. Es más, se había puesto sumamente serio y ahora se había acercado a ella.

—Nunca, Brigid. Y cuando digo nunca, digo jamás, *never and ever*. Dru no es para ti, ni para nadie.

—¿Por qué?

—Ya te lo dijo. Es célibe. Y así debe ser.

—Pero...

—Pero nada. Vuelvo a repetirlo, Brigid: nunca.

Brigid miró asustada a su hermano, que tenía el rostro desencajado y los ojos fuera de sus órbitas.

Durante varios segundos se retaron con los ojos, hasta que el móvil de Keve sonó y, airado, abandonó la habitación.

Brigid se quedó ahí parada, mirando a la nada. Luego se levantó y caminó hacia la pared donde estaba colgado el retrato de su madre.

Aspiró con fuerza, como si el cuadro hubiera atrapado su perfume, como si

conservara parte de la esencia de aquella mujer a la que, sin haber conocido, significaba todo para ella.

—Sí, mamá —susurró después de mirarla con ternura—. Yo también pienso que nunca es demasiado tiempo.

CAPÍTULO 11

No sé qué fue lo que propició los acontecimientos de la noche del treinta de mayo.

Supongo que fueron una serie de circunstancias. No dormir pudo ser una de ellas, pues dedicaba todos mis esfuerzos en buscar una cura a mis dos maldiciones, sin éxito alguno, para no variar.

Estar deseando que llegara el once de julio para ver cómo salía el experimento con la sangre de Alba (esa noche habría eclipse solar y era el ideal para ver qué efecto tendría la profecía) podía ser otra de las causas de que estuviera con los nervios a flor de piel.

No darle al Mal lo que quería —es decir, maldad o sexo—, era un factor importante a tener en cuenta.

Sinceramente, creo que lo que hizo que lo mandara todo al infierno y me dejara sucumbir por el mal que había dentro de mí fue haber renunciado a Brigid, tener la certeza de que nunca podría estar con ella, que, además, era una hermosa mujer muy demandada por los hombres (¡cómo no iba a ser así!) y que fácilmente podría enamorarse de alguno de ellos, que no había esperanza alguna para mí.

Luchar contra mí mismo fue sumamente agotador durante todo ese tiempo. Quería verla, tocarla, escuchar su voz, pero nada de eso se me estaba permitido, pues con ello no haría sino alimentar unas esperanzas inviables para mí.

Necesitaba algo con lo desfogarme, algo que me hiciera sentir bien, aunque fuera de forma momentánea.

Treinta chupasangres fueron la respuesta a mis plegarias.

Los encontré en la discoteca móvil del recinto ferial de San Fernando, donde por motivos de las fiestas patronales todos estábamos destinados. Lo

primero que hice fue pedir refuerzos, pues treinta chupasangres eran demasiados para mí. No porque no pudiera matarlos, sino precisamente porque *podía* hacerlo.

Sin embargo, y mientras esperaba, ellos me detectaron y me acorralaron.

Era consciente de que tenía el poder suficiente para acabar con ellos con un solo chasquido de dedos, pero eso supondría desatar al Mal, así que tiré de mis conocimientos drúidicos y les lancé un conjuro inmovilizador, mientras esperaba a que mis hermanos vinieran a ayudarme, algo que no tardó en demorarse: Dolfo y Ronan fueron los primeros, pero Leo no tardó en llegar.

Debo decir que, por culpa del Mal, por miedo a revelarles mis secretos sin ser consciente, utilizaba cada vez menos mis poderes como druida, porque el esfuerzo era triple: invocar el poder, controlar mi psique para que el Mal no pudiera acceder a la parcela de conocimiento —privada y vetada para él— y, por supuesto, controlar al Mal en sí.

Fue demasiado para mí, porque treinta chupasangres son muchos para mantenerlos inmóviles, así que, finalmente, sucumbí a su maldad.

No sé qué es lo que siente un humano cuando se droga, pero como sanador me gusta estar al día e investigar los efectos y sensaciones que producen. De ese modo sé que lo que siente una persona que se inyecta heroína debe ser muy parecido a lo que yo sentía cuando me rendía al mal: euforia, una sensación de placer muy intensa, falsa percepción de felicidad, volatilidad, bienestar físico y mental y alejamiento de la realidad, sin contar con que el chute de adrenalina era brutal.

Por desgracia, esta sensación no era más que una quimera, algo irreal y momentáneo, pues pronto, demasiado pronto, se producía lo que yo llamaba el desdoblamiento, porque mientras estaba en ese estado, siguiendo la analogía con las drogas, mientras estaba con el *viaje*, yo, mi yo consciente, sufría una tortura. Era como si me confinaran en una celda y me obligaran a presenciar el mal, o peor, porque cada herida que infringía, cada sufrimiento causado, lo sentía como propio. Mientras, el Mal se vanagloriaba, exigiendo más y más, hasta que me derrotara y me obligara a derribar un muro tras el cual estaban todos los secretos: buenos, y malos. Y entonces, tomaría el control absoluto y sería libre.

Así que ahí estaba yo, luchando, viéndome a mí mismo con el ojo

completamente negro y el rostro desfigurado mientras invocaba una bola de energía para, con una sonrisa siniestra, lanzársela a la horda de chupasangres que tenía atrapados.

—¡No, Dru! —oí gritar a Leo, que venía corriendo hacia mí.

Lo lancé por los aires y volví a concentrarme en los chupasangres. La bola de energía pesaba en mi mano, pero, a la vez, la sentía ligera. Era fría al principio, pero luego comenzó a tomar temperatura hasta que me fue imposible sostenerla y, simplemente, la lancé a los chupasangres.

Sin remordimientos.

El dolor no se hizo esperar. Fue tal la onda de maldad que absorbí al liquidarlos que me dejó momentáneamente K.O.

Luego, cuando todo pasó, me contaron que fue Leo quien consiguió que regresase, quien razonó, a su modo, con la piltrafa en la que me había convertido.

No sé cómo lo hizo la bestia, pero funcionó, porque de pronto regresé.

Volver del viaje era todavía peor, tan doloroso que me daban ataques epilépticos. Ahora sé que se llamaban así, pero durante una época la Inquisición me tuvo en su punto de mira alegando que padecía posesiones demoníacas. Si ellos hubieran sabido la verdad... Qué ilusos.

Fue Ronan quién me sostuvo entre sus brazos, pues siempre sabía qué hacer en esos casos.

—Lo... lo siento —pude decir cuando dejé de convulsionarme.

—No pasa nada —dijo Ronan—. Te tenemos, hermano.

Sentí que todo estaba bajo control, pero había perdido todas las fuerzas, así que me hice un ovillo y, mientras temblaba sin parar, dejé que el arrullo de Ronan me calmara.

—Yo lo llevaré a su guarida —se ofreció Leo.

Me eché a temblar solo con la idea de subirme al Ferrari de la Bestia, pues ya conocía su temeraria forma de conducir, así que negué su propuesta moviendo la cabeza de un lado a otro.

—No... Lla-llama a Keve. Quiero... quiero ir... a... su casa.

Todos me miraron con un deje interrogativo.

—No podemos hacer eso —repuso Leo con un atisbo de preocupación que, para ser sinceros, no le pegaba en absoluto—. Necesitas descansar, y allí te dará la luz del sol.

—Tiene... un sótano oscuro... —insistí—. Quiero ir... quiero ir allí...

Por fin atendieron a mis plegarias y Keve pronto estuvo con nosotros.

Entre él y Ronan me metieron en el *Lamborghini* recién estrenado del joven. Temiendo que hubiera cogido la misma costumbre de Ronan de conducir como un camicace, musité:

—No corras.

—¿Qué?

—Que no corras. Ve... despacio.

Keve asintió, y durante gran parte del trayecto no articuló palabra, supongo que para no molestarme, pero estábamos llegando a destino cuando preguntó, muy serio:

—¿Por qué a mi casa, Dru?

Nuestros ojos se encontraron durante una milésima de segundo, pero los suyos volvieron rápidamente a la carretera y los míos a la ventanilla, pensando en su pregunta.

¿Por qué?

«No, Keve. La pregunta correcta es: ¿por quién?»

No llegué a formularla. El cansancio me venció y caí preso de un sueño donde ella era la protagonista.

Esa mañana Brigid se levantó de un humor excelente, tanto como para ponerse a cantar la canción *All I need*, de Within Temptation, a viva voz mientras preparaba el desayuno. No supo qué fue lo que hizo que se sintiese tan sumamente bien, pero cuando llegó aquella madrugada, nada más traspasar

la puerta, se sintió pletórica de felicidad. Era una extraña sensación de bienestar sobre la que tendría que buscar el origen, pero más adelante. Ahora seguiría disfrutando del cosquilleo que sentía en la nuca, de la expectación y del aroma a sándalo que flotaba en el aire.

—*Give me something I can believe. Don't tear me down.*

—¡Para ya, joder! —gritó Keve desde algún punto de la casa.

—*You've opened the door now, don't let it close*—cantó más alto solo para fastidiarle.

Keve no tardó en personarse en la cocina, pero lo hizo de forma diferente a como era habitual en él a esa hora: totalmente vestido, peinado y con el rostro de los que han dormido a pierna suelta durante muchas horas.

—¿Qué haces levantado? —preguntó—. ¿No saliste a hacer eso que dices que haces por las noches?

—Trabajar, Brigid, salí a trabajar. Pero surgió un imprevisto que hizo que regresara antes.

—¿Qué fue? —quiso saber Brigid, preocupada. Solo un poco; no había sentido nada alarmante la noche anterior, como cuando le dieron la paliza—. ¿Estás bien?

—Quita, que cuando te pones en plan mamá gallina eres muy cansina. ¿¡Qué haces!?! —preguntó molesto cuando ella comenzó a cachearlo.

—Comprobar que no tienes nada roto.

—Eso te lo podía haber respondido yo sin necesidad de que me magrees. Estoy perfectamente.

—¿Entonces?

—Ehhh... tuvimos que venir antes. Llegamos antes que tú, por cierto. ¿A qué hora viniste? No me gusta que andes hasta las tantas en las fiestas, hay mucho grillado por ahí....

—Espera, espera—interrumpió después de analizar la primera frase—, ¿has dicho tuvimos?

—Ehhh, sí.

—Ese “Ehhh, sí” quiere decir que no lo hiciste solo.

—Ehhh, no.

—¿Una chati? —preguntó, picarona, alzando y bajando las cejas repetidamente.

—Ehhh...

—¡Deja de decir eso o te corto las pelotas, que me tienes ya negra con tus balbuceos y tus explicaciones a medias!

—Es que no me dejas.

—¡Porque dices las cosas a trompicones! —gritó.

—¿Quieres bajar la voz? —increpó el mellizo en un susurro y al tiempo que se dirigía a apagar el reproductor mp3.

—¿Por qué lo apagas?

—Porque está muy alto. —Brigid iba a protestar, pero Keve alzó la mano para detenerla—. Escucha, tengo que pedirte algo.

Como se había puesto muy serio, Brigid se sentó en el taburete.

—Soy toda oídos.

—Me tengo que marchar a hacer unos recados, y probablemente esté toda la mañana fuera, así que necesito que tú te ocupes de él.

—¿De él?

Así que no era una chati. ¿Sería verdad lo que dijo el Coletas sobre que era gay?

—Tenemos un invitado.

Brigid alzó las cejas y miró a su alrededor, como si esperase ver a alguien de un momento a otro.

—¿Dónde está?

—En el sótano.

La joven parpadeó al principio, pero luego agitó la cabeza.

—¿Has instalado al invitado en el sótano?

—Ehhh, sí.

—¿Por qué?

—Porque... Ehhh... Tiene... un problema con la luz.

—¿Qué es, un vampiro o algo así? —preguntó de forma sardónica.

—No. Solo tiene un problema con la luz. Escucha, que me tengo que marchar ya. Apenas necesita atención, solo baja en un rato y pregúntale si necesita algo, pero procura no molestarlo mucho.

—Tengo que planchar.

Keve negó con la cabeza.

—Déjalo para otro día.

—Tengo un cerro de plancha, así que no, plancho hoy.

—Pues súbete la ropa arriba —replicó de mala gana.

—No me da la gana.

Keve bufó.

—Cuando te pones cabezona no te soporto.

—Yo no te soporto nunca.

Los hermanos se retaron con la mirada, pero finalmente Keve la apartó, derrotado.

—Es peligroso—soltó a bocajarro.

—¿Y aun así lo metes en casa? ¿Estás tonto o qué?

—No peligroso en ese sentido.

—¿En cuál?

Keve se mesó el cabello.

—Tú... solo no te acerques mucho a él, ¿vale?

—¿Qué no me estás contando, Keve?

El hermano, para no responder, cogió una manzana y le dio un mordisco, pero entonces Brigid le dio una colleja.

—¿Me quieres responder?!

—Qué bruta eres. A ver, te lo voy a decir para dejarlo bien clarito: no es peligroso, es improbable que te haga daño, pero procura no cabrearlo. —Miró a la nada y masculló—: Dru es imprevisible.

El respingo de Brigid fue monumental.

—¿Dru? ¿Dru está aquí? ¿En casa? ¿En el sótano?

—No, no, aguarda, espera, no hagas eso —pidió con fervor cuando Brigid, además de atusarse el cabello, humedecerse los labios y bajarse el escote del vestido, esbozó una sonrisa que le ocupó todo el rostro—. No vayas a coquetear con él.

—No voy a coquetear.

Pero corrió a mirarse en el reflejo del cristal a ver si tenía restos de comida en los dientes.

Keve, al ver que era imposible razonar con ella, se apretó el puente de la nariz.

—Esto ha sido una mala idea...

—Vete ya. Yo me ocuparé de él. Quédate tranquilo.

—Tranquilo, dice la otra —protestó, pero ya estaba abriendo la puerta de la cocina—. No lo olvides, Brigid. Ante todo, no lo cabrees.

Su melliza bailó la mano en el aire y le dio la espalda. Brigid ya estaba saliendo de la cocina para bajar al sótano.

—Muy mala idea —masculló Keve cuando pudo detectar el brillo travieso de sus ojos.

Brigid no lo escuchó. Ya estaba bajando al sótano, donde, iluminado tan solo con la luz de unas cuantas velas, Dru estaba echado en el sofá, un libro en el regazo y el largo cabello recogido en una coleta.

Y completamente desnudo.

CAPÍTULO 12

Menudo trío que estábamos hechos.

El Mal, saciado por esa noche, estaba medianamente tranquilo, pero intuía que podía obtener algo más, como por ejemplo placer, así que se mantenía a la expectativa.

El Ente no paraba de refunfuñar, sobre todo cuando poco antes de la madrugada Brigid llegó a casa. El instinto asesino que destilaba me resultó vagamente familiar, aunque no llegaba a comprender por qué.

Y yo... Yo la presentí de inmediato. El olor ya típico en ella a espliego era inconfundible, además de que todo el vello de la nuca se me erizó y me produjo una dicha inigualable.

De modo que ahí estábamos los tres, a la espera de oírla, o verla, o tocarla o...

Me negué a pensar en ese o, pero el Mal me lo puso muy fácil, pues no paraba de mostrarme imágenes de todas las cosas que quería hacerle.

Debo confesar que era muy imaginativo para todo, por eso me tenía desconcertado con el despliegue de posturas que se podían usar durante el coito.

Para no pensar en ellas —o, mejor dicho, para no recrearme demasiado en ellas—, decidí buscar algo que leer. Me asombró encontrarme con un libro sobre las propiedades de las plantas, así que encendí varias velas que había en el sótano y me dispuse a disfrutar un rato de la lectura. El libro, pronto me di cuenta, era muy especial, pues en los márgenes había algunas anotaciones. La caligrafía era femenina, muy cuidada y estilizada, pero de trazo antiguo. Supuse que debía ser de la abuela fallecida de Keve, pero también me encontré con otras anotaciones de una caligrafía más moderna.

Sonreí mientras pasaba los dedos por estas últimas, y tan pronto lo hice lo

supe: esas anotaciones las había escrito Brigid.

Escuché el sonido de la puerta cerrarse y miré hacia el techo. Keve me había comentado que tenía varios recados que hacer, no me dijo cuáles, por lo que deduje que había sido él quien había abandonado la casa.

Me puse nervioso. Saber que Brigid estaba arriba, sola, que no había nada ni nadie que me impidiera tomarla, besarla...

Falso. Sí había algo y alguien: el sol y yo.

Con un suspiro de resignación me dispuse a seguir con mi lectura.

«Llámala», me susurró el Mal.

—No —dije en voz alta.

Por norma general no me dirigía a él directamente, salvo cuando estaba a solas, que le hablaba continuamente.

«Tú puedes hacer que venga. Invócala. Llámala».

—No tengo ese poder de persuasión con ella —informé sin querer.

Rápidamente me di cuenta de mi error, pues de forma indirecta acababa de confesar que compartía su deseo de verla. Un error muy grave, ya que a partir de entonces apremió su demanda.

«¡Llámala, llámala, llámala! Quiero que venga. Quiero placer...»

Era insoportable.

Pensaba que iba a estar así toda la mañana, de modo que me preparé para ignorar su diatriba con unos ejercicios de meditación, cuando de pronto enmudeció.

No tardé en descubrir el motivo; una corriente de aire trajo un olor a lavanda, confirmando que la persona que había abierto la puerta que bajaba al sótano era Brigid.

Estaba echado en el sofá, así que giré la cabeza para verla.

Y me quedé sin aliento.

Llevaba un vestido precioso que me recordó a otra época, una especie de túnica escotada que le llegaba hasta media pierna. Era de seda, como pude apreciar, muy ligera y con motivos florales. Se había trenzado el cabello, que

le llegaba hasta la cintura, y algunos rizos rebeldes se habían escapado y enmarcaban su rostro. Incluso a la luz de las velas su rubor era visible, así como el brillo de sus labios y de sus ojos. Las pecas que adornaban el puente de su nariz se me antojaron una obra de arte.

Me tengo por un caballero, así que rápidamente me puse en pie y le hice una reverencia.

—Mi Domina.

Brigid parpadeó mucho y muy rápido cuando me miró, pero luego, poco a poco, paseó sus ojos azules por mi cuerpo.

Como celta me gustaba estar desnudo cuando tenía ocasión, y nunca me había sentido avergonzado de mi desnudez.

Menos esa vez.

Me sentí muy incómodo con ella allí de pie, mirándome con los ojos fuera de sus órbitas, con admiración y, por qué no decirlo, deseo.

En otras circunstancias me hubiera sentido muy halagado por su mirada apreciativa, pero la imagen que yo estaba dando debía ser sumamente grotesca, totalmente desnudo y con el pene hinchado por su cercanía.

Hice amago de cubrirme con las manos, pero eso no haría sino empeorar la situación, así que aguanté el chaparrón hasta que ella estimara oportuno dejar de examinarme.

—¿Qué... qué haces en pelotas? —espetó.

—Oh —exclamé como si nada—. ¿Os incomoda mi desnudez?

—Hombre... —respondió ella, alzando las cejas y mirando con los ojos muy abiertos mi entrepierna, pero rápidamente volvió los ojos a mi rostro.

Estaba toda sonrosada. Qué bonita...

—Disculpad. No tardaré en cubrirme.

Me abstuve de soltar un suspiro de alivio cuando me di la vuelta para buscar el pantalón. Mientras me abrochaba la cremallera, la miré por encima del hombro. Seguía en la misma postura, con los labios entreabiertos y comiéndome con los ojos.

—¿Ves? Arreglado —dije, picarón—. Ya puedes dejar de estar nerviosa.

Agitó la cabeza, como si hubiera salido de un encantamiento, y me miró airada.

—Cretino... Eres tú el que se ha puesto nervioso.

—¿Lo dices por mi erección? —pinché. Ahora, ya tapada, me sentí más cómodo hablar de ella—. Tranquila, no has sido tú la causante. Ya estaba así antes de que bajaras.

—A cualquier cosa llaman erección —atacó, haciéndose la digna y mientras pasaba por mi lado—. No lo he dicho por eso. Siempre que te pones nervioso me tratas de vos.

Agrandé los ojos, porque ignoraba que ella se había percatado de ese desliz por mi parte.

—¿Eso hago?

—Ajá. Ya te pasó otra vez en el metro. Eso, y que se te ponen las orejas rojas.

Mientras ella se ponía de cuclillas para sacar la ropa de la secadora, me las toqué.

—Eso es mentira—renegué.

—Jamás miento.

—¿Por ética?

—Por imposibilidad. No puedo hacerlo, aunque quiera. Ya me gustaría a mí poder mentir.

La miré sorprendido.

—Vaya. Eso es muy... peculiar. —Sonreí y me coloqué a su lado. El Mal me hizo ver que desde esa posición le veía mejor el pecho. Ambos nos relamimos—. Eso ha debido causarte unos cuantos problemas.

—Demasiados. Pero tranquilo, que lo tengo superado. Keve y yo nos hicimos unos expertos en eludir preguntas.

Aquello llamó poderosamente mi atención.

—¿A Keve también le sucede?

—Y, según mi abuela, a mi madre también. Debe ser por algún gen.

Me apunté mentalmente investigar al respecto. Aquello era muy extraño.

Terminó de sacar la ropa de la secadora y la puso sobre una mesa camilla. Luego, desplegó la tabla de planchar y enchufó la plancha.

Debí de mirarla con extrañeza, porque dijo:

—Voy a planchar.

—Ya veo.

—Espero que no te moleste...

—¿Tengo alternativa?

—No —se rio.

—¿Entonces?

Me miró de arriba abajo, pero detuvo la mirada en mi pecho. Agrandó mucho los ojos a la par que soltaba una exclamación. Cuando vi lo que estaba mirando me llevé una mano al corazón rápidamente para tapar el tatuaje. Enrojecí bruscamente.

Sí, las orejas también se pusieron escarlata.

—¿Qué era eso? —quiso saber.

—Cosas mías —respondí de muy malas formas, como invitándola a que dejara de indagar.

—Era una letra. Muy bonita... —Me miró a los ojos y soltó en tono acusatorio—: Era una «B».

Ya no había vuelta atrás, así que vi absurdo negar lo evidente y aparté mi mano para que la viera mejor. Brigid se acercó a mí, tanto que sentí su aliento en la piel. Estaba tan cerca que imaginé que sacaba la lengua y lamía mi tetilla y...

—¿Has acabado? —casi escupí.

Se apartó sobresaltada y buscó mis ojos.

—Es hermoso. ¿Qué significa?

—Lo desconozco.

Y no mentía.

—Parece muy antiguo —aventuró acercándose de nuevo.

—Lo es.

Se me partió el corazón al ver su gesto desilusionado, porque ella, al igual que yo hice cuando Keve me habló de ella la primera vez, había fantaseado por un segundo con ser la causante del tatuaje.

—Debías de estar muy borracho —dijo en tono triste.

¡Qué ganas tuve de abrazarla!

—¿Por qué lo dices? —pregunté con dulzura.

—Para no acordarte de por qué te lo hiciste. A veces suele pasar. Más de uno ha acabado con un micro pene en la frente, créeme. ¡No te rías! Tú al menos tuviste suerte. Realmente es hermoso.

Contuve el aliento cuando sus dedos rozaron el tatuaje. Fue un roce muy leve, pues se produjo una chispa y los tuvo que apartar rápidamente.

Nos miramos a los ojos durante un segundo, pero ella me dio la espalda, azorada.

Creo que al ser empática sintió parte de lo que sentí yo cuando me tocó: éxtasis.

Para mantenerse ocupada, se puso a colocar la ropa, pero inmediatamente lo dejó y se giró.

—Uy, no te he ofrecido nada. ¿Quieres algo?

—No, gracias, Keve me ha preparado a primera hora un refrigerio.

Ella se carcajeó.

—Y que un refrigerio... Eres raro, Dru.

No sabía ella cuánto.

—¿Por qué? —indagué.

—Por tu forma de hablar. En ocasiones no pareces de esta época. Hablas como un carca.

—A veces me siento así.

—¿Un carca?

Su sonrisa provocó la mía.

—Eso también.

—Sí —afirmó mientras doblaba unas braguitas minúsculas que me pusieron muy nervioso—. Tienes ese aire de antigüedad, como si hubieras salido de la Edad Media.

De más allá, diría yo.

—Tú también tienes ese aire —apunté, mientras señalaba con la barbilla su túnica.

Sus ojos chisporrotearon.

—Me encantan estos vestidos, tipo medieval. Me hacen sentir como si estuviera...

—¿Dónde? —animé a que continuara al ver que enrojecía con tristeza.

—En mi hogar.

Qué ganas de abrazarla. Qué malditas ganas al mismo tiempo de huir de ella.

—Ahora estás en tu hogar, Brigid.

Ella suspiró, pero luego me regaló una sonrisa que me dejó embobado.

—¿Sabes? Yo también soy rara.

—¿No me digas?! —bromeé.

—¡Oye! —protestó entre risas—. Yo puedo decir que soy rara. Tú, no.

—Ah, amiga, ¿y tú si puedes decir que soy raro?

—Claro. Yo no puedo mentir.

Nuestros ojos se encontraron y ya no quisieron apartarse.

Fue tal la intensidad con la que nos miramos, que incluso algo pareció flotar entre nosotros, una corriente de energía que insistía en envolvernos, en acercarnos, en...

Agité la cabeza, aturdido, cuando una imagen en concreto se me cruzó por la mente.

Por todos los dioses, qué mal rato me esperaba.

—¿Te importa si pongo música?

Brigid miró a Dru, que se había echado en el sofá y había reanudado la lectura. El hombre levantó la vista del libro y le dedicó una sonrisa de medio lado.

—¿Si digo que sí me vas a complacer?

Brigid le devolvió la sonrisa, pícaro.

—Probablemente no, pero eres nuestro invitado y no debo ser maleducada. Hasta yo tengo un límite.

—¿Y entra dentro de ese límite dejar el ambiente musical a cargo del invitado?

—¡Ni por asomo! —exclamó divertida.

—Tenía que intentarlo. ¿Qué pondrás?

Brigid se acercó al reproductor y estuvo trasteando. Cuando al fin encontró lo que estaba buscando, compuso una expresión maligna.

—Esto.

Se giró para ver la expresión de Dru, pero este no parecía para nada horrorizado, sino más bien al contrario.

—Eluveitie. Fabulosa elección. Gracias.

Brigid entrecerró los ojos. ¿Por qué le gustaba tanto pelear con él?

—Se supone que no te tiene que gustar.

—Ah, ¿sí? En ese caso: es un horror.

—Te gusta complacerme, ¿eh?

Pretendía ser una chanza, pero Dru no bromeaba cuando contestó en un susurro:

—Me extasía...

¿Pero qué leches tenía su voz para ejercer ese poder en ella? Porque ahora quería echarse encima de él y zampárselo de arriba abajo. Dioses, solo de pensarlo se abrasaba...

—¿Qué dices de fuego?

Brigid se sobresaltó al escuchar la pregunta. ¿Había hablado en voz alta?

—¿Eh? Ah... —Miró la tabla y sonrió, aliviada, al encontrar una excusa. No era del todo una mentira, tan solo una evasiva que, al mismo tiempo, podía servir de respuesta—. La plancha ya está caliente —dijo señalándosela.

Para no pensar, ni decir, tonterías como que para caliente ella, se dispuso a planchar las prendas que había dispersas sobre la mesa camilla.

—Me ha sorprendido que conozcas al grupo—dijo tras acabar con la primera camiseta.

—Es el grupo preferido de mi hermano Wiza.

—¿Tienes un hermano? —preguntó Brigid, un tanto asombrada por la confesión.

Dru rio por lo bajo.

—Tengo muchos hermanos.

—Ah, ya entiendo —replicó ella prosiguiendo la labor—. Hermano no de sangre, sino de banda.

—Si lo quieres expresar así, sí, de banda.

—Lo que yo decía: malotes —susurró—. ¿Y qué clase de nombre es Wiza?

—De origen visigodo.

—O sea, un bárbaro.

En esta ocasión Dru dejó escapar una risotada.

—¡No sabes cuánto! En general, todos son un poco así.

—¿Tú no? —quiso saber al percatarse de que se había excluido.

Dru negó con la cabeza.

—No. Yo soy más calmado. A veces... —añadió, más para sí que para Brigid. Carraspeó, incómodo—. Dolfo y yo quizá seamos los menos bárbaros. Él es todo un caballero, muy educado y un fanático de la música... hmmm... clásica.

Dijo la última palabra con diversión. Ella no supo por qué.

—A mí me gusta la música clásica —apostilló Brigid—. Sobre todo, la gótica. Es mi preferida.

—A mí también. En general, toda la música me gusta, incluso el metal folk, como es el caso de Eluveitie. Según Wiza, son los mejores en su género. — Dru apretó los labios en una sonrisa tímida y añadió—: Claro, que serían mejores si no gritaran tanto.

—Ahí está la gracia.

—Supongo —respondió.

—Si tuvieras que decantarte por un cantante o grupo, ¿cuál sería?

—Loreena Mckennitt—respondió sin dudar, provocando un respingo en Brigid—. Me encantan sus temas de inspiración celta. Hacen que me eleve.

—Vaya —susurró, asombrada. Porque a ella también le transportaba su música. Agitó la cabeza y señaló su brazo derecho—. Ya he podido comprobar que todo lo celta te gusta.

Dru se miró a sí mismo y luego a ella.

—No todo —dijo para sí.

—¿Qué cosas no te gustan?

—Las preguntas.

Brigid hizo un mohín con los labios.

—Me refiero a la cultura celta.

Dru no contestó, sino que, tras encogerse de hombros, volvió a la lectura.

Brigid no podía estarse callada. Además, quería seguir pinchándole. ¿Por qué? Lo desconocía.

Pero le gustaba una barbaridad lanzarle pullas.

—¿No crees que es un atrevimiento por tu parte tatuarte un trisquel?

Dru volvió a mirarla. Tenía el ceño fruncido.

—¿Por qué es un atrevimiento?

—Bueno, si es cierto que te gusta la cultura celta, deberías saber que es un tatuaje reservado a los druidas.

Las líneas verticales de la boca de Dru se marcaron cuando sonrió ampliamente.

—¿Y por qué crees que lo llevo?

Brigid resopló.

—Venga ya. Ahora irás a decirme que eres un druida.

—Juzga tú misma—retó él a que lo hiciera. Al hacerlo, se cruzó de brazos.

Qué bíceps tan perfectos tenía. Ni muy delgados, ni muy marcados, lo justo para que ella se quedara embobada y perdiera el hilo de la conversación...

Ah, ya recordaba. El tatuaje.

—No voy a juzgar nada. Creo que quieres quedarte conmigo.

—Eso siempre —le escuchó susurrar.

Brigid no quería adentrarse en esos derroteros, así que agitó la cabeza y, ahora sí, en silencio, siguió con la labor.

Sin embargo, el peso de la conversación seguía flotando en el aire. Y que un druida... Con cuidado de no ser descubierta, lo miró a hurtadillas.

Dru estaba tumbado en el sofá, las piernas cruzadas a la altura de los tobillos y enfrascado en un libro... ¿sobre plantas medicinales? Sí, era el libro de la abuela. ¿Qué clase de malote leía un libro así, y más con esa atención que le hacía arrugar el ceño y no despegar los ojos de las páginas?

Uno que conocía las propiedades de las plantas, que sabía cómo hacer un astringente natural, que se hacía llamar sanador y que tenía tatuajes celtas por todo el cuerpo, en concreto uno que delataba lo que era: un druida.

Pero no podía ser un druida... Los druidas no existían. Claro, que también la cultura celta estaba de capa caída y, pese a ello, ella seguía celebrando todas las fechas señaladas y realizando todos y cada uno de los rituales y

ofrendas que le había enseñado su abuela como buena wiccana. A lo mejor era un druida moderno, aunque desde luego no de la categoría de los antiguos.

O quizá sí...

Sí, Dru en cierta forma parecía sacado de un libro de leyendas, con ese aire de antigüedad, los rasgos clásicos, la calma del que no ha sucumbido a los adelantos tecnológicos, sino que disfruta de los dones de la madre tierra, el amor por la naturaleza y los cultos antiguos. ¿Sería Dru una abreviatura de Druida?

«Es un alias», le había dicho una vez.

Ahora lo veía todo claro. Ahora comprendía que... Un momento... ¡Era él!

—¡Tú! —gritó dejando de planchar.

Dru ni siquiera se sobresaltó. Levantó los ojos del libro y la miró con calma.

—¿Sí, mi Domina?

Brigid se colocó a su lado con los brazos en jarras, golpeando el piso con el pie y echando chispas por los ojos.

—Eras tú.

Dru alzó las cejas, perplejo.

—¿Yo?

—Sí, tú. El del otro día en Twitter. El Druida Cabrón.

El hombre enrojeció levemente, pero tuvo la desfachatez de decir:

—No sé de qué me hablas.

Brigid bufó, enfadada.

—La noche que me acompañaste al metro. Ese día mi ex se puso un pelín babas y tú te metiste con él.

—No, yo no era.

—Sí lo eras.

—He dicho que no era yo—cortó de forma tajante, más serio y enfadado de lo que cabía esperar.

Pero Brigid no se dejó amedrentar.

—Pues yo creo que sí. Es demasiada coincidencia.

Dru se levantó y, con las piernas abiertas, se cruzó de brazos frente a ella y, con un lento movimiento de hombro y cabeza, se echó la coleta hacia atrás.

Brigid tragó saliva. Aunque el gesto podía resultar en cierta medida sensual, no lo era. En realidad, era muy amenazante. Aunque ella era alta, casi tanto como lo era su hermano y solo un pelín más baja que el propio Dru, se sintió muy pequeña, como si ella a su lado no fuera nada, una cosita insignificante. Pero no era el tamaño y la corpulencia del hombre lo que la hacían sentir así, sino que era el aura de poder y peligro que emanaba. Ahora comprendía lo que dijo su hermano acerca de no enfadarle.

Quizá él presintió parte de su temor, porque de pronto su rostro se suavizó y sonrió con dulzura.

—No era yo, Brigid. Te lo garantizo.

Hipnotizada por su mirada, Brigid dio un paso hacia adelante, que fue correspondido con un acercamiento por parte de Dru.

Otro paso más de Brigid.

Una inclinación de cabeza de Dru.

Una elevación de barbilla.

Dos miradas fundiéndose.

Una mano fuerte y recia que apresó una minúscula cintura.

Unos labios que se buscaban.

Dos respiraciones que se hacían una.

Un beso que... no llegó por culpa de un móvil que, insistente, rompió la magia del momento.

Para cuando Brigid quiso salir del encantamiento, él ya estaba en un rincón, respondiendo a la llamada en voz baja, pero no tanto como para que ella no pudiera detectar su respiración entrecortada.

No había sido un sueño.

Habían estado a un tris de besarse.

Y que el diablo se la llevase, ella necesitaba ese beso.

CAPÍTULO 13

¡Bendito fuera Ronan!

¡Y mil veces maldito fuera también!

—Buenos días, Ronan.

—¡Dru, hermano! —saludó con afecto—. Qué alegría oírte. ¿Qué tal estás? Cerré los ojos. ¿Que cómo estaba? A punto de reventar.

—Controlado.

—Joder, no sabes cómo me alegro. Menudo susto nos llevamos.

—Lo siento. Eran... demasiados para mí.

—No tienes que disculparte. Todos sabemos la carga que llevas dentro.

—Aun así, debí tener más cuidado. A punto estuve de... —Enmudecí, porque no estaba solo. No quise mirarla, por miedo a tirar el teléfono a la otra punta de la habitación y correr a su lado y entonces...—. No me puedo permitir el lujo de bajar la guardia.

—Lo sé. No comprendo cómo puedes soportarlo —susurró con pesar.

—No me queda otra. Es mi sino.

—Te lo tomas con una resignación pasmosa.

Sonreí de medio lado.

—No siempre me lo tomo así. A veces me da por cabrearme.

Sobre todo, últimamente.

—Para cabreo el de Mael. Está que trina contigo.

—Ya me he dado cuenta esta mañana.

—¿Te ha llamado?

—A primera hora para soltarme el sermón de siempre. No comprendía por qué no fui al Hotel o a mi guarida.

—A decir verdad, los demás tampoco —confesó—. ¿Por qué, Dru? ¿Por qué a casa de Keve?

Suspiré de cansancio.

—No lo sé. Necesitaba un... —busqué la palabra, pero solo atiné a decir—: Hogar.

Creo que Ronan comprendió, porque no insistió. Para ser sincero, hubiera preferido que lo hubiera hecho, en vez de lo que dijo a continuación.

—¿Te pasa algo?

Como no sabía a qué se refería, decidí preguntar a mi vez.

—¿Por qué lo dices?

—No sé, te noto la voz rara, entrecortada. ¿Has estado haciendo ejercicio?

—Eh, no.

—Ya veo. —Aunque no lo podía ver, detecté risa en su voz—. Te estabas haciendo una pajilla, ¿a que sí?

—Ronan, por los dioses...

Era lo que más me gustaba de Ronan; solía hacer bromas por todo. En nuestras conversaciones telefónicas casi siempre soltaba una burrada de las suyas, en las que me pinchaba con el sexo.

Era el único que lo hacía, como una forma de quitarle hierro al asunto. Personalmente, prefería mil veces sus pullas a la compasiva discreción del resto de mis hermanos.

—A mí también me ha llamado Mael a primera hora de la mañana para contarme lo de los Daimons, pero ya sabes que se explica como el culo.

Mael se explicaba perfectamente, pero por desgracia daba la información a sorbos y creaba confusión.

—En su línea. Creo que en el fondo le encanta enredarnos.

—Sí —escupió con mordacidad—. Ser un semidiós tiene que ser sumamente aburrido, así que, ¡venga!, vamos a reírnos de estos pardillos a los que les hice todo el lío para que me vendieran su alma y así convertirlos en mis esclavos.

Ronan se la tenía jurada a Mael, supongo que como todos un poco, pero él era quizá de los pocos que se atrevía a ponerlo de manifiesto.

Yo conocía la carga que llevaba Mael encima —o al menos parte de ella—, así que decidí abogar por él.

—No seas tan duro con él. Después de todo, no es más que un títere de la Triada.

La Triada eran nuestros creadores, aquellos a los que les vendimos el alma; los dioses Taranes, Teutanes y Esus.

—A esos ni me los nombres. Siguiendo con el *hijoputacabrón*; ¿qué pasa con los Daimons?

Me pregunté en qué momento Mael había pasado de ser el *Hijoputaconmayúsucula* (así, todo de corrido), a ser el *hijoputacabrón*. Algo debía haber hecho para subir de escalafón.

—Tengo la teoría de que andan buscando un líder.

—Eso sí lo entendí, pero no comprendí qué pintas tú en esto y por qué te están atacando.

Hice un revuelo con los ojos. Realmente Mael había dado la información a medias.

—Es por el Mal. Mi Mal —susurré para que Brigid no me oyera.

—¿Los Daimons quieren chuparte el Mal? Joder, pues dejémosles. Lo mismo explotan y matamos dos pájaros de un tiro: nos libramos de esos bichos asquerosos y tú te quitas de encima esa carga.

Ronan era optimista por naturaleza.

—O lo mismo se hacen más fuertes y dominan el mundo.

—Hace unos meses me la habría sudado, de verdad, pero ahora mejor dejemos el mundo como está.

—Lo que hace el amor —dije con una sonrisa y evocando la imagen de su

amada Alba. De reojo miré a Brigid, que estaba pendiente de mis palabras.

—Estragos, hermano. El amor hace estragos.

A mí me lo iba a decir.

—Y tú feliz de tener el mundo patas arriba —dije para pincharle.

—A la que voy a poner patas arriba es a la albina, que me está haciendo ojitos, así que abreviando. Si no quieren chuparte el Mal, ¿qué es lo que quieren de él?

—Que los lidere.

—¿Y por eso te atacan, para que bajes la guardia y que el Mal tome el control?

—Exacto.

—Ufff, menudo marrón que tienes, Dru. Yo soy Mael y no te dejaría salir del Hotel, como a la pobre Evelina.

—Sí, esa sería la mejor solución.

Y por más de un motivo...

—Otra cosa, Dru, Mael me ha pedido que te sonsaque información.

—Qué ruin es —apunté, furioso. No solía gustarme que se metieran en mis asuntos.

—No te preocupes, le dije que sí para que me dejara tranquilo, pero te conozco lo suficiente como para saber que no soltarás prenda hasta que no estés preparado, pero yo tengo que intentarlo, de modo que: ¿te pasa algo, Dru?

Negué con la cabeza, como si Ronan fuera capaz de verme.

—Yo sé que sí —dijo con afecto al cabo de unos segundos de silencio—, porque de otra forma ya habrías contestado tu famoso «todo controlado». No hace falta que te diga que, cuando quieras, ya sabes dónde estoy.

—Gracias —atiné a pronunciar en un susurro.

Terminé la llamada y guardé el móvil en el bolsillo de la sudadera. Me tomé mi tiempo para hacerlo, pues era consciente de que *la causa de lo que me pasaba* seguía en el mismo lugar, en la misma postura, mirándome,

aguardando a que continuara allí donde lo habíamos dejado, algo del todo impensable.

Yo quería besarla, de verdad. Se me iba la vida en ello, pero no quería empezar algo que no podía —ni debía— terminar.

Me atreví a mirarla, un gran error por mi parte, porque me faltó poco para no sucumbir a la súplica de sus ojos azules. Tuve que echar mano de toda mi fuerza de voluntad cuando pasé por su lado para no estrecharla entre mis brazos. Empero, pasé de largo y me eché en el sofá y cogí el libro, que empecé a hojear sin ver nada en realidad.

Ella seguía sin moverse del sitio. Me entraron ganas de gritarle que se fuera, que se marchara, que me dejara solo, pero opté por la indiferencia, algo que a ella no debió gustarle mucho. De hecho, nada.

—Me pregunto qué tendrá ese libro que le hace tan interesante —inquirió.

—Está muy bien—atiné a responder sin despegar los ojos de las páginas.

—Ya —replicó de mal humor. Se encaminó hacia la olvidada tabla de planchar, pero en el camino, y sin mirarme, añadió—: Estaría mejor si le dieras la vuelta al libro.

Solté una maldición, furioso conmigo mismo.

—Una de las anotaciones estaba escrita al revés —me excusé.

Brigid se rio con una risa baja que me estremeció.

—Dru, Dru, Dru —regañó—. Que no pueda decir mentiras no significa que no pueda detectarlas. —Estiró una falda sobre la tabla y comenzó a planchar con brío—. Reconócelo: tratabas de mostrarte indiferente a mí.

¿Quería verdades? Pues ahí iban.

—Trataba de controlar el impulso de regresar a tu lado, tomarte entre mis brazos y besarte hasta que desfallezcas.

Se detuvo y me miró asombrada por mi confesión. Parpadeó, confusa, pero se repuso y reanudó la tarea.

Poco a poco apareció en su rostro una sonrisilla malvada.

—A lo mejor hubieras sido tú el que se hubiera desfallecido —dijo con chulería.

—Dado que no va a pasar, no tenemos forma de saberlo, ¿verdad?

Me miró, retándome.

—No querrás apostar.

Sonreí de medio lado.

—Eso no funciona conmigo, Brigid.

—¿Y qué funciona contigo?

—Nada.

Brigid resopló con incredulidad.

—Nada, como Todo, Nunca y Siempre son conceptos sobrevalorados, además de extremistas.

—Yo soy extremista.

—No, no lo eres. Te haces el extremista, el fuerte, el duro, pero estoy segura de que me bastaría con echar mano de una sola de mis armas de seducción y caerías de rodillas a mis pies rogándome un beso.

Me sentí muy divertido con su juego.

—Armas de seducción, ¿eh? Estoy deseando verlas.

Me lanzó una mirada lenta, sensual, suave, una advertencia de lo que estaba a punto de pasar, de que eso no era sino el inicio de la lenta tortura a la que me sometería cuando, sin piedad alguna, me mostro cuáles eran esas armas.

Una de las pocas que Brigid sabía hacer bien era bailar. Era algo que le salía natural, casi por instinto.

Ella nunca hubiera hecho algo como lo que iba a hacer, pero siempre aceptaba un buen reto, sobre todo si había un beso por medio con un morenazo de impresión.

Por supuesto, no se pondría a bailar ahí, sin ton ni son, sino que se

limitaría a mover las caderas como solo ella sabía mover al ritmo de la música y mientras planchaba. Algo muy casual, algo que podría resultar inocente incluso, pero que tendría el mismo efecto que si le dedicaba un baile en exclusiva.

Buscó en el reproductor la canción ideal para ello, colocó la tabla de planchar de tal forma que quedase a espaldas de él y, tras destrenzarse el cabello, comenzó a planchar.

Y a moverse.

La canción elegida fue *Huron Beltane fire dance*, de Loreena McKennitt, una canción sumamente sensual, con un ritmo in crescendo y con unos giros que aprovecharía para exhibir toda su sensualidad a golpe de contoneo. Ora movía las caderas de un lado para otro, ora, de forma más rápida, era la pelvis la que se adelantaba para acabar con un vaivén de caderas, y todo ello mientras pasaba la plancha por la prenda.

A su espalda se escuchó un siseo, y luego el crujir del sillón al verse libre de peso.

No le escuchó acercarse, pero presintió que estaba detrás, hasta que la respiración entrecortada del hombre le acarició el lóbulo de la oreja. Casi sintió que una mano acariciaba su cabello, o quizá era su aliento. ¿Una mano se había posado en su nalga derecha, o lo había imaginado?

Llegó la canción a un punto en el que obligaba a mover las caderas en círculos, a restregar las nalgas con el hombre que ahora tenía pegado a su espalda, hasta que poco a poco el ritmo fue in crescendo y comenzó a moverse más rápido, exagerando su sensualidad, llevando su erotismo hasta niveles infernales. Dejó de planchar y, elevando los brazos y echando la cabeza hacia atrás para quedar apoyada en el pecho del hombre, comenzó a restregarse contra él, ahora sí, sin vergüenza, sin insinuaciones, sin reservas: una ofrenda de sí misma que esperaba fuera aceptada.

El jadeo de Dru se fundió con el suyo cuando los cuerpos acabaron por encontrarse. Le sintió temblar, convulsionarse, excitarse...

—Tócame —pidió en un susurro ronco cuando ya no pudo más—. Por favor Dru, tócame.

—No me pidas eso, por favor.

—Dru —sollozó, ebria de deseo, rendida ya ante un juego que se le había ido de las manos.

Le escuchó tragar saliva.

—No... no puedo, Brigid.

—¿Por qué?

—Porque si lo hago luego no podré detenerme.

Ya no había vuelta atrás. Ya se había lanzado a la piscina. Ya no importaba una súplica más.

—No querré que te detengas.

Casi sintió las manos de Dru sobre sus brazos, la lucha interna que mantuvo, el deseo y la imposibilidad que lo atormentaban, hasta que, con un rugido, finalmente se apartó de ella.

—¡Maldita seas, Brigid! ¿Por qué me haces esto? —gritó.

Brigid no se giró a mirarlo. Las lágrimas corrían por su rostro. Lágrimas de derrota, de humillación, de vergüenza, de rabia, de dolor, de deseo insatisfecho. Echó mano de la poca dignidad que le quedaba y dijo, muy altiva.

—¿Que por qué te hago yo esto? Eres un calienta bragas, Dru. Si no me ibas a besar, ¿por qué has dado a entender que sí?

—Querías la verdad.

Ahora sí se giró para mirarlo, echa una furia.

—¿Entonces por qué no me besas?

Dru la miró con los ojos llenos de tormento y desesperación.

—¿Porque no puedo!

—¿Por qué no? ¿Tienes novia? ¿Novio?

—Te advertí. Te dije que era célibe —señaló entre dientes.

—¿Eres algún tipo de monje?

—No.

—¿Es una promesa?

Dru cerró los ojos con fuerza.

—Es decisión propia.

—¿Hasta cuándo?

Dru por fin abrió los ojos y se irguió.

—Hasta siempre.

Sonó a sentencia de muerte. Quizá lo era.

—Eso es mucho tiempo.

—Sí, lo es —advirtió.

Brigid negó con la cabeza y miró al suelo con pesar.

—Un beso, Dru. Solo quería un beso.

Con nuevas lágrimas amenazando con delatar su desdicha, pasó por su lado para marcharse.

Ahogó una exclamación cuando una mano se aferró a su brazo e impidió su marcha.

Esperó, perpleja y recelosa, pero al mismo tiempo esperanzada. Con suavidad, Dru la obligó a girarse para quedar frente a él.

Brigid supo que había ganado. Lo vio en los ojos de Dru, acaramelados, dulces, tristes, brillantes por la emoción y el deseo. Con delicadeza, agarró su cintura y la atrajo hacia él.

Él temblaba.

Ella también.

—Solo un beso, Brigid —avisó Dru mientras se humedecía los labios y miraba con ansia su boca antes de apoderarse de ella—. Solo uno...

CAPÍTULO 14

«¿En qué estás pensando, Dru?», me dije cuando la agarré para detener su marcha.

Sin embargo, tan pronto le puse la mano encima, supe que lo haría.

El Mal rio de alegría.

El Ente rugió de rabia.

Los mandé al infierno, porque no iba a permitir que ellos estropearan ese momento.

Mi momento.

Porque ya había tomado una decisión y nada me haría cambiar de idea.

Aun así, me maldije una y mil veces, por temerario, por egoísta, por no pensar en las consecuencias que mi negligencia podría acarrear.

Brigid me miró con súplica, rogándome en silencio que dejara de jugar con ella, que, si la iba a besar, lo hiciera, pero ya.

Estaba alimentando unas esperanzas que no me estaban permitidas, y lo peor, estaba arrastrando a Brigid en mi caída. ¿Me importó? Mucho. ¿Me detendría? Jamás.

—Solo un beso —advertí, más a mí mismo que a ella—. Solo uno.

Y me lancé.

Mi idea había sido la de darle un beso en los labios, delicado, suave, dulce, muy parecido al que ella me regaló, pero entonces Brigid abrió la boca y me perdí.

Sus labios, suaves y cálidos, se demoraron un segundo en los míos, a la expectativa de mis intenciones, con la cautela de quien sabe que el primer

paso lo tiene que dar el otro.

El otro —o sea, yo—, dio ese primer paso introduciendo la lengua en su boca. Solo iba a contar con esa experiencia, por lo que decidí poner toda la carne en el asador y probar su sabor.

Solo un beso. Solo un lametazo más. Solo un segundo más en el paraíso.

Sí, esa era la idea, pero su lengua atrapó la mía y ya no quiso soltarla. Gruñí cuando el placer me atravesó, cuando, aun con los ojos cerrados, una luz, la mía o la suya, no lo sé, inundó mis sentidos. La agarré con más fuerza por la cintura, por temor a que se apartara y todo acabara tan pronto, algo que ella, por otro lado, no estaba dispuesta a dejar que sucediera, pues se abrazó a mi cuello y se pegó cuanto pudo a mí, buscando mi cuerpo, mi calor, mi cercanía. Ni durante un segundo nuestras bocas se separaron, perdidas en un beso que no parecía tener fin.

Que no queríamos que lo tuviera.

Pero tuve que detenerme cuando sentí que se me desplegaban los colmillos. Lo hice a tiempo, pero por un momento Brigid estuvo a punto de rozarlos con la lengua. Desesperado, hundí el rostro en la curva de su cuello buscando consuelo, pero entonces fue peor, porque deseé morderla.

Creo que ella pensó que quería besuquearla en esa zona, porque ladeó la cabeza, ofreciéndome el cuello, y aguardó. Agradecí que en esa postura no pudiera verme, así que comencé a lamerla y a darle besitos suaves y dulces, a tironear con los dientes el lóbulo de su oreja, mientras ella se estremecía de placer y yo de pánico, por lo que estaba sintiendo y por miedo a no poder resistirme. Eché mano de mi fuerza de voluntad y de todas las técnicas de relajación que conocía, hasta que finalmente los colmillos se replegaron y todo volvió a su sitio.

Todo no.

Mi erección seguía rigiéndome, el deseo seguía haciendo estragos en mí, así que, con el juramento de darle un último beso, volví a apoderarme de su boca.

Pasé un brazo por su cintura y la apreté contra mí, al tiempo que restregaba mi pelvis con la suya. La otra mano se movía con rabia y desesperación por su cuerpo; su trasero, su espalda, un pecho.

—Dru —susurró cuando liberé su boca para modificar la postura, pero acallé lo que quisiera decir con un nuevo beso, más voraz, más despiadado, más exigente.

Por si acaso se le ocurría apartarse, la acogoté. Se me antojó que se movía demasiado, así que la alcé y, sin pensar lo que hacía, la llevé hasta la pared, donde la empotré y la inmovilicé con mi cuerpo.

Su gemidito me indicó que le gustó, y más que eso cuando alzó una pierna y se enroscó en mi cintura.

La odié, porque en esa postura sentía el calor de su entrepierna, con la que no cesaba de restregarme. La odié, porque me estaba llevando a cotas de placer prohibidas para mí, desconocidas, un placer que me tenía obnubilado y perplejo por su intensidad, pero del que me hacía adicto por momentos.

Y la odié más, porque sus manos comenzaron a acariciarme. Fue tal el impacto que me llevé, que siseé.

Asustada, se apartó de mi boca y me miró interrogante.

—No... —susurré, la voz peligrosamente enronquecida—. No sigas.

Pero, pese a mi petición, quería que me tocara, que me acariciara, que me besara.

Que me amara.

Sollocé cuando supe que eso no sucedería, que no podía permitir que sucediera, porque la destrozaría.

Hice amago de quitarme, pero al ver su mirada nublada por el deseo, gruñí y apresé su labio inferior.

—Solo uno más —me prometí mientras hundía la lengua dentro de su boca otra vez.

Volví a recorrer su cuerpo con mis manos, pero no llegaba a su piel. Enfadado, y ya fuera de todo control, agarré la túnica y se la saqué por la cabeza de malas maneras. Ella gritó, más asombrada que asustada, cuando vio lo que había hecho.

Yo rugí, porque no esperaba que bajo la túnica hubiera algo más: dos trozos de tela que, si bien minúsculos, me impedían llegar allí donde quería

llegar, así que, sin más, los rasgué. Acallé sus protestas con un beso implacable.

Ya era oficial: había perdido las riendas.

Apresé un pecho con una mano, mientras la otra se moría por sentir el húmedo calor de su sexo, que comencé a acariciar sin piedad.

¡Qué húmeda estaba! ¡Qué caliente! ¡Qué suave!

Perdido ya del todo, busqué su pecho para saborearlo. Ella arqueó la espalda, facilitándome el acceso. Sus caderas se movían en círculos, al compás del ritmo que marcaban mis dedos. Mis succiones y sus gemidos inundaron el sótano, excitándome más allá de lo permitido.

Cuando, lametazo a lametazo, ascendí por su cuello para apresar de nuevo su boca, miré por un segundo su rostro, pero me aparté horrorizado cuando vi su carita de duende llena de vida...

—No —susurré cuando los recuerdos me inundaron, cuando la realidad de lo que estaba pasando —y lo que estaba a punto de pasar si no me detenía— me golpeó y me sacudió.

Di un paso hacia atrás, aliviado por haberme detenido a tiempo, por haber acabado antes de que fuera demasiado tarde.

Pero no había acabado.

No, porque Brigid no quería que acabara.

No, no quiso dejarlo así.

Brigid miró perpleja a Dru cuando se apartó de ella. ¿Dónde se creía que iba?

Al sofá, claro. Allí estarían más cómodos, sí. No es que le importase hacerlo de pie, pero así, desnuda como estaba, se estaba clavando el *gotelé* de la pared y la estaba desollando viva.

¿Pero qué diablos le estaba pasando?

Brigid no se consideraba una mojigata, pero tampoco era de las que se iban a la cama de buenas a primeras. A Francisco le llevó casi seis meses meterle mano, pues era muy joven —y muy moñas— cuando empezaron a salir. Con Alex fue más rápida y se acostó con él al mes de empezar a salir. Si bien nunca había estado locamente enamorada de ninguno de sus novios, al menos había sentido cariño, afecto, además de una fuerte atracción física, amén de esperar un tiempo razonable para conocerlos un poco mejor.

Pues bien, con Dru había algo más que una mera atracción. Lo sentía. Lo palpaba, de ahí que estuviera a un tris de acostarse con él cuando apenas lo acababa de conocer.

Sin condiciones. Sin reservas. Sin promesas.

Dru la excitaba como nada podría hacerlo en el mundo, le hacía sentir una emoción extraña y desconocida, pero al mismo tiempo vagamente familiar, como si, en el fondo, lo hubiera estado esperando toda la vida.

Y presentía que a él le sucedía lo mismo.

Dru al principio fue dulce, como un joven inexperto que no sabe cómo actuar, pero pronto perdió el control, al igual que ella. Por desgracia él lo recuperó demasiado rápido, justo cuando ella estaba a punto de obtener el que presentía sería el mejor orgasmo de su vida.

Porque no, él no se había apartado para buscar un lugar más cómodo donde continuar, sino que debió darse cuenta de que el beso se les estaba yendo de las manos, que se había comportado como un animal al quitarle la túnica y destrozarle la ropa interior, que había llegado demasiado lejos y que era preciso detenerse.

Lo supo, y no solo por su cara de horror y arrepentimiento: lo sintió en su propia piel.

A Brigid se le partió el alma cuando le vio luchar contra el deseo y contra sus ideales, cuando vio la desesperación en sus ojos, la disculpa y algo más que no supo determinar, pero algo sumamente grave, tanto como para que el *no* ganara al *sí*.

Pero ella quería el *sí*.

En condiciones normales recogería su túnica, se vestiría y se marcharía de allí, respetando al hombre y a su puñetero celibato, permitiendo que

continuase fiel a su promesa, pero las condiciones no tenían nada de normales, así como tampoco la magnitud de su deseo y de sus sentimientos.

Ahogándose en su propia excitación, Brigid avanzó decidida hacia Dru, que retrocedió, asustado, hasta que sus piernas se toparon con el sofá.

Victoriosa al saberle atrapado, Brigid lo empujó con fuerza, tanta que lo derrumbó en el sofá.

—Esperad, mi Domina, no hagáis eso —pidió cuando vio las intenciones de ella, que no eran sino las de dejar clara una cosa: exactamente, ahora era ella la que llevaba las riendas.

La Ama.

La Domina.

Se sentó a horcajadas sobre él y, sin darle tregua, agarró su coleta con rabia y comenzó a besarlo. Fue tan voraz como lo había sido él antes. Se mostró tan hambrienta y ansiosa, tan decidida.

Tan implacable.

Acarició su torso musculoso mientras se movía sobre él, que, desesperado, gemía enloquecido.

Casi gritó de dicha cuando al fin se rindió y la abrazó con fuerza, al tiempo que alzaba las caderas para que la fricción entre ellos fuera máxima. Brigid le ofreció el pecho, y Dru aceptó el regalo, lamiendo primero uno, luego otro, hasta que se metió un pezón en la boca y comenzó a succionar, a mordisquearlo, a darle pequeños lametones que la estaban volviendo loca.

Pero pronto recuperó el control, pues trató de apartarla.

—Basta, Brigid. No podemos seguir con esto.

—Me deseas, lo sé —dijo junto a sus labios.

Para demostrárselo, metió la mano entre los dos y apresó su erección. Dru reaccionó echando la cabeza hacia atrás y, al tiempo que arqueaba la espalda, soltaba un gemido desesperado, gemido que aumentó cuando comenzó a acariciarlo, cuando, como una auténtica experta, y antes de que él pudiera impedirlo, le desabrochó el pantalón y liberó su erección.

—Dioses, Brigid... —exclamó sin respirar—. No hagas eso, por favor, te

lo ruego...

Brigid se apoderó de nuevo de su boca para silenciar su negativa, pero no cesó de acariciar su pene, duro, terso, grande, suave. Jugó con la punta, con el tronco, subió y bajó la piel, presionando deliberadamente para volverle loco y perdiendo ella la cordura a su vez.

Excitada como nunca, se restregó contra la erección. Era maravilloso sentir la dureza tibia y suave del pene en su sexo. Era increíble ver cómo el calor de ambos se fundía, cómo la erección se volvía más resbaladiza por sus propios fluidos.

Asombrosamente, Dru se quedó laxo en sus manos, dejándose hacer, rendido ya ante sus caricias.

—No puedo detenerte...

Rauda, y aprovechando la vulnerabilidad del hombre, Brigid guio la erección hacia la entrada de su sexo, pero en ese instante Dru reaccionó con un respingo y la detuvo.

La fuerza que empleó le resultó extraordinaria.

—No —exigió, jadeando— Eso no. Busca tu placer, pero no así.

—No me digas que no —exigió, aferrando su erección con determinación—. No puedes decirme que no, cuando sé que lo deseas tanto como yo.

Dru gruñó, un gruñido siniestro y cargado de rabia.

—Solo un beso... —dijo con una voz que le sonó extraña, como si estuviera hablando a través de una lata—. Solo iba a ser un puñetero beso... Pero has tenido que estropearlo comportándote como una golfa perversa.

Brigid detuvo sus caricias y, con una fuerza desmedida, le soltó una bofetada que le dolió más a ella que a él.

Fuera de sí, humillada y avergonzada a partes iguales, se levantó de su regazo y comenzó a pasearse por el sótano, como si estuviera perdida, como si estuviera buscando algo y no supiera qué.

Probablemente la dignidad.

Al fin se detuvo y, todavía con la respiración alterada, miró al frente, donde un espejo de cuerpo entero le mostró una imagen de sí misma y, al

mismo tiempo, de una completa desconocida. Totalmente desnuda, con el cabello enredado, ojos de desquiciada y boqueando por respirar, se sintió soez. Cerró los ojos con fuerza para borrar esa imagen de sí misma y se giró a mirar a Dru.

Seguía sentado, los codos apoyados en los mulos y la cabeza gacha, temblando descontroladamente y rugiendo de rabia y frustración.

¡Qué sucia se sintió! ¡Qué sumamente egoísta!

Qué mala persona.

—Lo siento, Dru. No quería llegar a esto.

Dru movió la cabeza de un lado a otro.

—Deberías comprender que cuando una persona dice no, es no.

Lo dijo en un tono tan duro, con tanto desprecio, que se envaró.

—Te pido disculpas —dijo al cabo de un rato entre dientes y no exenta de ironía—. No sé cómo he podido llegar a pensar que me deseabas.

Le dio la espalda para marcharse, pero, rápido como un rayo, él se levantó y la empotró contra la pared y se pegó a ella.

—Te deseo como jamás he deseado a nadie —dijo en un susurro, los labios prácticamente pegados a los de ella, temblando y con los ojos vidriosos por el deseo y las lágrimas no vertidas. Agarró un pecho y apresó su labio inferior, que succionó con ansia—. No puedes hacerte una idea de lo que me cuesta no postrarme ante ti y suplicarte que me dejes amarte, reverenciarte. — Se balanceó contra ella para que viera exactamente cuánto, pero luego la soltó y le dio la espalda—. No puedes ni imaginar el dolor que me causa no poder complacerte.

—¡Complaceme! —exclamó con incredulidad—. No lo digas así, como si me estuvieras haciendo un favor. Este juego es de dos.

Dru rugió.

—¡Un juego! No es un juego, Brigid. Es algo muy serio, algo que, tristemente, yo no puedo compartir contigo.

Brigid lo miró con pena, la rabia barrida por la desolación.

—¿Tan importante es el celibato para ti?

Dru rio por lo bajo, una risa amarga que nada tenía de diversión.

—El celibato no, pero tú sí. Vete, Brigid. Vete aún que estás a salvo de mí.

En esta ocasión fue Brigid la que se rio sin humor.

—No, por favor, no hagas eso, Dru. No me vengas ahora con la trillada excusa de que eres peligroso para mí.

—¿Excusa? —dijo dándose la vuelta y con una sonrisa ácida. Cogió su mano y, tras mirarla como si le estuviera leyendo las líneas, dijo—: Tú eres empática. Siéntelo, Brigid. Siente todo lo peligroso que soy.

Agarrando con fuerza su mano la depositó en el corazón y apretó con fuerza.

Brigid gritó.

No estaba preparada para tanta oscuridad. Sintió lo que estaba sintiendo Dru, el mismo deseo, el mismo anhelo, las mismas ansias. El mismo amor... Pero también sintió lo otro, la parte negra, la rabia, la maldad, el peligro. Y también la tristeza, la desolación, la lucha constante que el hombre sostenía consigo mismo.

Aturdida, aterrada y sin poder soportar ni un segundo más luchó para liberar la mano, pero Dru se lo impedía, firme en su determinación de mostrarle sin palabras por qué era preciso que echara a correr y no se detuviera hasta que no estuviera a un millón de años luz de él.

Dru al fin la liberó y, mirándola con tristeza y lágrimas en los ojos, se apartó de ella.

—¿Comprendes ahora?

Brigid, sin aliento, ni asintió ni negó.

Solo hizo lo más sensato: correr.

CAPÍTULO 15

Fue Keve quien bajó a eso de las cuatro de la tarde. Lo hizo cargado con una bandeja de comida y una sonrisa que, cosa extraña, no le llegaba a los ojos. Sin embargo, no dio ni dos pasos cuando se detuvo con cara de asombro.

—¿Qué haces, tronco?

Alcé las cejas, porque era obvio.

—¿Planchar?

Keve meneó la cabeza con incredulidad y depositó la bandeja sobre la mesa camilla, libre ya de prendas.

—Se supone que eso debía haberlo hecho Brigid.

No dije nada. Como me miraba esperando una explicación, y por miedo a lo que mis ojos pudieran delatar, me centré en la prenda que tenía sobre la tabla: un vestido de corte victoriano que me estaba dando mucha guerra, casi tanta como la que me había dado la dueña horas antes.

—Anda, deja eso y come algo, que llevas sin comer nada desde las nueve. —No dije que era falso, que me había dado un festín con su hermana—. Y ponte algo encima antes de que te quemes la chorra en un descuido. ¡Qué tío más guarro!

Tras la marcha de Brigid, y al borde de la desesperación, me había despojado de mis pantalones para tumbarme en el suelo y que la Madre Tierra me ayudara a borrar la desolación, así que nuevamente me hallaba desnudo.

Chasquéé la lengua ante sus palabras.

—No sé por qué os empeñáis en ver la desnudez como algo malo.

—Malo no, pero es muy incómodo estar hablando con un tío que tiene el

pito al aire, reconócelo —replicó fingiendo un estremecimiento antes de echarse a reír.

Me contagié de su buen humor y apagué la plancha para buscar el pantalón. Por un momento el tormento por el que había pasado durante toda la mañana se disipó con la risa de Keve, pero cuando miré su rostro y vi el increíble parecido que guardaba con su hermana tuve un estremecimiento.

No sentí gran parte de las cosas que le dije a Brigid, sobre todo mi última intención había sido insultarla, pero comprendí que solo así conseguiría quitármela de encima, aunque maldita la gracia que me hizo.

Porque sí, yo quería llegar más allá, mucho más allá.

Me senté en la mesa y él se sentó frente a mí. Sus ojos me sondeaban, más serios que nunca. Tenía el ceño fruncido en una pregunta muda, que supuse no sabía cómo plantear.

Me había preparado unos espaguetis a la carbonara que tenían mejor olor que sabor, pero por no hacerle el feo me obligué a comérmelos. Keve, en cambio, había comenzado a darse un festín con las uñas. Cansado de su indecisión decidí animarle a que hablara.

—A ver, muchacho, suéltalo.

Keve suspiró y se revolvió el cabello, dejándolo más desordenado aún.

—Me estaba preguntando... ¿Qué ha pasado entre Brigid y tú?

Vaya. La gran pregunta. La temida cuestión.

—¿Por qué? —inquirí con cara de póquer.

—Dímelo tú. —Se cruzó de brazos y se reclinó en el asiento. Su rostro no era nada amable—. Tendrías que verle la cara de felicidad que ha puesto esta mañana cuando se ha enterado de que estabas aquí. Le ha faltado poco para ponerse a gritar de alegría. —Hubiera pagado lo que fuera por haber sido testigo de ese momento—. Pero, y aquí viene lo más raro de todo, apenas una hora después me ha llamado hecha unos zorros diciéndome que no pensaba pisar la casa mientras tú estuvieras en ella.

No supe si alegrarme o entristecerme por la noticia. No me gustaba que ella se enfadara por mi culpa, y se me partía el corazón por saber que a esas alturas seguramente me odiaba como a nada en el mundo, pero, por otro lado,

me evitaba volver a caer en la tentación.

Tuve ganas de llorar, lo prometo, pero como Keve me miraba esperando una explicación no tuve más remedio que tragarme la amargura que me estaba carcomiendo.

—Pregúntale a ella —contesté malhumorado.

—Ya lo hice y no ha soltado prenda.

—¿Y qué te hace pensar que yo sí lo voy a hacer?

—Bueno, a ella no puedo partirle la cara. Pero a ti sí.

Sonreí de medio lado.

—Pues ya puedes empezar, porque no voy a decir nada al respecto.

—¿Te has sobrepasado con ella? —quiso saber inclinándose hacia mí y entrecerrando los ojos. Me recordó a Mael cuando semanas atrás me hizo la misma pregunta con respecto a Evelina. Entonces lo tuve fácil para responder con un no categórico, pero ¿y ahora? ¿Me había sobrepasado con Brigid? Quizá hasta cierto punto. Sentimentalmente, mucho. Le había dado unas esperanzas que no existían, así que la respuesta era un sí rotundo.

—No —mentí.

Keve volvió a reclinarse en la silla, más enojado que aliviado.

—Entonces ha sido ella la que se ha sobrepasado.

¡No sabía hasta qué punto!

—No.

—Mientes.

Dejé de comer e imité su postura cruzándome de brazos.

—A ver, para que te quede clarito: lo que haya pasado o dejado de pasar entre tu hermana y yo es asunto nuestro.

Keve apretó los labios con fuerza y me miró desafiante.

—Eso quiere decir que sí ha pasado algo.

—¿Qué parte de pasado o dejado de pasar no has entendido?

—Eso lo he entendido perfectamente, pero si efectivamente hubiera dejado de pasar —dijo haciendo con los dedos el signo de las comillas—, ni ella estaría enfadada, ni tú a la defensiva.

Me abstuve de decirle que precisamente ambos estábamos así porque, *efectivamente*, había dejado de pasar.

Como ya estaba empezando a enojarme, solté:

—No me pinches, Keve, que cuando me siento atacado soy peligroso.

—¿Sabes qué es peligroso, Dru? Un hermano mancillado, eso sí que es peligroso.

Me divirtió mucho su comentario.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Buscamos un padrino y elegimos qué armas usar para el duelo? Me pido a Ronan. Las armas las dejo de tu cuenta.

Keve no se sintió tan divertido como yo, porque abrió los ojos primero y los achicó después.

—Eso quiere decir que sí ha pasado algo...

En esa ocasión no tuve valor ni ánimo de mentirle, así que di la callada por respuesta.

—Ya veo que no voy a obtener respuestas por parte de ninguno de los dos, pero al menos dime que le has dejado claro que no puede haber nada entre vosotros.

—Tranquilo, se lo he dejado clarísimo. No le quedarán ganas de volver a por más.

—¿Qué has hecho? —preguntó con un deje de histeria en la voz.

Miré al techo, abatido.

—Le he dejado ver mi oscuridad.

Aterrado, susurró:

—¿Cómo?

—Es empática, así que la he obligado a tocarme y que sintiera parte de la carga que llevo dentro.

—¿Y qué llevas dentro?

No dudé al responder:

—El Mal del Bosque.

Keve se levantó de la silla y retrocedió dos pasos.

—Tranquilo —me dispuse a calmarle—. No he permitido que llegara hasta ese punto, pero ha sido suficiente para que viera cuán insensato es albergar cualquier tipo de esperanzas hacia mí.

Keve, repuesto, se dejó caer en la silla.

—Para insensatez la tuya... Joder, tío, ahora sí que va a estar dándome la murga todo el día.

—¿Murga?

Torció la boca en una mueca de fastidio.

—Se le ha metido en la cabeza que sois mala gente. Traficantes de drogas o algo así.

—Sí —dije riéndome—, eso me lo ha dejado caer alguna caer alguna que otra vez.

—Ya, pues prefiero que crea que sois escoria humana a que sepa lo que sois en realidad.

—Escoria inmortal.

—No hombre... Tampoco sois tan malos. Salvo Leo.

Nos reímos a la vez. Leo, la Bestia, era un ejemplar digno de echarle de comer aparte.

—No creo que haya sospechado nada de eso. No es esa la esencia que le he dejado ver.

Keve suspiró, aliviado, pero seguía preocupado.

—Compréndelo, Dru. Brigid es lo único que tengo en el mundo y no quiero que le partan el corazón.

—Yo tampoco —respondí con fervor.

—No me malinterpretes. En condiciones normales me alegraría si entre mi

hermana y tú hubiera algo. De hecho, no podría elegir a un cuñado mejor.

Me alegró saber que me tenía en tan alta estima.

—Pero yo no soy una condición normal.

—No.

—Y es por eso que debes quedarte tranquilo, Keve. Soy muy consciente de lo que puede haber conmigo. Y de lo que no.

—Guay —exclamó, ahora más alegre. Qué ganas tuve de romperle la cara... Ojalá yo pudiera librarme de mis problemas con un simple *guay*—. Y ahora quería comentarte otra cosa extraña del copón.

—Cuenta.

—Pues verás, las últimas noches he estado observando que algo me persigue.

Eso captó poderosamente mi atención.

—¿Algo o alguien?

—Pues no sabría decirte. Es un bulto, una sombra. Corrección, una sombra apestosa.

Me puse rápidamente en pie.

—¿Como el olor de un animal muerto?

—Justo —confirmó abriendo mucho los ojos.

Estuve un segundo meditabundo, hasta que indagué:

—¿Le sigue un cuervo?

—Leches, has dado en el clavo. ¿Sabes qué significa?

—No tengo la menor idea, pero el día que acompañé a tu hermana a casa de su amiga vi exactamente lo mismo: el cuervo y el ente apestoso.

Keve puso cara de preocupación.

—No me digas eso... Entonces no es algo fortuito.

—Me temo que no. Deberíamos hablar con Brigid para saber si ella también ha vivido un episodio parecido además de esa noche.

—De deberíamos nada, que ya se lo pregunto yo.

Que me excluyera me dolió, pero era lo más sensato.

—Tan pronto vuelva al Hotel investigaré más sobre el asunto.

—¿Crees que tiene algo que ver con lo que me dijo mi madre sobre el tipo del ojo?

—Estoy totalmente convencido. —Como Keve estaba bastante afligido decidí consolarlo—. No te preocupes, muchacho, daremos con la respuesta a tantos interrogantes. Mientras, por precaución, ni tú ni Brigid deberíais salir por la noche. ¿O acaso has vivido algún episodio de esos durante el día?

—No, por el día no. Me parece buena idea lo de no salir por las noches, pero solo en el caso de Brigid. No me pienso quedar cruzado de brazos.

Como sabía que iba a hacer lo que le viniera en gana, no insistí.

—Bueno, ya te dejo, que he quedado con una *chati* para tomar un café.

Subió y bajó las cejas repetidamente, dejando claras cuáles eran sus intenciones.

—No cambiarás.

—Ni falta que me hace. ¿Te quedarás también esta noche o saldrás a patrullar?

—A patrullar no sé, depende de lo que diga Mael, pero tranquilo, que no me quedaré aquí.

—Perfecto, así le digo a Brigid que ya puede volver.

Encubrí con una sonrisa falsa el halo de dolor que se apoderó de mí.

—Ah, no sé si lo habrás descubierto ya, pero ahí tienes un pequeño aseo. No es muy grande y no me hago responsable de cómo esté de limpio, pero bueno...

Sonreí.

—Tranquilo, ya lo vi. En peores sitios he miccionado.

Keve meneó la cabeza.

—Miccionado... Anda y que no eres cursi, Dru. Bueno, me voy, que hoy

creo que voy a triunfar.

—¿Con la *chati*? —pregunté con una sonrisa ladina.

—Babeando la tengo desde hace una semana —se mofó. No quise decirle que no estaba nada bien que hablara así de una dama, porque sabía que no me iba a hacer caso. Eran otros tiempos.

—Mucho habrás insistido —pinché.

Keve frunció el ceño.

—La verdad es que no. Lo cierto es que fue ella la que me entró y la que dijo de quedar.

—¿Así de sencillo?

—Así de sencillo.

—¡Cuánto han cambiado las cosas! Antiguamente si una mujer te buscaba solo podía significar una cosa: problemas.

—Pues ahora significa sexo sin complicaciones —dijo con una enorme sonrisa, pero luego se puso sumamente serio—. Por favor, Dru, no olvides investigar algo sobre este asunto. Si algo le pasara a Brigid...

Dejó la frase en el aire, pero sus ojos mostraron un sinfín de emociones, que iban desde la desolación hasta el más puro odio. Fue tal la intensidad de lo que estaba sintiendo, que tuvo que cerrar los ojos.

Pero lo que me dejó boquiabierto fue que, tras apretar los puños con impotencia, de sus manos emergió una luz malva.

—Keve —advertí, más sorprendido que asustado.

El muchacho abrió los ojos y me miró, ahora sí, con serenidad. Pensé que no se había percatado de su... estado.

—¿Qué?

—Tus manos...

Se las miró y luego pegó un alarido.

—¡Hostias! —gritó mientras las agitaba para desprenderse de la luz—. ¿Esto qué es?

Me acerqué a él y estudié sus manos. Arrugué el ceño cuando descubrí lo que era.

—Es un flujo de energía. ¿Nunca antes te había pasado?

Keve negó con la cabeza.

—No. ¿Qué es eso de un flujo de energía? ¿Algo parecido a las bolas que lanzáis a los Daimons?

—Algo parecido, pero no en esa tonalidad. Trata de hacer una bola con ella.

—Claro, como si fuera plastilina... ¡No sé cómo hacerlo!

—Trata de concentrar todas tus emociones en la luz.

Keve apretó los labios y miró fijamente sus manos. Poco a poco consiguió que la luz tomara forma.

—Y ahora, ¿qué?

—Lánzala. Pero despacio —advertí.

Keve miró a su alrededor, hasta que fijó los ojos en la pared. Tomó aire y se dispuso a lanzar la bola de energía, pero esta apenas se movió. Luego, simplemente, se desvaneció.

Me sentí desilusionado, pero mi intriga aumentó por momentos. Creo que a Keve le pasó algo parecido, porque suspiró y se miró las manos, ahora normales.

—Esto ha sido muy raro.

—Sí, lo es. Ningún humano es capaz de invocar un flujo de energía, y por cierto que jamás había visto uno de ese color. —Dudé mucho de formular la siguiente pregunta, pero me pudo la curiosidad—. ¿Qué eres, Keve?

—Y yo qué sé... Humano. Creo. —Miró su reloj de pulsera y movió la cabeza—. Tengo que irme, que al final llego tarde. Ya pensaré más tarde en todo esto —prometió mientras se dirigía hacia la puerta.

No sé cuánto tiempo estuve sentado mirando a la nada, buscando una explicación lógica sobre lo que acababa de suceder, hasta que determiné que había sido la intensidad de sus emociones las que habían provocado esa luz. No me quedé muy conforme, pero como tampoco encontré otra respuesta, me

dispuse a aparcar el asunto y a seguir con la plancha, pero antes le di al play del reproductor.

Mientras acariciaba con mimo el vestido de Brigid, me sentí igual que la canción que sonaba en ese momento de Warcry: perdido.

—¿Qué pasa, que no duermes? —increpó Rosa nada más abrirle la puerta a Brigid—. No hace ni tres horas que te he dejado en casa.

—Ocho —corrigió Brigid empujándola para entrar—. Necesito quedarme aquí hasta que el indeseable se vaya de mi casa.

—Cuando hablas del indeseable, te refieres a tu hermano, ¿verdad?

—Pues no. Me refiero al otro.

Rosa la siguió al salón, donde Brigid ya se había apoderado de su sofá preferido. Mascullando, buscó un cigarro y se sentó frente a ella.

—Define otro.

—Pues otro es un inquilino non grato que se ha instalado en el sótano.

—¿Una rata?

—No, un tío.

—¿Habéis instalado a un invitado en el sótano? ¿Qué pasa, que es un prófugo o algo así?

—Yo qué sé. Keve me dijo no sé qué sobre un problema con la luz.

—¡Un vampiro! —exclamó con alegría Rosa dando ridículos saltitos en el sofá.

A ambas les gustaba la cultura gótica, pero Rosa era una fanática con todo el tema *vampir*.

—Qué va a ser un vampiro. Escucha, ¿te acuerdas de Dru?

Rosa hizo como que pensaba. Se rascó la cabeza y echó una larga bocanada de humo.

—No lo tengo claro. ¿Te refieres al morenazo buenorro de pelo largo del que llevas dándome la tabarra durante las últimas dos semanas, ese que te ha hecho perder la cabeza, el que te ha dejado gilipollas perdida y que es el objeto de todos y cada uno de tus deseos? No, creo que no me acuerdo.

—Imbécil.

—Si vas a venir a mi piso a insultarme ya te estás largando. ¿Qué pasa con él?

—Es el invitado non grato. Está en mi casa.

Rosa abrió y cerró la boca un par de veces.

—¿Y qué mierdas haces aquí en vez de estar retozando con él?

Brigid arrugó los labios.

—Lo de retozar era mi primera idea, pero luego me he ido echando leches.

—¿Por qué? —quiso saber Rosa entre risas.

—En primer lugar, porque me ha rechazado. Y en segundo, porque le he tocado y sentido una cosa rara.

—¿Mariposas en el estómago?

—Esas las siento sin tocarle. No, es algo más...

—¿Excitante?

—Terrorífico.

Rosa movió la cabeza, confusa.

—A ver, espera, que me estoy perdiendo algo. ¿Por qué no empiezas por el principio?

Brigid asintió y le relató lo sucedido. O casi todo.

—Qué cosa más rara —dijo Rosa cuando terminó—. O sea, que se queda en tu casa, pero ¿por qué?

—No lo sé. Keve no dijo nada al respecto.

—Y a ti no se te ocurre preguntar. Y luego está lo de alojarlo en el sótano... Sí, ya has dicho que tiene un problema con la luz, pero de todas las descripciones que has hecho de él en ninguna has comentado que sea pálido.

—Es que no lo es. Es más, tiene un tono dorado que... ¡Qué cabrón! Keve me la ha dado con queso.

—Lo que yo decía; estás agilipollada, porque en condiciones normales ya habrías reparado en eso; nadie que tenga alergia al sol puede estar bronceado.

—Pero Keve no puede mentir... Si es así, entonces, ¿qué puede ser?

—Un prófugo, seguro.

—No lo creo. Tiene pinta de malote, pero no de esos malotes.

Ambas se quedaron pensativas, hasta que Rosa habló.

—Quedándonos aquí no sacamos nada en claro. Deberíamos secuestrar a tu hermano y someterle a un interrogatorio.

—No va a soltar prenda, te lo digo yo.

—Tú déjame a mí—pidió con una sonrisa malvada.

Brigid la miró con cara de espanto.

—En serio, me encantaría saber qué pasa con vosotros.

—Nada que te importe.

—¡Oye! Yo te lo cuento todo.

—Claro, soy tu única amiga. ¿A quién vas a ir a llorarle las penas?

—Pues a mi jefa... ¡Claro! Eso es lo que tengo que hacer —dijo poniéndose en pie y obligando a su amiga a hacer lo mismo.

—Eh, eh, espera, ¿qué bicho te ha picado?

—Atenta: vamos a ir a ver a Remedios.

—¿La loca de las cartas?

—Aja.

—Las cartas no revelarán gran cosa. Lo sé yo que también las echo.

—Te inventas la mayoría de las cosas —dijo entre risas y tirando de Rosa—. No voy a que me eche las cartas. Voy a que me haga una sesión de espiritismo.

—¿Qué?! Ah, no, ni loca —repuso Rosa retrocediendo, pero Brigid la

interceptó y la arrastró hacia la puerta.

—Serás cagona... No te asustas de los vampiros ni de los zombis, pero es mencionar a los fantasmas y sales echando fu como el gato.

—Es que los fantasmas existen.

Brigid se rio de su incongruencia, pero por suerte pudo con ella y al fin salieron del piso para coger el metro.

La señora Remedios vivía en la parte central de Coslada Pueblo, muy cerca del ayuntamiento, en uno de los primeros pisos que se construyeron y de lo que antiguamente era el cine. Muy cerca tenía la tienda, pero como era domingo las recibió en su casa. Si se asombró de su visita, no lo mostró.

—Remedios, vengo a hacer una sesión de espiritismo.

—Lo mismo los muertos hoy no están en línea —aventuró Rosa—. Como es domingo y tal...

—Los difuntos están cuando quieren estar, sea lunes o domingo —respondió la señora Remedios.

—¿Eso quiere decir que, con un poco de suerte, hoy no aparecerán?

Remedios la miró por encima de sus lentes y luego a Brigid.

—¿A tu amiga qué le pasa?

—Que está cagada de miedo.

Remedios hizo un revuelo de ojos y se encaminó hacia un cuarto. Brigid peleó con Rosa, que trataba de hacerle cambiar de idea entre susurros, hasta que vio que no tenía nada que hacer.

Remedios las esperaba ya sentada. Comenzó a encender varias velas y una varilla de incienso. Sonaba música celta relajante, que a Brigid le sosegó el alma pero que a Rosa le puso los pelos de puntas.

—¿A quién invocamos?

Brigid ni lo dudó.

—A mi madre.

Remedios, con los ojos cerrados, comenzó con un rezo y le siguió un cántico, al tiempo que hacía señales con las manos en el aire.

—¿Tiene que hacer todo este teatro?

—Calla —ordenó Brigid entre dientes a su amiga, que no paraba de moverse en el asiento.

Remedios negó con la cabeza después de un rato.

—No la siento. Qué extraño... ¿Quieres probar con otra persona?

—Con la abuela.

Remedios agarró su mano derecha y se reclinó en el asiento con los ojos cerrados, calmada y en paz.

—Se ha dormido —susurró Rosa al cabo de un rato.

—Que no —respondió en el mismo tono bajo Brigid—. Espera.

Rosa iba a protestar de nuevo, pero enmudeció cuando Remedios comenzó a convulsionarse.

—Hostias, ¿eso es normal?

Brigid sonrió.

—Aja. Hola, abuela—saludó cuando la mirada vidriosa de Remedios se clavó en ella.

—Sabía que no tardarías en buscarme —fue lo primero que dijo Remedios, con una voz que no era suya ni de este mundo, lo que provocó que Rosa se santiguase pese a no ser creyente—. ¿Ya lo has conocido?

Las jóvenes pegaron un respingo, pero Brigid no tardó en asentir con la cabeza.

—Tienes que hablar con él, mi niña. Tienes que comprender. Debes preparar tu corazón y abrir la mente a nuevos mundos, a nuevas criaturas.

—A que al final va a resultar que es un vampiro...

—Calla, Rosa —regañó Brigid, sumamente nerviosa de pronto.

—Va a ser duro, duendecilla—seguía hablando la abuela a través de Remedios—. Muy duro. Pero recuerda que debes confiar en él.

—No me quiere en su vida.

—No puede tenerte en su vida. No ahora. Pero espera, aguarda... La

respuesta está en las palabras. Lee, mi niña. Lee entre líneas. Solo así se hará la luz tras las tinieblas.

—Eso de las tinieblas no me ha molado —murmuró Rosa, pero deseó no haberlo hecho cuando Remedios clavó sus ojos castaños en ella.

—Tú debes ser la bizca —apuntó la abuela con una sonrisa de medio lado—. No te preocupes. Keve algún día te verá.

Brigid miró a su amiga con la boca abierta.

—¡Keve y tú...!

—Brigid —interrumpió la abuela, repentinamente seria—. Ten cuidado con el vuelo del cuervo. Ellos van tras ti. Van tras vosotros.

—¿El vuelo del cuervo? —preguntó Rosa por ella, que se envaró en el asiento.

Brigid la miró con extrañeza, pero cuando iba a preguntar, Remedios agarró su mano con fuerza.

—Peligro... —dijo la mujer, mortalmente pálida y con el globo ocular completamente blanco—. No puedo ver de qué se trata... Las respuestas a todo están en el diario.

Brigid pegó un respingo.

—¿Qué diario?

Remedios se convulsionó de nuevo, hasta que se inclinó hacia delante y la cabeza le quedó colgando. Brigid aguardó, pero cuando la mujer levantó la cabeza, su mirada limpia fue una señal de que volvía a ser ella.

—¿Estás bien? —preguntó Rosa en un susurro a su amiga al ver su gesto preocupado.

Brigid asintió y negó al mismo tiempo, pero luego prestó atención a su jefa, que le había agarrado la mano.

—Ah, esta presencia ya la he sentido antes. ¿Te dijo cosas buenas? —quiso saber la mujer.

—Algunas sí, otras no tanto.

—Ah, siempre es así. Espero haberte ayudado en algo.

—En mucho, Remedios. No... no he traído dinero.

—Tengo yo —informó Rosa sacándose un billete de veinte euros del pantalón—. No sé si será suficiente.

—Me doy por pagada. ¿Quieres una tirada para contrarrestar?

Brigid asintió, por lo que Remedios abrió una cajita de madera, donde envuelta en seda había una baraja muy antigua que no tardó en ofrecer a su empleada.

Brigid cerró los ojos antes de barajar y, cuando estuvo preparada, se la devolvió.

Remedios comenzó a distribuir las cartas, pero se detuvo bruscamente cuando sacó el séptimo naipe.

—¿Qué pasa? —quiso saber Brigid.

—Es el loco —susurró Rosa, ganándose una mirada curiosa de Remedios.

—¿Y cómo lo interpretas? —preguntó la mujer a la morena de ojos pardos.

Rosa se acarició aquella parte de la cabeza que llevaba rapada.

—Por norma general no me gusta ni un pelito, pero como la carta anterior es el Emperador, me quedo más tranquila. No sé cómo interpretarlo. Sabiduría e ignorancia. Cordura y Locura. Tristeza y felicidad. Bien y mal.

—Dualidad —respondieron al unísono Brigid y Remedios.

Esta última miró durante unos largos a Brigid con afecto y tristeza.

—La otra vez que te eché las cartas vi que un hombre llegaba a tu vida, pero desconocía que al hacerlo también traería el mal con él.

—¿Me aconsejas que me aleje de él, Remedios?

—No. Ya es tarde. No lo sabes, pero le has entregado tu corazón. ¡Si al menos pudiéramos protegerlo de algún modo!

Sacó una nueva carta, pegó un respingo y rápidamente sacó dos más, hasta que soltó un suspiro de alivio.

—La torre, la muerte y la emperatriz. Debes prepararte para la batalla y ser fuerte. Debes confiar.

—Eso ya se lo has dicho antes. Lo mismito —señaló con desdén Rosa.

Remedios la miró por encima de las gafas.

—Porque el mensaje es el mismo. Siempre echo las cartas porque a veces los mensajes de los difuntos suelen ser difusos. ¿Acaso estás insinuando que soy una farsante, jovencita?

Rosa lo pensó.

—Lo pensaría, si no hubiera sido porque me has llamado bizca.

—Escucha, Remedios —interrumpió Brigid—. Mi abuela me ha hablado de un peligro. Ha hablado de *ellos*.

Remedios sacó tres naipes más y los estudió con atención.

—Sí, hay un peligro, aunque no desvela mucho. Lo que sí veo claramente es...

—¿Un diario? —preguntaron las muchachas al unísono.

—No, un árbol. Y, por lo que veo, es sumamente importante. ¿Tiene algún significado para ti?

Brigid frunció el ceño, porque sí tenía algo de significado para ella; según su abuela, la esencia de su madre estaba en el almendro que había plantado en el patio. No llegó a responder a Remedios, sino que se quedó pensativa.

—¿Qué piensas, criatura? —preguntó Remedios.

—En cuervos.

Y en un diario.

Y en el árbol de su madre.

Y en Dru.

Y en la batalla que estaba a punto de librarse.

Y en que, pese a todas las advertencias, Brigid tenía la firme convicción de que nada tenía que hacer con Dru, que su determinación y su corazón eran inquebrantables.

Menuda gilipollas estaba hecha... Ella, que siempre se había reído del *insta love*, y ahora caía con todo el paquete.

Porque Remedios tenía razón al decir que ya le había entregado el corazón.

CAPÍTULO 16

¡Qué día más malo!

Conforme pasaban las horas, las más eternas de mi existencia, crecía mi ansiedad, porque esperaba que ella regresara. Era absurdo pensarlo siquiera, pues Keve ya me había advertido que no regresaría hasta que me marchara, pero una parte de mí esperaba que lo hiciera antes.

No hay nada peor que las esperanzas. Cuán peor era la necesidad de verla, de tocarla, de besarla, de abrazarla fuerte, fuerte entre mis brazos.

Eran ya pasadas las diez y todavía seguía allí, remoloneando, colocando una y otra vez los libros de la vieja estantería del sótano, limpiando el polvo inexistente de unas figurillas (inexistente porque ya lo había limpiado como catorce veces...), planchando de nuevo un vaquero porque estimé que le habían quedado arrugas, y así hasta que Mael me llamó para decirme que iría a buscarme en coche.

—¿En coche? —pregunté intrigado.

A mí Mael casi siempre me teletransportaba. En realidad, y pese a la colección de deportivos que tenía, era su forma habitual de transporte, sobre todo cuando tenía que acarrear conmigo, pues conocía mi aversión por esos carros infernales.

Por eso me extrañó que esa noche viniera a buscarme en coche, más aún cuando íbamos a ir directos al Hotel.

—Sí, en coche. No puedo teletransportarme allí.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Me choco con algo que me impide entrar. Creo que está embrujado.

Me pregunté si ese embrujamiento tendría que ver con los mellizos. La respuesta llegó rápidamente: sí.

Estuve pensando en ello durante un rato hasta que escuché los pasos de Mael en el piso superior, mas, de pronto, se presentó ante mí.

El salto que di fue monumental.

—¿Pero no decías que no podías desintegrarte?

—Solo para entrar en el barrio. Dentro de la casa sí puedo hacerlo. Es curioso.

—Tal vez no se permita entrar por medios no naturales, pero luego dentro sí esté permitida la magia.

—Da igual. Es irrelevante. Nos vamos.

Tal vez para él lo era, pero para mí no. Mientras le seguía camino a la calle, usé mis poderes drúidicos para detectar cualquier corriente mágica. Hasta el momento no había tenido necesidad de hacerlo, y el portal a la magia externa lo solía tener cerrado por miedo a que el Mal lo detectase y pudiese sacar provecho de él, pero cuando lo abrí el chorro de energía me dio de lleno.

—¡Dioses! —exclamé asombrado y cerrando rápidamente el portal.

—¿Qué pasa? —exigió saber Mael, que se había detenido y me miraba muy serio, vamos, como normalmente miraba él.

—Nada, que he abierto el portal y he detectado un flujo de magia impresionante.

—¿Buena o mala?

—Protectora.

—Eso no responde a mí pregunta. Puede ser para proteger algo bueno o malo.

—Hombre... Dado que quien vive aquí es Keve, dudo que sea para mal.

—Elfo de los cojones... Viene alguien —dijo deteniéndose en el pasillo.

Ambos miramos hacia la puerta, expectantes... Hasta que mi corazón me dijo que la que había tras la puerta de hierro era Brigid.

Me fijé en su rostro cuando abrió la puerta, justo antes de que reparara en nosotros. Se la veía cansada y ojerosa, además de desolada.

—Mi Domina —susurré con placer.

Ella me miró, pero luego desvió la vista hacia Mael.

—¿Quién eres? —exigió saber.

Mael alzó una ceja perfecta, pero luego se giró hacia mí.

—¿Y esta réplica del elfo?

—Tú lo has dicho —respondí—: una réplica.

No añadí que una réplica mucho más bonita y apetitosa, pero creo que mis ojos y mi tono de voz se encargaron de delatar mis pensamientos, porque ambos me miraron al unísono.

Creí oportuno hacer las presentaciones.

—Mael, ella es Brigid, la hermana melliza de Keve. Brigid, este es Mael, el... jefe.

—Me gusta lo de jefe —lo estropeó Mael.

—El jefe, ¿eh? Pues tira para adentro que tengo un par de preguntas que hacerte.

—Ahora no. Tenemos cosas que hacer —replicó el semidiós en tono enfadado.

—Hoy no patrullo —recordé a Mael.

Sí, quería quitarle un par de segundos a la vida para estar al lado de Brigid. ¿Y qué?

—Mucho interés tienes tú en la joven —me dijo Mael, pero luego se volvió hacia ella—. ¿Te ha dicho que no puede follar?

—Hijo de mil meretrices—mascullé furioso.

Brigid abrió mucho los ojos, sorprendida, pero luego lo miró airada.

—¿Que no puede, o que no debe?

Mael pensó la respuesta.

—Hummm. Deber, poder... Creo que es indiferente. La cuestión es que no vas a tener con él tu cuento de hadas.

—¿Apostamos?

No sé si Brigid fue consciente, pero los ojos de Mael, que hasta ese momento tenían una tonalidad verde —como siempre que se hallaba entre humanos—, brillaron de malicia.

—¿Y qué apostarías, pequeña? ¿Tu alma?

—Será mejor que nos marchemos —me metí, agarrando a Mael por el brazo y muy pero que muy enfadado con él porque quería enredar a Brigid en su oscuro mundo... lo que más o menos querría hacer yo si no fuera por mis maldiciones.

Brigid se hizo a un lado para dejarnos pasar, pero me miró con una cara que se me partió el alma.

—Brigid... —dije a modo de despedida.

Porque sí; aquello era una despedida en toda regla. Ambos lo sentimos así.

—Dru...

En esta ocasión fue Mael quien tiró de mí, porque por un momento me detuve frente a ella y me quedé embobado.

Cuando me monté en el coche y miré hacia la casa de Keve, Brigid estaba en la puerta, mirándome con una mezcla de tristeza y desolación.

La misma que me embargaba a mí en esos momentos.

—Así que este es el motivo de que estés tan descontrolado.

A modo de respuesta me encogí de hombros. Asombrosamente, Mael me miró con pesar.

—Sabes que no puede ser, ¿verdad?

—Soy muy consciente de ello —confirmé entre dientes. No hacía falta que me lo recordara.

Mael asintió, complacido por mi respuesta, pero recelando de mis verdaderas intenciones. Tal vez presintió la lucha que mantenía conmigo mismos en ese momento, las ganas de mandarlo todo al infierno y volver al lado de Brigid.

Brigid también estaba en ese instante en los pensamientos del semidiós,

porque de pronto arrugó el ceño y rompió el silencio.

—Me estaba preguntando... ¿Qué diablos serán estos dos?

Sonreí de medio lado.

—Pensaba que lo sabías todo.

—Todo no, pero más de lo que me gustaría saber.

—Pues en ese caso, y al hilo, me puedes ayudar. ¿Qué significado crees que puede tener que un cuervo te aceche?

—Muerte —respondió sin dudar, poniéndome los pelos de punta.

—¿No puede significar otra cosa?

—Puede. —Mael esquivó un peatón borracho y soltó un impropio—. Podría pensar que Morrigan está haciendo de las suyas, pero lo dudo.

—¿Por qué?

Mael sonrió con travesura y engreimiento.

—Porque de ser así me habría hecho una visita.

Alcé las cejas, sorprendido.

—¿Tú y Morrigan?

—Es una viciosilla —apuntó con una sonrisa lasciva.

Como ese tema no me interesaba —porque me llevaba a pensar en cosas inapropiadas, como que la viciosilla era Brigid y me hacía de todo—, decidí seguir a lo mío.

—Yo tampoco creo que sea Morrigan, porque va acompañando a otro ente.

Frenó de golpe y me miró muy serio.

—¿Qué otro ente?

—Lo desconozco. Es un ser encapuchado con un olor pestilente.

Mael estuvo pensando durante varios segundos, mirando al frente. Un coche le pitó para que se moviera, pero, si lo escuchó, lo ignoró por completo.

—Olor pestilente... Eso es más extraño. ¿Esto te lo ha contado Keve o lo has presenciado tú mismo?

—Ambas cosas. Keve me ha hablado de ello esta mañana, pero yo pude comprobarlo con mis propios ojos días atrás cuando a quien acechó el cuervo fue a Brigid. Creo que va tras ambos.

El semidiós apretó los labios, disgustado, pero luego se repuso y volvió a poner el coche en marcha.

—Tengo que pensar en todo esto.

—Hay algo más.

—Habla.

—Keve ha tenido también sueños premonitorios, donde su madre le habla del de un solo ojo.

—¿Un cíclope?

—Fue lo primero que pensé, pero dada su corpulencia dudo que pueda caminar por el mundo de los hombres sin llamar la atención, aunque el ser que acompañaba al cuervo era de un tamaño considerable... Pero, no me digas cómo, pasaba desapercibido.

—Hummm... Vamos a tener que investigar más al respecto.

—Hoy me pondré con ello. Buscaré en la biblioteca del Hotel.

—Perfecto. Le diré a Evelina que te ayude.

Eso me sorprendió.

—¡Vaya! ¿Ya no piensas que puedo aprovecharme de ella?

—Ya no. Ahora que he visto cómo miras a la hermana del elfo sé que solo tienes ojos para ella.

¡Qué razón tenía!

—No vayas a pensar que me hace mucha gracia que estéis solos en un cuarto, pero ella es más antigua que tú y quizá pueda encontrar algo entre los Recuerdos de la Raza. —Arrugó el ceño y compuso una mueca de fastidio—. Ahora ya me has dejado intrigado. Por si no sentía bastante curiosidad con respecto a Keve, ahora me vienes con esto. Qué rabia me da no saber.

Estuve a punto de contarle el episodio del flujo de energía, pues Mael era más antiguo que yo y quizá pudiera ayudarme a resolver la incógnita, pero lo

descarté inmediatamente; no diría nada al respecto hasta tener un poco más de información. Además, no tenía claro si Mael usaría esa información contra el muchacho...

—¿Por eso le tienes tanta manía, porque escapa de tu control?

—Puede ser —respondió con una mueca que restaba importancia al asunto—. Siento una extraña... rivalidad.

Me reí, no pude evitarlo.

—¿Rivalidad, con Keve? ¿Con un humano, con una subcriatura? —pregunté usando sus términos para referirse a Keve.

Volvió a mirar al frente y a arrugar la frente, pensativo. Después de unos largos segundos de silencio, en los que pensé que incluso había olvidado la pregunta, respondió con perplejidad:

—No tengo tan claro que sea humano. —Hizo una pausa en la que me miró de reojo y añadió—: Ni subcriatura.

Keve estaba molido.

Había pasado toda la noche recorriendo Coslada en busca de la amiga de Alba, Selene, la morenaza que había conocido semanas atrás en la Guarida, el pub de Leo.

Nadie le comentó nada, pero el muchacho sospechaba que el propio Leo había tenido que ver con esa desaparición, aunque fuera indirectamente.

Todos se preguntaban qué habría pasado entre esos dos, pues era evidente que algo había entre ellos, sobre todo porque Leo estaba totalmente desesperado.

Como Keve era el único humano, y por lo tanto el único que se podía exponer a la luz solar, le tocó no solo buscar a Selene por la noche, sino que después de dormir apenas cuatro horas continuó con la búsqueda.

Solo lo dejó cuando, a las seis de la tarde, ya no se tenía en pie, cuando en lo único en lo que podía pensar era en agarrar la cama y dormir a pierna suelta

hasta que anocheciera, pero su hermana, al parecer, había decidido elegir ese día para hacer limpieza, pues se encontró la casa patas arriba.

—Menuda tienes liada. ¿Y esa ventolera que te ha entrado?

Brigid dejó de rebuscar en una caja y miró a su hermano. Tenía la trenza deshecha, cara de cansancio y la nariz manchada de polvo.

—Estoy buscando una cosa. —Keve iba a preguntar qué, pero Brigid se puso rápidamente en pie y, con cara de preocupación, agarró su mano—. Ven, tenemos que hablar.

—Ahora no, duendecilla, que estoy molido.

—Es importante.

A regañadientes, y temiendo un nuevo sermón sobre sus jefes —o lo que era peor, una charla sobre Dru—, se dejó llevar a la cocina, donde se dejó caer en una silla mientras su hermana preparaba un Cola Cao para él y un té para ella.

—Ayer fui a ver a Remedios.

—Lo tuyo es amor al trabajo.

—No fui a la tienda. Fui a su casa.

Keve vio por dónde iban los tiros, así que suspiró de cansancio.

—Has ido a que te eche las cartas, ¿a que sí?

Brigid hizo una mueca.

—Las cartas me las echó, pero mi idea no era esa, sino hacer una sesión de espiritismo. Necesitaba hablar con la abuela.

—Sobre Dru —afirmó más que aventuró.

—Sí, sobre Dru.

Keve temió lo que esa mujer hubiera podido adivinar.

—No indagues, Brigid —advirtió.

—Ya es tarde.

—¿Qué... qué te dijo? —preguntó asustado.

—Sobre Dru no mucho, la verdad, pero me dijo algo que me tiene preocupada. ¿Sabes que últimamente me ha estado siguiendo un cuervo?

—Sí, Dru dijo algo al respecto.

Brigid se sobresaltó.

—Es cierto, había olvidado que él estaba el día que lo vi por segunda vez. La abuela cree que estamos en peligro.

Keve, viendo que no podía ocultar por más tiempo sus sospechas a Brigid, y dado que era primordial que comprendiera que no era buena idea que saliera por las noches, decidió hablar claro.

—Yo también lo creo, porque además de que a mí también me está siguiendo el pajarraco ese, Madre me advirtió en sueños.

Brigid se desplomó en una silla frente a él, asustada.

—¿Y qué hacemos, Keve? ¿Qué puede ser ese peligro del que hablan? ¿Qué crees que puede buscar el cuervo?

—No lo sé. Dru ha prometido investigar sobre ello.

La mención de Dru contrajo el rostro de Brigid en una mueca de dolor, pero rápidamente se repuso.

—Le pregunté a la abuela y me dijo que la respuesta estaba en el diario.

—¿La abuela llevaba un diario?

—No sé si de la abuela o de mamá. No lo dijo, pero aseguró que era importante.

—¿Y dónde está?

—No lo sé...

Keve meditó durante varios segundos.

—Tú te encargaste de guardar sus cosas personales.

—Sí, pero no recuerdo ningún diario. El primer lugar donde he mirado ha sido en su baúl, pero nada, ni diario ni nada que se le parezca.

Keve estuvo pensando durante varios segundos.

—¿Has mirado en el sótano?

—Limpio. Iba a correr ahora el mueble.

—¿El del salón? ¿Para qué?

Brigid sonrió de medio lado.

—Ya sabes lo que le gustaba a la abuela esconder las cosas en los sitios más insospechados.

—¡Y tanto! —se rio el joven— ¿Te acuerdas que en Salduero siempre nos hacía jugar a la búsqueda del Tesoro?

Brigid sonrió con nostalgia al recordarlo.

—Era lo más... Vamos, ayúdame, que ya he despejado el mueble.

Keve, pese a estar cansado, y sabiendo que la bruta de su hermana era capaz de intentar mover el mueble sola, la acompañó al salón.

—Tú agarra por el otro extremo, pero límitate a sostenerlo, no vayas a hacerte daño. Voy a ver si puedo moverlo un poco. ¿Preparada?

—Preparada.

Brigid, pese a las advertencias de su hermano, hizo fuerza para tratar de alzar el mueble y... lo levantó.

Sorprendida, lo soltó de golpe, provocando un ruido atroz. Durante un par de segundos lo miró atónita, pero luego se miró las manos. Cuando alzó la mirada, se encontró con los ojos desorbitados de su hermano.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Keve, la voz cargada de asombro.

Brigid no supo qué responder, así que optó por el silencio.

—Has levantado el mueble —acusó su hermano.

Brigid negó con la cabeza.

—Lo hemos levantado los dos —aventuró a decir, aunque sin mucha convicción. Había más de pregunta que de réplica a la acusación de su hermano.

—No. Yo aún no había hecho fuerza. Es más, ni siquiera lo había tocado.

—¿No?

—No. —Keve fue hasta su lado y miró el mueble—. Prueba otra vez.

—¡Ni hablar! —protestó.

—¿Y por qué no?

—Porque... me da miedo.

—Anda, cagona. ¿Dónde está ahora la tipa que me arrea collejas a diestro y siniestro, la que presume de ser cinturón negro, la que hace sesiones de espiritismo y la que le dio una paliza a un tío por tocarle el culo? —Brigid quiso sonreír, pero no pudo—. Venga, duendecilla. Yo estoy contigo.

Brigid suspiró resignada y miró el mueble.

—Lo mismo ha sido algo fortuito —dijo medio esperanzada.

Volvió a agarrar el mueble y, tras un titubeo, se dispuso a izarlo.

Y lo volvió a levantar.

—¡Ahí va la hostia! —exclamó Keve con júbilo—. ¡No es algo fortuito! Siempre has sido la más fuerte de los dos, pero esto es la hostia.

En esta ocasión, Brigid no soltó el mueble de golpe, sino que lo bajó con suavidad. Volvió a mirarse las manos, pero Keve tomó una de ellas y la arrastró fuera del salón.

—Vamos a la cocina. A ver si puedes levantar la nevera.

—¡Keve!

—Tenemos que asegurarnos. Vamos, inténtalo.

Brigid, repuesta de la sorpresa, le dirigió una mirada admonitoria, pero hizo lo que le pidió.

Sin ningún esfuerzo aparente, la joven sacó la nevera del hueco del mueble y la levantó.

—¿Satisfecho?

—¡Ya lo creo que sí! ¡Mi hermana es Sansón!

Enfadada porque su hermano se estaba tomando a broma algo tan serio, le dio un puñetazo en el hombro. No era más que una reprimenda cariñosa, pero mandó a su hermano al otro lado de la cocina. Ojiplática, corrió a su lado y se agachó, preocupada.

—¡Dios mío, Keve! ¿Estás bien?

Keve comenzó a reír.

—Pero ¿qué has comido hoy? —Y siguió riendo.

—A mí no me hace gracia —protestó ella, sentándose a su lado y mesándose el cabello, pero entonces agrandó los ojos—. Estoy asustada Keve. No es solo hoy, ya me pasó otra vez, con Dru, cuando vino a curarte. Le di una patada y lo lancé al otro lado del pasillo.

—¿En serio?

—Te lo juro. ¿Qué me está pasando?

Keve la estrechó entre sus brazos al ver que temblaba y depositó un beso en su coronilla.

—Lo ignoró. Pero no puede ser nada malo, ¿no?

Brigid se apartó un poco de él para poder mirarle a los ojos.

—No pareces sorprendido.

—Y no lo estoy.

—Deberías —apostilló, el ceño fruncido—. ¿Acaso a ti te ha pasado algo parecido?

Keve apretó los labios como toda respuesta. Brigid agrandó los ojos y le señaló con el dedo.

—¡Lo sabía! ¡A ti también te pasa, por eso no te has sorprendido!

En esta ocasión, su mellizo negó con la cabeza.

—No, yo no tengo esa fuerza.

—Entonces, ¿qué es?

Keve se removió, incómodo.

—Vale, ahí va. Mira.

Brigid miró las manos extendidas de su hermano, pero nada sucedió.

—Vale, tus manos. ¿Y?

—Espera, joder, que esto no lo tengo controlado. A ver...

Cerró los ojos y apretó los labios, concentrándose, hasta que, para sorpresa de Brigid, emergió una luz malva. La luz fue tomando forma, hasta convertirse en una esfera perfecta, tan hermosa como peligrosa.

Con un grito de asombro, Brigid se acercó a mirarla.

—¿Qué es? —susurró.

—Según Dru, un flujo de energía.

La mención de Dru provocó un encogimiento en Brigid, pero luego se centró en la bola que flotaba sobre una de las manos de su hermano.

—¿Y para qué sirve?

—No sé —respondió Keve encogiéndose de hombros—. No hace nada de nada.

El muchacho compuso una mueca de resignación y la bola desapareció.

—¿Qué nos está pasando, Keve? —preguntó Brigid en un susurro no exento de temor.

—No lo sé, nena. Tengo que hablar con Dru al respecto... —Se levantó con un movimiento ágil y tendió una mano a su hermana para ayudarla—. Mañana seguimos hablando, ¿vale? Estoy molido y apenas tengo cuatro horas por delante para salir a patrullar.

Brigid le dio un beso en la mejilla y lo dejó marchar.

La búsqueda del diario quedó totalmente olvidada.

Con una extraña sensación de alarma, y después de probar una docena de veces que su recién adquirida fuerza no era eventual, decidió pasar el resto de la tarde haciendo lo único que la relajaba y con lo que era capaz de dejar la mente en blanco: confeccionar joyas.

CAPÍTULO 17

—No encuentro nada.

Miré a Evelina, que suspiraba resignada al tiempo que cerraba el grueso tomo.

Le dirigí una sonrisa de ánimo antes de seguir con mi propia investigación.

Llevábamos en la Biblioteca toda la tarde en una búsqueda improductiva, algo que nos estaba exasperando a los dos.

Me gustaba estar con Evelina.

Con ella las conversaciones eran intensas, profundas. No le gustaba hablar de banalidades, y a mí no se me tenía permitido revelarle nada del mundo exterior, de modo que eran pocos nuestros temas de conversación, limitados a libros, a tratados, a filosofía o a metafísica, pero no por ello menos interesantes.

En alguna que otra ocasión ella ha tratado de sonsacarme sobre cómo era la vida fuera del Hotel, sobre todo últimamente, algo que me alarmaba; cuando alguien empieza a cuestionarse las cosas, busca los medios para encontrar las respuestas.

Quizá por eso Mael estaba cada día más pendiente de ella, pues Evelina ya había dado alguna que otra muestra de rebeldía, si a su interés por saber se le podía llamar así.

Por mandato del semidiós teníamos la puerta de la biblioteca abierta, pero por si acaso, y para no tener que aguantarle luego, también me senté lo más alejado de ella.

Sin embargo, no fue a Mael a quien tuve que aguantar, sino a Alfa.

Pasó delante de la biblioteca y miró a Evelina, pero al verme agrandó los ojos y se adentró.

—¿Qué haces aquí? —exigió saber.

Alcé las cejas, sorprendido por su increpación. Me hubiera gustado responderle de malas maneras, pues salvo el semidiós nadie me daba órdenes, pero la experiencia me decía que mejor no seguirle la corriente, ya que cuando se ponía en plan chulo no había dios que lo aguantara.

Y no estaba yo como para aguantarle, ni a él ni a nadie.

—Estoy buscando cierta información con respecto a los cuervos.

Miró de reojo a Evelina, que estaba sonrosada y, por qué no decirlo, airada.

—¿Qué les pasa a los cuervos?

—Están acechando a Keve y queremos saber por qué.

—Yo lo sé: porque Keve es carroña.

Así de insoportable era.

—No te metas con el muchacho. Más de una vez te ha salvado eso que llamas vida.

—¿Y qué? ¿Se lo tengo que estar agradeciendo por toda la eternidad?

Evelina se levantó, enfurecida. Tomó un libro y se lo metió bajo el brazo.

—Será mejor que continúe en mis aposentos. Dru —se despidió. Luego miró a Alfa de arriba abajo—. De desagradecidos está el mundo lleno.

Con un revuelo de faldas se marchó, la cabeza erguida y los hombros rígidos.

—Chupasangres apestosa —bufó Alfa.

Me sentí muy divertido, porque sus ojos desmentían sus palabras.

—¿Qué haces aquí, Alfa?

Dejó de mirar la puerta por donde se había marchado la Real y se volvió hacia mí.

—¿Qué pasa, que no puedo?

—Claro que puedes —apacigüé—. Pero es muy raro que no estés con la manada.

Ignoraba qué le sucedía para que, con un resoplido de frustración, se dejara caer en la silla frente a mí y se mesara el cabello.

—Las hembras están en celo —me informo.

No supe cómo tomarme la noticia.

—¿Y?

—¿Cómo que y? —preguntó a su vez de malas maneras y como si yo fuera bobo—. Pues que van a querer fornicar.

La palabra sonó soez, como si fuera algo desagradable.

—¿Contigo? —aventuré.

—Sobre todo conmigo —respondió con un susurro desolado.

—Cualquiera en tu lugar estaría contento.

—¿Tú me ves contento? —Negué con la cabeza—. Pues eso. Me... repudia.

Traté de ponerme en su lugar.

Alfa era el macho dominante de la manada, por lo que, siguiendo su instinto animal, todas las hembras querrían copular con él. Entendí que lo viera como una obligación, pero de ahí a que le repudiara... Inmediatamente supe el por qué.

—Y con Evelina, ¿qué te pasa?

Se puso en guardia.

—¿Qué pasa con esa?

—No lo sé. La has llamado apestosa.

Apretó los labios con rabia.

—Es una Real —escupió, como si la palabra en sí ya lo dijera todo.

—Una Real adorable —corregí.

—Es odiosa.

—Es un cielo de niña —insistí.

—¡Ja! Qué engañados os tiene a todos. —Se levantó y comenzó a hacer

aspavientos—. Todos la veis como un ser cándido y pueril, cuando en realidad es una arpía provocadora. No soporto tenerla a mi lado.

Ya no me quedó ningún tipo de duda sobre sus sentimientos.

—No soportas lo que sientes cuando estás a su lado.

Alfa me miró con desolación. Pensé que iba a negarlo, a rugir, a reírse de ella.

Cualquier cosa menos lo que dijo a continuación.

—Me aterra.

Quise ponerme en su lugar y solidarizarme con sus sentimientos, pero no pude más que odiarlo porque su problema se quedaba en nada comparado con el mío, ya que lo suyo era una cuestión de prejuicios. Lo mío, de imposibilidad fehaciente.

¡Qué idiotas somos a veces! ¡Cómo nos dejamos llevar por el orgullo! ¡Cuántas cosas sacrificamos por no aceptar la realidad!

—Pero mira que eres necio —dije a modo de regañina y mirándole con una sonrisa condescendiente.

—¿Y tú de qué te ríes? —me increpó.

—No me río —corregí—; sonrío.

—Ya, pues cuidadito si no quieres que te borre la sonrisa de un zarpazo.

Moví la cabeza con resignación.

—No voy a caer en tu juego, Alfa. No busques en mí la vía de escape a tus celos.

—Celoso yo... ¿De quién, de esa zo...?

No le permití continuar. Con un rugido de rabia, lo agarré por el cuello y lo alcé unas pulgadas del suelo.

—Escúchame, escoria. No soy amigo de la violencia, pero si vuelves a dirigirte a Evelina de ese modo, no respondo de mí.

—Pégame, Dru —me incitó Alfa—. Pero hazlo bien fuerte, hasta que deje de sentir...

—¡Pelea, pelea!

Dejé caer a Alfa y me giré hacia la puerta, donde un sonriente Keve se frotaba las manos.

Inmediatamente me centré en Alfa, que después de llevarse las manos al cuello me miró con una mezcla de odio y tristeza que me encogió el corazón.

—Sí, Alfa. Pelea.

Alfa me miró con desesperación, pero comprendió lo que quería decirle en realidad. ¡Ay, si yo estuviera en su lugar! Pelearía con todas mis fuerzas por la mujer que me robaba el sueño. Por desgracia, no se me tenía permitido; ni pelear, ni soñar.

—¿Y a este qué le pasa? —preguntó el muchacho cuando Alfa se marchó cabizbajo.

—Que es idiota. ¿Qué haces aquí, Keve?

—Tengo novedades. —Corrió a cerrar la puerta de la biblioteca y luego regresó—. Se trata de Brigid.

Me puse rígido. Lo agarré por los brazos y lo zarandeé un poco.

—¿Qué sucede? ¿Está bien? ¿Le ha pasado algo malo?

—Deja de agitarme, coño, que me vas a desarmar —protestó—. Está bien. Resulta que ahora es Sansón.

Me aparté de él y lo miré sin comprender.

—¿Sansón?

De forma breve, y no sin ciertas bromas, Keve me relató que Brigid había adquirido una fuerza descomunal.

—Fíjate si es fuerte —continuó—, que me dio un empujón y me envió al otro lado de la cocina.

—Vaya, a mí me hizo lo mismo el día que nos conocimos, pero sinceramente, aunque me asombró, no lo vi del todo anormal. En realidad, cualquier cosa que venga de vosotros no me causa extrañeza.

Keve asintió y agachó la cabeza.

Estuvimos los dos un rato callados, sopesando la información y tratando

de darle sentido. Para ello, estimé que debía ir al origen.

Para comprender el presente hay que conocer antes el pasado. Solo así se puede actuar en consecuencia para abordar el futuro.

—Keve —dije al cabo de un rato—, ¿qué me puedes decir de tu familia?

El muchacho se metió las manos en los bolsillos y miró sus zapatillas.

—Poco o nada. Mi madre murió al darnos a luz y con ella toda la familia que teníamos.

Parpadeé, asombrado.

—¿Y tu abuela?

Keve suspiró.

—En realidad, no era nuestra abuela, aunque nosotros la queríamos como tal, pues fue la única familia que conocimos, pero no nos unía con ella ningún lazo de sangre.

—Vaya... —repetí. Aquello me pareció asombroso, además de intrigante—. ¿Y cómo fue que se hizo cargo de vosotros?

—Mi abuela entonces vivía en Salduero. Acababa de enviudar y no tenía hijos, así que estaba completamente sola. —El muchacho sonrió con afecto antes de proseguir—. Mi abuela era muy... peculiar. Algunos en el pueblo decían que era una meiga, pues era natural de A Coruña y hacía cosas raras, como celebrar fiestas paganas. Tenía muy mala fama la pobre —dijo con una sonrisa de afecto—. Nos contó que una noche, al borde de la desolación, pidió a los dioses un motivo para seguir viviendo. Y los dioses se lo concedieron, porque esa madrugada se presentó ante su casa mi madre, pidiendo asilo. Estaba embarazada de nosotros y próxima al parto. —Keve frunció el ceño—. Creo que sospechaba que el parto se complicaría, porque le pidió a mi abuela que se hiciera cargo de nosotros en caso de que la cosa no saliera bien. Mi abuela lo preparó todo, le dio sus apellidos para no encontrarse con problemas legales y... así fue.

—¿Y no sabéis nada de vuestra familia materna? ¿Y paterna? —insistí cuando Keve negó la primera pregunta.

—Ni idea. Mi madre no dio ningún dato a la abuela sobre su vida.

—¿Y el cuadro?

—Supongo que lo pintó mi abuela durante el poco tiempo que vivió con ella.

Alcé las cejas, escéptico.

—¿Supones? ¿Y por qué vino a Madrid?

—No lo recuerdo, tendríamos como seis o siete años. Solo recuerdo que una noche nos despertó y nos marchamos de Salduero para no volver. —Keve frunció el ceño—. Es curioso, pero ahora que hago memoria durante todo el viaje la abuela no paró de mirar al cielo. Creo que a ella también le marcó de alguna forma el ataque que Brigid y yo sufrimos.

—¿Qué ataque? —pregunté, alarmado.

—El de los cuervos.

Fruncí el ceño.

—Recuerdo que Brigid me contó algo al respecto, lo que me hace creer que no fue algo casual y que el ataque y la persecución actual tienen que estar relacionadas, ¿no crees?

Keve se mesó el cabello con una mano, no sé si porque se sentía incómodo con el tema o porque no quería plantearse preguntas.

Por mi parte, se me ocurrieron un millón, pues había algo en la historia que no me encajaba, pero Keve pegó un respingo de pronto y sacó la otra mano del bolsillo.

—Antes de que se me olvide, toma.

Me tendió un colgante de cuero trenzado y una pieza de roble circular donde había tallado un trisquel.

—¿Y este regalo?

Keve se mesó el cabello y lo miró ceñudo.

—De Brigid.

Abrí mucho los ojos.

—¿Brigid me ha comprado un colgante?

—No, amigo. Se tiró toda una noche haciéndolo y luego estuvo dos días más haciendo cosas raras para protegerlo. Ten.

Retrocedí un paso cuando los sentimientos me golpearon. Por un lado quería arrancárselo de las manos y atesorarlo como mi bien más preciado, pero por otro sabía que aceptarlo no haría sino avivar sus esperanzas.

—No puedo aceptarlo. Es un presente demasiado valioso.

—Es un trozo de madera y cuerda, Dru.

Era muchísimo más que eso. Era tiempo, mimo, trabajo y esencia de Brigid, pero sabía que él jamás comprendería el valor que el colgante tenía para mí.

—No puedo aceptarlo.

—Oh, ya lo creo que sí. No quiero volver a casa con él otra vez.

Arqueé una ceja.

—¿Otra vez?

—Eh... sí —titubeó—. Hace ya una semana que me lo dio y esta mañana lo encontré en el bolsillo de un pantalón. No veas la bronca que me ha caído.

—¿Se te olvidó dármelo? —quise saber.

Para mi sorpresa, Keve lo negó.

—No quería dártelo —confesó.

—¿Por qué? —pregunté en un susurro; no sabía si sentirme agradecido o enfadado con él.

Keve al principio miró al suelo, pero cuando alzó los ojos y su mirada se encontró con la mía había pesar.

—No hay futuro para vosotros, Dru. El colgante es toda una declaración de intenciones, así como tu aceptación. Pero ¿para qué alimentar unas esperanzas que sé que os están prohibidas?

Respiré con dificultad, porque había puesto en su boca las mismas palabras que me obligaba a repetir día tras día.

¡Ah, pero cómo dolía al escucharlas en otros labios!

—Y es por eso por lo que no puedo aceptarlo, Keve.

—Bien que lo sé, pero prometí dártelo.

Asentí, porque comprendí su tesitura; al no poder mentir, no podía inventarse una excusa barata. En última instancia tomé una decisión, aunque al hacerlo me sentí el ser más despreciable y sabía que le rompería el corazón a Brigid.

Agarré el colgante y lo arrojé a la papelera.

Keve soltó una exclamación y me miró con sorpresa al principio, con odio a continuación y con comprensión al final.

—Así no tienes que buscar una excusa ni mentirle.

Keve asintió y miró al suelo, alicaído, pero luego esbozó una sonrisa, esa de pícaro que tanto le caracterizaba.

—Me voy a patrullar.

Keve me guiñó un ojo y salió por la puerta.

Tan pronto desapareció de mi campo de visión, corrí como una urraca a recuperar el colgante de Brigid.

Ya no me lo quité jamás.

—Dime por qué estamos aquí y no en el Dark Hole.

Brigid miró a Rosa y soltó un suspiro.

—Ya te lo he dicho.

Rosa la señaló con la botella de cerveza.

—No; me has dicho que no puedes subir a Madrid, pero no el por qué.

—Porque es peligroso.

—Pero ¿en qué sentido?

Brigid suspiró con cansancio.

—Tú estabas presente cuando mi abuela me advirtió del peligro, Rosa. El

cuervo no solo me acecha a mí, sino que también está siguiendo a mi hermano. Keve cree que lo mejor es que me quede en Coslada. Y, por una vez, debo darle la razón. Y a todo esto; llevo un tiempo queriendo hacerte una pregunta. Cuando Remedios habló del cuervo, te sobresaltaste. ¿Por qué?

Rosa apretó los labios con fuerza y achicó los ojos.

—No me gustan. Eso es todo. —Como Brigid iba a protestar, Rosa preguntó rápidamente, probablemente para cambiar de tema—: ¿Y qué hay de Dru? ¿No has vuelto a saber de él?

Como por arte de magia, el tema del cuervo quedó totalmente olvidado.

—A ese ni me lo nombres —replicó Brigid haciendo una mueca de disgusto.

—¿Por qué? —rio Rosa—. Hasta hace unos días estabas loca por él.

—Hace unos días estaba gilipollas perdida, pero he abierto los ojos. ¿Te puedes creer que ha tirado el colgante que hice para él?

Rosa gritó de indignación.

—¡Será cabrón! —exclamó, ganándose con ello un gesto de asentimiento por parte de Brigid que indicaba que estaba de acuerdo con ella—. ¿Y cómo te has enterado?

—Keve me lo dijo.

Rosa estuvo un rato pensativa.

—¿Y no puede ser que te haya mentado?

—Keve, como yo, no puede mentir.

—Mira que sois raros.

—Para raras, nosotras —se rio Brigid al ver cómo las miraban un grupo de chicos.

—¿A que les parto la cara?

—Anda y estate quieta —ordenó Brigid al ver que su amiga se levantaba de la banqueta y hacía amago de ir cantarles las cuarenta a los chicos que ahora se reían a su costa—. ¿Desde cuándo te importa lo que la gente opine de ti?

—Ya. Pero es que me están poniendo de una mala hostia... Y todo por tu culpa, por no querer subir a Madrid, a nuestro ambiente.

—Te dije que fueras —advirtió Brigid con contrición.

—¿Y dejarte sola? —Rosa suspiró y pareció calmarse—. Bueno, al menos aquí no ponen mala música, aunque no dejamos de desentonar.

Brigid sonrió por primera vez esa noche, al tiempo que se miraba a sí misma. No iba tan exagerada como tenía por costumbre, pero reconocía que su atuendo distaba mucho de ser aceptable en ese ambiente; no era por el vestido, que, aunque era de corte medieval, al ser blanco y bastante sencillo no llamaba excesivamente la atención. Tampoco era por sus zapatos Mary Jane; raros e inusuales, pero nada extravagantes. Lo que hacía que la gente la mirara con una ceja alzada era por la guirnalda de flores que llevaba en la cabeza. Eso y su acompañante, pues Rosa ese día vestía más estrafalaria que nunca, con su tutú negro, su corpiño victoriano y sus famosas botas de tachuelas con calaveras. Si Brigid parecía el hada buena del cuento, Rosa parecía la bruja malvada.

—Sí que desentonamos —se rio Brigid—. Parecemos un par de locas.

—Lo estamos. Y hablando de locas, ¡me encanta esta canción! —aplaudió Rosa cuando comenzó a sonar *Crazy*, de Aerosmith—. ¿Sabes dónde dicen que ponen una música de flipar? En un pub de la Vía, *La Guarida*.

Brigid negó con la cabeza.

—Mi hermano se niega a que pise ese tugurio.

—¿Y desde cuándo haces caso a tu hermano?

—Desde que están pasando cosas raras —musitó más para sí que para su amiga.

—¿Qué cosas raras?

Brigid se detuvo a pensar durante un segundo. ¿Debía confesarle lo que le estaba sucediendo? ¿Debía contarle que había adquirido una fuerza descomunal y que a su hermano le salía una luz malva de las manos?

—Cosas que ni yo misma comprendo. Cosas que quizá cambie la percepción que tienes de mí.

Rosa quitó importancia al asunto bailando la mano en el aire.

—Con tal de que no me digas que eres un fantasma...

Brigid soltó la carcajada.

—¿Pero cómo te pueden dar tanto miedo los fantasmas?

—Porque quieren apropiarse de nuestros cuerpos —respondió de forma categórica—. No, amiga, a esos ni mentarlos. Y hablando de innombrables, ¿a que no sabes quién acaba de entrar?

En un gesto intuitivo, Brigid se giró hacia la puerta del garito. Fue muy mala idea, pues su mirada se cruzó con el citado innombrable y ya no tuvo escapatoria; Fran ya se encaminaba hacia ella.

—Mierda —exclamó. Hizo amago de escabullirse, pero él fue mucho más rápido y ya estaba a su altura.

—¿Cómo puede ser que cada día estés más buena? —preguntó a modo de saludo.

—Fran —se limitó a responder.

El muchacho fingió estremecerse.

—Dios, cómo me pone que me llames así. —Como ella no hizo réplica alguna a su comentario, se puso serio de golpe—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué no me insultas? ¿Estás bien?

—Sí —respondió con cansancio.

—No —contradijo Rosa, divertida ante la situación.

—¿Qué tiene? —quiso saber Francisco.

—Mal de amores.

—¡Rosa!

Francisco entrecerró los ojos y la tomó por la barbilla.

—¿A quién le tengo que dar una paliza? ¿Quién se ha atrevido a hacer daño a mi chica?

—En primer lugar, ya no soy tu chica. Y en segundo, no soy responsabilidad tuya. Nunca lo he sido, ni siquiera cuando estábamos juntos.

Sé cuidarme sola.

—Me preocupo, Brigid, eso es todo.

—Pues deja de hacerlo. Acepta que ya todo acabó de una vez.

Fran miró al suelo y luego directamente a sus ojos azules.

—Ya lo hago, tía. Pero aceptarlo no hace que deje de preocuparme. Tengo claro que no vas a volver conmigo, que lo nuestro es imposible, pero no me pidas que me desentienda de ti.

—Fran... —susurró mirándole con lástima.

—No, Brigid. Soporto tu indiferencia, tus insultos, incluso que ames a otro. Pero por favor, guárdate tu compasión. Dios, eso duele como mil demonios.

—No es compasión, Fran. —Brigid acarició su brazo y buscó su mirada—. Pero me gustaría que fueras feliz. Debes olvidarme.

—Soy feliz. No sé si pese a quererte, o precisamente por hacerlo —añadió con una sonrisa de pirata, tan característica en él—. Contigo he descubierto lo que es el amor incondicional; mi meta no estar contigo, es que seas feliz. Conmigo, sin mí, da igual. Feliz. Punto.

A Brigid se le cortó el aliento por su confesión. Para sorpresa de Fran, incluso de sí misma, se abalanzó sobre él y le dio un gran abrazo. Al principio, el muchacho se quedó con los brazos colgados en los costados, pero luego los cerró en torno a ella y la apretó contra él.

—Vaya, me tendré que poner moñas más a menudo.

—Idiota —se rio Brigid, pero luego frunció el ceño—. Ya vale, Fran. Deja de restregarme la cebolleta.

—Tenía que intentarlo —se excusó el muchacho.

—Oh, oh —interrumpió Rosa. Luego, añadió en tono cantarín—: La vamos a tener...

Brigid y Fran se apartaron por sus palabras, para encontrarse con la imagen de Alex frente a ellos, mirándolos con puro odio y los puños apretados, prestos a pelear.

—Así que por esto me has dejado —incredó tan pronto captó la atención

de Brigid.

Ella lo ignoró, pero se giró a Fran y lo miró implorante.

—Fran, vete. Ya me ocupo de esto.

—Uy, no. De eso nada, que a este pollito le tengo ganas. —Se volvió al ex de Brigid y lo miró de arriba abajo—. ¿A ti qué te pica?

—Las manos, de las ganas que tengo de darte una hostia.

Rosa se rio por lo bajo. Brigid se tocó la frente y resopló. Fran alzó una ceja.

—Tú no sabes con quién te la estás jugando, ¿verdad?

—Con un cacho mierda —respondió Alex sin inmutarse cuando Fran comenzó a crujirse los nudillos.

—A ver, chavales —interrumpió Brigid poniéndose en medio para evitar la pelea—. Tú, te vas para allá —ordenó a Fran, señalando hacia la puerta, donde sus amigos miraban la escena atentos a cualquier contratiempo. Luego, se volvió hacia Alex—. Y tú te vas a... no sé. ¿A tomar por culo, por ejemplo?

—Eso, que le den por culo —se rio Fran.

Alex no se lo pensó y, directo y sin titubeos, le asestó un puñetazo en la boca del estómago.

—¡Ea, ya la tenemos liada!

—¡No te rías, Rosa! —protestó Brigid, pero luego gritó cuando vio que los chicos ya estaban enzarzados—. ¡Fran, para! ¡Alex, vete!

Pero ninguno la escuchó.

La gente se apartó y les hizo un corrillo, vitoreando cada cual a su contrincante preferido. Incluso la música dejó de sonar. Brigid, al ver que los amigos de Fran y de Alex se acercaban, temió que la cosa se fuera de las manos, pero por suerte no se metieron. Aunque, por otro lado, tampoco hicieron nada para detenerlos.

Más cabreada que asustada por los golpes que se estaban propinando — que no tenían nada de suaves—, trató meterse en la pelea, pero se apartó por miedo a que fuera ella la que acabara encajando un puñetazo.

—¡Parad ya, joder! —gritó dejando caer un vaso al suelo. Fue tan categórica en su orden, que los hombres dejaron de pelearse y la miraron asombrados—. Estoy... cansada. De ti, de ti, de... ¡todos!

—Brigid —imploró Fran al ver que densas lágrimas caían por su rostro, lágrimas de rabia y de frustración, de impotencia, de dolor.

—Cansada de tus tuits, Fran. Cansada de tus amenazas, Alex. Cansada de ser la excusa para enzarzaros en una pelea de machitos. ¡Cansada, sí!

Fran, comprendiendo que lo mejor era poner fin a ese sin sentido, y sin sentirse derrotado por abandonar la pelea, asintió y se marchó del local. Brigid suspiró aliviada, mas pronto descubrió que no debía cantar victoria aún; no, porque Alex no había acabado todavía.

—Dime, Brigid, cuando estábamos juntos, ¿me la pegabas con él?

Rosa se frotó las manos, contenta al ver que la contienda aún no había acabado; esa noche necesitaba diversión.

—¿Todavía estás aquí? ¿Qué haces que no te marchas? —Brigid le dio la espalda para ignorarlo, pero Alex la tomó por un brazo y la obligó a darse la vuelta.

—A mí no me des la espalda, zorra.

—Uy, lo que te ha llamado —pinchó Rosa.

—Suéltame, Alex. Ya.

—¿Y si no, qué?

Brigid le quitó la cerveza a su amiga y se la tiró a Alex. Su mirada era triunfal y desafiante. La de Alex de pura incredulidad.

—Putá... —susurró antes de darle una bofetada.

No supo qué la sorprendió más; si la bofetada en sí, o el hecho de que no sintiera nada.

Absolutamente nada.

Cierto que había descubierto que tenía mucha fuerza, pero que no sintiera dolor por los golpes era algo totalmente diferente. ¿Acaso ahora, además, era intocable?

Se quedó tan impresionada, que solo pudo permanecer de pie ante él, mirándolo con los ojos y la boca muy abiertos.

—Será hijo de puta —escuchó decir a Rosa, que ya se había acercado para ser ella la que devolviera el golpe al ver que Brigid se había quedado paralizada, pero entonces sucedió algo más extraordinario aún.

Algo pasó por su lado como un rayo, y ese algo había arrastrado a Alex al fondo del garito y lo mantenía aprisionado contra la pared.

—¡Dioses, no! —gritó Brigid al ver qué era ese algo.

—¿Qué coño ha sido eso? —preguntó Rosa, atónita.

—¡Dru! —gritó Brigid, al tiempo que corría hacia el fondo del bar.

Cuando llegó allí y percibió la furia tensión de Dru, se sintió aterrada.

Dru aprisionaba con una mano el cuello de su ex y lo mantenía alzado varias pulgadas por encima del suelo, algo totalmente inconcebible.

Su intención era clara: matarlo.

Y Brigid no sabía cómo impedirselo...

CAPÍTULO 18

—Bonito colgante.

Estaba en la biblioteca, aparentemente enfrascado en un libro antiguo, aunque mis pensamientos estaban con Brigid. Tan absorto estaba, que pegué un respingo cuando escuché una voz.

Alcé la cabeza para encontrarme cara a cara con Mael.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó acercándose un poco a mí para verlo mejor—. Desde aquí presiento que es... atípico.

Como hizo amago de estirar la mano para tocarlo, me di la vuelta y lo escondí bajo la camiseta. No solía ser tan posesivo con mis cosas, pero no quería que nadie, y menos Mael, tocara algo tan delicado con sus sucias manos.

El semidiós, al ver mi gesto huraño, soltó una sonrisilla desagradable.

—Así que es de ella, ¿verdad? Ya sabes a quién me refiero, la réplica del elfo. ¿Cómo se llamaba? Ah, ya recuerdo. Brigid, ¿verdad?

No sabía si Mael pretendía meterse conmigo por diversión, o si había un motivo más serio para sus pullas, como, por ejemplo, comprobar cuánto me seguía afectando Brigid.

—¿Querías algo, Mael? —traté de cambiar de conversación.

Mael se rio por lo bajo, pero al cabo decidió no indagar más, a los dioses gracias.

—Esta noche hay jarana, así que ándate con cuidado.

Los domingos no solía haber problemas, así que arrugué el ceño y me puse en guardia. Temí que sospechara sobre la misión que me esperaba.

—¿Qué pasa esta noche?

—Es la final del mundial de fútbol y España ganará, así que se va a liar parda.

Pegué un respingo, porque se me había olvidado ese detalle, aunque no otro más importante: la fecha en la que estábamos, es decir, la víspera del once de julio.

Como Mael ladeó la cabeza para mirarme, intrigado por mi súbito rubor, me dispuse a seguirle la chanza.

—¿Y cómo sabes que España va a ganar?

—Coño, porque lo ha dicho el pulpo Paul —respondió, haciendo alusión al pulpo mediático que, según decían, pronosticaba los resultados de los partidos.

Tal y como vino, Mael se marchó.

Antes de salir a patrullar me aseguré de recoger las muestras de sangre de Alba.

Porque sí; esa noche, tan pronto dieran las doce de la noche se produciría un eclipse solar y yo haría una locura.

Estaba tan desesperado, que nada me importaba ya.

Y así patrullé, con calma, sereno, concentrado tan solo en la misión que tenía por delante y alejándome de cualquier contratiempo que me impidiera llevarlo a cabo.

Hasta que entré en La Selva.

Siempre había sido enemigo de las peleas. Parecía mentira que yo, un Custodio que para más inri alojaba dentro de sí al Mal, dijera esto, pero lo cierto era que mi naturaleza calmada siempre ha huido de ellas, sobre todo si no había un motivo honorable. No solía ser este el caso de la mayoría de peleas que se producían por la noche, pues el abuso del alcohol, y quizá algo más fuerte, sacaban lo peor de los humanos.

No, no solían ser contiendas con causa; nada de luchas por la libertad, ni para proteger a los suyos. Solo cuatro descerebrados con muchas frustraciones e inseguridades disfrazadas de bravuconería.

Había visto tantas peleas, y tan absurdas, que ni siquiera hacía amago de

detenerlas, salvo cuando en la reyerta se usaban armas blancas o de fuego. Si era testigo de alguna de este tipo, intervenía de forma sutil, acercándome a ellos y lanzándoles un encantamiento pacífico.

Como no era el caso de la pelea que me encontré nada más entrar en el pub, decidí seguir a lo mío, sobre todo cuando mi ser entero se estremeció al detectar una presencia, aquella por la única por la que sí pelearía.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando la vi en medio de dicha reyerta.

Preocupado, decidí inmiscuirme, pero entonces ella arrojó algo al suelo y ordenó que se detuvieran.

Para asombro de todos, creo que incluso de ella misma, los contrincantes dejaron de pelear.

Dioses, parecía un hada guerrera, con su vestido blanco con falda de gasa y su tiara de flores, su cabello largo y ondulado que llegaba a acariciar sus nalgas y sus ojos azules desafiantes. Había puesto sus brazos en jarras y golpeaba el suelo con el pie, cual reina enojada esperando que se cumpliera sin dilación su mandato.

Me refugié en un rincón oscuro al ver que todo había pasado cuando uno de los chicos se marchó del local, tranquilo en ese sentido, pero alerta al ver que el otro seguía al lado de Brigid, sobre todo porque su rostro seguía mostrando ira.

No iba a intervenir, os lo juro, pero entonces, tras una pequeña pelea verbal, él la abofeteó.

Por un segundo me quedé atónito, tanto que me quedé paralizado. ¿Qué clase de hombre golpeaba a una mujer? ¿Qué clase de escoria osaba poner un dedo encima a *la mi muyer*?

«Un hombre muerto», susurró el Mal.

Sí, el Mal lo quería muerto. No era nada raro, porque el Mal era fiel amante de la muerte y la destrucción, pero lo asombroso, y preocupante, fue que yo también lo quisiera matar.

No tenía excusa, lo sabía, pero ¿qué hacer en una situación así? ¿Cómo luchar contra esa neblina roja que te impedía razonar, que despertaba tu instinto criminal?

Yo no supe cómo luchar, o quizá no quise resistirme a ese instinto, daba igual. La cuestión fue que antes de que pudiera analizar las alternativas ya me había abalanzado sobre el muchacho y lo había arrastrado hacia el fondo del local.

Aprisioné su cuello con mi mano y lo alcé unas pulgadas del suelo. Le pilló tan desprevenido, que al principio me miró con perplejidad, pero luego su rostro se desfiguró en un gesto agónico.

«Mátalo».

—¡Dru!

El grito de Brigid hizo estremecerme, pero no aflojé la fuerza con la que apretaba el cuello del chico, que luchaba por respirar y por zafarse de mi mano, mientras sus ojos, desorbitados, miraban mis colmillos con terror. Por suerte la oscuridad del local impidió que nadie, salvo el muchacho y porque lo tenía de frente, me viera en ese estado.

«¡Mátalo!»), volvió a exigir el Mal.

O yo a mí mismo.

Lo ignoraba.

—Dru, por favor, suéltalo.

Su súplica me llegó como una suave brisa fresca, acariciando mis oídos y entibiando mi alma.

—Nadie toca a la *mi mujer*.

—Apenas ha sido un roce —trató de sosegarme—. Dru, por favor, no pierdas el control... No por mí.

—Precisamente por ti —contradije, temblando de ira y de impotencia.

—Dru, escúchame —pidió con fervor, casi al borde de la desesperación—. Tú no eres así.

«¡MÁTALO!»).

Rugí, porque ella tenía razón, pero el Mal también.

Confundido, y al borde de las convulsiones por el conflicto interno, me llevé la mano libre al rostro.

Estaba al borde de esa línea que llevaba toda la eternidad tratando de no traspasar, sabiendo que si lo hacía ya no había marcha atrás, pero el clamor de la venganza, esa que me pedía justicia por la ofensa causada, se alzó imperioso, nublando cualquier intento de regresar a la calma.

Pero la calma llegó en el momento en el que los brazos de Brigid se cerraron en torno a mi cintura, cuando sus pechos se oprimieron contra mi espalda y cuando sentí su aliento en mi nuca.

—Dru, por favor, regresa. Regresa, amor mío...

Titubeé. Mi mano aflojó la presión sobre el cuello del muchacho y mis colmillos se replegaron. Poco a poco su calor traspasó mi piel y mi no-alma encontró sosiego, al tiempo que todos mis sentidos se inundaron de luz y me mostraron un campo de verde hierba y un cielo de un azul tan intenso como el color de sus ojos.

—Ven conmigo, Dru. Vuelve a mí.

Aspiré el olor a lavanda que desprendía y supe que todo estaba bien, que así, arropado por sus brazos, siempre estaría bien.

—Sí, mi Domina.

Dejé que el muchacho tocara el suelo con los pies y miré sus ojos verdes.

—Olvidarás todo lo que has visto —susurré—. Pero como vuelvas a tocarla, como vuelvas a acercarte a ella, regresaré. Solo recordarás este rostro, que te perseguirá en tus peores pesadillas. Ahora, vete.

Vi que el encantamiento había surtido efecto cuando miró a los lados con gesto aturdido, mas cuando sus ojos se posaron en Brigid, salió corriendo.

Me desembaracé del abrazo de Brigid y seguí los pasos del muchacho hacia la salida, pues en ese momento necesitaba tomar aire fresco y fumarme un cigarro.

Ella me siguió.

—Dru, yo...

Alcé una mano para detener lo que fuera a decir. Todavía estaba temblando.

—Un segundo, mi Domina. Necesito...

Cabeceé y me senté en la acera, donde de forma torpe me lie un cigarro.

Ella esperó, al principio de pie frente a mí, pero luego se sentó a mi lado. En ese momento yo miraba la luna, que estaba pronta a colmarse en una luna llena muy importante para mí.

Aparqué ese pensamiento y cerré los ojos mientras controlaba mi respiración para reestablecer mi equilibrio interior.

—¿Mejor? —la escuché preguntar al cabo de un rato.

—Sí. —Abrí los ojos y me giré un poco para poder mirarla—. Gracias.

Restó importancia a mi gratitud haciendo muecas y sonriendo de forma encantadora, pero luego se mordió el labio.

—¿Por qué has reaccionado así? —quiso saber.

La miré de hito en hito.

—Te ha abofeteado. ¿Cómo querías que reaccionara?

Ella miró al suelo, pero luego clavó sus ojos en los míos.

—No de esa forma. Querías matarlo —acusó—. Lo sentí al tocarte.

Suspiré profundamente y miré avergonzado mis manos.

—Sí, quería matarlo. Lo lamento, Brigid. Por norma general, no suelo perder el control de esta forma.

—¿Salvo conmigo? —aventuró, acertadamente.

—Salvo contigo.

Sus ojos se empañaron, hasta que una lágrima resbaló por su mejilla. La apreté con el pulgar y luego acaricié su mejilla.

—¿Por qué lloras, pequeña?

—Porque acabo de comprender.

—¿Y qué has comprendido?

Brigid necesitó tres largos suspiros para serenarse y poder hablar.

—Durante estos días he estado pensando.

—¿En qué?

Brigid enrojeció y miró al suelo antes de responder.

—En nosotros.

Alzó la mirada y clavó sus ojos azules en los míos. Se me partió el alma al ver su determinación.

—No hay un nosotros, Brigid.

—¿No te gusto? —preguntó en un susurro.

No pude menos que reír por su pregunta, pero era una risa ácida.

—¿Cómo no me vas a gustar, muchacha? —me oí responder. Ella abrió mucho los ojos por mi confesión. Como ya era demasiado tarde para retractarme de mis palabras, agarré su rostro y concluí la declaración—. Eres el sueño de todo hombre hecho realidad.

—Pero tu celibato...

Asentí.

—Mi celibato, sí.

—Solo una pregunta, Dru. Ese celibato... encierra más de lo que dices. ¿Me equivoco?

—No —respondí después de un titubeo—. Existe además una... fuerza mayor.

Ella se encogió y estiró una arruga imaginaria de su vestido. Había tristeza en su rostro.

—Por la Madre, no puedo creer que vaya a preguntarte esto, pero necesito saberlo. Dime la verdad, Dru, si no fuera por ese celibato, por esa fuerza mayor ¿tú... tendrías algo conmigo?

—No, Brigid —respondí, partiéndole el corazón y obligándola a bajar la mirada. Debí dejarlo ahí, pero mi corazón decidió hablar por mí—. No tendría algo contigo. Lo tendría todo. —Alzó la cabeza y me miró sorprendida. Luego, suspiró entrecortadamente. Yo aparté la mirada—. Pero existen, Brigid. Y no puedo librarme de ellos.

—Entonces, ¿es esto una despedida?

¿Despedirme de ella? Jamás. Nunca estaríamos juntos, cierto, pero no

podía decirle adiós.

—Es un: sé feliz.

Rio de forma amarga y se levantó con lentitud. No tardé en imitarla para estar a su altura.

—¿Cómo, sin ti?

—Descubrirás el modo.

Tomé su barbilla y le deposité un suave beso en los labios, el beso más dulce y, a la vez, el más amargo.

Luego, permanecemos abrazados, una eternidad y, al mismo tiempo, un mísero segundo de nuestras vidas. Mientras ella reposaba la cabeza en mi pecho, miré la luna, y aunque deseché tal pensamiento, me juré encontrar el modo de estar juntos, pese a saber que era una utopía.

Fue ella la que se desembarazó del abrazo al tiempo que se limpiaba las lágrimas, pero luego sonrió con tristeza.

—No lo tiraste a la papelera.

Miré el colgante y sonreí a la vez.

—Sí lo hice.

—Pero lo recuperaste.

Suspiré y la miré con todo el amor que sentía por ella.

—¿Cómo no hacerlo? —susurré con dolor. Me cuadré y retrocedí un paso. No quería decirlo, no lo sentía, pero...—. Adiós, mi Domina.

Eché a andar, obligándome a no mirar hacia atrás por miedo a volver a su lado.

—Dru —me llamó.

Me detuve, pero apenas giré la cabeza a un lado.

—¿Sí?

Hubo un segundo de silencio, tan largo, tan desolado, que temí flaquear y regresar con ella y abrazarla y...

—Hasta pronto.

Hubo algo en su voz que hizo tambalearme, porque detecté determinación.

No, Brigid no se estaba despidiendo.

Estaba lanzando una promesa.

Lo supe, porque de algún modo yo la estaba lanzando a la vez.

Quizá, con un poco de suerte, esa noche todos mis problemas se resolverían. O quizá todo empeoraría.

¿Qué tenía que perder? Nada. Ya estaba condenado a una vida de soledad.

En realidad, no sabía qué esperar. Tenía claro que la sangre de Alba no era cantidad suficiente como para volverme completamente humano, pero me asustaba lo que la leyenda decía sobre las consecuencias. Si finalmente me aventuré a hacerlo fue porque era muy poca cantidad, de modo que lo bebí y...

No sucedió nada.

Ninguna reacción, ningún cambio.

Nada.

Más asombrado que desilusionado, me dispuse a patrullar.

Mael tuvo razón: España ganó y se armó una buena. Pese a ser domingo, la gente se echó a la calle para celebrar la victoria hasta bien entrada la madrugada.

Debo decir que me gustaba mucho el fútbol, por eso me contagié de la algarabía. Incluso me animé a tomar sidra, tanta que mis sentidos se embotaron, hasta el punto de no presentir que estaba amaneciendo; ni un escalofrío, ni un picor en las palmas de mis manos ni la típica sensación de alarma.

Nada.

Entonces comprendí que la sidra no había tenido nada que ver, sino que había sido la sangre de Alba la que había permitido que pudiera soportar la exposición a la luz.

Sorprendido, miré al frente, donde poco a poco el sol se imponía a las sombras. Recuerdo que solté una exclamación ahogada al ver su hermosura, al ser testigo, por primera vez desde que tenía memoria, del milagro de la vida.

No pude contemplarlo durante mucho tiempo, pues en realidad la sangre que había tomado de Alba era insuficiente, pero pude hacerlo.

Pude resistir la luz solar.

¿Cómo explicar lo que sentí mientras observaba el globo solar elevarse en el horizonte? Era... Ahhh, no hay palabras. Solo sé que la congoja me envolvió, que me emocioné, que de mis ojos se escaparon lágrimas de felicidad.

Pero ¡oh, qué poco duró esa dicha!

Había estado tan entusiasmado, tan eufórico con el resultado del experimento, que solo tuve en cuenta la parte positiva, hasta que una luz interior, alarmante por su intensidad al principio, aterradora por su revelación al final, hizo que me encogiera y rugiera de dolor, que llorara como un niño y con una sensación de pérdida como no había sentido jamás.

La maldición tenía razón: lo que fue, será. Y no porque me volviera humano, que en cierta parte sí, ya que podía tolerar relativamente la luz del sol, sino porque mi niebla interior se disipó y dio paso a todos los recuerdos tan férreamente guardados.

Grité, rugí, aullé... porque con la memoria, también vino la derrota; la comprensión de que nunca, jamás, encontraría la paz.

Ni, mucho menos, la felicidad.

Brigid no sabía si había sido peor el remedio que la enfermedad.

Un año era demasiado tiempo.

Un año de llorar, de anhelar, de buscar una solución a su problema, de buscarle, de perderse, de encerrarse en sí misma y huir de un mundo que se le antojaba cruel.

Un año de caerse, de levantarse, de plantar cara y rendirse a la derrota. Un año de contradicciones, de sueños imposibles, de luchas internas.

Un año donde la única realidad era que Dru había desaparecido de su vida

sin vistas de volver.

Y, pese que su mente había aceptado ese hecho, su corazón era un cabezota de cuidado y se empeñaba en seguir buscando una solución.

Por ese motivo esa mañana caminaba deprisa, las manos metidas en los bolsillos, los auriculares puestos y cabizbaja. Evitaba mirar a las personas con las que se cruzaba, temiendo ver algo que no debía ver, del mismo modo que tenía la música puesta a todo volumen para no escuchar sonidos que no eran de este mundo.

La culpa la tenía Remedios.

En un intento de ayudarla a sobrellevar el dolor por Dru, había insistido en que hiciera una sesión de Reiki.

En qué maldita hora.

Le había parecido buena idea al principio, sobre todo para encontrar sosiego, pero algo no debió salir bien en la sesión, porque desde entonces ella había... cambiado.

Su percepción del mundo era completamente diferente. Tenía una conexión especial con la naturaleza, una conciencia mayor de las fuerzas del universo —buenas y malas—, por no mencionar que su empatía se había triplicado.

Iba tan distraída, que arrolló a un viandante.

—Lo sien...

No pudo terminar la frase. Cuando alzó la mirada para mirar al hombre al disculparse, por poco gritó. Echó y a correr y no paró hasta llegar a la tienda, donde entró como un vendaval.

—Buenos días, muchacha —saludó alegremente Remedios, pero al ver que su empleada estaba lívida, corrió a su lado—. ¿Qué tienes, criatura? ¿Otra vez te ha seguido ese cuervo?

Brigid negó con la cabeza.

—Hace mucho que no me acecha. Ahora creo que era presagio de mala suerte, porque apareció antes de conocer a...

Brigid agitó la cabeza, tanto para no pronunciar su nombre como para librarse de su recuerdo, algo que sabía que nunca ocurriría.

*“Y mi alma,
del fondo de esa sombra que flota sobre el suelo,
no podrá liberarse. ¡Nunca más!”*

—¿Entonces? —insistió Remedios.

Brigid ocupó su puesto en el mostrador y se restregó el rostro con las manos.

—Remedios, algo hiciste mal en la sesión de Reiki. O eso, o me estoy volviendo loca.

Remedios ocupó un taburete a su lado y le colocó un mechón tras la oreja.

—Es normal que percibas ciertas cosas.

Brigid arrugó la frente.

—¿Por ejemplo?

Remedios estuvo unos segundos pensando.

—La naturaleza, por ejemplo. Puedes sentir su poder.

—Sí —confirmó Brigid—. Sabes que siempre he tenido mano con las piedras, pero ahora... Wow, Remedios, siento un flujo de energía brutal.

La mujer frunció el ceño.

—Algunas personas que han llegado a los más altos niveles han llegado a sentir una conexión con los árboles, pero jamás había escuchado lo de las piedras.

Brigid resopló.

—Esa es otra. Los árboles me hablan. No, no me hablan. ¡Gritan! Aunque no sepa qué dicen con exactitud. —Brigid inspiró para darse fuerzas—. Dime que no estoy loca, por favor.

—Si tú estás loca yo también, porque también los escucho.

—¿En serio? —preguntó con asombro.

—En serio. Sin embargo, tú solo hiciste con una sesión. Llegar a ese nivel con una sola sesión es muy difícil, aunque hay personas que llegan por sí mismas sin necesidad del Reiki. Tú eres muy especial, Brigid. Solo necesitabas una guía para estar en cohesión con la naturaleza. Al alejarte de lo material te has librado de las limitaciones espacio-tiempo y te has elevado espiritualmente.

La muchacha suspiró, aliviada en parte.

—Vale, eso lo entiendo y no me disgusta, aunque me asusta un poco. Pero lo otro me tiene acojonada.

—Esa boca —regañó Remedios. Al parecer, Brigid había vuelto a la costumbre de decir tacos—. ¿Qué es lo otro?

—Las personas.

Remedios la miró sin comprender.

—¿Qué les pasa a las personas?

—Huelen.

—Hombre... Supongo... Todos olemos, unos mejores que otros y... — Remedios compuso un gesto interrogante—. ¿Qué quieres decir exactamente con que huelen?

—No sé cómo explicarlo. No es olor corporal, ni de perfume. Tú, por ejemplo, hueles a mandarina.

—¿Ah, sí?

—Aja. Y Rosa a chimenea. Tu hija, por ejemplo, huele a tierra mojada, y Mar, nuestra clienta favorita, a tarta de manzana. Esos olores me gustan, pero luego hay otros muy desagradables, a estiércol, o a fruta podrida, o a pólvora.

—Vaya, qué curioso...

—Hay más. Puede que esté equivocada, pero creo que también veo el aura de las personas. Es como un halo que los envuelve, cada uno diferente en cuanto a color e intensidad. Por ejemplo, a ti te envuelve un velo azul claro, muy luminoso pero suave. Sin embargo, esta mañana me he cruzado con un hombre que le cubría un velo negro y denso. Me ha dado pavor...

Remedios estuvo pensando durante varios segundos, hasta que pareció

llegar a una conclusión, porque asintió con resolución.

—No debes asustarte. Como te dije, siempre he sabido que eras especial, y tu empatía ya advertía de lo que podías llegar a ser. No tomes estos cambios como algo malo, al contrario. Piensa en las ventajas que puede reportarte.

—Visto así... Sin embargo, es muy incómodo. Es como ver a las personas desnudas.

Y no exageraba, aunque tampoco era una sensación desconocida para ella, pues al ser empática sentía lo mismo que la persona a la que tocaba y era como estar invadiendo su privacidad. Al menos la empatía la tenía controlada, pues bastaba con no tocar a la gente, pero esto era totalmente diferente; era como estar espiando a la gente sin querer, pero sin poder evitarlo, como si la obligaran a *ver*.

No, la culpa no la tenía Remedios; la tenía Dru.

Decididamente.

Porque si no lo hubiera conocido, no se hubiera enamorado de él y no hubiera acabado con el corazón hecho pedazos y la cabeza como un bombo de tanto pensar y no hubiera recurrido a medidas extremas para olvidarlo.

Olvidarlo... ¡Menuda gilipollez! Como si ella pudiera arrancárselo del corazón.

Porque no había día que no se acordara de él, durante un largo y fatídico año.

El peor de su vida.

—A la larga aprenderás a controlarlo, ya verás —estaba diciendo Remedios, trayéndola a la realidad—. Pero lo bueno de todo es que ahora sabrás quién es bueno y quién no. Pero, sobre todo; si los árboles te hablan, debes escucharlos. ¿Qué te dicen?

—Hablan un idioma desconocido, pero hay dos palabras en concreto que repiten mucho, aunque no logro descifrarlas.

La mujer se mordió el labio.

—Recuerda que yo vi un árbol. Debes intentar alejar el ruido y centrarte en las palabras de los árboles. Trata de recordar.

—Una de ellas suena como si dijeran todas las vocales seguidas... Aeiousssss, Aeiousssss... Algo así. Y la otra algo parecido a emdro. Emmmdro, emmmdro... No, no suena así. Aemdroooo... eso es. —Brigid sufrió un sobresalto y se levantó de golpe del taburete—. Dioses, ya sé dónde está.

—¿El qué? —preguntó Remedios con perplejidad. No sabía qué le sorprendía más: el abrupto giro de la conversación o el cambio radical de su empleada, que pegó un grito de dicha y comenzó a aplaudir de alegría.

—¡El diario del que me habló la abuela! Cuando me hiciste la sesión de espiritismo mi abuela me habló del diario y tú del árbol, pero no pensé en ellos en conjunto, como debería haber hecho. —Como Remedios seguía sin reaccionar, gritó—: ¡El diario está en el árbol de mamá, el almendro! ¡Aemdro, Aemdrooo! —exclamó con júbilo mientras bailaba alrededor de Remedios, que al fin se sumó a su alegría, hasta que Brigid se paró en seco—. Dioses, tengo que ir enseguida. —Se encaminó hacia la puerta, pero se detuvo de golpe para mirar a Remedios—. ¿Te importa si...?

—Vete, muchacha. Ya me ocupo yo de la tienda. Después de todo, casi todo el mundo está de vacaciones.

Brigid volvió sobre sus pasos y besó a su jefa en la mejilla.

—Eres la mejor.

—Anda, zalamera... Luego me cuentas, ¿sí?

Brigid le prometió hacerlo antes de salir corriendo.

Cuando llegó a su casa, Keve, que estaba en la cocina, la miró alarmado.

—¿Qué haces tan pronto en casa?

—Remedios me ha dejado salir antes.

—¿Estás mala?

—No, pero tengo una tarea importante que hacer. —Lo miró de reojo y se mordió el labio superior—. Ya sé dónde está el diario.

Keve la miró sin comprender.

—¿Qué diario? Ah, el de abuela. Pensé que te habías olvidado de él.

—No, solo aparqué temporalmente la búsqueda, sobre todo porque no

volvimos a saber del cuervo.

Los mellizos se estremecieron al mismo tiempo.

—A los dioses gracias. ¿Y cómo es que te ha dado hoy por él?

—Estaba hablando con Remedios sobre el hecho de que veo el aura de las personas y de que los árboles me hablan y...

—¿Los árboles te hablan? —interrumpió Keve entre risas—. Cada día estás peor.

Brigid dejó de abrir y cerrar cajones y lo encaró.

—No estoy loca. Remedios dice que es totalmente normal.

—Yo no digo que estés loca, solo que estás peor. Aunque, claro, yo tampoco estoy muy allá.

Brigid se detuvo y lo miró con preocupación.

—¿Qué tienes?

Keve se mordió una uña antes de responder.

—¿Qué dices? —preguntó Brigid al no entender lo que masculló.

Keve estuvo unos segundos pensando la forma de contarle lo que le sucedía.

—¿Te acuerdas de la canción de «cuando crees que me ves cruzo la pared...

—...Hago chas y aparezco a tu lado» —concluyó Brigid con una sonrisa nostálgica, pero luego gritó cuando su hermano desapareció tras la pared.

—Chas.

—¡Joder! —volvió a gritar cuando su hermano apareció a su lado—. ¿Cómo lo has hecho?

—No sé exactamente cómo funciona. Solo sé que quiero ir a un sitio y al microsegundo me encuentro allí.

—¿Y desde cuándo te pasa?

—Hace poco menos de dos semanas. Estaba buscando a Ronan cuando me asaltaron unos chupasangres y...

—¿Qué son chupasangres? —preguntó Brigid, alarmada por lo que se estaba imaginando su mente.

—Eh, unos yonkis —respondió rápidamente Keve—. De esos que están con el mono y solo buscan dejarte seco.

Brigid supo que su hermano no estaba diciendo la verdad, aunque tampoco estaba diciendo una mentira. Iba a insistir cuando él continuó hablando.

—El caso es que saltaron sobre mí y al segundo yo estaba en el tejado. Así, con solo chasquear los dedos. Mola un huevo.

—Keve —regañó—. ¿Cómo puedes decir eso? Asusta, y mucho. ¿No te das cuenta de que cada día vamos a peor?

—O a mejor, Brigid. Según cómo se mire. De momento, nuestros cambios nos reportan más beneficios que inconvenientes.

—Hasta que se vuelvan en nuestra contra —murmuró Brigid—. Unos dones tan poderosos tienen que tener un precio muy alto. —Brigid suspiró con tristeza y agitó la cabeza para desechar un oscuro presentimiento—. ¿Qué coño somos, Keve?

Su mellizo la miró con tristeza, pero luego señaló el mueble de la cocina que momentos antes había estado revolviendo su hermana.

—Quizá la respuesta esté en el diario, aunque dudo mucho que esté ahí.

—Lo sé, lo que estoy buscando es la paletita de cavar de la abuela.

—¿Por qué?

Brigid de nuevo volvió a morderse el labio.

—Para cavar.

Keve parpadeó y la miró muy serio.

—Cavar ¿dónde?

—Alrededor del almendro —masculló sin atreverse a devolverle la mirada a su hermano.

—No.

—Sí.

—¡No!

—¡Por favor!

—De eso nada, amiguita. No voy a dejar que mancilles el lugar de descanso de mamá.

—Pero Keve —protestó cual niña—, no sabemos si en verdad las cenizas de mamá están ahí. La abuela solo dijo que ahí estaba su esencia. Aguarda —pidió cuando Keve comenzó a rezongar—, ¿y si a lo que se refería la abuela era al diario?

Keve se peinó el cabello y la miró con aflicción.

—No me gusta, Brigid. No me mola nada estar removiendo la tierra...

—Keve... —suplicó.

—Oh, está bien. Vamos, te ayudo.

—Ya lo hago yo, que tú tienes que estar descansado para ir luego a trabajar.

—No, venga, vamos a buscar ese diario. En esto estamos juntos.

La sonrisa que su hermana le regaló fue radiante.

Estuvieron el resto de la tarde cavando, aparentemente sin éxito, hasta que Brigid por fin se topó con una con una tabla de madera.

—Keve, aquí.

El hermano se colocó a su lado y golpeó con los nudillos.

—Está hueca. Aparta.

Trató de meter las uñas entre las rendijas, pero no pudo.

—Voy a por un cuchillo —dijo Brigid corriendo ya hacia la cocina.

Cuando regresó, Keve estaba golpeando con la palita.

—Quita, bruto.

Estuvo un rato trasteando, hasta que consiguió desprender la madera. Ambos soltaron una exclamación ahogada cuando se encontraron con una caja de metal, antigua y con inscripciones desconocidas para ellos.

—¡El diario tiene que estar ahí! —exclamó Brigid esperanzada.

Pero había un problema; la caja tenía un mecanismo de cierre complejo.

—Es como una caja fuerte —señaló Keve.

—Quizá estos símbolos digan cómo abrirlo.

Keve estuvo analizando la caja durante unos largos minutos, hasta que, derrotado, se miró el reloj. Ya estaba oscureciendo.

—Voy a llamar a Ronan.

—¿Tu jefe? —preguntó con extrañeza Brigid—. ¿Y qué puede hacer él?

—Ronan sabe mucho de cosas antiguas —dijo con una sonrisa enigmática al tiempo que hacía la llamada.

Los hermanos, mientras esperaban a Ronan, estuvieron analizando los grabados, sintiéndose inútiles, hasta que sonó el timbre. Fue Keve quien corrió a abrir.

Brigid ya había visto antes a Ronan, pero no fue él quien le arrancó una exclamación de sorpresa cuando bajaron al sótano, sino la pequeña albina que le acompañaba y que brillaba... ¡Ah, qué radiante era la luz de su aura! En comparación, el aura de Ronan era...

Brigid ladeó la cabeza. ¿Por qué no veía el aura de Ronan?

—Buenas noches —saludó la pequeña mujer, que se adelantó con una enorme sonrisa y, poniéndose de puntillas, le dio un beso en la mejilla y un abrazo afectuoso. Brigid supuso que sería la *chati* del tal Ronan, a juzgar por cómo este la miraba.

—Yo soy Alba. Me alegro mucho de conocerte. ¡Keve no para de hablar de ti!

—Nada bueno, seguro —dijo con una sonrisa.

—Le tienes acojonado. Dice que metes collejas a espuestas.

—No tantas como las que mete Ronan —se guaseó Keve.

—Ronan es ese, el energúmeno que tengo por Compañero.

Brigid alzó la mano a modo de saludo al tiempo que le dirigía una sonrisa a Ronan, que meneaba la cabeza con resignación por las palabras de Alba.

Era impresionante. Moreno, con el pelo por los hombros y ligeramente ondulado, tenía toda la pinta de ser un tipo al que mejor no tener de enemigo, peligroso y letal, impresión que quedaba descartada cada vez que posaba los ojos en la pequeña albina. ¡Cuánto amor había en sus ojos negros! ¡Cuánta adoración!

Cómo le recordó a Dru.

—Encantada de conoceros. ¿Queréis tomar algo?

Ronan negó con la cabeza.

—No tenemos tiempo. ¿Dónde está la caja?

—Esta es —indicó Keve, tendiéndosela.

Ronan fue a agarrarla, pero apartó rápidamente las manos, asombrado.

—Vaya, qué curioso...

—¿Qué pasa? —preguntaron los mellizos al mismo tiempo.

Ronan arrugó el ceño.

—Es como si estuviera... —Miró primero a Keve y luego de reojo a Brigid—. No creo que pueda abrirla.

—Pensaba que tú conocerías los símbolos.

—Los conozco, son grabados celtas. Pero no puedo... —Estuvo un rato pensando en las palabras, hasta que añadió—: manipular la cerradura.

—Pues vaya. —Keve miró a su hermana y luego a Ronan—. Pero supongo que conoces a alguien que pueda hacerlo.

—Y tú también —señaló significativamente.

Keve gruñó. Alba y Ronan asintieron.

—¿Quién? —quiso saber Brigid, aunque presentía que sabía la respuesta.

—Dru —dijeron los otros tres a la vez.

Por el rostro de Brigid pasaron un sinfín de emociones.

Keve volvió a gruñir.

Ronan volvió a asentir.

Pero Alba hizo una cosa muy extraña; se acercó a ella y, tomándola de la mano, susurró:

—Bienvenida a mi mundo.

Brigid no supo cómo interpretar sus palabras.

Tampoco el hecho de sentir que, por primera vez en su vida, no estaba sola.

CAPÍTULO 19

Es muy curioso cómo el paso del tiempo afecta más a unos que a otros, cómo unos evolucionan mientras que otros se mantienen estancados.

En el último año tanto Ronan como Leo habían sido padres; Ronan de una niña preciosa que tenía la corpulencia y el cabello negro de su padre salvo un mechón blanco en la frente, y el rostro y los ojos de Alba. Selene tuvo, como dirían en la comunidad de Leo, una camada de dos varones que eran un fiel reflejo de Leo; grandes, rubios y con pinta de brutotes, y tan solo habían heredado de la madre su templanza, pues eran, contra todo pronóstico, los bebés más buenos del mundo. Era pronto para determinar sus personalidades, y por supuesto su verdadera naturaleza no tardaría en mostrarse, pero algo me decía que gracias al cuidado y la serenidad de Selene los muchachos no serían del todo problemáticos, pues si la humana había conseguido aplacar a Leo, era capaz de cualquier cosa.

En cambio, Helena, que así se llamaba la primogénita de Ronan, era tan torbellino como la madre, una pequeña guerrera con un perpetuo ceño fruncido y ojos desafiantes.

En mi Oscuro mundo era muy raro que se dieran nacimientos, por eso estaba como loco con los bebés, más aún cuando tanto Selene como Alba me hacían partícipe de su pequeña familia al llamarme tito Dru.

Me emocionaba y entristecía a partes iguales. Una parte de mí se henchía de orgullo y felicidad cada vez que me llamaban así, pero la otra, que se empeñaba en mostrarme la realidad, me hundía en la miseria, pues me recordaba continuamente que yo nunca podría tener algo ni remotamente parecido.

La negrura en la que estos pensamientos me hacían caer se desvanecía cuando tenía a los bebés en mis brazos y me sonreían. Entonces todo quedaba olvidado.

Todo menos ella...

—Vaya, no se te da nada mal —oí decir a Selene, que oportunamente me trajo a la realidad.

Estábamos en el La Guarida de Leo, porque los pequeños llevaban días con cólicos y Selene me pidió que les echara un vistazo. Como Alba supo que yo esa noche iría por La Guarida, nos dejó a Helena porque llevaba varias noches sin dormir y quería aprovechar para pasar un rato a solas con Ronan.

Con Helena no necesité más que un pequeño encantamiento de sueño, y para los gemelos un poco de aceite de almendra y un suave masaje en el vientre. Rómulo dormía plácidamente en los brazos de su madre, mientras que yo le cambiaba el pañal a Remo.

El bebé me sonrió y me tendió los brazos, ya relajado y limpito, por lo que no pude resistirme a hacerle una pedorreta en la barriga, ganándome con ese gesto un gritito de júbilo.

—No es la primera vez que lo hago —respondí a la madre sin pensar.

—Ah, ¿sí?

Inmediatamente me di cuenta de mi desliz, porque, ¿qué probabilidades tenía un Oculito de encontrarse un bebé en noche cerrada y cambiarle el pañal? Ninguna, por muy Custodio Sanador que yo fuera. De haberle dado esa respuesta a mis hermanos hubieran recelado de inmediato. Alba, incluso, me habría bombardeado con preguntas. A unos y a otra les hubiera respondido con una evasiva que no daría opción a réplica.

Con Selene, sin embargo, era diferente. Ella era psicóloga y estudiaba cada gesto y cada palabra, y aunque aparentemente no le dio importancia a mi comentario, vi que me miraba a la expectativa.

Deslices como ese últimamente tenía demasiados; frases dichas sin pensar sobre un pasado que no debía conocer.

Por desgracia, lo conocía.

Y digo por desgracia, porque conocerlo no solo ponía en peligro mi autocontrol, sino también a la Humanidad.

Por no hablar de un futuro con Brigid... Si antes lo tenía difícil, ahora era del todo imposible.

Agité la cabeza para expulsarla de mis pensamientos, pero algo de la desdicha que sentía se debió reflejar en mi rostro porque Selene me tocó el hombro y me miró con preocupación.

—¿Estás bien?

Suspiré.

—Cansado, nada más.

—Cansado, ¿por qué? Según tengo entendido, no sales a patrullar. Al menos, no como Custodio Ejecutor.

La miré con sorpresa.

—¿Cómo lo sabes?

—Alba me lo dijo —respondió sin titubeos—. ¿Por qué ya no patrullas, Dru?

Sonreí con cinismo, porque Selene puso, como diría Leo, voz de psicóloga.

—Últimamente he recibido muchos ataques de Daimons. Mael estimó que durante una temporada lo mejor sería no tentar a la suerte, así que...

—¿Lo estimó Mael, o tú le indujiste a que lo hiciera?

—Eres buena, *muyer* —respondí con una sonrisa y mientras terminaba de vestir al bebé—, pero por favor, déjalo estar. No quiero hablar de...

—¿Ella? —aventuró.

En esta ocasión me tiré de un mechón de cabello.

—Veo que Alba también te ha hablado de eso —escupí. No me gustaba que se hablara a mis espaldas.

Selene dejó a Rómulo en la cuna junto a Helena y volvió a mi lado.

—Debes entendernos, Dru. Te queremos, eres nuestra familia. Es normal que nos preocupemos por ti.

Sus palabras entibiaron mi corazón, pero lo que hizo que me echara a temblar fue cuando ella me dio un beso en la mejilla.

—Como la toques, te mato, druida.

Ambos nos volvimos a mirar a la puerta, donde un Leo preparado para salir sonreía de oreja a oreja, síntoma de su buen humor y de la poca seriedad de sus palabras.

—Lo que te gusta hacer el numerito celoso —amonestó Selene con una sonrisa.

Leo le guiñó un ojo, pero luego me hizo una señal para que lo siguiera.

—Bueno, ya no tengo nada que hacer aquí —me excusé a modo de despedida.

—Sí, anda, ve a ver qué quiere esa Bestia —dijo entre risas, pero luego se puso seria y me acarició la mejilla—. Los dioses serían muy injustos si permitieran que buenas personas como tú no encontraran nunca la felicidad. Ningún invierno dura eternamente.

Tragué saliva con fuerza, pero no conseguí deshacer el nudo que se me había formado en la garganta, por lo que no pude darle las gracias por sus buenos deseos y me marché al bar de copas, donde sabía me estaría esperando Leo.

—Estás hecho una piltrafa, hermano. Deberías hablar con Selene. Verás que luego te sientes cojonudamente.

Me abstuve de decir que si estaba en ese estado era precisamente por las palabras de su Compañera; era horrible que te dieran esperanzas cuando tú sabías que no las había en modo alguno.

—Quizá... ¿Qué querías?

—Ah, sí. Dentro de tres días será el cumpleaños de la señoritinga y quiero darle una fiesta sorpresa. Por supuesto, contamos contigo. ¿Vendrás?

—Dalo por hecho.

—Perfecto. Ven antes del amanecer. Pasaremos aquí el día.

—¿Quieres que te ayude con algo?

—Claro —bufó—. ¿Quién crees que hará el espectáculo de magia?

No pude menos que echarme a reír. Desde hacía un año siempre era así con él. Leo siempre había sido un impresentable y con un pésimo sentido del humor. Ahora, sin embargo, se había humanizado. Y sí, Selene tuvo mucho que

ver en eso. Me pregunté si alguna vez yo tendría algo así y...

«No», me regañé.

«Puedes tenerla», me dijo una voz metálica y oscura; la voz del Mal. «Libérame, y tendrás lo que siempre has soñado. La tendrás a ella».

—He de irme —murmuré entre dientes a Leo, que me miró con el ceño fruncido.

—¿Todo bien, hermano?

Por suerte el móvil sonó, evitando así tener que contestar y, por lo tanto, tener que mentir.

Otra vez.

Porque no. No estaba nada, nada bien.

—Dime, Ronan —respondí saliendo por la puerta del pub a la calle, que me recibió con una brisa de aire fresco.

—Dru, ¿sigues en La Guarida?

—Sí. ¿Por qué?

—Necesitamos que vengas.

—¿Adónde?

—A casa de Keve.

Mi corazón se saltó un latido.

—¿Ha pasado algo? ¿Él está bien? ¿Y Brigid?

—Nada grave, Keve está cojonudamente y Brigid más buena que el pan.

—Ronan... —regañé.

Sí, me puse un pelín celoso. Debió notármelo en la voz, porque empezó a reírse.

—Comprendo —dijo después de un intervalo de hilaridad a mi costa—. Te abrevio: la abuela de Brigid guardó un diario secreto en una caja, pero no podemos abrirla.

—¿Un diario secreto?

—Eso dice Brigid, que la invocó. Por lo visto es la clave para no sé qué cosas de cuervos y sombras.

—¿En qué puedo ayudar?

Ronan guardó silencio. De fondo se escuchaban voces, entre las que detecté la de Brigid. Aspiré fuerte, como si a través del teléfono pudiera captar su aroma.

—Será mejor que vengas y lo veas.

Ir iría, y lo vería.

Pero no sería lo mejor.

Alba era un encanto. Deslenguada, pero un encanto.

Brigid se tenía por una persona malhablada, pero se estaba redimiendo. Aun así, el vocabulario de su nueva amiga era mucho peor que el suyo, pues no sabía hilar una frase sin decir un taco. Le recordó un poquito a su amiga Rosa.

Mientras esperaban a Dru en el sótano, Ronan y Keve mantenían una charla apartados, pero Alba le contaba que acababa de ser madre y que había dejado a su pequeña con su amiga Selene.

Tan normal... y tan extraño al mismo tiempo...

—Me tiene desesperada —estaba diciendo—. No quiere dormir por la noche y por el día se tira todo el día llorando. Ya podría parecerse un poco a los gemelos de Selene. ¡Son más buenos! —Movié la cabeza con resignación—. Quién iba a decir que los vástagos de la Bestia iban a ser tan tranquilos.

—¿La bestia? —preguntó Brigid, confundida.

—El Compañero de Selene, Leo—informó la albina.

Aquello la desconcertó más.

—¿Leo? Pero ¿Leo, Leo? ¿El excantante de Stravaganzza?

—¿Qué le pasa a Leo Jiménez?

—Le llaman la Bestia, ¿no?

Alba agrandó los ojos cuando reparó en la coincidencia.

—¡Anda, leche, nunca lo había pensado! No esa bestia, si no otra de verdad.

Brigid quiso preguntar a qué se refería con *de verdad* cuando el timbre sonó.

Su temblor fue evidente, al menos para Alba, que le agarró la mano y ya no se la soltó. Con la otra sacó un clínex y le limpió la mejilla manchada de barro.

Cuando al fin Dru apareció le cortó la respiración, y no porque fuera un hombre espectacular, que también, sino porque parecía tan desolado como ella. Por eso, y por el color índigo de su aura. Era realmente un aura hermosa...

—Buenas noches —saludó Dru—. Keve, Ronan. Alba. —A esta le dedicó una sonrisa dulce que despertó unos celos absurdos, hasta que la miró a ella —. Mi... Brigid.

Vale, bien, nada de domina. ¿Quería mantener las distancias? Pues bien, ella no quería. Ya se las apañaría para quedarse a solas con él y mantener una charla.

—Toma, Dru, esta es la caja.

Dru apartó los ojos de Brigid y se volvió a Keve.

Cuando hizo amago de tocarla, apartó rápidamente la mano.

Brigid captó su gesto de sorpresa, así como la mirada elocuente que Ronan le dirigió.

—Vaya... Esto es muy... singular.

Estuvo un buen rato estudiando la caja sin tocarla, mirando a Ronan, a Keve y a Brigid alternativamente, hasta que sus ojos se posaron en Alba.

—Pequeña, ven —pidió—. Tómala.

Alba quiso obedecer, pero, como Ronan y Dru, apartó la mano.

—No puedo —dijo con los ojos dorados muy abiertos.

—Me lo temía. Lo que no comprendo es por qué ellos sí pueden —señaló Ronan.

—Quizá solo ellos puedan traspasar el manto.

—¿Qué manto? —quiso saber Brigid.

Todos la miraron con algo parecido a la indecisión, pero pronto las miradas volvieron a Dru, quien parecía ser el que tenía la respuesta para esa pregunta.

Dru no respondió. Suspiró y volvió la vista a la caja.

—Keve, dile a tu hermana que se marche.

—¿Perdona? —inquirió con escepticismo—. ¿Me estás echando de mi propia casa?

—No va a querer irse —sostuvo Keve con resignación—. Pues anda que no es cabezona.

—No puedo hacerlo. No con ella aquí.

—¿Hacer, qué? —preguntó la joven, ganándose un apretón de mano de Alba.

—Descifrar la clave para abrirla —respondió rápidamente Ronan.

—No es tan sencillo como descifrar la clave. Hay algo más que tengo que hacer.

—Pues hazlo —exigió Keve.

Dru lo taladró con la mirada.

—¿Estás seguro, Keve? ¿Quieres que lo haga con ella delante? ¿Quieres que vea lo que soy? —El muchacho abrió mucho los ojos cuando comprendió, pero luego negó con la cabeza—. No, no lo voy a hacer con ella aquí. No quiero involucrarla en esto.

—¿Involucrarme en qué? —preguntó Brigid, ahora totalmente alarmada.

—Ya está involucrada, Dru —dijo en un susurro cargado de significado Alba.

Los hombres miraron primero a esta y luego a Brigid.

—Joder —masculló Keve cuando comprendió que se iba a hacer—. Menuda semana me espera, veréis.

—¡¡¿Involucrarme en qué?!!

Dru la miró con tristeza.

—Agárrala, Alba. No quiero que salga corriendo cuando lo vea. Al menos, no hasta que pueda darle una explicación. Luego...

Dejó la frase en el aire y se giró a la caja.

—Allá vamos.

Todos guardaron silencio, atentos a Dru, apenas sin respirar, a la espera de que hiciera algo más que mirar la caja con fijación.

«Pues vaya», se dijo Brigid un poco desilusionada cuando, después de tres largos minutos, no sucedió nada, pero quiso tragarse sus propios pensamientos cuando, de pronto, sintió una corriente de aire.

Miró hacia la puerta, pensando que se había abierto, pero estaba cerrada.

La corriente se convirtió en una ventisca que la dejó aterida y temblando y, vaya que sí, asustadísima. Iba a decir algo, pero se sobresaltó cuando se quedaron totalmente a oscuras. Nadie dijo nada. No se escuchaba nada, ni siquiera respirar. Probablemente el resto, al igual que ella, lo habían dejado de hacer.

Tuvo un nuevo estremecimiento cuando de pronto se escuchó un susurro, y luego otro y otro, voces que no eran de este mundo y que hablaban en un lenguaje desconocido para ella. Se pegó un poco más a la albina, que ahora la abrazaba para darle ánimo.

Brigid miró hacia donde debería estar Dru, pero apartó los ojos cuando una luz la cegó. Ya temblaba descontroladamente, pero como no quería perderse detalle, se obligó a aguantar el tipo y a mirar hacia la luz, que ya había bajado de intensidad. Sin embargo, cuando descubrió que la luz provenía de las manos de Dru quiso echar a correr.

Por desgracia sus piernas no respondieron, pero, aunque lo hubieran hecho, Alba la agarraba con fuerza, demasiada para alguien tan pequeño.

Ojiplática, observó que la caja se iluminó, que Dru entonaba un cántico y que, ¡Oh, por la Madre!, tenía el rostro desfigurado y el globo ocular completamente blanco.

—¡Dru! —gritó, temiendo por él.

—Shhhh, calla —pidió Alba en un susurro—. Sabe lo que hace.

Brigid no estaba tan segura, sobre todo cuando comenzó a convulsionarse. Al parecer eso no era normal, porque Ronan hizo amago de acercarse a él, no sin recelos por su parte.

—¿Dru? —terminó por preguntar, en la voz una preocupación palpable.

—Es una magia muy potente —respondió a modo de explicación.

Brigid había llegado a la conclusión de que la caja tenía algún tipo de encantamiento, pero ignoraba que Dru pudiera romperlo. ¿Qué clase de hombre era?

Un mago.

Un druida.

Tragó saliva con fuerza, acallando la voz que le decía que era mucho más que todo eso. Que quizá todos, incluso ella misma, eran mucho más que personas normales y corrientes.

Apartando las preguntas con un cabeceo frustrado, se centró en la batalla que sostenían la magia de Dru y la magia de la caja.

Al cabo de un rato, donde la luz de la caja se imponía a la luz que desprendían las manos del hombre, este meneó la cabeza, derrotado.

—No puedo hacerlo solo.

—¿Qué necesitas, hermano?

Dru, ahora con los ojos normales —o al menos en parte, porque brillaban de forma sobrenatural—, dirigió la vista hacia Brigid.

—A ella.

Brigid agrandó los ojos.

—¿Yo?

—¿Por qué ella? —quiso saber Ronan.

—Porque necesito que la caja note su presencia. Ya que son los únicos que pueden tocarla, creo que me será más fácil.

—Si es por eso también te sirvo yo —dijo Keve acercándose.

—No. Ella.

—¿Y qué más da?

—No —insistió tercamente Dru—. Tú no me aportas lo que ella.

—¿Qué cosa?

Dru miró a Brigid al responder:

—Ella es mi... Primavera.

Todos, incluida Brigid, soltaron una exclamación ahogada por la pasión que puso en la palabra.

—Me *cagüen to*—murmuró Keve de malas formas.

—Ven, Brigid. Necesito que me toques. Necesito tu fuerza.

Alba le dio el empujoncito que necesitaba. Temblando y casi a trompicones avanzó hacia Dru, que tenía la mano extendida y una súplica —y una disculpa— en sus ojos.

Titubeando agarró la mano tendida, pero cuando lo tocó los miedos se evaporaron.

Dru suspiró con placer.

—Ah, ahora sí. Ahora me permitirá entrar. Abrázame, mi Domina. No debes soltarte. Piensa en cosas bonitas —pidió con ternura.

Brigid asintió y lo abrazó desde atrás. Apoyó el rostro en su espalda y cerró los ojos.

Pensó en él. En el beso que habían compartido un año atrás. En los que les esperaban, con un poco de ayuda por parte de los dioses y mucha cabezonería por la suya. Pensó en su sonrisa tímida, en sus ojos acariciándola, en sus manos recorriendo su cuerpo.

Y supo que lo amaba.

Perdidamente.

Luego, cuando se apartase de él, cuando dejara de temblar por la emoción, cuando él volviera a rechazarla —porque lo haría, no le quedaba ninguna duda—, se llamaría idiota por no haber sabido protegerse de él, pero ahora estaba demasiado feliz.

Una ventisca volvió a levantarse, tan fuerte que la tambaleó, pero se aferró con fuerza a la cintura del hombre, su corazón latiendo aceleradamente, al compás del de Dru.

Como empática, sintió lo que sintió Dru, el torrente de energía, la magia, el miedo a lo que ella pensara de él después de aquello, la vergüenza de ser lo que era, el amor... y el rechazo.

Supo que todo había acabado cuando la luz del sótano volvió, cuando los demás suspiraron aliviados y cuando Dru pareció perder todas las fuerzas y prácticamente se desplomó en sus brazos.

Ronan corrió a auxiliarle, que con una fuerza extraordinaria lo cogió en brazos y lo llevó hasta el sofá.

Todos corrieron hacia allí.

—Dru, hermano, ¿estás bien? —preguntó Ronan con preocupación.

Dru, después de una eternidad, al fin asintió.

—Agotado, nada más —balbuceó a duras penas. A Brigid se le partía el corazón verle así, sin fuerzas, desmadejado, muy diferente de la letal criatura que había sido antes—. ¿Qué hay en la caja?

Los hermanos se apresuraron a mirar el contenido: un cuaderno artesanal de cuero gamuzado y un pergamino antiguo.

—El diario —susurró Keve, maravillado.

Brigid se lo quitó de las manos y lo acarició con reverencia. Desanudó el lazo y lo abrió con cuidado.

—Oh, está escrito en otro idioma.

—¿En cuál? —articuló con dificultad Dru. Seguía con los ojos cerrados.

—Lo desconozco. ¿Tú sabes cuál es?

Dru, haciendo un esfuerzo sobrehumano, abrió los ojos y, tras mirar a Brigid, se fijó en el diario, arrugando el ceño.

—No. Habrá que llevárselo a Evelina.

Brigid se puso en guardia.

—¿Quién es una Evelina?

—Una Real —informó Ronan como si nada, ganándose un gruñido por parte de Keve.

—Tú dale más datos.

—Hay que dárselos —apuntó Alba—. Esto también le concierne.

—Pero no hace falta precisar tanto.

—Algún día tendrá que saber la verdad.

Keve fulminó a Ronan con la mirada.

—¿Qué verdad? —preguntó Brigid.

Nadie respondió, sino que miraron al suelo. Solo Dru sostuvo su mirada.

—¿Y qué hay del pergamino? —intervino Alba.

Brigid siguió con los ojos clavados en Dru un segundo más, pero al ver que no iba a responder a sus preguntas, se volvió a mirar a Alba y luego al pergamino, que procedió a desenrollar con cuidado.

Todos los interrogantes anteriores quedaron eclipsados cuando descubrió lo que había escrito en él.

—Oh, dioses... Mira, Keve.

Su hermano agarró el pergamino y soltó una exclamación ahogada.

—Anda la leche... Es la canción de la cuna de la abuela... Pero fíjate, Brigid —señaló mostrándole el pergamino—. Entre los Dimbadu... ¡hay una estrofa más!

Oh, sol, oh, luna, mece la cuna.

Oh, tierra, oh, río, arrulla a los niños.

*Nube, aire, volando llegan.
Monte, cueva, y allí se quedan.
¡Princesa, princesa! ¿Estáis despierta?
¡Corred, volad! El príncipe os espera.
Dimbadu, fuerza y luz.
Dumbadi, ¿qué tienes tú?
Jugad antes de que el sol toque el suelo,
¡pues luego el cuervo emprende su vuelo!
¡Cantad, cantad, y la sombra desaparecerá!
Dimbadu, los príncipes crecieron.
Dumbadi, y en reyes se convirtieron.*

—El cuervo... Habla del cuervo —susurró Brigid, maravillada y aterrada a partes iguales.

—¿Puede ser que la canción sea profética? —aventuró Ronan, acercándose a verlo—. ¿Tú qué opinas, Dru?

Brigid miró a este último, que tenía el ceño fruncido.

—¿Puedo verlo? —solicitó.

Keve le tendió el pergamino, que procedió a estudiar con detenimiento.

—Profecía o advertencia, no lo tengo claro. Hay algo muy potente en las estrofas. Lo tengo que estudiar con detenimiento, cuando no esté tan... cansado.

Brigid lo miró con preocupación. Deseo retirarle un mechón que le caía por el rostro, pero se contuvo.

—Pues yo creo que es importante —insistió Ronan—. Sobre todo, el hecho de que hayan ocultado la estrofa del cuervo a los hermanos.

—Ronan, tenemos que pirarnos a la de ya —interrumpió Keve, mortalmente pálido de pronto, sudoroso y con la mirada perdida.

—¿Qué pasa, Keve?

—Dolfo. He tenido una visión.

—¿Otra vez Dolfo? —quiso saber Ronan.

Keve solo asintió.

Brigid cambió el foco de atención y miró a su hermano.

—¿Estás bien, Keve?

—Sí, sí, duendecilla. Ya sabes que tengo visiones y que... —Agitó la cabeza—. Tenemos que irnos.

Brigid se arrodilló al lado de Dru y lo miró con ternura.

—Vámonos —apremió Ronan—. Dru, hermano, luego vendremos a por ti. Keve, venga —ordenó cuando este no hizo amago de moverse.

—No me gusta dejarlo aquí con mi hermana.

—Ya nada puedes hacer, Keve —dijo Alba, tirando fuerte de él—. Ya se han entregado, aunque no lo saben.

Miraron hacia el sofá, donde Dru se dejaba acariciar el cabello por Brigid, a quien se le escapaba el alma por los ojos.

CAPÍTULO 20

—¿Estás bien?

Sufrí un escalofrío por su pregunta, por la preocupación que detecté en su voz, por la dulzura que escondía su susurro.

Abrí los ojos y la vi arrodillada a mi lado, mirándome con intensidad.

—Lo estaré —prometí.

Ella no me creyó en absoluto, porque hizo una mueca.

—¿Puedo hacer algo para ayudarte?

—Existir.

Ella se rio y me golpeó cariñosamente en el hombro.

—Idiota... Ya veo que no estás tan mal, si puedes bromear. —No bromeaba en absoluto, pero dejé que creyese que sí—. En serio, ¿quieres algo? ¿Agua? ¿Una infusión?

—Pues ahora que lo dices, un cigarro no me vendría mal —dije incorporándome un poco. Ya empezaba a recuperar las fuerzas, así alcé las caderas para sacar la bolsita de tabaco del bolsillo de mi pantalón y se lo mostré—. ¿Puedo?

Dudó durante varios segundos, pero luego se levantó.

—Vale, pero solo porque eres tú.

—Vaya, menuda concesión. Gracias.

Mientras me liaba el cigarro ella fue hasta una de las estanterías y cogió un objeto. Luego, volvió a mi lado y me lo tendió. Era un pequeño cenicero de arcilla, hecho por las manitas de un niño. O, mejor, de una niña. Nada más tocarlo supe que lo había hecho ella.

—Es muy bonito.

—Es horroroso. Lo hice con ocho años, antes de descubrir que la arcilla y yo no nos llevábamos nada bien. —Chasqueó la lengua y luego sonrió de medio lado—. Menos mal que luego enfoqué mi creatividad hacia otras cosas.

—¿Como cuáles?

Se bajó un poco el escote y me señaló un precioso collar. Se trataba de un cordón anudado con nudos celtas y con una preciosa flor de espino cubierta por resina. Estiré la mano para tocarlo, pero me detuve y busqué sus ojos.

—¿Puedo?

—Por favor —concedió, conteniendo el aliento.

Acaricié el colgante, pero me abstuve de sucumbir al deseo de hacer lo mismo con la suave y delicada piel de su cuello.

—Es precioso.

—¿Tú crees?

—Ajá. Ya te dije que tus manos estaban hechas para crear. Está protegido.

—Sí, lo está. Oh, me llaman.

Se apartó de mí para atender la llamada, pero no se marchó del sótano. Supe que la llamada no era de su agrado, a juzgar por la cara de pocos amigos que tenía en ese momento mientras susurraba.

Me cuidé de soltar una carcajada cuando, pocos minutos después, cortaba la comunicación con una indicación muy creativa —y dolorosa— sobre lo que su interlocutor debía hacer con su trasero.

—No creo que quepa todo lo que has dicho *ahí*—me reí, ahora sí, cuando regresó a mi lado. Apagué el cigarro y dejé el cenicero a un lado.

—Ya lo veremos, como siga molestándome —respondió sin rastro de humor.

Me puse rígido.

—¿Problemas?

Abrió mucho sus ojos azules por el ímpetu que puse en la pregunta, pero negó rápidamente con la cabeza.

—Nada que no pueda solucionar. Es... Bueno, se trata de Fran, mi primer ex, que quiere volver conmigo.

—¿El que te golpeó aquella noche en La Selva? —gruñí poniéndome rígido.

—No —respondió. Trató de encubrir la risa, pero esta bailó en sus ojos azules—. El otro, el de la coleta, con el que se estaba peleando.

Recordé entonces los tuits que le solía enviar uno que se hacía llamar El amo del cotarro; *@ElColetas*.

Los celos que sentí fueron preocupantes.

—Y tú... —Carraspeé, porque mi voz no sonó natural—. ¿Quieres volver con él?

—Ni muerta. Dice que ha cambiado, pero yo ya no siento nada por él. Fue mi primer novio, ¿sabes? Un amor de juventud, hasta que descubrí que no sentía nada por él y que no era trigo limpio.

—¿En qué sentido? No te golpearía como el otro, ¿verdad?

Porque si así fue, lo buscaría y lo destrozaría con mis propias manos...

—Fran bebía los vientos por mí. No es a eso a lo que me refería, sino a que estaba del otro lado de la ley. —Frunció el ceño y se quedó pensativa—. Después de eso quise cambiar de vida y buscar alguien más formal, más serio y responsable. En realidad, aquella noche fue la primera y la última vez que Alex me puso la mano encima, pero ahora sé que me maltrató psicológicamente. Me ninguneaba, me avergonzaba delante de sus amigos y trató de cambiarme.

—¿En serio hacía eso? —pregunté con incredulidad—. Estúpido... Debería besar el suelo por el que pisas.

—Tampoco te pases. No es eso lo que quiero. No busco un... sumiso, solo alguien que me comprenda y me acepte, sin prejuicios. —Movié la cabeza con tristeza. Caminé hacia mí y se sentó a mi lado—. Alguien que no se espante de mi forma de vestir, ni que me tache de loca por hacer rituales celtas, ni...

—Alguien que no trate de convertirme en una persona que no eres —acabé por ella.

—Exacto —susurró mirándome con sus preciosos ojos azules agrandados al saberse comprendida—. ¿Sabes lo mal que lo pasaba cada vez que venía a buscarme? Que si dónde vas con esas pintas, que si anda y quítate esa tiara, que si vístete como las personas normales... ¡Horrible!

—Ese fue su error, pensar que eras una persona normal.

Pegó un gritito graciosísimo de indignación y se palmeó la rodilla.

—¡Oye, que yo soy normal!

Tomé su rostro entre mis manos y acaricié las mejillas con los pulgares.

—No, Brigid, no lo eres. Eres una mujer preciosa a quien se le escapa el alma por los ojos. Alguien único y especial que hace de su forma de vestir su sello personal. Una cosa es una recomendación sobre calzado por motivos de seguridad, o el deseo personal de ver tu rostro sin maquillaje, pero hasta ahí.

—No, lo tuyo fue diferente. No me sentí censurada.

—Censurarte, ¿con qué derecho? Es tu vida, tu cuerpo, tu estilo... Un estilo muy peculiar —añadí con una enorme sonrisa traviesa—, sobre todo el vestido morado que planché el día que me hospedé aquí.

Ella se rio.

—Ese es la caña, a prueba de babosos. Lo llamamos el espanta moscones.

—¿Espanta moscones?

—Moscones, babosos de turno, ya sabes... Cuando no me apetece que se me acerque un tío me lo pongo. ¿Quién querría ir por la calle del brazo con una chica vestida así?

Estuve a punto de decir que yo, pero por suerte me contuve. Supuse que esperaba alguna respuesta por mi parte.

—Cualquiera que viera más allá de las vestiduras, que supiera apreciar la originalidad.

—Ah, amigo, ahí está el problema. En esta vida la superficialidad gana a la originalidad.

—Pues si es así, ese chico no te merecía. —Ninguno se la merecía, ni siquiera yo—. ¿Era muy importante para ti? ¿Lo pasaste muy mal?

En esta ocasión ella soltó una carcajada.

—No. Me gustaba al principio, y lo intenté, de veras que lo intenté, pero... Tengo un problema a la hora de entregarme por completo. —Me miró fijamente y se ruborizó—. Hasta que te conocí.

Apreté los ojos con fuerza cuando me acarició un brazo.

—No, Brigid, no hagas eso.

—¿Acariciarte o confesarte lo que siento por ti?

—Ambas cosas.

—Lo siento, Dru. No puedo evitar tocarte, como tampoco puedo ni quiero ocultar mis sentimientos.

Ella comenzó a acariciarme, provocándome una erección instantánea. No tuve fuerzas para apartarla. Ni tampoco voluntad.

—No puedo, Brigid —pude decir cuando trató de besarme.

Una cosa era lidiar con sus caricias, y otra con sus besos.

—Lo siento —murmuró bajando la vista al suelo.

Durante varios segundos estudié su rostro, fascinado.

—Dioses, Brigid —susurré con pasión—. Una mujer como tú no debería mirar siquiera a un monstruo como yo.

Alzó la cabeza de golpe y me miró indignada.

—No eres un monstruo.

—Ya has visto lo que ha pasado esta noche. ¿Cómo llamarías tú a eso?

—Un mago.

Lo dijo con naturalidad, aceptando esa parte de mí. Pero yo era mucho más que un mago. Era un Oculito, un ser que albergaba en su interior al Mal, una criatura doblemente maldita.

Un hombre enamorado que jamás podría estar con su amada.

No sé si mi semblante mostró mis sentimientos, porque ella, ignorando mi petición, me agarró del cabello y comenzó a besarme.

—¡No, Brigid! —grité, enfadado, levantándome del sofá y dirigiéndome a un rincón apartado, lejos de ella, de sus besos, de sus caricias y de todo lo que me hacía sentir.

—Lo he visto. —Se levantó y caminó resuelta hacia mí—. He visto en tus ojos lo que sientes por mí. Lo he sentido al tocarte... Después de eso no me pidas que no luche por lo nuestro.

—¡Lo nuestro! —exclamé con acidez—. ¿No entiendes que no hay nada entre nosotros, que no puede haberlo?

—¡No, no lo entiendo! ¡No le estamos haciendo daño a nadie!

—Pero yo a ti sí puedo hacértelo.

—Pues que así sea —dictó entre dientes, antes de volver a besarme.

No correspondí a su beso. Ella se detuvo y me miró con desolación, pero luego se apartó de mí y me dio la espalda.

—Escucha, Brigid —pedí con fervor, obligándola a girarse y tomando su rostro en mis manos—. No puedo... poseerte.

—El sexo está sobrevalorado.

Sonreí con tristeza.

—Eso es algo que me he obligado a creer, hasta que tú llegaste.

—¡Pues rompe tu maldita promesa de celibato!

Rugí con furia.

—¡No es una promesa, Brigid, es una imposición!

Ahogó una exclamación al principio, pero luego, tras mirar a un lado durante varios segundos, se giró de nuevo hacia mí.

—¿Hay... existe algún modo de... librarte de él?

¿Qué responder? ¿Que llevaba dos mil años buscando la solución? ¿Debía compartir con ella mi deseo de encontrar un remedio a mi maldición, alimentando no solo mis esperanzas, sino también las suyas?

—Lo dudo —pude responder al fin.

Ella cabeceó con resolución, como si se esperase esa respuesta.

—Y ese celibato, ¿es solo físico, o se extiende también a un plano emocional?

—¿Qué quieres decir? —pregunté, confuso y receloso de lo que creí entender.

—Sé que no puedes tener sexo, pero ¿se te está permitido amar?

—No hay nada que impida a un hombre amar, ni siquiera él mismo. — Sonreí con cinismo—. Otra cosa es que él lo acepte.

—Y él no lo aceptaría, ¿verdad?

—No debería aceptarlo, por el bien de ella.

Ella bufó y miró hacia un lado, pero luego clavó los ojos en mí.

—Quizá ella aceptaría una vida sin sexo, como has hecho tú.

Me reí por lo bajo y meneé la cabeza con resignación.

—Podría vivir mil vidas sin sexo, pero no hacerle el amor a la mujer que amo... Oh, dioses, eso sería un infierno.

—Hay mil formas de hacer el amor; una mirada, una sonrisa, un gesto...

—Hablemos claro, Brigid —pedí, cansado y enfadado al mismo tiempo—. ¿Podrías estar a mi lado sin tocarme, sin esperar a cada segundo que yo lo haga? —Supe su respuesta cuando se ruborizó—. No, no podrías. Ni yo tampoco. Por Dana... Incluso ahora mismo me cuesta horrores no acariciarte. —Me restregué el rostro con las manos y suspiré de pesar—. No puedes hacerte una idea.

El silencio se interpuso entre nosotros, incómodo y doloroso a partes iguales.

—Puedo hacerlo. Puedo vivir con eso. Puedo erradicar de mi vida el sexo. Puedo, ¡debo! aceptar que yo no te haría alcanzar el placer...

La empotré contra la pared con un alarido de dolor.

—Placer —escupí—. Tu sola presencia ya es una explosión para todos mis sentidos. Bien saben los dioses que puedo hacer que obtengas placer, pero ¿te bastará con eso, Brigid?

Me miró desconcertada.

—¿Qué... qué quieres decir?

Enfadado como nunca, la tomé en mis brazos y busqué sus labios para besarla como solo un hombre derrotado puede besar; con desesperación. Dejé que mi beso hablara por mí, que fueran mis gemidos los que se declararan.

Le arranqué la camiseta y destrocé su sostén para prodigarle todas las caricias y besos que sus pechos se merecían. No fui delicado, ni en ese instante ni a continuación, cuando con un gruñido de frustración le desabroché el botón de su pantalón y, bruscamente, se lo bajé. Tomé el tanga en el puño y, de un tirón, se lo destrocé.

Ella gritó, sorprendida, pero silenció sus protestas con un beso al tiempo que acariciaba su hendidura con reverencia al principio, con frenesí después.

Pronto sus fluidos mojaron mis dedos, así que, comprendiendo que esa era la única forma de que comprendiera, caí de rodillas ante ella, que me miró desconcertada.

—¿Dru? —preguntó.

La miré durante el transcurso de un parpadeo, pero luego me concentré en el triángulo de carne depilado que tenía a la altura de mis ojos.

De mi boca.

—Disfruta, mi Domina. Disfruta cuanto puedas, porque esto es lo único que obtendrás de mí.

Y la devoré.

«Qué-diablos-está-pasando...»

Dru la mantenía aprisionada contra la pared, pero, aunque no lo hiciera, dudaba mucho que ella pudiera moverse por voluntad propia.

Cuando cayó de rodillas ante ella ignoraba lo que iba a hacer, pero después, cuando miró su sexo con tanto ardor, ya no le quedó la menor duda.

Con determinación, Dru la obligó a abrirse de piernas y agarró sus nalgas con firmeza, justo antes de lamer todo su sexo.

El gemido que salió de su garganta fue descomunal. Brigid no había sospechado lo que haría el hombre, ni estaba preparada para el placer que sintió cuando, con insistencia, sin piedad, su lengua jugó con el clítoris, hinchado por momentos.

Al parecer Dru tenía dificultades para acceder a según qué zonas, porque, con un gesto impaciente, la obligó a pasar una pierna por su hombro. Gruñó, satisfecho, antes de lamer todos y cada uno de los rincones; no había límite alguno para su lengua, que se volvía exigente por momentos. Dru lamía, mordía, sorbía, chupaba con ansia. Se estaba dando un festín con ella, llevándola a cotas de placer enloquecedoras.

Dru metió entonces un dedo dentro de ella, pero al comprobar que no era virgen aventuró dos más.

Y así estuvo, introduciendo y sacando sus dedos mientras la lengua se movía rápida, suave, húmeda, caliente y exigente sobre su clítoris, hasta que ella ya no pudo aguantar.

—Rápido, Dru —jadeó—. Más rápido, por favor...

Dru gruñó y la complació aumentando el ritmo de sus caricias. Brigid, desquiciada ya del todo y a las puertas de un orgasmo, agarró la cabeza de Dru y comenzó a rotar las caderas, buscando el alivio, el consuelo, un placer que se le antojó brutal.

Gritó.

Gritó una y otra vez, mientras las piernas le temblaban y se convulsionaba al compás de las sacudidas que le producía el orgasmo que estaba sintiendo, más duradero de lo normal, más placentero, más...

Insatisfecho.

Eso lo supo después, cuando trató de recuperar el aliento, cuando obligó a Dru a apartar su lengua de ella, cuando, con lágrimas en los ojos, comprendió lo que Dru había tratado de decirle; por mucho placer que le diera, nunca se sentiría plena, no si él no la acompañaba en el viaje.

—¿Comprendes ahora, Brigid? —balbuceó Dru, la cabeza gacha, derrotado y mirando al suelo. Su larga melena caía por su rostro.

La joven asintió.

—No lo quiero así. No sin ti.

—Pues esto es lo único que puedes tener conmigo.

Libre ya de las garras de la pasión y del deseo, Brigid lloró sin consuelo.

Dru seguía de rodillas, la cabeza gacha y temblando visiblemente, con una erección tan potente que no comprendía cómo no estallaba la tela del pantalón. Dru se llevó una mano allí y soltó un gemido que sonó a lamento.

—Dru —sollozó.

Él se estremeció y se llevó las manos al rostro.

—Vete, por favor. Necesito... tengo que...

Brigid supo a lo que se refería, sobre todo cuando volvió a llevarse una mano a la entrepierna.

—Déjame a mí —pidió, haciendo amago de arrodillarse con él, pero Dru levantó una mano para detenerla.

—¡He dicho que te vayas!

Brigid gritó.

La criatura que se había puesto en pie de un salto y que estaba frente a ella no era Dru.

La criatura que la miraba con un rostro desfigurado no era Dru.

La criatura que había tornado su olor a sándalo por un nauseabundo olor a azufre no debía ser Dru.

El aura —otrora de un hermosísimo color índigo— densa y negra no era de Dru.

Pero, sobre todas las cosas, el monstruo de largos y afilados colmillos que la miraba con furia y deseo no podía ser Dru.

El sentido común le decía que tenía que obligarse a mover, a echar a correr y no detenerse hasta que estuviera a un millón de kilómetros de él, pero su instinto le decía que tenía que haber una explicación, por muy inverosímil que esta resultase.

Incapaz de reaccionar se quedó inmóvil, sin saber qué hacer.

Fue Dru quien, tras un rugido que nada tenía de humano, corrió hacia el baño, donde se encerró.

Ahora a solas, Brigid comenzó a temblar. Con el corazón a mil y boqueando por respirar, se vistió como pudo y se marchó del sótano.

Vagó por las calles como un autómata durante horas, torturándose con mil interrogantes para los que, desafortunadamente, no encontró respuestas.

Pero lo que más desconcertada la tenía era el hecho de que, contra todo pronóstico, en ningún momento había sentido miedo de él.

CAPÍTULO 21

Fue la única forma que tuve de alejarla de mí; mostrarle lo que era, sin tapujos, y aunque solo le enseñé una mínima parte, fue suficiente para que cualquiera saliera huyendo.

Ella no.

Ella se quedó allí, mirándome desconcertada, con una mezcla de sorpresa e incredulidad que la mantuvo inmóvil.

Temí que se repusiera y me pidiera una explicación, o, lo que era peor, ver en sus ojos miedo y rechazo, pero no hizo ni lo uno ni lo otro. Solo estar allí, mirándome como si quisiera comprender y a la expectativa del paso a dar a continuación.

Y dado que ella no huyó, lo tuve que hacer yo.

Tan pronto como me introduje en el pequeño aseo liberé mi erección, palpitante y dolorosa como nunca. No tenía paciencia para prodigarme suaves caricias, buscando un alivio relajante, sino que era una cuestión de vida o muerte, por eso me masturbé rápido, fuerte, sin tregua.

Mientras mi mano subía y bajaba por mi erección, imaginé que era la mano de dedos finos y alargados de Brigid, que era su lengua la que esparcía el líquido preseminal, que era su boca la que me arrancaba gemidos agónicos de placer.

Me concentré en su rostro, en su risa, en sus senos. Me aferré a su imagen como a un clavo ardiendo, sabiendo que tan pronto como llegara al orgasmo perdería el control del todo y todo lo bueno, lo bello y lo hermoso, en fin, todo lo que representaba Brigid para mí, quedaría borrado por el instinto asesino, por el ansia de matar, por la rabia y la desesperación de ver unos ojos negros como la noche que tanto me atormentaron miles de años atrás, aquellos que veía ante mí cada vez que tenía un orgasmo, aquellos que me obligaron a hacer

lo que hice a tres pobres mujeres que tuvieron la desventura de cruzarse en mi camino, tres muchachas en plena juventud a las que les arrebaté mucho más que la honra: la vida.

Es algo que nunca podré perdonarme, y aunque me gustaría poder decir que fue un accidente, no fue así, al menos no con la tercera.

La primera muchacha era una belleza de larga cabellera castaña y risa cristalina. Fue antes de las guerras cántabras, antes de conocer a Ronan y cuando los Custodios se contaban con los dedos de una mano, al menos en Asturias, región en la que operaba por aquel entonces. Recuerdo su desparpajo y su poco pudor, y lo inmensamente honrado que me sentí cuando fui el elegido para compartir su lecho. Esa noche había bebido más sidra de la cuenta, y aunque los Ocultos no podemos embeodarnos, la ingesta abusiva de alcohol nos relaja y adormece, por lo que no recuerdo gran cosa más hasta el momento crítico, solo que estaba tratando de controlar mis colmillos y que la muchacha se esmeraba mucho para darme placer.

Entonces sucedió; gemidos que se convirtieron en carcajadas malvadas, unos ojos negros y la necesidad de acabar con el demonio en el que se había convertido la muchacha, un demonio al que ahogué con mis propias manos mientras me sacudía y me derramaba dentro de ella. Cuando volví a ser yo y tomé conciencia de lo que acababa de hacer quise morir.

De hecho, lo intenté, pero Mael me lo impidió.

Estuvimos durante mucho tiempo creyendo que en verdad la muchacha era un demonio que había tratado de tentarme para bajar la guardia y liberal al Mal que había en mí, que no era más que un hecho aislado, por eso no me paré a pensar que pudiera suceder una segunda vez.

Pero sucedió. Los dioses me perdonen, pero no puedo recordar su rostro. Sí recuerdo que hacía varios días que me rondaba, una mujer obligada a soportar a un esposo que a la mínima de cambio dejaba caer la mano. Ya he comentado que cuando te conviertes en un Oculito la libido se dispara, por eso necesitábamos muy poca provocación para caer en los brazos de cualquiera que estuviera dispuesta a pasar un buen rato.

Sucedió exactamente lo mismo que con la primera víctima, por lo que comprendí que de una forma u otra estaba maldito.

Debí de haberme rendido ahí, pero me negaba a pensar que pasaría toda la

eternidad privado de sexo, por eso decidí hacer una prueba más.

La tercera de mis víctimas no era trigo limpio, y bien se merecía la muerte que le di, sin lugar a dudas mucho mejor que la que le deparaba fuera de las rejas de la prisión en la que estaba recluida, a la espera de sufrir mil torturas por parte de los vecinos del castro, que habían vivido en un infierno por culpa de su soberbia.

Era una mujer déspota, egoísta, ambiciosa hasta la saciedad, la hija de uno de los de mayor rango del castro, temido y odiado a su vez, tanto por regir con mano de hierro como por consentir que su hija matase a su capricho. Era hermosa, pero tenía esa frialdad que solo las malas personas tienen, esa oscuridad oculta a simple vista, pero evidente cuando te detenías a escuchar el rechazo por parte de tu corazón. Celosa por naturaleza, mató a cuanta doncella le pudiera hacer sombra, y torturó a todos los jóvenes que miraran a otra que no fuera ella.

Cansados, el castro se sublevó, mataron al caudillo y apresaron a la hija, para quien tenían un castigo mucho peor que la propia muerte.

La joven sabía de mis artes drúidicas, por lo que solicitó que antes de la ejecución le permitieran pasar unas horas conmigo.

Todavía recuerdo la repulsa que me causó su llanto mientras suplicaba que la ayudara a morir de forma digna.

Hacía bien en pedirme que le preparara un brebaje, pues la muerte que tenían preparada para ella era lenta y agónica.

Por eso la poseí, pese al aborrecimiento que me producía el solo hecho de imaginármelo.

Repito que no quiero justificarme, y en verdad ese engendro se merecía la muerte que le deparaba, pero una parte de mí, que nada tuvo que ver con la empatía ni con la compasión, me indicó que era una oportunidad de oro para ver si en realidad estaba maldito.

No sé qué me produjo más aversión, si el hecho de saber que definitivamente nunca podría tener sexo, si haber sido yo el causante de su muerte, o la sonrisa de felicidad que tenía aún después de muerta; no se merecía esa dulce muerte.

Lloré. Lloré como nunca, durante días, tal vez semanas, no importaba.

A veces tenía la sensación de que nunca había dejado de hacerlo.

Fue cuando erradiqué de mi vida aquello que tuviera relación alguna con el sexo, salvo las caricias que en alguna que otra ocasión me prodigaba.

En eso era un experto, por lo que cuando sentí el primer indicio del orgasmo me preparé para lo que pasaría a continuación.

Pero no pasó lo que debía de pasar.

No, cuando al fin me rendí al placer no sentí ganas de matar, ni sentí que me perdía del todo, ni me embargó ese odio letal. No escuché una risa malvada, sino la risa fresca de Brigid. No fueron unos ojos negros los que me torturaron, sino unos azules los que me acariciaron.

Grité mientras me derramaba, más por la sorpresa que por el placer del orgasmo, que había sido más intenso y liberador de lo habitual.

Apoyé la frente en la fría baldosa blanca del aseo mientras esperaba que mi corazón se tranquilizase y recuperaba la respiración, tiempo que decidí darle una tregua a las preguntas que me rondaban, recreándome en algo que hacía mucho que no sentía: calma.

Pero no todo dura eternamente, y aunque el Mal estaba sosegado, el Ente comenzó a murmurar y a machacarme, a rugir de indignación.

Creo que él, al igual que yo, se percató de que en esta ocasión había sido diferente, y todo por el simple hecho de invocar a Brigid.

Por primera vez caí en la asociación. ¿Y si el ente era el culpable de mi maldición? ¿Estarían relacionados? ¿Era el oscura alma de Noive, que se había quedado prendida en el Mal?

Animado, miré al techo. Sí, debían estarlo, por lo que a partir de entonces partiría de esa asociación cuando volviera a buscar una solución.

Lo que hace la esperanza, pues por un instante fantaseé con la idea de que Brigid había roto mi maldición, pero rápidamente recordé que solo había una forma de comprobarlo, y ni loco estaba dispuesto a averiguarlo, pues las consecuencias podían ser letales para Brigid.

Además, como insistía en decirle a Brigid, no solo se trataba de sexo, porque, ¿qué tipo de macho sería si involucrase a la única mujer a la que había amado y a la que amaría por toda la eternidad en un mundo oscuro?

En ese momento yo era una bomba de relojería. Solo era cuestión de tiempo que explotase, que perdiese el control, y no estaba dispuesto a que Brigid estuviera cerca cuando eso sucediera.

Me dejé caer al suelo y estuve llorando un rato, lamentándome de mi desdicha, desesperado, preso de una amargura que no sabía hasta cuándo iba a poder soportar.

Ni siquiera me molesté en ocultar mis lágrimas cuando horas después Ronan fue a buscarme.

¿Para qué?

—Dru, hermano... —musitó, abrazándome fuerte—. Habla conmigo, por favor.

Rompí a llorar de nuevo al sentir su calor, una tibieza que si bien no aligeraba el frío que llevaba dentro, fue suficiente para derretir mis barreras.

Por primera vez en mi vida, hablé.

No tenía mucho sentido vagar por las calles sin rumbo. Las farolas, los árboles, los transeúntes... ninguno de ellos tenía las respuestas a preguntas que no se atrevía a formular, pero a las que tarde o temprano tendría que enfrentarse.

Solo había una persona que podía, ¡que se lo debía!, responder a los interrogantes que parecían perseguirla, aunque ni siquiera sabía si podía llamarlo persona.

«Confía en él», le había dicho la abuela.

Sí, en lo más profundo de su ser sentía esa confianza y esa aceptación, pero eso no quitaba que se planteara muchas cosas.

¿Qué era Dru?

«Un vampiro», se susurraba a sí misma, así, en voz baja, porque de ese modo tenía menos credibilidad que si lo gritaba.

¿Debería volver y exigirle que le dijera la verdad? Sí, debía, o perdería la cordura en breve.

¿Cómo se enfrentaría a él? Echándole un par de huevos, eso sin duda.

¿No sería mejor esperar a que ella se hiciera a la idea de... vamos, de lo que fuera Dru en realidad?

No. Para eso no había tiempo preparatorio que valiera.

¿Ahora, entonces?

Ahora.

Y así, entre pregunta, respuesta, dudas y decisiones tomadas al momento llegó a su casa, dispuesta a todo: a acribillarle a preguntas y a correr si le ocurría volver a sacar los colmillos.

O tal vez no.

Porque, de todos los cambios que se produjeron en Dru, la visión de sus colmillos fue lo único que no la descolocó.

Muy al contrario. Tal vez se le echase encima y le pidiese que la mordiera... Sí, debía estar peor de lo que pensaba para pensar —¡para desear!— semejante barbaridad.

Por desgracia, cuando regresó solo se encontró una nota donde decía que se llevaba el diario para traducirlo.

Ante la impotencia, y dado que Keve no respondió a sus preguntas cuando le llamaba ni apareció por casa en los últimos tres días (seguramente para evitarla), decidió recurrir a medidas extremas.

Quizá estuviera equivocada, pero la desesperación le hizo agarrarse a un clavo ardiendo y que comenzara a enviar mensajes directos a *@DruidaCabrón* en twitter, convencida de que eran la misma persona, pese a que la imagen que daba el usuario de twitter no se correspondía en absoluto con la forma de ser de Dru.

«No era yo».

Quizá no. O quizá sí. Brigid había percibido algo extraño en él, algo que no concordaba con su persona, como si otra entidad ocupara su cuerpo. Ahora que había pasado un tiempo relativo, y que se había hecho a la idea de que Dru

no era de especie humana y tras verlo en su máximo apogeo —como druida y como criatura oscura, porque tenía claro que humano no era del todo—, había tenido tiempo para pensar con más claridad, estaba convencida de esa posibilidad.

Independientemente de que estuviera o no en lo cierto, decidió probar suerte para ver si respondía a sus mensajes directos, pero ni una sola vez lo hizo.

Tan insistente fue, que *@DruidaCabrón* optó por bloquearla.

Ah, pero ella era lo suficientemente inteligente como para crearse una cuenta falsa y seguir sus pasos.

El problema que hubo fue que el tal *@DruidaCabrón* fue más listo y la volvió a bloquear.

De modo que ahí estaba ella tres días después, un domingo de verano por la noche perdiendo el tiempo en crearse una nueva cuenta para ver si entre las muchas barbaridades que solía soltar se le escaba el alma a *@DruidaCabrón* en tuits demoledores, como cuando recitaba a Lord Byron.

*Así es, no volveremos a vagar
tan tarde en la noche,
aunque el corazón siga amando
y la luna conserve el mismo brillo.*

Aunque el corazón siguiera amando...

El ruido del teléfono la sacó de sus pensamientos, pero, como ya venía haciendo, Brigid ignoró la llamada. Tenía los ojos enrojecidos, el cabello despeinado y usaba la misma túnica de los últimos tres días. Negras ojeras delataban su falta de sueño y, por lo tanto, su cansancio.

Estaba en el sótano, rodeada de libros antiguos buscando un milagro a su problema.

Problema... qué palabra más insignificante para describir su situación. Odisea, hecatombe, el Diluvio Universal... eran nada comparados con lo

suyo.

—Nada. No hay forma... —susurró desolada.

Se tragó un sollozo y se obligó a recomponerse. No, no había tirado la toalla, y nunca lo haría. Si bien había comprendido que lo suyo con Dru era imposible, estaba dispuesta a encontrar la manera de librarlo de su maldición.

Aunque no siempre se sentía tan optimista.

*No puede ser,
jamás ocurrirá
pues yo no soy para él.*

Brigid miró el reproductor y gruñó para sí.

Sí, estaba siendo un poco masoca al poner la Canción de Sally, de la película *Pesadilla antes de Navidad*, pero pocas cosas la consolaban como la tristeza y la oscuridad de esa película.

Por algo Tim Burton era el Dios de los góticos.

Pero esa canción...

—¿Y ahora, qué? —preguntó malhumorada cuando el timbre comenzó a sonar con insistencia.

Se levantó del sofá, aquel que contenía aún el aroma a sándalo de su amado y en el que había permanecido sentada los últimos días, y se dirigió a ver quién osaba perturbar su no-paz.

Cuando abrió la puerta, se encontró a Rosa con una sonrisa de oreja a oreja y una botella de Bourbon.

—¡Fiesta! —saludó.

Brigid había estado ignorándola, porque antes de enfrentarse a cualquier ser humano —o no humano— tenía que poner su cabeza en orden.

—Son las tres de la mañana. Vete.

Rosa ignoró su petición y, empujándola, se adentró en la casa y se fue

directamente a la cocina.

—¿Qué haces, Rosa? —quiso saber al ver que se ponía a rebuscar en los armarios.

—Buscar un vaso para esto —respondió agitando la botella de whisky.

—Ya sabes que no bebo.

—Es para mí. Necesito algo fuerte si voy a aguantarte.

—Pues no lo hagas y márchate.

—Ah, aquí hay uno —exclamó cuando encontró el ansiado vaso. Luego, miró a su amiga—. No puedo marcharme. Soy la única amiga que tienes y es mi responsabilidad sacarte del agujero en el que has caído y bla, bla, bla. Un coñazo, lo sé, pero alguien lo tiene que hacer. ¿Tienes hielo?

—No. Rosa, de verdad, vete. No... no puedo...

—Pues nada, a palo seco —continuó ignorándola. Abrió la botella y, después de mirar el vaso con desconfianza, decidió beber directamente de la botella—. Ah, buenísimo. ¿Cuánto hace que no friegas la vajilla? Jesús, jamás había visto tanta mugre junta. Y hablando de suciedad, ¿cuánto hace que no te duchas? ¿Y que no comes? ¿Y que no duermes?

Brigid se dejó caer en la banqueta de la cocina y suspiró de cansancio.

—He estado... ocupada.

—Tanto como para no responder a las llamadas de aquí la menda. —Rosa la agarró del brazo y la obligó a levantarse—. Esto es lo que vamos a hacer: te vas a dar una ducha, vas a comer algo, te vas a poner ropa limpia —Miró con ternura a su amiga y le pellizó la nariz—. Y luego, cuando estés preparada, me cuentas eso que te está matando por dentro. ¿Trato hecho?

Brigid aceptó, no porque tuviera ganas, sino porque necesitaba despejarse.

—Te quiero mucho.

Rosa puso los ojos en blanco.

—Estás peor de lo que pensaba. Anda, ¡ve!

Mientras se duchaba, tomó la decisión de revelarle todo a Rosa. Quizá la tachara de loca, o tal vez después no volviera a verla. Después de pensarlo,

sonrió cuando supo lo que haría su amiga: apoyarla de forma incondicional.

—¿Preparada? —preguntó Rosa cuando reapareció en el salón.

—Preparada. —Se sentó a su lado y se miró las manos—. No sé por dónde empezar.

—Te lo voy a poner fácil: Erase una vez, en un reino muy, muy lejano...

—Idiota —regañó entre risas, pero luego se puso seria—. Creo que debo retroceder un año.

Rosa gruñó.

—No, la parte de Dru, de imposibles, de celibatos y pepinillos en vinagre te la saltas, que me la sé de memoria.

En esta ocasión Brigid no sonrió por la broma, sino que negó con la cabeza.

—De Dru hablaremos después, pero primero debo hablar de mí. Tengo que confesarte algo.

Rosa la miró con el ceño fruncido.

—Uy, uy, eso no ha sonado bien. A ver, suéltalo.

—Soy fuerte.

—Define fuerte.

—Pues eso, fuerte. Fuerza física —precisó—. Pero, además, creo que soy indemne al dolor. Como cuando aquella noche que Alex me dio una hostia. No sentí nada.

—Venga ya...

—Te lo juro.

—¿Nada?

—Nada.

—¿Nada de nada?

—Aha.

Rosa la miró muy seria, pero luego la abofeteó con todas sus fuerzas.

—¡Rosa! —protestó Brigid, más divertida que enojada.

—Joder, las ganas que tenía de hacer eso. ¿Qué? ¿Has sentido algo?

—Asombro, nada más. Pero dolor no.

Rosa parpadeó, pero luego sus ojos recorrieron el salón, hasta que pareció encontrar algo perfecto para su propósito.

—Aguarda un momento.

Brigid la vio dirigirse al otro lado del salón y coger una figurilla de bronce. Cuando regresó a su lado, sonreía de oreja a oreja.

—¿Para qué quieres eso?

Rosa lo miró y su sonrisa se ensanchó.

—Para esto.

Brigid abrió mucho los ojos cuando vio que Rosa alzaba la figurilla sobre su cabeza y...

—¡Pero qué haces! —gritó después de recibir el golpe en la cabeza.

—¡La has roto! —exclamó Rosa con júbilo—. ¿Te ha dolido?

Brigid se tocó allí donde había recibido el golpe, temiendo encontrarse un chichón o, lo peor, una brecha, pero aun antes de tocarse sabía que no encontraría nada ni remotamente parecida; apenas había sentido el impacto.

—N-no —titubeó.

—A ver, analicemos la situación —comenzó a decir cuando se sentó a su lado—. No solo eres intocable, sino que, además, y según dices, también fuerte. ¿Cómo de fuerte? No voy a probar conmigo tu fuerza, eso está claro... A ver, a ver... ¡Ya lo tengo! Intenta levantar este sofá conmigo sentada. Debe pesar un quintal, por lo menos.

Brigid se levantó del sofá y procedió a alzarlo. Rosa, lejos de asustarse, gritó de júbilo.

—Hostias, eso ha sido... ¡Cómo mola!

—No, Rosa. No mola nada. Esto no es normal —amonestó al tiempo que soltaba el sofá.

Rosa se incorporó y la abrazó.

—¡Pero si son todas ventajas! —celebró, pero luego entrecerró los ojos
—. Pero no te perdono que hayas esperado hasta ahora para contármelo.

—Hablando de ventajas... Todavía hay más.

—Cuenta, cuenta.

Como Rosa se frotó las manos, sonrió. No se había equivocado. Su amistad era incondicional.

—No sé cómo explicarlo. Me siento más fuerte, sí, pero al mismo tiempo más ligera. A veces tengo la sensación de flotar. Y me siento más poderosa.

En esta ocasión Rosa ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—¿A qué te refieres exactamente con más poderosa?

—Pues que noto que las piedras me hablan. Y siento su poder, y cómo el mío fluye. ¡Ay, no me mires así, que ya te dije que no sé cómo explicarlo!

—Pues yo sí: esquizofrenia.

Brigid no pudo menos que darle la razón asintiendo. Incluso ella misma reconocía que era un poco de locos.

—Esa sería una explicación lógica, pero no se trata solo de las piedras.

—¿Qué más?

—¿Te acuerdas que te comenté que iba a hacer una sesión de Reiki con Remedios? Pues la hemos liado parda, porque ahora huelo y veo el aura de las personas y los árboles me hablan.

—Tú estás majara, tía —replicó Rosa en un tono que pretendía ser jocoso pero que destilaba perplejidad y, lo más asombroso, preocupación.

—La cuestión fue que gracias a los árboles supe dónde buscar el diario de la abuela. Y lo he encontrado.

—¿Y qué dice?

—Lo ignoro. Dru se lo llevó hace tres días para traducirlo, porque estaba escrito en un idioma desconocido, aunque Ronan cree que puede ser Celta, por lo menos los grabados de la caja mágica en la que estaba guardado.

—¿Cómo sabes que era mágica?

—Para empezar, porque nadie más que Keve y yo podíamos tocarla, o esa fue la sensación que tuve. Pero nosotros tampoco podíamos abrirla, porque tenía un mecanismo extraño. Ahora sé que en realidad era un encantamiento y que había que romperlo.

—¿Y cómo lo rompisteis? —preguntó Rosa, cada vez más interesada en el tema.

—Dru lo hizo. Con sus poderes —añadió en un susurro. Como Rosa parpadeó, confusa, continuó—. Dioses, Rosa, tenías que haberlo visto: la magia de sus manos, su cántico, su rostro concentrado... Parecía un... —Se detuvo y sonrió con nostalgia—. Lo que es en realidad: un druida. —Tan pronto lo dijo, su rostro se contrajo de tristeza, miedo y perplejidad—. Pero no solo es eso. Es algo más, pero no sé qué nombre darle, y el único que se me viene a la cabeza me parece un disparate.

—¿Cuál?

Brigid titubeó un segundo.

—Vampiro.

Rosa la miró de hito en hito, pero luego soltó una carcajada.

—¿Qué os fumasteis ese día?

—Estoy hablando en serio, Rosa. La magia que Dru empleó fue tan grande que se quedó sin fuerzas y nos quedamos a solas en mi sótano. Nosotros... comenzamos a hablar primero, a discutir después, a besarnos y... Entonces pasó.

—Por los dioses, Brigid, no te detengas ahora. ¿Qué pasó?

—Él quería demostrarme por qué el sexo unilateral sería insatisfactorio en una relación, y razón no le faltó.

—Es decir, que te masturbó.

Brigid asintió. Ignoró el brillo pícaro de su amiga y continuó.

—Pero, aunque obtuve placer, me sentí vacía.

—Y él, ¿nada de nada? —indagó Rosa.

—Él se excitó como nunca. Yo me ofrecí para darle placer, con la mano, con la boca, como quisiera... pero me echó. Como insistí tanto, perdió el control y... se transformó.

—¿En un vampiro?

—No sé si llamarlo así. Su aura y su olor cambiaron por completo, y su apariencia. Tenía el rostro desfigurado, sus ojos completamente negros y... colmillos.

—No puedo creerlo.

—Ni yo. Por eso me quedé allí, petrificada frente a él intentando comprender lo que estaba viendo. Solo cuando él se encerró el baño pude moverme, así que salí corriendo. Necesitaba tiempo para asimilarlo, pero luego comprendí que solo él me daría las respuestas, de modo que volví, pero él ya se había marchado. Y... hasta ahora.

—Esto es flipante —murmuró Rosa. Se volvió a mirar a Brigid y le acarició el cabello—. ¿No estás asustada?

—Claro que lo estoy. Pero no me asusta Dru. Me asusta el desconocimiento, dónde me estoy metiendo, el presente, el futuro... Todo, menos él.

Rosa asintió con resolución.

—Eso lo tengo claro. —Frunció el ceño y la miró con un atisbo de terror—. ¿Y si no es un vampiro? ¿Y si, en realidad, es un... demonio?

Brigid se estremeció.

—Es una de las posibilidades, pero me niego a creerlo. Él no es un demonio, pero, quizá, albergue uno en su interior y... ¡Dioses, Rosa, ya no sé qué creer! Solo él puede aclarar todo este asunto.

—Pues búscalo y oblígale a hablar.

Brigid se restregó las manos en las rodillas con impotencia.

—No sé dónde está. No sé ni por dónde empezar.

—Coslada no es tan grande. ¿Keve nunca te ha dado ninguna pista de dónde está la sede de su trabajo? ¿Ni de por dónde patrulla? ¿Nada? —añadió después de que Brigid negara a las dos primeras preguntas.

—¿Por qué te crees que estuve tan preocupada por el trabajo de mi hermano? Porque no sabía nada de nada, ni por dónde paraba, ni con quién se movía... —Agrandó los ojos cuando cayó en la cuenta de algo—. Dios mío... Por eso patrulla por la noche. Todos ellos son criaturas de la noche. Por eso no me daba ninguna explicación.

—Algún desliz habrá cometido. ¿Tal vez haya repetido el nombre de alguna calle? ¿O acaso el nombre de un pub que frecuentan?

—¡Eso sí! —gritó, eufórica—. Cuando Ronan llamó a Dru le preguntó si seguía en La Guarida.

—Mira, qué casualidad: el garito que tu hermano no quiere que pises... Ahora sabes por qué. ¡Es su madriguera! —Rosa se levantó y obligó a Brigid a hacer lo mismo—. Venga, vamos.

—¿A-ahora?

—Quieres respuestas, ¿no? —Esperó a que Brigid asintiera—. Pues venga. Pon el culo en marcha.

Arrastró a Brigid hasta su cuarto y la obligó a ponerse unas zapatillas, porque les esperaba una larga caminata.

Tomaron el camino más corto, aunque el más pesado por ser cuesta arriba, aquel que Dru sugirió el día que la acompañó en Metro a casa de Rosa. Era el primer día de Agosto y noche cerrada, por lo que las calles estaban desiertas. Caminaban a toda prisa, temiendo llegar tarde y encontrarse el pub cerrado, tan deprisa como para no molestarse ni en hablar, hasta que llegaron a medio camino y a Brigid le entró pánico.

—¿Y si no quiere verme?

—Que le jodan. Que no te hubiera enseñado los colmillos.

—Pero... ¿de qué me sirve?

Rosa se detuvo de golpe.

—¿Qué quieres decir?

—Aunque me dé las respuestas, no vamos a estar juntos.

—A lo mejor esas respuestas hacen que te desenamores de él, aunque bueno, eso depende.

—¿De qué?

—De si lo vuestro es un amor express o un amor de los chungos.

—¿A qué llamas tú chungo? —quiso saber entre risas.

Rosa no se rio cuando respondió:

—Al amor verdadero. Ese, colega, no hay forma de olvidarlo.

—Tú qué sabrás... —se mofó—. Nunca te has enamorado.

—¡Por supuesto que sí! ¿Acaso crees que soy insensible?

—Pues, ahora que lo dices, sí, lo creo.

Por primera vez en su vida, Rosa dejó aflorar sus sentimientos.

—Pues no lo soy, Brigid —comenzó a decir con cansancio y tristeza—. No sé cómo fue, ni por qué... Pero un buen día estaba yo tan tranquila y de pronto llegó él y... me enamoré. Así, sin más. Sin palabras mediantes. Sin saber siquiera su nombre.

—Rosa... —susurró Brigid cuando los ojos de su amiga se anegaron en lágrimas.

—¿Te lo puedes creer? Yo, la dura, la fría, la machaca cojones... Enamorada perdida de un niño *papageno*...

—¡Keve! —gritó Brigid con incredulidad.

Rosa abrió los ojos como platos cuando se dio cuenta de su desliz y comenzó a negarlo, pero luego asintió, derrotada.

—Keve, sí.

—Madre mía... ¿Y pasó algo?

Rosa se agarró de su brazo y la obligó a echar a andar. Estaban en la avenida del Esparragal, una zona desierta donde a un lado había solo chalets y al otro una inmensa arboleda.

No, no era un sitio seguro.

—Bueno, un día, cuando trabajamos juntos en el Burger King, estábamos un poco aburridos y jugamos a la botella. Fue un beso sin importancia, al menos para él, porque para mí... Ahh, me supo a gloria.

Brigid le apretó la mano a modo de consuelo.

—¿Tardaste mucho en olvidarlo?

En esta ocasión, fue Rosa quien alzó ambas cejas.

—¿Quién ha dicho que lo he olvidado? No, Brigid. Sigo enamorada de él. Por eso te decía que si era un amor de los chungos más te vale que vayas quitándote de la cabeza la idea de olvidarlo: eso no va a suceder nunca. No, cuando es el amor de tu vida.

Brigid la abrazó, transmitiéndole con ese gesto todo el cariño que sentía por ella y solidarizándose con sus sentimientos.

Rosa al principio se dejó abrazar, pero luego se revolvió en sus brazos.

—Venga, se acabó la moñería por hoy —dijo entre risas, pero luego, cuando se apartó de Brigid, lo que vio le hizo mirarla con los ojos fuera de sí —. Joder, Brigid... Estás... brillando.

Brigid se miró a sí misma y luego a Rosa. Había en su rostro incredulidad.

—Esto es nuevo... —Agrandó los ojos y agarró por los brazos a su amiga —. ¿Y si en verdad Dru es un vampiro y me ha... convertido, como en Crepúsculo?

Rosa al principio parecía fascinada, pero luego gruñó.

—Insensata... Deja de hacerlo. Pueden vernos. —Alzó la cabeza y olfateó —. ¿Qué es esa peste?

Brigid imitó a su amiga, pero al reconocer el olor miró hacia el cielo.

—Joder, ahí está —informó a Rosa, señalándole al cuervo que planeaba sobre sus cabezas.

—¡Mierda! —gritó su amiga agarrándola de la mano—. ¡Corre, Brigid!

Brigid comenzó a hacerlo, pero se detuvo de golpe cuando algo la atravesó. Cuando el dolor llegó, cuando notó que la pechera de su vestido se mojaba, se aferró al brazo de su amiga.

Más asombrada que asustada, Brigid se miró a sí misma, para comprobar que aquello que estaba mojando el vestido era su propia sangre.

—Rosa... —susurró.

—Joder —susurró su amiga, que la miró de hito en hito—. ¡Oh, Dios mío, tienes sangre!

—Nos equivocamos —dijo Brigid en un hilo de voz—. No soy intocable...

Rauda como un rayo, Rosa la tomó entre sus brazos cuando Brigid comenzó a desplomarse y miró a su alrededor.

—Joder... —masculló cuando vio frente a ella a un encapuchado que tenía sobre el hombro al cuervo, escondido a medias en la arboleda.

Apretó los labios con furia y miró a la criatura con odio cuando esta se disponía a lanzar otra descarga.

—Hijo de puta —escupió entre dientes y mientras dejaba a Brigid en el suelo.

Sin demora, se sacó una antigua daga de la bota y la lanzó hacia el individuo. Este, al ver venir el proyectil, dejó que la bola de energía se desvaneciera en su mano y luego simplemente desapareció.

Rosa saltó la verja que separaba la acera de la arboleda y corrió a recuperar el arma por si a aquel ente se le ocurría volver, pero luego regresó rápidamente junto a Brigid.

La tomó con delicadeza en sus brazos y la zarandeó un poco.

—Brigid, ¿me oyes?

Brigid estaba mortalmente pálida y se había desvanecido, pero al menos respiraba. Sin sentir ningún tipo de aprensión por la sangre, Rosa le puso la mano sobre el pecho para detener la hemorragia, mientras que con la otra se sacaba el móvil del bolsillo trasero de su pantalón.

Las manos le temblaban visiblemente, más por preocupación que por miedo, así que en vez de andar buscando el número de teléfono en la agenda, lo marcó directamente.

Además, hacía mucho tiempo que se sabía ese número de memoria.

—¿Sí? —respondió una voz jovial.

Rosa suspiró aliviada. Al menos, en parte.

—Keve, tienes que venir. —Miró a Brigid y se mordió el labio inferior.

Darí­a todo lo que fuera para evitarle un momento así—. Han atacado a Brigid.

—¿Quién? —gritó el muchacho.

Rosa cerró los ojos con fuerza.

—Un fomoriano.

—¿Fomo-qué? —preguntó Keve.

—Ahora no tengo tiempo de explicaciones, Keve. Coge el puto coche y ven a la avenida del Esparragal. Rápido, Keve. Está muy grave. —Miró al cielo cuando sintió gotas mojando en su rostro, pero no había rastro de lluvia. Eran sus propias lágrimas—. Tienes que llevarla con el druida. Solo él puede salvarla.

CAPÍTULO 22

Me hizo bien compartir con alguien parte de la carga que llevaba por dentro, si bien la charla que mantuve con Ronan no me libró del desasosiego.

El tiempo nunca ha tenido importancia para mí. Las horas, los días, las semanas y los meses pasaban sin pena ni gloria, en una agónica letanía reflejo de mi existencia; la soledad.

Ahora, sin embargo, el paso del tiempo pesaba como una losa, pues contaba cada minuto, cada segundo que pasaba alejado de ella, pese a saber que no había otra alternativa, que un futuro con ella era del todo inviable.

Era por ello por lo que estaba irritable.

Al desasosiego se le sumaba la preocupación, la lucha interna que mantenía conmigo mismo, días de desesperación y noches de vagar por las calles obligando a mis piernas a no tomar el camino que dirigía a casa de Keve y, por lo tanto, a mi perdición.

Brigid trató de ponerse en contacto conmigo varias veces a través de *@DruidaCabrón*, y aunque la tentación de responder era enorme, más fuerte era mi determinación de alejarla de mí.

¿Para qué?

Nunca conseguiría librarme del Mal, ni de mi maldición.

Yo no era más que un ser sin alma que vagaba sin sentido por la vida, buscando respuestas a preguntas que no tenía derecho siquiera a formular, soñando con encontrar una salida a una vida vacía.

Tan vacía como para atesorar esos momentos en los que mi teléfono me indicaba que tenía una notificación en twitter, y aunque no me molestaba en responder sus mensajes directos, la sensación que me embargaba al recibirlos era lo más cerca que había estado jamás de ser feliz.

—Ah, al fin algo.

Alejí a Brigid de mi cabeza y la giré para mirar a Evelina.

Nos hallábamos de nuevo en la Biblioteca del Hotel, buscando algo que diera sentido al diario.

—¿Qué has encontrado? —pregunté levantándome de la silla para ir a su lado.

—Me ha costado, pero he encontrado una similitud en el lenguaje empleado con la Lengua Antigua. Es más primitiva y con un vocabulario menos amplio, pero hay una coincidencia en la raíz de muchas de las palabras usadas.

—¿Crees que se trata de algún tipo de dialecto?

Evelina negó con la cabeza.

—Más bien me atrevería a decir que es anterior.

Agrandé los ojos, sorprendido.

—¿Estás segura?

—Del todo.

—¿Cuánto crees que puede llevarte traducir el diario si partimos de la Lengua Antigua como referente?

—Lo ignoro —susurró con pesar—, pero haré todo lo que está en mis manos. Por otro lado, he llegado a un punto que me ha desconcertado.

—¿Cuál? —quise saber mientras miraba la página que Evelina señaló.

—Esto. Al principio no me parecía más que una lista de palabras sin sentido acompañados de varios símbolos. Algunos los desconozco, pero este está clarísimo.

—Son dos círculos unidos.

—Símbolo del amor eterno. Este símbolo está entre medio de dos palabras, aquí, aquí, aquí también... Y luego, bajo ese símbolo, un círculo.

—Símbolo de la vida, el amor y la eternidad.

—Ergo...

Estuve mirando un rato la página, tratando de averiguar adónde quería llegar la Real, hasta que al separarme y ver una visión global de la página obtuve la respuesta.

—Dioses... Es un... árbol.

Evelina asintió, satisfecha con mi deducción.

—En concreto, un árbol genealógico. Esto, como dije, no son palabras, sino nombres. Cada emparejamiento está representado por la unión de dos círculos, mientras que cada nacimiento producto de dicho enlace es representado por un círculo.

—Increíble... —susurré maravillado—. ¿Cuántas páginas hay así?

—Muchísimas. Acaba aquí —apuntó al tiempo que pasaba las hojas hasta casi al final del diario—. Acaba con dos círculos, pero no pusieron nombre.

Ambos tuvimos la certeza de cuáles eran los nombres que debían haber escrito. Iba a decir algo al respecto, pero entonces me fijé en los dos círculos.

—Hay algo extraño en este último apunte.

—También os habéis dado cuenta —dijo Evelina—. Uno de los círculos no es tan preciso como el otro, ni como el resto en general. Es como si se hubiera escrito a posteriori y con premura.

—Exacto.

—¿Qué creéis que puede significar?

—Pues tan simple como que se esperaba un bebé y luego fueron dos.

Evelina agrandó los ojos.

—¿Eso es posible?

Me reí de su ingenuidad, hasta que vi que me miraba expectante, más que ávida a escuchar mi explicación.

—Lo es —carraspeé y me erguí—. Evelina, ¿crees que puedes averiguar algo más de esta peculiar familia?

—Lo intentaré —suspiró—. Creo que será más fácil cuando pueda traducir el diario al completo, pero prometo buscar en los Recuerdos de la Raza.

—¿Te llevará mucho tiempo?

—Me temo que sí, dado que partimos a ciegas. Lo lamento, Dru.

Le apreté el hombro a modo de respuesta y sonreí para tratar de reconfortarla.

La alarma del móvil sonó, recordándome que ese día daríamos la fiesta sorpresa a Selene.

Fui caminado hasta La Guarida, donde un ansioso Leo me recibió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Gracias por venir.

Nos tomamos por los antebrazos y juntamos nuestra frente con afecto.

—Gracias a ti por la invitación. Es un honor para mí poder compartir tan magno acontecimiento.

—Eres de un cursi que da asco, druida —se rio Leo

Iba a protestar cuando, de pronto, la vista se me nubló y sentí náuseas. A continuación, el dolor más inmenso que había sentido jamás.

—¿Qué tienes? —preguntó mi hermano con preocupación cuando vio que me encogía.

Fue tan fuerte el dolor que sentí en el pecho, que me tambaleé, hasta el punto de tener que agarrarme al brazo de Leo.

—¿Hermano?

Me miré el pecho, como si esperase encontrar algo, no sabía qué, allí. Me masajé la zona para calmar la opresión, hasta que finalmente desapareció.

—¿Te encuentras bien?

Asentí y respiré profundamente.

—Controlado —respondí, aunque estaba muy lejos de la verdad, porque, aunque el dolor había desaparecido, la sensación de alarma no.

Leo me miró no muy convencido, pero luego fue a dar instrucciones al resto.

Todos habían acudido a su petición, salvo Mael, aunque a ninguno nos extrañó.

Ni nos importó.

A solas, y apartado en un rincón, decidí echar un vistazo a Twitter. Aunque mi contacto con Brigid era nulo, y pese a tenerla bloqueada, cada día miraba su time line, a la espera de su habitual buenos días o buenas noches, que siempre acompañaba con un tema musical que reflejaba su estado de ánimo. Unas veces era un tema movido y feliz, otras triste y melancólico.

El día anterior puso el Adagio, de Albinoni, uno de mis temas preferidos.

Se me partió el corazón.

¡Cómo me hubiera gustado abrazarla y decirle que todo estaba bien!
¡Cómo ansiaba solucionar mis problemas!

Por desgracia, para esos no había solución.

—¡Viene alguien! —dijo Leo, que corrió a apagar las luces para darle la sorpresa a Selene.

Todos nos mantuvimos en silencio, a oscuras y a la espera de que la homenajeadada entrara por la puerta para poder gritarle: ¡Sorpresa!

Pero la sorpresa nos la llevamos nosotros cuando quien entró no fue Selene.

Fue Keve.

Todos exclamamos con decepción, hasta que nos percatamos que al muchacho le sucedía algo raro.

Instintivamente, me puse en guardia.

—¡Ayuda, ayuda! —gritó el joven, sin mirar a nadie en concreto, los ojos desorbitados por miedo y algo parecido a la locura.

Me levanté de golpe a la par que me llevaba una mano al pecho, allí donde una vez me tatué una B, la letra que vi en un pozo mágico cuando pregunté por mi futuro.

Por mi amada.

—Keve, ¿qué tienes, muchacho? —preguntó Ronan preocupado.

—Monstruo... atacado... herida —contestó entre jadeos.

—Tranquilízate, pitufo —ordenó Ronan cogiéndole por los hombros y

zarandeándole levemente—. Por orden. ¿Qué monstruo?

—Fomoriano...

Todos los presentes soltamos una exclamación de horror.

¿Fomoriano?

Imposible.

O tal vez...

—¿Fomoriano? —preguntó Ronan atónito. Como Keve se limitó a asentir al mismo tiempo que trataba de recuperar el aliento, el Astur continuó con el interrogatorio—: ¿A quién ha atacado?

—A mi hermana. A Brigid...

—¡A tomar por culo el cumpleaños! —gritó Leo, enfadado por aquel contratiempo, pero dispuesto a todo con tal de ayudar al muchacho.

Pero luego se escuchó un potente rugido. Un rugido animal y lleno de rabia y de ira y dolor. Un rugido que puso los pelos de punta a todos los allí presentes, yo incluido.

Pese a que ese rugido surgió de mí.

Por una milésima de segundo me percaté de los rostros horrorizados de los presentes mirándome.

No podía verme, pero sabía lo que estaban contemplando: un rostro desfigurado por la rabia y el odio, los colmillos desplegados exigiendo venganza, los ojos completamente negros, reflejo de todas las oscuras emociones que me embargaban en ese momento.

—Dru, hermano, vuelve... —oí que decía Ronan.

Pero yo no quería volver. No hasta que supiera que ella estaba viva.

No, hasta encontrar al culpable de que mi amada, mi Domina, mi hembra, la *mi muyer* estuviera agonizando.

Con paso decidido me dirigí a Keve.

—¿Dónde está? —pregunté con una voz que no era la mía, una voz metálica y grave.

Keve retrocedió un paso y me miró con terror.

—Fu... fuera. No he querido traerla aquí porque está sangrando y las Bestias...

No le dejé terminar.

Me encaminé hacia la puerta, pero Leo y Ronan me bloquearon el paso.

—Escucha, Dru, no puedes salir —trató de convencerme Ronan—. Ya ha amanecido y el sol...

Solté una carcajada.

Porque todo tuvo sentido.

Comprendí que todo había sido un plan calculado de las Moiras; la sangre de Alba, mi determinación a tomarla, el resultado... Todo había sido meticulosamente preparado para ese día.

—Apartad —exigí.

Mis hermanos negaron con la cabeza, así que, sin arrepentimientos por mi parte, los lancé por los aires con mis poderes y destruí la puerta que bloqueaba mi camino.

No me importó usar más poder del que se me estaba permitido. No me importó si, al hacerlo, le abría una puerta al Mal.

Brigid, y solo ella, era mi máxima preocupación.

Salí al exterior, sin miedo a que el sol me dañara, sabiendo que tenía una hora de tregua para soportar su luz. Pero de no haber sido así, de haber sido un Oculito *normal*, tampoco me habría importado.

Todo con tal de salvarla.

Vi el coche de Keve y a una joven que, fuera de él, agarraba la mano de Brigid. Esta estaba inconsciente, desplomada en el asiento delantero del Lamborghini.

Reconocí a su amiga Rosa, que al verme venir agrandó los ojos, pero luego, para mi sorpresa, pues no mostró miedo, se apartó para dejarme hacer.

Me puse de cuclillas y miré el rostro de mi amada, que estaba mortalmente pálido.

—Date prisa, druida —susurró su amiga con lágrimas en los ojos—. Ha perdido mucha sangre.

Puse las manos sobre el pecho, dispuesto a cerrar la herida.

Pero la herida no se cerró.

—La ha atacado un fomoriano—me informaba Rosa mientras yo trataba, sin éxito, curarla—. Vas a tener que emplear toda la magia que tengas.

Aunque la miré asombrado, asentí. Más tarde la interrogaría, pero ahora solo tenía una cosa en mente: Brigid.

No sé cuánto tiempo estuve intentando curar la herida, pero mi magia drúidica no era suficiente.

Hasta que su corazón dejó de latir bajo mis manos.

Grité y lloré, mientras presionaba contra su pecho, mientras me desesperaba por momentos, insistiendo con el masaje pese a saber que todo era inútil, que la vida de mi amor se me escapaba de las manos.

Rugí de dolor, de rabia, de impotencia.

En un intento desesperado, concentré toda la magia que me fue posible, la buena, la mala... toda, y volví a poner las manos sobre el pecho de Brigid. Notaba el Mal revolviéndose, victorioso, gritando de alegría, pero no me importó desatarlo.

No, si con ello la salvaba. Entonces comencé a entonar un cántico, que estaba prohibido y que debía de haberse perdido en la memoria; en la mía. Pero no se perdió, sino que estaba oculto detrás de la neblina, a la espera de que esta se disipase para aflorar.

Y la neblina se disipó el día que bebí la sangre de Alba.

—¡Detente, Aius!

Me quedé paralizado cuando escuché que me llamaban por mi verdadero nombre. Giré la cabeza lentamente para ver quién había hablado, pero cuando reconocí a la diosa Dana me eché a temblar.

Durante un segundo me debatí entre acatar su orden o desafiarla y seguir con el cántico, pero entonces sentí su mano delicada sobre mi frente, fría y cálida al mismo tiempo.

—Si desatas al Mal no habrá futuro para ella. Hay más luces que sombras dentro de ti. Úsalas, Aius. Saca todo el amor que albergas por ella.

La miré a los ojos durante un segundo, pese a que era algo que estaba prohibido.

Y vi la respuesta.

Agarré a Brigid por la cintura y la saqué del coche para tomarla en mis brazos, al tiempo que alzaba una mano al cielo.

—¡Tormenta! —rugí.

El cielo se cubrió de densas nubes negras y rugió, respondiendo a mi llamada. Miré a Dana un segundo, que asintió, antes de volver la vista a las nubes.

Un trueno hizo temblar la tierra y con él aparecieron las primeras gotas de lluvia. Me dejé arrastrar por la ventisca, que nos elevó unos metros del suelo.

—¡Rayo! —grité.

Alcé la mano y el rayo vino a mí.

Sentí su energía, devastadora, casi letal.

Tal y como me indicó la diosa, concentré todo el amor que sentía por Brigid, y puedo asegurar sin equivocarme que fue este quien impidió que el rayo acabara conmigo.

Quien nos salvaría a ambos, porque sin ella, yo estaba muerto.

Luché contra el torrente de energía hasta tenerlo controlado. Solo entonces puse la mano de nuevo sobre el pecho de Brigid y dejé que la energía fluyera de mis dedos a ella.

Brigid se convulsionó con la descarga, pero no reaccionó, así que volví a repetirlo.

Fueron necesarios tres intentos hasta que, ¡por fin!, su cuerpo reaccionó y su corazón comenzó a latir de nuevo.

Lloré como nunca cuando sus ojos se abrieron y vi vida en ellos. Lloré más aun cuando vi que me reconocían. Y me derrumbé del todo cuando sus labios susurraron:

—Mi druida...

Atrapé con el dedo una lágrima que resbaló por su mejilla y la miré con dulzura.

—Estáis a salvo, mi Domina —dije con la voz enronquecida por la emoción—. Estáis viva.

Nos dejé caer con suavidad, mientras las últimas gotas de lluvia se mezclaban con nuestras lágrimas y la luz del sol se abría paso entre los nubarrones, que poco a poco se iban desvaneciendo. Frente a nosotros, en el horizonte, un precioso arco iris dio la bienvenida al día.

No hubo ni habrá nunca un amanecer tan hermoso como ese.

Brigid despertó desubicada, todavía atrapada en un sueño donde la vida ganaba a la muerte, un sueño de imposibles posibles y esperanzas renovadas.

Había vuelto a estar en sus brazos, aunque fuera en un mundo onírico, y pese a que la visión tan solo duro unos segundos, se sintió tan inmensamente feliz que despertar le parecía un suplicio, por eso se aferraba a la cintura de Morfeo y le rogaba que no la dejase volver.

Pero estaba volviendo, aunque no sabía a qué lugar.

¿Dónde estaba?

No sin cierta dificultad, abrió los ojos y miró a su alrededor. Sus ojos se toparon con una mujer que estaba de espaldas a ella, ataviada con una especie de túnica griega. El cabello, dorado y largo hasta más allá de la angosta cintura, caía suelto y sedoso. Estaba inclinada sobre un libro, pero luego se apartó y comenzó a machacar algo. No supo por qué se encontró preguntándose por qué no podía ver el aura de esa mujer. ¿Acaso había perdido sus facultades? ¿Quizá...?

Entonces recordó: el ataque, el dolor, la muerte, la vida... Y Dru.

Con el corazón latiéndole a mil por hora, vagó la vista por la estancia a la espera de ver a quien realmente quería ver, aunque supiera que su deseo no era

más que una quimera.

Se le escapó un largo y profundo suspiro cuando su sueño se hizo realidad al reconocer la cabellera negra y brillante de Dru en un rincón apartado. El azul índigo de su aura era más resplandeciente que nunca.

—Esto ya está —escuchó decir a la mujer, con una voz que solo podía pertenecer a un ángel.

Dru corrió al lado de la muchacha y le dedicó una sonrisa.

—¿Surtirá efecto esta vez?

—Lo ignoro. La *blaagealach* es realmente una flor mágica, pero solo para ciertos entes. Por eso creo que no estaría de más acompañar el ungüento con un encantamiento. Quizá, así... —Aunque no concluyó, Brigid percibió que la mujer no tenía esperanza alguna en el remedio.

Entonces reparó en el comentario de la mujer. ¿Ciertos entes?

Los interrogantes quedaron relegados a un segundo plano cuando Dru tomó la blanca y delicada mano de la muchacha y se la besó con reverencia.

Quizá solo era una muestra de agradecimiento, pero Brigid no pudo evitar sentir celos de la mujer.

No fue consciente de haber soltado un bufido de disgusto hasta que ambos se volvieron a mirarla al mismo tiempo.

Avergonzada al saberse pillada, se encogió un poco, pero entonces sintió un dolor en el pecho y se incorporó para mirarse a sí misma. Primero soltó una exclamación ahogada al ver la magnitud de la herida, pero inmediatamente su vergüenza aumentó al ver que estaba desnuda de cintura para arriba. Alguien se había tomado la molestia de tapar la parte inferior de su cuerpo con una ligera sábana. Hizo amago de subírsela para taparse, pero, sin mirarla, escuchó decir a Dru:

—No te cubras, Brigid. Debemos dejar la herida al aire.

Brigid quiso decir algo, pero tenía la boca seca y la garganta contraída.

—A... agu... agu...

—Enseguida —respondió Dru a su petición sin inflexión alguna en su voz —. Ya le pongo yo el ungüento, Evelina. Gracias, has sido de gran ayuda.

—Vendré más tarde a ver si ha sido efectivo. Y si no, buscaremos otro remedio.

Dru cabeceó y la miró hasta que desapareció por la puerta.

Brigid esperó a que él le dijera algo, pero Dru no parecía tener ganas de conversación. Tomó un vaso y lo llenó de agua antes de dirigirse a ella.

Con delicadeza, la incorporó un poco y le dio de beber.

Sus ojos se encontraron durante un latido, pero él los apartó rápidamente. Cuando acabó, volvió a su labor.

—¿Dru?

—¿Sí, mi Domina? —preguntó con suavidad, pero sin girarse a mirarla.

—¿Qué me ha pasado?

Dru ladeó la cabeza solo apenas.

—¿No lo recuerdas?

Brigid negó con la cabeza pese a que él no la estaba mirando.

El hombre siguió removiendo algo, hasta que tomó el cuenco y se acercó a la camilla.

—He de ponerte esto.

—¿En el pecho? —preguntó con timidez.

Dru apretó los labios, como siempre que trataba de encubrir una sonrisa.

—Ahí mismo, sí.

Brigid se miró a sí misma y luego a Dru. Este miraba al suelo, a la espera de que ella consintiera.

Ni una sola vez miró sus senos desnudos.

Ni a sus ojos.

—¿Me dolerá?

—Os aliviará. Espero...

—¿Esperas?

Dru dudó un segundo antes de responder.

—Es el tercer ungüento que probamos, pero Evelina tiene grandes esperanzas en este. Yo lo dudo...

—¿Evelina es la mujer que estaba conmigo?

Dru rio por lo bajo. Brigid se amonestó por haber expresado sus celos tan abiertamente al escupir prácticamente la pregunta.

—Evelina es la dama que me ayudaba a preparar el ungüento.

—Pero no está contigo... —¡Maldita fuera! ¿Acaso no podía parar de hacer el ridículo?

—No, Brigid —respondió mirando al infinito—. *Nadie* está conmigo.

La muchacha frunció los labios cuando captó la indirecta.

—Adelante —ordenó de malas maneras.

Dru inclinó la cabeza a modo de agradecimiento justo antes de meter una mano en el cuenco y proceder a la aplicación.

Brigid tuvo mucho cuidado de estudiar los movimientos y reacciones de Dru, pero, salvo un titubeo inicial, se comportó de forma muy profesional. Para no pensar que sus manos estaban sobre ella, y muy cerca de sus senos, cerró los ojos y se dejó hacer.

Brigid soltó una exclamación cuando sintió la crema sobre la herida, pero luego se relajó porque, efectivamente, la alivió.

A decir verdad, demasiado; el dolor desapareció de forma fulminante.

Pero lo que hizo que abriera los ojos fue cuando escuchó la exclamación de sorpresa de Dru.

Se incorporó un poco para ver el resultado.

—¡Joder! —gritó sin querer cuando vio que no había ni rastro de la herida. Miró a Dru, buscando una respuesta, pero este parecía todavía más atónito que ella—. ¿Qué me has hecho?

Dru negó la cabeza y siguió con la vista clavada allí donde antes había una herida mortal. Su rostro mostraba, más que asombro, perplejidad.

—No lo sé... —Dejó de mirar su pecho y fijó los ojos en el suelo—. Aunque Evelina abogaba por el ungüento, yo tenía serias dudas porque la flor

solo es efectiva para...

—¿Para qué?

Dru negó con la cabeza y se frotó el rostro con cansancio, pero luego, tras suspirar, le dio la espalda.

—Dru... —volvió a llamar.

—¿Sí?

—¿Por qué no me miras a los ojos?

Le pareció que él titubeaba, durante tanto tiempo que pensó que no iba a responder, hasta que susurró:

—No soy digno de miraros, mi Domina. No, después de mostraros...

—¿La criatura que eres en realidad? —terminó ella por él.

Dru asintió con derrota y volvió a darle la espalda.

—¿Qué eres, Dru? ¿Un vampiro? —Como Dru, tras ponerse tenso, procedió a ignorarla, frunció los labios, enojada—. Algún día tendrás que darme respuestas, Dru. Algún día tendrás que explicarme cuál es tu mundo, que, presiento, no deja de ser el mismo que el mío. Un día deberás contarme qué clase de criatura eres.

—¿Para que me desprecies... más?

Brigid lo miró ofendida.

—¿De dónde sacas que te voy a despreciar?

—Tu rostro... la otra noche...

—Miedo, Dru. Se teme lo que no se comprende. Debes entender que el miedo y el desprecio van parejos, que el desprecio nace de la ignorancia.

—Ignorancia... —dijo con una risa ácida y siempre de espaldas a ella—. Como dijo un escritor francés, tres tipos hay de ignorancia: no saber lo que debiera saberse, saber mal lo que se sabe y saber lo que no debería saberse.

—Independientemente del tipo, la ignorancia es mala. Lo que sé, lo sé mal. No son más que conjeturas, probablemente acertadas, o quizá esté muy lejos de la realidad. Lo único que tengo claro es que eres especial, un hombre maravilloso que, vete tú a saber por qué motivo, tiene un demonio interior.

En esta ocasión Dru sí la miró, pero lo hizo con terror.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó a media voz.

—Lo sentí así. Ya otras veces lo sentí, como el día que me hiciste que te tocara, o como el día que quisiste matar a Alex. Eras tú... pero no eras tú. Recuerda que soy empática, pero además la otra noche lo tuve claro cuando tu olor a sándalo quedó barrido por un hedor insoportable a azufre y cuando tu aura se volvió negra.

Dru parpadeó.

—¿Mi... aura?

—Ahora puedo verla —informó con una sonrisa apagada—. No hace mucho, y solo después de hacer una sesión de Reiki con mi jefa. Y la tuya es... ¡Ah, Dru! Tan hermosa...

—Es imposible que puedas ver mi aura.

—Ahora mismo la veo. Es de un color azul índigo deslumbrante.

—Repito que es imposible —contradijo Dru, cada vez más rígido—. Eso solo es posible con los humanos.

Brigid resopló y miró al techo.

—Y tú no lo eres —aventuró.

—No —respondió Dru sin titubear.

Brigid frunció el ceño.

—¿Ronan y la mujer que preparaba el ungüento contigo tampoco son humanos? —Ante la confirmación de Dru, Brigid sonrió—. Eso explicaría por qué no veía su aura. Pero si es así, ¿por qué la tuya sí?

Dru volvió a darle la espalda.

—Basta de preguntas.

—¡Tengo derecho a saber!

—Parfraseando a Pascal, una de las principales enfermedades del hombre es su inquieta curiosidad por conocer lo que no puede llegar a saber. No preguntes, Brigid. Es mejor vivir en la ignorancia, créeme.

—El conocimiento nos hará libres. No recuerdo ahora quién lo dijo —contraatacó ella.

—Sócrates. Y no, Brigid. Saber no te hará libre. En algunos casos, la verdad puede llegar a esclavizar. Por favor, te lo ruego, no insistas con tus preguntas. Yo... No estoy preparado para responder.

Zanjando el tema, Dru comenzó a recoger la mesa de trabajo. Brigid, en cambio, no estaba dispuesta a dejar así la conversación.

—Respeto tu decisión, y de momento no haré más preguntas. Pero debes explicarme esto —dijo en tono de mandato y señalando su pecho—. ¿Qué me ha pasado?

Dru miró al techo y volvió a suspirar con cansancio antes de volverse a mirarla.

—Es una historia muy larga.

—Larga o no, me concierne, así que, por favor, dime qué ha sucedido. Recuerdo el ataque del apestoso, ya sabes, el del cuervo, pero luego me desvanecí. Pero entonces... —Brigid se apartó una lágrima de los ojos—. Morí, Dru. Lo sentí. Lo presentí. —Dru dejó de guardar los útiles y la miró muy serio—. Era un lugar precioso, de verdes colinas y arroyos de agua cristalina. Y luz... Luz mágica, como nunca había visto, de una intensidad cegadora pero que, asombrosamente, no dañaba los ojos. Había calma allí, y paz. —Brigid ahora dejaba caer las lágrimas por su rostro—. Pero yo no quería esa paz, porque tú no estabas allí. Entonces sentí un torrente de energía y me arrancó de ese lugar y me llevó a otro, más oscuro, un lugar donde el cielo fustigaba con furia y rugía, un lugar desapacible donde el frío de la lluvia calaba hasta el alma. Un infierno de dolor y oscuridad... Pero un paraíso para mí, porque estaba en tus brazos.

Dru cerró los ojos y su frente se contrajo. Tenía el aspecto de batallar con algo; consigo mismo, con sus sentimientos, con un imposible... quién sabía. Luego, cuando volvió a mirarla, había serenidad en su mirada castaña.

—Ahora todo está bien —susurró, y aunque intentó que su voz pareciera neutral, la emoción se le escapó con cada sílaba pronunciada.

Ella quiso decir algo más, pero él, de nuevo, le dio la espalda.

Exasperada, Brigid quiso apartarse el cabello del rostro, pero entonces

descubrió que tenía una vía puesta.

—¿Por qué tengo esto?

Dru se giró un poco para ver a qué se refería antes de continuar limpiando la zona de trabajo.

—Creí oportuno hacerte una transfusión de sangre porque habías perdido bastante cantidad.

—¿Quién se ha prestado a ello?

—Keve, por supuesto.

Brigid asintió, pero luego abrió mucho los ojos.

—¿Él está aquí?

—Sí, a la espera de que te cures. Fue él quien te llevó a la Guarida.

—¿Y ahora dónde estamos?

—En el Hotel. Mael nos ordenó traerte tan pronto anocheció. En breve celebraremos una reunión.

Brigid estaba totalmente perdida.

—¿En qué Hotel? ¿Una reunión para qué? Y... ¿cuánto tiempo he estado inconsciente?

Dru no la miró cuando susurró:

—Una eternidad.

—Pareces preocupado —musitó ella a su vez.

El hombre la miró como si estuviese loca.

—¿Te parezco preocupado? No, Brigid. Me preocupo cada vez que sales por la noche, cada vez que no sé dónde estás o cada vez que no das señales de vida en twitter, pero a cómo me siento en estos momentos no se le puede llamar preocupación. Es una palabra muy pobre para definir el tormento por el que he pasado estas últimas veinticuatro horas. —Miró al techo con furia y desolación—. Gracias a los Dioses que Rosa actuó con rapidez...

—¿Rosa? —preguntó Brigid atónita.

—Ella impidió que el fomoriano volviera a lanzarte una segunda descarga

y quien llamó a tu hermano para que te trajera conmigo.

—¿Rosa? —repitió, pero luego añadió rápidamente—: ¿Fomoriano?

—¡Basta! —gritó Dru, pero inmediatamente se dejó caer en una silla—. Por favor, no más preguntas por ahora. Después todo se aclarará, ¿de acuerdo? Ahora quiero que recuperes fuerzas.

Brigid asintió, porque, aunque la herida había desaparecido, y con ella el dolor, se sentía extenuada.

—Con una condición.

Dru alzó una ceja al principio, pero luego entrecerró los ojos con recelo.

—¿Cuál?

Brigid titubeó, pero luego lo miró, implorante.

—Que me des un abrazo.

El pecho de Dru se hinchó.

—No me pidas eso, por favor.

—¿Por qué no?

Dru la miró abatido.

—Porque tengo miedo de no poder soltarte luego.

Era lo más bonito que le habían dicho nunca, pero, por lo que implicaba, también lo más triste.

—Yo no puedo mentir, Dru —dijo muy serio de pronto—. Pero tú sí. —Entrecerró los ojos y lo miró con cólera—. No tienes ningún derecho a subirme al cielo y arrastrarme al infierno con una sola frase. ¿No podías responder con una mentira piadosa, una excusa barata, o incluso una negativa cruel?

Dru la miró con perplejidad.

—Quería ser honesto contigo —respondió poniéndose en pie de nuevo.

—Puedes serlo, pero por favor, en silencio. No alimentes mis esperanzas, si inmediatamente después las vas a aniquilar.

—Pero...

—Un abrazo, Dru —interrumpió sentándose en la camilla, sin importarle su desnudez—. ¿Qué puede haber de malo en un abrazo? He regresado de la muerte, me han atacado y no sé por qué. ¿Tan mala persona soy por pedir una migaja de cariño?

Dru la miró de hito en hito, pero luego, tras pellizcarse el puente de la nariz, la miró con derrota.

—Ah... Al infierno todo.

De dos zancadas salvó la distancia que los separaba y la estrechó con fuerza entre sus brazos.

Brigid lloró; de alegría, de dolor, de pena, de felicidad. Lloró, mientras se aferraba a la cintura de Dru, mientras dejaba que el calor del hombre la entibiara, atesorando cada segundo que pasaba entre sus brazos, porque sabía que solo era algo temporal, que el frío y la soledad llegarían tan pronto se viera desprovista de ellos.

—Gracias —susurró.

Dru se apartó un poco de ella y la tomó por la barbilla.

—Gracias a ti por existir.

Para su sorpresa, Dru inclinó la cabeza y buscó sus labios. Brigid parpadeó cuando sintió el roce, ligero y suave como el aleteo de una mariposa, pero luego suspiró. Pensó que él se detendría, pero abrió la boca y buscó su lengua.

Con un quejido de sorpresa, Brigid se dejó hacer, temerosa de tomar la iniciativa por si él se apartaba. Estaba recibiendo mucho más de lo que había pedido, un maravilloso regalo que no quería que cesara.

Solo cuando sintió las manos de Dru sobre su cuerpo, cuando se apretó a ella e intensificó el beso, Brigid se vio libre de tocarlo, de besarlo a su vez, con el apetito guardado durante un año.

Algo había cambiado en Dru. No sabía exactamente qué, pero su actitud no era tan reticente como antaño. No, no sentía el rechazo, ni sus dudas. Tal vez el hecho de que ella hubiera estado tan cerca de morir le había hecho replantearse las cosas.

Tal vez...

Los dioses quisieran...

Fue Dru quien cesó el beso, pero no el abrazo ni las caricias. Enterró el rostro en la curva de su cuello y la lamió con delicadeza.

—Dioses —ronroneó—. No debería estar haciendo esto. Debería dejarte descansar.

Brigid iba a discrepar cuando escuchó la puerta abrirse. Dru se envaró, pero inmediatamente después se relajó y la cubrió con una sábana.

—Es Keve —informó Dru con una sonrisa sincera.

—¡Duendecilla, estás despierta!

—¡Keve!

El muchacho corrió a su lado y la abrazó con fuerza, pero luego recordó su estado y se apartó rápidamente de ella.

—Perdona, he olvidado tu herida.

Brigid negó con la cabeza.

—No hay herida.

Keve compuso un gesto de perplejidad.

—¿En serio?

—Dru me untó un ungüento muy potente. Mira —dijo destapándose un poco.

—Joder —masculló el muchacho—. ¿Qué tenía ese ungüento?

—Básicamente, flor de luna.

Brigid frunció el ceño.

—Pero esa planta no tiene propiedades medicinales potentes. Si me apuras, diría que sus efectos pueden ser más nocivos que curativos.

—Así es... en personas normales —comunicó Dru.

—«Solo es efectiva para ciertos entes»—recitó Brigid las palabras de Evelina, no exenta de cinismo—. Y digo yo, ¿cuáles son esos entes, Dru?

—Ya empezamos...

—Brigid, creo que ahora no es el momento —abogó Keve por Dru—. Prácticamente acabas de regresar de la muerte. Te dábamos por perdida... —terminó murmurando con pesar.

Brigid no pudo evitar abrazar a su mellizo.

—Pero estoy aquí, y me encuentro de maravilla, así que...

—Si es así, es momento de celebrar la reunión.

Brigid pegó un grito cuando un hombre apareció frente a ellos. Se relajó cuando reconoció al jefe-jefe de Keve, pero inmediatamente se puso rígida cuando descubrió sus ojos multicolor y sus colmillos.

—Todavía está convaleciente —negó Dru su mandato.

—Una persona convaleciente no anda por ahí medio en pelotas y besuqueando a la gente.

—¡Oye! —protestó Brigid.

Mael la ignoró por completo.

—Dru, vamos a preparar la reunión. Y tú, puto elfo, tienes permiso para contarle la verdad a tu hermana. No quiero que en la reunión se me desmaye o, algo peor, interrumpa cada dos por tres con preguntitas sobre los Ocultos.

Brigid parpadeó.

—¿Qué... quiénes son los Ocultos?

Mael barrió la habitación con la mano.

—Nosotros, muchacha. Nosotros somos los Ocultos.

CAPÍTULO 23

Me gustaban las capuchas.

Me recordaban a otra época, a otros mundos. Con ella me sentía cómodo, una garantía de pasar inadvertido y de aislarme del resto del mundo, toda una declaración de intenciones. Ahí dentro no había nada más que yo y mis pensamientos, buenos o malos, no importaba.

Mis hermanos sabían que cuando me ponía la capucha no quería ser molestado. Ese día, además, no quería que vieran mis lágrimas.

No encontraba sosiego.

Sentado en el suelo frente a la puerta de la enfermería y mientras esperaba a que Keve acabara de hablar con Brigid, no hacía más que recordar su rostro aterrorizado días atrás. Temía, por encima de todas las cosas, su reacción: repulsa, su miedo a lo que yo era, aunque por una parte me alegraba que ella supiera la verdad al fin.

Quizá así cambiaría sus sentimientos hacia mí y todo terminaría.

Al menos, para ella.

Para mí ya no había vuelta atrás.

Perdí la noción del tiempo esperando. Unas veces los segundos se me antojaban eternos, mientras que otras, las menos, pasaban los minutos ante mis ojos como si fueran simples latidos. Por momentos, como ese, me sentía derrotado, pero luego me levantaba y comenzaba a caminar por el pasillo totalmente fuera de mí, con una rabia inusual, con la furia del condenado a muerte que sabe que se ha cometido una injusticia y se siente impotente porque no puede demostrar su inocencia.

Tal vez porque no era del todo inocente.

Tanta frustración sentía, que acabé por golpear la pared, y aunque me dio

cierto alivio, no fue suficiente para mantener mis sentimientos bajo control; el flexo del pasillo parpadeando era un reflejo de que estaba a punto de perder el control.

Cerré los ojos cuando una voz del pasado me habló. Apreté la mandíbula con fuerza cuando se rio dentro de mí, recordándome que, por mucho que lo deseara, nunca me iba a librar de ella ni de su maldición.

«Escucha mi sentencia, Aius: yo te maldigo a una vida de soledad...»

—¡Cállate! —rugí.

—Madre mía, cómo está el patio.

Abrí los ojos, sobresaltado, para encontrarme a Rosa sentada frente a mí en el suelo del pasillo. Estaba encendiéndose un cigarro y me miraba risueña. Luego, me tendió la cajetilla de tabaco y un mechero, que no dudé en aceptar.

Por norma general me gustaba el tabaco menos procesado, pero era tal mi estado de ansiedad que dudaba que pudiera liarme uno de los míos.

Tras una larga bocanada, me centré en Rosa, que continuaba con los ojos clavados en mí.

—¿Mejor?

Yo asentí y ella señaló con la cabeza la puerta de la enfermería.

—¿Y ella?

—Curada.

—Pero ¿curada, curada?

No sabía con exactitud qué era lo que estaba preguntando, y algo en la intensidad de su mirada me decía que su pregunta tenía demasiados sentidos.

—En cuanto a la herida del pecho, sí —respondí con recelo.

—¿Y en cuanto a su corazón?

Entrecerré los ojos.

—La bola de energía no llegó a alcanzarlo.

Ella sonrió de medio lado antes de dar una calada y mirarme con condescendencia.

—La bola no. Pero tú sí. Se lo rompiste.

Apreté la mandíbula con fuerza, pero no pude negarlo.

—Lo sé —confesé, abatido.

—Pues no sé a qué esperas para arreglárselo.

En esta ocasión sonreí con cinismo.

—¿Cómo, Rosa?

—Amándola, druida.

—Precisamente por amarla es por lo que ha acabado así. —Miré a la puerta de la enfermería con impotencia—. Y ahora que sabe la verdad será peor.

Ella negó con la cabeza.

—¿Sabes qué es lo que más admiro de ella? Que es capaz de aceptar las cosas de forma natural, por extraordinarias que estas sean, aunque no las comprenda, sin cuestionarse nada. —Suspiró con pesar y clavó sus ojos en mí—. Ella desconocía tu mundo, ignoraba lo que eras, pero, aun así, te aceptó. Incondicionalmente. —Torció el gesto en una mueca cínica—. Dichosos los que no vieron y creyeron.

Sus últimas palabras me hicieron achicar los ojos y mirarla intrigado.

—Pero tú no eres así... Tú necesitas ver para creer.

Ella negó con la cabeza.

—No, lo mío no es un problema de escepticismo, sino de cobardía.

Fruncí el ceño y me incliné un poco hacia delante.

—No te veo como una cobarde.

—¿Ah, no? Pues lo soy, Dru. Y de las grandes. —Se limpió con rabia e impaciencia una lágrima traicionera y apretó los labios con fuerza—. ¿Nunca has pensado en lo poderosa que es la mente, en la capacidad que tiene para bloquear los recuerdos? —comenzó a divagar.

Como quería saber a dónde quería ir a parar, le seguí la corriente.

—¿Eso hiciste? —animé a que continuara al ver que se quedaba sumida en

sus pensamientos.

Rosa asintió.

—Levanté un muro de narices, alto e inquebrantable. O eso creía... No importa las barreras que le pongas; el pasado siempre vuelve. A veces basta con una frase, con un olor, con un sonido o una visión... Solo hay algo que hace clic y el muro se derrumba y con él todo tu mundo, todo en lo que has creído, y entonces todo lo que has negado cobra vida.

Esa sensación la había tenido hacía un año, aunque no lo puse de manifiesto.

—Mecanismo de defensa, así lo llamaría un psicólogo, aunque yo creo que es magia —continuó—. ¿Qué sabe un niño de defensas, de bloqueos? Algo tuvo que intervenir para que toda mi vida anterior a los siete años se perdiera en mi memoria, algo mucho más grande, y más incomprensible, que un simple sistema de defensa ante un trauma infantil. —Hizo una pausa y miró hacia un lado, pero luego frunció el ceño—. Si era así, ¿por qué después de los siete años continué mi vida sin dificultad pese a que el problema persistía?

—¿Qué problema?

—Mi padre. —Suspiró entrecortadamente y luchó de nuevo contra las lágrimas—. Estaba internado en una clínica psiquiátrica.

—¿Por qué?

—Según mi madre, porque estaba como una cabra —respondió con desprecio—. Según los médicos, porque no podía separar la realidad de la ficción. Como Don Quijote. ¿Quieres que te cuente una historia de gigantes y molinos?

—Quiero que me cuentes la tuya.

Rosa asintió.

—Hay un antes y un después en mi historia: el día de mi séptimo cumpleaños. Ese día vi cómo se llevaban a mi padre para encerrarlo en una clínica psiquiátrica. Ahí estaba yo, sentada frente a mi tarta tras pedir un deseo cuando esos hombres entraron. Recuerdo a mi madre diciendo que ahora todo iría bien, que solas nos iría mejor. Ni siquiera lloró. Ni siquiera me permitió hacerlo a mí. Dijo que debía ser fuerte y olvidar. Y eso hice. Crecí con el

convencimiento de que mi padre estaba loco, que era mejor no verlo, no sé si por vergüenza o por culpa.

—¿Culpa? ¿Por qué? Solo tenías siete años. ¿Qué pudiste hacer tú?

—Entonces lo ignoraba. Ya te dije que mi madre se empeñó en borrar todo rastro de una vida pasada con mi padre y darme una vida normal. Por decirlo de alguna forma, lo enterró en vida; a él y a sus recuerdos. Sin embargo, una parte de mí sabía que seguía vivo, aislado y alejado de lo que más quería, y yo no hacía más que pensar que yo era la responsable. La otra noche al fin supe por qué me sentía así. —Miró al suelo y luego a mí. Había lágrimas en sus ojos—. Yo hice que lo encerraran.

—¿Cómo?

—Fue mi deseo de cumpleaños: tener una vida normal. Y se cumplió.

La miré con los ojos y la boca abiertos.

—Por Dana, Rosa, no puedes creer que tú tuviste algo que ver. No eras más que una niña.

—Ya, vale, eso díselo a mi conciencia, a ver si a ti te hace caso y deja de darme el coñazo.

Aunque le dio una nota de humor, supe que trataba de quitar hierro al asunto.

—La cuestión es que, culpable o no, tuve una vida relativamente normal, aunque fui una adolescente muy problemática. Mi madre se echó novio, más que por amor por tener un aliado para meterme en vereda. Ingenua... solo consiguió que me pirara de casa. Tenía dieciocho años y estuve dando tumbos por ahí, sin conseguir establecerme, hasta que conocí a Keve y a Brigid.

—Y ellos se convirtieron en tu familia.

—Así fue. Keve..., bueno, de él me enamoré, y a Brigid... No tengo palabras para describir lo que sentí cuando la conocí. Solo supe que mi viaje había concluido y que era hora de asentarme, que, al fin, había logrado mi ¿objetivo? No, más bien mi destino. Mi padre ya me dijo que estaba predestinada.

—¿Cuándo te lo dijo? ¿Acaso volviste a verlo?

—No. Hará cosa de cuatro años fui a la clínica, solo para tranquilizar mi conciencia, o quizá una parte de mí me empujó porque sabía que en el fondo yo seguía amando a mi padre. La cuestión fue que ya era demasiado tarde; mi padre murió mucho tiempo atrás, prácticamente al poco de encerrarlo.

—Se suicidó —aventuré al ver su gesto contraído por el dolor y la culpa.

—Peor que eso. Se escapó, pero no tardaron en encontrarlo pocos días después; había muerto en extrañas circunstancias por una herida en el pecho. El informe policial decía que lo habían atacado con un arma no identificable.

Fruncí el ceño y una extraña sensación de alarma se apoderó de mí.

—¿Acaso una herida parecida a la de Brigid?

—Prácticamente la misma, a juzgar por las fotos.

Estuvimos un rato callados; ella esperando que yo asimilara la noticia y yo rumiando la información.

—Rosa, dijiste que la había atacado un fomoriano. ¿Cómo supiste lo que era esa criatura?

—Mi padre me lo dijo —dijo con tristeza.

Parpadeé un par de veces.

—¿Cuándo?

Rosa suspiró larga y contenidamente. Supuse que ahora vendría la peor parte para ella de toda aquella historia.

—No hace mucho. Se me presentó.

—¿En forma de espíritu?

—Algo así. O quizá solo era el fantasma del pasado que quería hacerme recordar. Pero, antes de eso, mucho antes de eso, mi padre me estuvo preparando para ello. Lo supe la otra noche, cuando atacaron a Brigid.

—Cuéntame con todo lujo de detalles, por favor.

—Pues íbamos a buscarte y...

—¿A buscarme? —pregunté con incredulidad.

—Brigid estaba echa una caca y la cabeza hecha un lio por lo que pasó

entre vosotros el otro día. Ya sabes, cuando le enseñaste los colmillos. —Yo debí de hacer una mueca de afligimiento, porque ella sonrió con travesura—. Incluso pese a eso ella te seguía amando. —Como carraspeé para cortar el tema, ella continuó, pero antes se encendió otro cigarrillo—. Ella iba contándome que había cambiado, lo de su fuerza y tal. Hubo un momento en el que nos pusimos ñoñas y ella me abrazó. Entonces pasó.

—¿El ataque?

—No. Brilló.

—¿Quién brilló? —pregunté un poco perdido.

—Brigid. Toda su piel era como un puto reflectante malva. Me impresionó mucho, pero lo acepté porque... bueno, porque se trataba de Brigid y todo en ella ya era raro de por sí, pero algo en mi corazón me dijo que eso no estaba bien, que no debía exponerse de esa forma, que era peligroso, como efectivamente pudimos comprobar un segundo después, cuando ella se dobló de dolor y vimos que tenía sangre. Y, entonces, vi al monstruo de mis pesadillas. Ni lo pensé, Dru. Saqué la daga de mi padre, la única de sus pertenencias que me había negado a tirar, y se la lancé, pero se desvaneció. Regresé junto a Brigid, y ahí fue, mientras le tomaba el pulso y mientras esperaba a que Keve me respondiera al teléfono, cuando el muro del olvido cayó y me asaltaron todos los recuerdos que tan férreamente había enterrado en algún lugar perdido de mi mente. —Dio una calada y miró al frente—. Ya te dije antes que había un antes y un después, y este es el antes: un padre que, en vez de mates, me obligaba estudiar mitología celta. Un padre que no me dejaba ir a jugar con las demás niñas porque tenía que prepararme para la lucha. Un padre que quiso que su primogénita siguiera el camino acordado eones atrás. —Llegados a este punto, Rosa lloraba ya sin contención—. Estaban equivocados, Dru. ¿Quiénes eran los médicos para decir qué era verdad y qué ficción? ¿Cómo podían descartar algo simplemente porque ellos no podían verlo? Finalmente, Don Quijote tenía razón: no eran molinos; eran gigantes.

Por deferencia no la obligué a continuar, sino que respeté su duelo, porque supe que, de alguna forma, se estaba reconciliando con su padre, aceptando lo que había sido y, por lo tanto, lo que ella era también —fuese lo que fuese—. Al fin pareció despedirse, porque se restregó los ojos y suspiró un par de veces antes de enfrentarse a mis preguntas. Su mirada serena me indicó que estaba lista.

—Cuando hablas de gigantes, hablas de fomorianos —aventuré.

—Sí.

—Has dicho antes algo sobre un camino pactado eones atrás. ¿Qué pacto es ese?

—Un pacto que hizo una de las facciones fomorianas con unos entes mágicos.

Al principio la miré sin saber con exactitud a qué se referiría, pero luego me incorporé de golpe y la miré aterrado.

—Maldición...

Ella agachó la cabeza con pesar. Cuando la levantó, me miró con un único ojo que le ocupaba la parte baja de la frente.

—No me juzgues aún, Dru. Espera a saber mi historia.

No supe por qué, pero una parte de mí sabía que ella era inocente. Aun así, la impresión fue colosal.

—Eres fomoriana.

—Mitad fomoriana. La otra mitad es humana.

Apreté los puños y entrecerré los ojos.

—La madre de Keve le previno de un peligro, de un ente con único ojo.

—Como te dije, yo no pertenezco a esa facción, Dru.

—¿Y a qué facción perteneces?

Rosa suspiró con cansancio.

—Protectores. Dios, debería haber prestado más atención a mi padre o, al menos, no haber bloqueado los recuerdos. Ahora me siento una completa inútil.

—Cuéntame lo que recuerdes, por favor —pedí con fervor.

—Está bien. Según mi padre, cuando fueron expulsados a las Tierras Muertas, los fomorianos se dividieron en tres facciones: los vengadores, los imparciales y los simpatizantes. Eran tales las discrepancias entre las facciones, que tuvieron varias luchas de poder. Al final ganaron los

vengadores, porque tanto imparciales como simpatizantes fueron esclavizados, sin opción alguna a libertad, ni dentro ni mucho menos fuera de las Tierras Muertas, ya que estaban recluidos por toda la eternidad allí. Creo que los simpatizantes debieron hacer algún tipo de pacto con aquellos que los recluyeron para que los liberaran, pues les permitieron abandonar su prisión y vagar por el mundo de los humanos como tales con la condición de que protegieran a los de su especie.

—¿Qué especie puede ser esa?

Rosa se encogió de hombros.

—Lo siento, no lo recuerdo. Ya te dije que no era más que una niña y entonces yo solo quería jugar.

Asentí, comprendiendo su tesitura.

—Entiendo que los simpatizantes se llamaban así porque estaban a favor de esa especie que has hablado, mientras que los vengadores tramaban algún plan contra ellos.

—Así es. De ahí que se crearan los Protectores entre los simpatizantes.

—Por lo que recuerdo, los fomorianos y los Tuatha tuvieron varias luchas, pero dudo mucho que Brigid sea una Tuatha.

—¿Por qué? A mí siempre me ha parecido salida del mundo de las hadas.

—No puede ser una Tuatha porque Mael lo habría sabido. Además, él me dijo que sentía cierta rivalidad hacia Keve y... ¿has dicho hadas?

—Sí —respondió—. ¿Qué pasa, Dru? —preguntó, alarmada, cuando me puse en pie de golpe. Supongo que mi rostro, pálido por momentos, el temblor de todo mi cuerpo y mi rostro perplejo y asombrado al mismo tiempo también tuvieron que ver con el hecho de que ella me mirara con preocupación—. Me estás asustando, Dru.

—Tengo que hablar con Evelina... —dije como en sueños y mientras daba vueltas en el mismo sitio...— No, aguarda, primero debo consultar con Mael. Esto es más extraordinario de lo que pensaba.

—¡Dru! —gritó Rosa poniéndose en pie.

La agarré por los brazos y la miré a los ojos. Supongo que los míos

parecían los de un desquiciado.

—Ya lo sé, Rosa. Siempre lo he sabido.

—¿Qué?

Solté una carcajada y eché a andar.

—¡Dru! ¿Qué es lo que sabes?

La miré por encima del hombro y respondí:

—Lo que son Keve y Brigid.

Aterrorizada.

Así debería sentirse después de hablar con Keve. Confundida por un mundo que le era inconcebible. Petrificada por una realidad para la que ningún ser humano estaba preparado. Sobrecogida por lo que era Dru en realidad.

Sí, debería sentirse horrorizada.

Cualquier persona en su sano juicio, cualquier persona medianamente normal, debería rechazar y temer el mundo en el que había caído de lleno, porque, quisiera o no, ya nada podía ser igual a antes de esa conversación.

Claro, que a ella le faltaba un tornillo y no tenía nada de normal.

Solo eso explicaría el alivio que sentía por tener al fin las respuestas, la calma acogida de una realidad que, en el fondo, la sentía como propia y, sobre todo, la tranquilidad porque ahora, ya sí, todo tenía sentido para ella, incluida su propia existencia.

Porque que ella y su hermano jugaban un papel importante en el mundo de los Ocultos era algo que no le podían refutar.

Al fin todo estaba en su sitio y tenía la suficiente información.

Bueno, casi toda. Había muchas cosas que se habían quedado en el tintero, todas ellas relacionadas con Dru, con su vida pasada, su celibato, su futuro...

Un golpe en la puerta la sacó de sus elucubraciones. Como insistieron,

carraspeó para aclararse la garganta y se recompuso el cabello y la bata antes de recibir a sus visitas.

Con un poco de suerte, tal vez era Dru...

—Adelante.

Una cabellera blanca asomó por la puerta. Sus ojos mostraban cautela y preocupación, pero cuando la vio sentada en la camilla sonrió de forma deslumbrante.

—¡Ay, qué alegría verte así!

Al principio su decepción fue patente, aunque no tardó en corresponder a su sonrisa. Iba a saludarla, pero cuando vio que no venía sola le pudo la timidez.

Evelina, la muchacha que había ayudado a Dru con la poción, apareció tras ella, e inmediatamente una joven morena con cara de gata y unos ojos verdes preciosos.

No pudo inspeccionarla más, porque Alba se había abalanzado sobre ella y la achuchaba con fuerza.

—Debéis de tener cuidado con la herida —advirtió Evelina.

—Es cierto —se disculpó apartándose de ella para mirarla a los ojos—. ¿Qué tal te encuentras?

—Asombrosamente, curada.

—Creo que Alba pregunta por otra cosa —intercedió la morena, que se había adelantado y, tras apartar a Alba, la abrazó con cuidado y cariño—. Yo soy Selene.

—Ya sabes, te hablé de ella en el sótano.

—¿La de la Bestia?

Las mujeres soltaron una carcajada.

—No es tan fiero el leopardo como lo pintan —dijo Selene con una sonrisa de enamorada.

—Ni por asomo. El señor Leo es un macho maravilloso. Un tanto rudo en sus maneras, pero de una nobleza innegable —apuntó Evelina.

Brigid miró a la aludida, que sonreía con camaradería a Selene, revelando un rostro hermosísimo de impresionantes ojos azules y una boca pequeña en forma de corazón. La mujer esbozó una tierna sonrisa, o lo sería de no haber sido por los colmillos.

Brigid no fue consciente de haber exhalado una exclamación de sorpresa hasta que las mujeres la miraron al unísono.

Evelina hizo amago de acercarse, pero al ver que ella se encogía, no sin cierto recelo y temor, retrocedió de inmediato. Fue Alba la que llegó hasta la camilla y le tomó la mano.

—No debes tener miedo. Evelina es el ser más dulce de la faz de la tierra.

Brigid miró de reojo a Evelina; había tristeza y disculpa en sus ojos azules.

—Supongo que es de los vampiros buenos —susurró a Alba.

—No, vampiro no—corrigió Alba con una sonrisa comprensiva—. Es una Real. Dioses, ahora mismo me recuerdas muchísimo a mí cuando vine aquí la primera vez. ¿Verdad que yo puse esa misma cara, Evelina?

—Exactamente igual —respondió la Real con una sonrisa cómplice—. Pero ella es más discreta. Vos no tuvisteis ningún reparo en preguntarme si os iba a morder.

—Ay, sí —recordó Alba—. Ya sabes que cuando estoy asustada me pierdo la lengua. Por cierto, la respuesta es: no, no me iba a morder. Ronan, en cambio...

Dejó la frase en el aire, pero su risilla traviesa indicaba que no le desagradaba en absoluto.

—¿Ronan quiso morderte?

—Ronan siempre quiere morderme.

—¿Y cómo hace para controlarse?

—No lo hace —confesó Alba, ganándose la sorpresa de Brigid, que la miró con los ojos muy abiertos—. Me muerde siempre que... —miró a Evelina de reojo y carraspeó—. Ya sabes.

Por si le quedaban dudas, la albina hizo gesto con el que ya no le quedó

ningún tipo de dudas.

Brigid se mordió el labio.

—Adelante, pregunta —animó Selene al ver su mirada cargada de interrogantes.

—¿Por qué te muerde? ¿Duele? ¿No te asusta que pueda matarte? ¿Eso no te convierte a ti en uno de ellos? ¿Y...?

—¡So! —pidió Alba entre risas. Se giró a mirar a Selene y la señaló con el dedo—. Mira la que has liado.

La amiga ignoró a Alba y miró a Brigid.

—Es normal que entre Compañeros se produzca un intercambio de sangre. Eso refuerza el vínculo, que, ya que vas a preguntar, es algo así como una boda, pero mucho más trascendental. Todos los Ocultos tienen esa necesidad, sobre todo durante la cópula y...

—¿Ah, sí? —preguntó Evelina, los ojos y la boca muy abiertos.

—Selene, abstente de decir palabrotas delante de los niños —se rio Alba, pero luego abrazó a Evelina—. Tranquila, ya lo averiguarás por ti misma.

—Yo pensaba que solo mordíamos para alimentarnos.

—En el caso de los Reales sí. Pero para el resto es solo un... ¿capricho? —preguntó Selene a Alba, buscando su ayuda.

—No, capricho no. Opción, esa es la palabra.

Brigid agitó la cabeza.

—Has dicho que hay un intercambio de sangre. Eso quiere decir que vosotras, de algún modo, también mordéis a vuestros Compañeros.

—Así es, y por varios motivos —continuó Selene—. El primero, como te dije, para reforzar el vínculo. El segundo, para incrementar el... momento álgido de la pasión. Pero, además, mientras bebamos su sangre, no envejeceremos.

—¿Nunca? —preguntó Brigid con asombro.

—Nunca.

Brigid asintió. Era un poco inverosímil, como todo el mundo de los

Ocultos en sí.

—¿Duele? —acabó por preguntar.

—Para nada. Al contrario —respondió Alba entre risas—. Ya tendrás ocasión de comprobarlo.

—No lo creo —murmuró Brigid, mirando al suelo para que las chicas no vieran su aflicción.

Alba la miró con ternura, pero Selene carraspeó y alzó una bolsa.

—Mira, te he traído ropa para la reunión. El vestido que llevabas quedó inservible. Creo que puede servirte, pues tenemos más o menos la misma talla y altura.

Brigid iba a decir algo, pero Evelina intervino rápidamente.

—No hacía falta, Selene. El Príncipe ya se ha encargado de eso. —Le tendió a Brigid una bolsa y sonrió. Era una sonrisa dulce. Acolmillada, pero dulce—. En cuanto a vuestro vestido, si me dais tiempo puedo arreglarlo.

—¿Sabes coser? —preguntó Brigid con incredulidad. No se imaginaba a una vampiresa cosiendo.

«Real», se corrigió.

—Claro. Esta túnica me la he hecho yo misma —respondió Evelina.

—Sus túnicas son una pasada —señaló Alba—. Y a los machos les vuelven locos.

—¿Machos? —fue lo que pudo decir Brigid.

—Bah, no nos hagas caso. Es nuestra forma de hablar —replicó Alba rebuscando en las bolsas de Evelina—. Joder con el semidiós, qué ojo tiene...

Sacó un precioso vestido de corte medieval que hizo que las otras soltaran un grito de dicha.

—¡Es precioso! —exclamó Brigid acariciando la tela.

—Desde luego, mucho mejor que mis vaqueros —coincidió Selene entre risas.

—Podéis asearos en esa ducha tan pronto os pongamos el ungüento y os repongáis —informó Evelina tendiéndole un paquete—. Aquí tenéis todos los

útiles, incluida ropa interior.

Brigid dejó el vestido a un lado y miró en el interior. Sacó una prenda que provocó un rubor instantáneo en ella y una sonrisa maligna en Alba.

—La ropa interior no es nada clásica. Jesús, ni yo me atrevería a comprar algo así.

—Desde luego, no es algo que yo me pondría —convino Brigid—. Es tan...

—Porno —concretó Alba entre carcajadas.

—Sí que lo es —apuntó Selene, sumándose a sus risas.

—¿Qué significa porno? —preguntó Evelina con desconcierto.

Alba agitó la cabeza con resignación.

—Criaturita...

—Pero ¿qué significa? —insistió la Real.

—Ya lo descubrirás. Creo...

Brigid las miró una vez más, maravillada.

Eran tan distintas, pero al mismo tiempo tan... corrientes. Si Evelina no tuviera colmillos y pudiera ver su aura, incluso podría decir que era casi humana.

«Casi», insistió al mirarla de nuevo y percatarse de que su belleza era irreal, casi divina. Por desgracia no podía ver su aura y así corroborar que su aspecto angelical se correspondía con sus intenciones. Miró entonces a Alba y a Selene; la luz de la primera era deslumbrante, mientras que la de Selene era de un rosa palo que invitaba a la calma.

Frunció el ceño.

—Hay una cosa que no entiendo. Vosotras sois humanas, ¿verdad? —soltó a bocajarro—. Lo digo porque puedo ver vuestras auras.

Alba la miró sorprendida.

—¿Puedes hacer eso?

Brigid asintió.

—Desde que hice una sesión de Reiki con mi jefa. —Además de otras cosas que prefirió no confesar para que no la tacharan de loca—. La tuya es de un dorado intenso y la de Selene rosa.

—¿En serio? —preguntó la morena.

Brigid asintió.

—Son muy hermosas. —Miró a Evelina y se mordió el labio inferior—. De ti no puedo decir lo mismo. No puedo ver la tuya, lo siento.

—Supongo que es porque no tenemos alma propiamente dicha. No alma humana.

En esta ocasión, fue Alba quien frunció el ceño.

—Explica eso.

Evelina, a verse el centro de las miradas, carraspeó, nerviosa, mientras un rubor pintaba sus mejillas.

—Es difícil... A ver... El equivalente a vuestra alma en los Ocultos es lo que llamamos esencia. Es lo que nos difiere los unos de los otros. Como vuestra alma, nuestra esencia es inmortal, solo que jamás abandona nuestros cuerpos.

—Porque sois inmortales —aventuró Selene.

—Pero no indestructibles —contradijo Alba—. Quiero decir; no envejecéis, cierto, y podéis durar cientos de años, miles incluso. No tenéis, por decirlo a lo burro, fecha de caducidad, pero podéis morir.

—Así es —confirmó Evelina.

—Si es así, ¿qué pasa con vuestra esencia?

—Ahí radica la principal diferencia entre vuestra alma y nuestra esencia; vuestra alma es inmortal y, tras morir, viajará en el tiempo y en el espacio en busca de nuevos cuerpos en los que subsistir. Nuestra esencia muere con nosotros.

—Ahhh —soltaron las muchachas al unísono.

Brigid, en cambio, achicó los ojos.

—Pero a diferencia de nuestra alma, vuestra esencia no es visible, ¿me

equivoco?

Evelina negó con la cabeza.

—Y Dru es un Oculito, por lo tanto, no tiene alma, sino esencia. —Esta vez la Real asintió con la cabeza—. Entonces, ¿por qué puedo ver su aura?

Selene soltó una exclamación de sorpresa.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí. Es de un color índigo precioso.

—Pero eso no es posible —apostilló Alba con incredulidad.

—Sí lo es —corroboró Evelina, para sorpresa de las chicas—. Cuando conocí al señor Dru me hice la misma pregunta, pero el Príncipe me explicó que lo que veía no era su aura, sino su esencia druídica.

Alba abrió y cerró la boca un par de veces, hasta que bufó.

—Eso no se lo cree él ni harto de vino. Aquí hay gato encerrado.

Evelina se encogió de hombros.

—Fue lo que me dijo, y no veo motivo para que me mintiera.

—Pues a mí se me ocurren un millón de ellos. Algún día se te caerá la venda de los ojos y dejarás de endiosarlo, Evelina.

—O algún día llegaréis a conocerlo tanto como para ver su nobleza. —Alba puso los ojos en blanco y Evelina suspiró con resignación—. Y hablando de Mael, no debemos demorarnos más, pues ha concertado la reunión para las doce y faltan apenas unos minutos. Por favor, dama Brigid, permitidme que os ponga el ungüento.

—No hace falta, Evelina. Estoy curada. Mira, ¿ves? —indicó mientras se abría la bata.

—¡Joder! —exclamó Alba—. ¡Pero si tenías un boquete del copón!

Selene se acercó a ver mejor, mientras que Evelina retrocedía, aterrada por lo que debería haber, pero no había.

—Pero eso no es posible. No en...

Unos golpes en la puerta interrumpieron aquello que iba a decir. Selene, la

más repuesta, fue quien se encargó de ir hacia la puerta, que abrió a medias y comenzó a susurrar.

—¿No en qué, Evelina? —insistió.

La joven, mortalmente pálida, agitó la cabeza, confusa, pero luego se volvió hacia Selene cuando esta la llamó desde la puerta.

—¿Sí? —preguntó, aliviada por no tener que enfrentarse a los interrogantes de Brigid.

—Es Dru. Te busca.

—¿Dru? —preguntó Brigid, poniéndose rígida de golpe.

Evelina corrió a la puerta, pero no la abrió del todo y, tal y como hiciera Selene, habló en susurros. Brigid agudizó el oído para ver si captaba algo, pero suspiró con tristeza cuando Evelina finalmente salió y cerró la puerta tras ella.

—No quiere verme... —musitó, abatida.

—Oh, no es eso. —Selene corrió a su lado y le pasó un mechón de cabello tras la oreja—. Seguro que la ha requerido por algo importante.

—Y ese algo importante seguro que tiene que ver contigo —añadió Alba tomándole de la mano—. No debes preocuparte. Dru te ama por encima de todas las cosas.

—Lo dudo —masculló.

—Tendrías que haberlo visto ese día... Dioses, pensábamos que iba a perder el control. Tendrías que haberle visto cuando creyó que te había perdido, haber escuchado su grito de lamento, su rugido de rabia, haber sido testigo de su impotencia... Ese día te antepuso a millones de personas, porque de no haber sido por la diosa... Dioses, no quiero ni pensar lo que hubiera llegado a pasar. El mundo tal y como lo conocemos habría acabado.

—¿Por qué? —preguntó Brigid.

Selene se adelantó.

—Eso es algo que sabrás a su debido tiempo. Ahora solo importa que estés a salvo gracias a su amor. Porque sí, Brigid. Alba no miente al decir que Dru te ama, tanto como lo amas tú. Porque lo amas, ¿verdad?

Brigid se limpió una lágrima con furia.

—¿Y de qué me sirve?

—Por muy largo que sea el invierno, siempre hay primavera —dijo Selene que, como Alba, se apropió de su otra mano—. Él encontrará el modo de que podáis estar juntos.

—No hay futuro para nosotros. Su maldición...

—Shhh, no llores, que me partes el alma —pidió Alba mirándola con pesar—. Debes ser fuerte.

—No puedo, Alba. Me siento tan cansada, tan derrotada, tan sola...

—Ahora no estás sola, Brigid. Ahora nos tienes a nosotros.

—Apenas me conocéis.

—Y te amamos y te acogemos como una de los nuestros —cortó Alba, furiosa—. Ahora eres de nuestra familia. Una familia muy peculiar, cierto, pero unida. No solo eres la amada de Dru, nuestro máspreciado miembro de la familia, sino que eres la hermana de Keve, por quien todos, sin excepción, daríamos la vida.

—No, Brigid. Ya nunca más estarás sola —concluyó Selene abrazándola.

Cuando Alba también la rodeó con sus pequeños brazos, Brigid pudo comprobar que, efectivamente, así era.

Que así se sentía.

No, ya nunca volvería a estar sola.

Ahora tenía una peculiar, pero leal, familia en la que apoyarse.

Y por la que luchar.

—Bueno, debemos dejarte para que te apees. —Alba depositó un beso en la mejilla de Brigid y le tocó la nariz—. Y tómate todo el tiempo que necesites.

—Mael se va a cabrear —dijo Selene en tono cantarín, como si en el fondo le alegrase la idea.

—Me da igual —repuso Alba con acritud—. Mael tiene que entender que necesitas tiempo para procesar todo esto. No tengas miedo. Nosotras

estaremos allí.

Brigid lo agradeció con una sonrisa.

Aunque Alba le dijo que se tomara su tiempo, se apresuró en ducharse y en vestirse. No le apetecía granjearse la enemistad de, ¿cómo lo había llamado Evelina?, el Príncipeps.

Sonrió mientras se cepillaba. Parecía el nombre apropiado de un capo de la mafia. Con ese pensamiento salió del baño, la risa bailando en sus ojos y una mueca condescendiente, mueca que se desdibujó para dar paso a una expresión de sorpresa cuando vio quién la estaba esperando en la enfermería.

—Hola, Brigid.

Se le quedó la boca seca y todo el cuerpo preso de una inmovilidad que solo podía provenir de los nervios que la atizaron de golpe.

Porque había algo diferente en el hombre que tenía frente a sus ojos. Y no era por su ropa, una túnica de un blanco deslumbrante con capucha y mangas anchas; tampoco fue por su cabello, húmedo y suelto salvo por un par de trenzas que enmarcaban su rostro. Tampoco fueron los símbolos que se había pintado en el rostro.

Quizá fue la confianza que destilaba. Quizá fue el poder que despedía.

Pero lo que hizo que Brigid abriera mucho los ojos y la boca fue cuando él, tras llevarse una mano al pecho, se postró ante ella.

—Dru...

Algo había cambiado en Dru, tanto como para que sus ojos brillaran de esperanza y expectativa.

—Pido permiso para hablar, mi... —Alzó la mirada y sus labios se curvaron en una sonrisa enigmática antes de añadir—: Domina.

CAPÍTULO 24

Dioses, estaba preciosa, con ese vestido de corte medieval, el largo cabello aún húmedo por la ducha y descalza, como pude comprobar desde mi posición.

Me acaloró ver sus pequeñas uñas pintadas de azul eléctrico asomando bajo el ruedo del vestido.

—¿Qué haces, Dru?

Alce el rostro para mirarla, pero rápidamente baje la vista al suelo, esperando su permiso.

—Reverenciaros, mi Domina.

—Levántate, por favor —pidió con nerviosismo—. No me gusta verde arrodillado.

Sonreí con malicia, pero me levanté. Evité mirarla a los ojos, pues no quería que viera lo que estaba sintiendo en ese momento: hambre.

—¿Puedes sentarte, por favor?

Ella miró hacia la camilla que señalé. Tras un titubeo, fijó la vista en mí, aturdida.

—Deberíamos ir a la reunión. No quiero que tu Príncipe se enfade por mi culpa y...

—Mael nos ha concedido unos minutos.

—¿Para qué?

—Para hablar. —Como no hizo amago de sentarse, cogí una silla y me senté frente a ella, a la espera de que hiciera lo propio. Tras mirarme con el ceño fruncido, se sentó en la camilla, se colocó el vestido y jugó con su cabello—. ¿Cómo estás?

Brigid se encogió de hombros y jugó con una línea imaginaria de la sábana de la camilla.

—Totalmente curada, como bien sabes.

—No es a eso lo que me refiero. Sé que Keve te ha contado lo que somos... lo que yo soy —musité. Aunque no era mi intención, mis últimas palabras sonaron a disculpa. Carraspeé y me erguí en la silla—. Quiero saber si tienes alguna pregunta.

En esta ocasión me miró con asombro. Al menos al principio, porque luego achicó los ojos.

—Vaya. Eso es nuevo. ¿Ahora sí estoy lista para las respuestas? —preguntó en tono mordaz.

Apreté los labios para no sonreír. Me incliné un poco hacia delante y reposé los antebrazos en los muslos.

—Ahora soy yo el que está preparado para las preguntas.

Abrió la boca, pero la cerró de golpe. Hizo un mohín con los labios y me miró con recelo.

—¿Incluso aquellas que te conciernen a ti?

Miré al techo y suspiré.

—Sobre todo esas.

—Va-vaya... —Estuvo unos segundos callada, supongo que sopesando las preguntas—. Está bien. La primera que se me ocurre es esta: si todos los Custodios fueron guerreros captados para servir a la Triada y acabar con las fuerzas oscuras, ¿qué pinta un druida en todo esto? ¿Acaso también eras un guerrero, además de un druida?

—Veo que esa parte no te la ha explicado tu hermano. Verás, hay dos tipos de Custodios, ejecutores y sanadores. Yo soy ambas cosas. Como ejecutor, sobre todo liquido Daimons.

—¿Qué son?

—Demonios menores, invisibles al ojo humano. —Sonreí de medio lado—. Aunque tú los presentisteis.

—¿Yo? —preguntó asombrada.

—El día que viajamos en el metro. Les lancé una bola de energía antes de que te giraras.

Abrió la boca al principio, pero luego sus ojos brillaron, cómplices de la sonrisa que apareció poco a poco en su rostro.

—La luz azulada. Ya sabía que yo que había visto algo raro. Entonces el día que nos conocimos no mentías al decir que eres un sanador.

—Nunca te mentaría, Brigid.

Nuestras miradas se encontraron, pero esta vez fue ella quien la apartó.

—Ese día fuiste a curar a Keve. Sin embargo, no llevabas útiles.

—No los necesito.

—Pero entonces, ¿lo de la infusión? ¿Y lo del ajo?

—Fue una pantomima. Suelo curar con las manos, pero como no querías irte, y yo no pude borrarle los recuerdos, no me quedó más remedio que hacer todo ese teatro.

—Sí, mi hermano me ha dicho que soléis borrar los recuerdos para barrer cualquier pista sobre vosotros. Pero ¿por qué no pudiste borrarlos a mí?

Sopesé la pregunta. Podría decirle la verdad o darle una evasiva. Sin embargo, antes de dirigirme a la enfermería, me prometí contarle toda la verdad. Para bien, o para mal.

—La persuasión, como nosotros la llamamos, no surte efecto en el amor verdadero.

Brigid aspiró con fuerza y me miró con incredulidad.

—Yo... ¿soy tu amor verdadero?

—Mi único y verdadero amor, Brigid —confesé.

Parpadeó, emocionada y confusa a partes iguales.

—Pero acababas de conocerme.

—Todo Oculto y todo druida reconoce a su verdadero amor tan pronto sus miradas se cruzan. En mi caso, además, tuve el placer de conocerte más de dos mil años atrás.

—Oh —exclamó, maravillada—. ¿Premonición? ¿Sueños? ¿Visiones de futuro?

Sonreí. Brigid era muy abierta a todo lo extraterrenal, por lo que me lo ponía muy fácil.

—Mucho más simple que eso: le pedí el deseo de ver el rostro de mi amada a un pozo de los deseos y me mostró tus ojos y tu cabellera. —Me miré el pecho y me llevé una mano allí—. Me mostró una letra.

Ella captó el sentido de mis palabras, porque se llevó los dedos a los labios, supongo que para contener un grito de dicha.

—El tatuaje.

—La B.

Nos miramos durante un segundo. O una eternidad. Cuando estaba con ella no tenía sentido del tiempo.

—Si es así, estamos predestinados a estar juntos...

Muy a mi pesar, negué con la cabeza.

—A amarnos, Brigid. Estamos predestinados a amarnos. Y, por todos los dioses, nada desearía más que pasar toda mi inmortalidad a tu lado, pero...

—Tu celibato —cortó, enfadada y triste al mismo tiempo.

—Mi maldición —corregí con cansancio.

—¿Estás maldito? —Asentí con pesar—. ¿Cómo fue? ¿Quién te lanzó la maldición?

Me miré las manos, buscando tiempo y las palabras para relatarle esa parte de mi pasado que tanto me atormentaba.

—Fue Noive.

—¿Una mujer?

—No. En realidad, era una *bruxa*. Ella... yo... compartíamos lecho en esa época. Lo siento, Brigid.

Ella cabeceó.

—No puedo culparte de lo que hicieras en tu vida pasada, Dru. No debo

censurarte por haber compartido lecho con otras. —Sonrió con cinismo—. Vaya forma de expresarlo. Sí que eres de otra época.

Sonreí a mi vez, pero luego me puse serio.

—Quizá tú no me culpes, pero yo sí lo hago. Debí haber sabido lo que era, lo que pretendía. Nunca debí dejarme persuadir por un efímero momento de calor, por un instante de placer que me dejaba más vacío si cabía de lo que ya estaba, porque dentro de mí, mi alma, mi corazón e incluso mi cuerpo me decían que aquello era un sustituto muy pobre para lo que me tenía deparado el destino. Pero soy un hombre, Brigid, un joven que se guió por su instinto más primitivo sin pensar en las consecuencias.

»Noive llegó a mi vida cuando más pesaba la soledad, cuando las noches eran eternas y gélidas, cuando buscaba un sucedáneo, cualquiera que fuese, de la felicidad. Vino al castro con la excusa de aprender de mí, de compartir conocimientos, disfrazada de joven hechicera blanca cuando en realidad era una oscura, malvada y ambiciosa *bruxa*. Debería, sí, haber sabido leer entrelíneas, haber puesto más atención cuando, aletargado tras la pasión, me susurraba palabras de poder, conquista y dominación. Porque esas eran sus pretensiones; aliarse con un poderoso mago o druida para dominar el mundo. ¡Cómo me reía de ella! ¡Qué estúpido fui al creer que no eran más que aspiraciones de grandeza de una muchacha que no había conocido más que la pobreza! Me daba un poco de lástima, por eso le permití quedarse a mi lado pese a que cada día me repudiaba más su contacto, porque en el fondo sabía que su corazón estaba podrido y que carecía de alma. Sus ojos... dioses, Brigid, tendrías que haber visto sus ojos: despiadados, negros, fríos, ambiciosos... Tendrías que haber visto su risa siniestra cuando maltrataba a los animales, su expresión de locura cuando veía sangre. Por fortuna la venda se me cayó de los ojos y la expulsé de mi lecho y del castro, sobre todo cuando descubrimos que su magia no era tan blanca como quería darnos a entender.»

—Por eso te maldijo, porque no consiguió que te aliaras con ella para su causa.

—No. —Carraspeé y crucé las piernas a la altura de los tobillos, incómodo—. Noive era ambiciosa, sí, y su principal objetivo era la alianza, pero no contó con algo: se enamoró de mí. A su modo, de forma oscura, posesiva y obsesiva, me amaba. Era una gran hechicera, una *bruxa* de gran

linaje, podría haber conseguido la alianza con cualquier otro menos noble y más dispuesto a cumplir sus delirios de poder, por eso lo que la mató de dolor y rabia fue mi rechazo. Así que, enfurecida y desesperada, buscó medidas extremas.

—La maldición.

—No. Eso fue después, cuando... —Callé, porque comprendí que era adelantar acontecimientos—. Ella había intentado por todos los medios conquistar mi amor, pero creo que comprendió que mi corazón pertenecía a otra persona. A ti. —La miré a los ojos, para ver en ellos correspondencia a mis sentimientos. Aparté la vista como buenamente pude, porque por un momento deseé levantarme y besarla y después...—. Por ese motivo hizo todo tipo de conjuros, para que te olvidara, para atarme a ella, para que la amara. En su obsesión, en su tremendo egoísmo, no tuvo en cuenta que no hay conjuro que valga para hacer que una persona se enamore de otra. El amor debe ser, y es, libre. El amor es entrega, nunca recepción. Uno ama por el simple hecho de amar, porque así lo siente, sin esperar nada a cambio, sin pretender reciprocidad. No, ella no entendía que las cosas no funcionaban así. Por eso pensó que si conseguía más poder podía doblegar mi voluntad y hacerme suyo para siempre. Ignoro cómo lo hizo, pero consiguió despertar al Mal del Bosque. Y digo bien, despertar, pero no liberarlo. Para eso necesitaba un conjuro secreto, unas palabras atesoradas por los más nobles y poderosos guardianes del conocimiento y la sabiduría: los druidas.

Ella agrandó los ojos cuando cayó en la repercusión de mis palabras.

—Tú.

—Yo era uno de los pocos merecedores de conocer el conjuro. —Mi incliné hacia delante y ladeé la cabeza—. En el fondo pienso que Noive ni siquiera era consciente de lo que hacía. Tenía una meta y haría cualquier cosa con tal salir victoriosa, sin pensar en las consecuencias. Y estas fueron que dentro de ella habitaba demasiada oscuridad, tanta como para no poder combatir la maldad que terminó por engullirla. —Una lágrima rodó por mi mejilla al recordar ese momento. Me sentí temblar, de forma tan descontrolada que Brigid se bajó de la camilla y caminó asustada hacia mí, pero alcé la mano para impedirselo—. No, aguarda, debo terminar. —Me costó un par de segundos de lucha contra el dolor, la rabia y la pena ante los recuerdos que me invadieron, pero finalmente conseguí recomponerme—. En el castro

estábamos de celebración porque la cosecha ese año había sido espléndida. Dábamos gracias a los dioses y bailábamos. La sidra corría a raudales y las risas de los niños se escuchaba por encima del sonido de los timbales. Había una hoguera en el centro del castro, donde asábamos un cabrito. Entonces ella llegó, desnuda, con el cabello mojado y descalza. Recuerdo que todos dejamos lo que estábamos haciendo al verla, pero no fue su desnudez lo que hizo que todos nos pusiéramos en pie de un salto; Noive se mostró tal y como era en realidad, una anciana de ralo cabello blanco, encorvada y con un rostro que asustaría al más bravo de los hombres. Y sus ojos... brillaban de forma sobrenatural y mostraba una expresión diabólica. «¡Mírame, druida! ¡Ahora soy más poderosa que tú! ¡Póstrate ante mí! ¡Ámame, Aius, yo te lo ordeno!»

En ese punto, Brigid alzó las cejas y soltó una exclamación.

—¿A-Aius?

Suspiré, pero agradecí la interrupción. Necesitaba ese respiro.

—Yo.

Parpadeó, perpleja.

—Aius... Oh, joder... Eso era lo que me susurraban los árboles. —Agitó la cabeza como para quitarse un pensamiento y extendió la mano—. Disculpa, continúa, por favor.

—Aterrado, me la llevé a un aparte. Nada más agarrarla por el brazo supe que ella ya no era Noive, que otro ser ocupaba su cuerpo. Le recriminé cuando me contó lo que había hecho, le exigí que abandonara el castro, que saliera de mi vida. Entonces ella comprendió que nunca, jamás, la amaría, que nunca sería para ella, que nunca lo había sido y... enloqueció. «*Mírame, Aius. Recuerda este instante, porque siempre que yazcas con una mujer, serán mis ojos lo que veas. Cada vez que el placer te atrape, sentirás el mismo odio, el mismo desprecio y la misma furia que ahora mismo me embarga. Yo te maldigo a una vida de soledad. ¡Palabra de Bruxa!*». Una vez arrojada la maldición, comenzó a convulsionarse, ignoro si por el dolor, por la furia o simplemente porque no pudo soportar tanto mal. Sospecho que fue un cúmulo de cosas. La cuestión fue que, de pronto, rugió y, tras alzar las manos al cielo, lanzó una bomba de energía al castro. Fue... —Me tambaleé por el peso de los recuerdos. Casi pude oír los gritos de dolor, el lamento de las madres al ver a sus hijos morir, el hedor de cuerpos carbonizados...

—Dru —susurró acercándose de nuevo a mí.

En esta ocasión no se lo impedí. Dejé que se arrodillara frente a mí y que tomara mi rostro entre sus manos. Necesitaba el calor de tan leve caricia como a nada en el mundo.

—Después de eso —continué—, ella cayó al suelo, vencida por un poder demasiado grande para poder controlarlo. No, sin un amago de luz en su alma. Quise odiarla, Brigid, te lo juro. Deseaba con todas mis fuerzas ser capaz de volcar toda mi ira y mi dolor sobre ella, destrozarla con mis propias manos por todas y cada una de las vidas arrebatadas, por cada lágrima vertida, por cada grito angustiado. —Miré al techo con desconsuelo y luego a ella. Sus lágrimas y las mías brotaron prácticamente al mismo tiempo—. Pero no pude más que perdonarla cuando me lo pidió.

—El perdón es la venganza de los buenos —susurró.

Sonreí con tristeza.

—No fui bueno. Fui un ignorante y un confiado. —En esta ocasión, temblé de rabia. Como empática, ella lo percibió, porque me apretó el brazo a modo de consuelo—. Debí dejarla allí, tirada y olvidada mientras se convulsionaba por el efecto de la onda que había provocado, pero no, tuve que volver para tratar de salvarla. Cuando me arrodillé junto a ella supe que nada podía hacer para sanarla, que la vida se le escapaba con cada aliento. Recuerdo su mirada, triste y cansada, pero, asombrosamente, por primera vez vi algo de humanidad en sus ojos negros. La creí, Brigid, cuando me pidió perdón, cuando me dijo que solo podría morir en paz si le daba un último beso. —Callé, para ver su reacción, pero como no sentí que me censurara, continué—. Tan pronto como nuestros labios se unieron sentí el sabor de la traición; la mentira, la ponzoña, el odio, la trampa en la que me embaucó. Quise apartarme, pero ella me agarró con fuerza y me traspasó con su aliento al Mal del Bosque. Fue... ah, es indescriptible. No hay palabras para explicar todo el odio, la rabia, el dolor y la negrura que me azotaron cuando tomó posesión de mi cuerpo. «Ahora una parte de mi alma siempre estará dentro de ti», me dijo Noive mientras se reía, triunfal. Fue la primera vez que sentí verdadero odio por alguien. Con un rugido de rabia, me abalancé sobre ella, dispuesto a acabar con sus risas. —La miré, disculpándome en silencio—. Solo quería eso, Brigid: que cesaran sus risas. Enloquecido, comencé a estrangularla. Yo no quería, matarla. No lo deseaba de verdad...

Brigid ahora lloraba sin consuelo. La obligué a levantarse y la estreché con fuerza entre mis brazos.

—Perdóname, ¡perdóname! —sollocé—. No quería hacerlo. No debí hacerlo.

—No lloro por lo que hiciste, Dru. Lloro por todo lo que pasaste.

La apreté más contra mí. Necesitaba el calor de su cuerpo, su consuelo, su luz. Estuvimos un rato así, hasta que ella se apartó ligeramente de mí para poder mirarme a los ojos. Tenía la frente arrugada y los ojos entrecerrados.

—Un momento; Keve me dijo que habías perdido la memoria, que ni siquiera sabías tu verdadero nombre. Dijo que Dru era un alias de druida. —Sonrió al caer en la cuenta de algo—. Tampoco me mentiste aquél día con respecto a tu nombre.

Correspondí a su sonrisa, pero luego me puse serio.

—Ya te dije que no te mentí aquel día. Y, respondiendo a tu pregunta, así era, hasta que hace un año pasó algo y la recuperé.

—Hace un año... Cuando te apartaste de mi lado. ¿Fue por eso? ¿Por miedo a que te rechazara al conocer tu pasado, por vergüenza, por remordimientos?

Ladeé la cabeza. ¿Había sido por eso? No del todo, pero quizá sí que influyó.

—No del todo. Principalmente fue porque no quería involucrarte en este mundo. No en el de los Ocultos, sino en mi infierno particular. Tampoco mentía cuando te dije que existía una fuerza mayor que me impedía estar a tu lado, independientemente del celibato: el Mal del Bosque.

Al oír la palabra hizo un mohín desdeñoso, pero luego clavó sus ojos en los míos.

—Hay algo que no entiendo. Si no recordabas nada, ¿cómo sabías que estabas maldito? ¿Cómo sabías que no podías tener sexo?

Me puse rígido de golpe.

—Adivina —dije entre dientes y apartándome de ella.

Brigid dio un paso hacia delante y enlazó sus manos en las mías.

—No quiero adivinar. No quiero sacar conclusiones precipitadas ni pensar en lo peor.

No titubeé al confesar:

—Pues fue lo peor.

Un pequeño grito murió en su garganta y sentí que se convulsionaba de dolor. No sé si fue por el impacto de mis palabras, o porque su empatía le hizo sentir lo que estaba sintiendo yo entonces: rabia, pena, tristeza, vergüenza, remordimientos... Muchos remordimientos.

—Murieron —murmuró, aterrada. Yo solo asentí y procedí a soltarme, pero con una fuerza inusitada me lo impidió—. ¿Cómo, Dru?

Clavé la vista en el suelo. En ese momento no me atrevía a mirarla.

—Las maté yo. Con mis propias manos. Las mismas que te empeñas en agarrar. Suéltame, Brigid. No puedo permitir que la sangre que aun a día de hoy hay derramada en ellas te manche.

—No voy a soltarte, druida. Nunca, ¿me oyes? —expresó con fervor y aumentando la fuerza de su agarre—. ¿Cuántas?

—Tres.

—Mírame, Dru. No vuelvas a bajar la vista al suelo. Necesito ver tus ojos ahora. ¿Por voluntad propia?

Ahí dudé.

—Las dos primeras fueron un accidente.

—¿Y la tercera?

—Una comprobación —confesé en voz ronca y apartando la mirada, pero ella la buscó de nuevo.

—¿Una inocente?

La miré, sorprendido, por la pregunta. ¡Ah, cómo me conocía!

—No.

Ella asintió, comprendiendo y aceptando esa parte de mí.

—Sé que es difícil, pero me gustaría saber qué sucede exactamente.

De forma torpe le conté lo que me sucedía; la enajenación cuando llegaba al clímax, la rabia, el odio, las risas malvadas que anulaban mi voluntad, unos ojos negros sin alma.

Cuando acabé ella miró hacia un lado con un suspiro, pero luego se repuso y se irguió.

—Entiendo que después de la tercera no volviste a intentarlo. ¿Erradicaste el sexo de tu vida en todas sus formas?

Comprendí lo que quería decir, y pese a que ella había hecho la pregunta de forma muy sutil y lo más objetivamente que pudo, me ruboricé. ¡Vaya si lo hice!

—N-no —titubeé—. Sobre todo, al principio. El Mal se siente saciado con el placer, así que yo... me masturbaba a menudo.

—Y cuando lo hacías, cuando te... —carraspeó, incómoda—... al correrte, ¿sentías lo mismo que cuando lo hiciste con las tres chicas?

—Exactamente lo mismo. Por eso erradiqué el sexo de mi vida del todo. El odio que sentía inclinaba la balanza a favor de las fuerzas oscuras, del Mal.

—Entonces, ¿nunca más volviste a masturbarte? —preguntó con incredulidad.

Volví a ruborizarme.

—Ahora sí lo hago —confesé, avergonzado. La miré con timidez—. Desde hace unos días, después de que yo te...

No pude continuar. Me venció el pudor.

Ella, en cambio, aspiró con fuerza y se irguió.

—¿Y eso no te perjudica? ¿No desequilibra tus fuerzas a favor del Mal?

En esta ocasión, sonreí.

—No. Ahora es diferente.

Sus ojos brillaron de emoción.

—¿Por qué?

Apoyé mi frente en la suya y suspiré de puro placer.

—Porque ahora pienso en ti —susurré junto a sus labios—. Al invocarte, al imaginarte, al soñarte todo está bien. Me siento en calma.

Ella se estremeció y cerró los ojos. Cuando los abrió, había determinación en su mirada azulada. Para mi disgusto, se apartó ligeramente de mí.

—Si algo sé como wiccana, es que hay que tener mucho cuidado en lanzar un hechizo, sea bueno o malo. Hay que cuidar las palabras que se pronuncian. —Pegó un respingo—. Claro, a eso se referían mi abuela y Remedios.

Fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres?

—¡A la maldición! ¡Puede romperse! —exclamó llevándose una mano al pecho.

Me restregué el rostro con la mano que me liberó.

—Era una *bruxa*, Brigid —contradije—. Sus maldiciones son irrompibles. ¿Acaso no crees que no he buscado el modo de contrarrestarla?

—No digo que la contrarrestemos, sino que leamos entre líneas, que busquemos una fisura. Al decir que las primeras fueron un accidente, entiendo que desconocías la maldición, por lo que, aunque hayas buscado una solución, al no poder recordar desconocías la maldición en sí, la historia que la envolvía, las palabras que la componían. —Me sentí cansado y animado a partes iguales, pero antes de que pudiera pedirle que lo dejara estar, ella continuó hablando—. Repite la maldición, palabra por palabra.

Así lo hice.

Ella comenzó a pasearse por la enfermería, dándose golpecitos en los labios. ¡Estaba tan hermosa así, concentrada!

—Ella te lanzó la maldición antes de traspasarte el Mal, antes de acabar con el castro. Quiere decir que entonces ella no tenía forma de saber que acabarías matándola. Si te conocía bien, sabía que jamás la matarías por propia voluntad. Porque no lo harías.

—No —concordé.

Ella frunció el ceño.

—Entonces no lo entiendo. Ella lo hizo todo para tener tu amor. Si es así,

¿por qué lanzaría una maldición que la salpicaría a ella?

Imité su expresión perpleja.

—¿Qué quieres decir?

—A ver, Dru; si yo hago todo lo que esté en mis manos para amarrarte a mí, incluido vender mi alma al diablo, ¿para qué lanzarte una maldición que me impediría tener sexo contigo?

Abrí y cerré la boca un par de veces, sin saber muy bien qué decir. Caminé por la enfermería hasta que, de golpe, obtuve la respuesta.

—Tienes razón, Brigid. Hay una fisura en la maldición —murmuré, maravillado por su lógica, por la facilidad con la que había dado con la solución—. La clave está en la palabra *mujer*.

—¿Cómo?

—Dijo mujer en vez de hembra. Al decirlo así, se excluyó de la maldición. —Me miró sin comprender. Yo me reí con cansancio—. Es una cuestión de semántica. Los Ocultos, y los entes no humanos, usamos el término hombre y mujer exclusivamente para la especie humana. Para el resto decimos hembra o...

—Macho —concluyó ella con los ojos muy abiertos—. Ya antes me llamó la atención cuando Alba dijo esa palabra. Ahora entiendo por qué. —Entrecerró los ojos—. Entonces, ¿las *bruxas* no eran del todo humanas?

—Así es. Es más, ella siempre se refería a sí misma con el término hembra, nunca mujer o *muyer*.

—En ese caso, aunque se excluía de la maldición, dejaba una puerta abierta a todos los entes femeninos no humanos, ¿me equivoco?

—Tal vez, pero ten en cuenta que, aunque creíamos fervientemente en la existencia de otros seres, no lo sabíamos con certeza. Era más una cuestión de fe.

—Pero ella debía saber que había más de su especie, ¿no? —insistió.

—Debería, pero en ese sentido tenía las espaldas cubiertas porque, ahora lo sé, las *bruxas* tienen un pacto de no invasión. Ninguna *bruxa* puede codiciar al amado de otra por ley. Está prohibido.

—Muy astuto por su parte, pero, de todas formas, no dejaba de ser arriesgado.

—¿Por qué? —quise saber.

—Tú lo has dicho: teníais vuestra propia mitología y creíais en ella. Fervientemente, has añadido.

—Sí, pero ¿qué probabilidad existía de que esos entes se mezclaran con los humanos? Muy pocas, Brigid. Al menos, no abiertamente. Está prohibido. Por eso nosotros, los Ocultos, los hijos de la Triada, borramos los recuerdos a los humanos. Además, creo que ella pensaba que su especie era la única no-humana que deambulaba por el mundo de los humanos, aunque de incógnito, por supuesto.

—Pero ella se saltó las reglas al mostrarse ante todos con su verdadera naturaleza. ¿Nunca sospechaste de ella?

—Ya te comenté antes que cuando acabé nuestra relación, antes de que ella despertara al Mal del Bosque, sospechaba que no era trigo limpio, por eso me protegí con una bolsita que contenía una mezcla tomillo, añil y romero. —No pude menos que sonreír con travesura—. ¿Sabes cómo se llamaba ese hatillo?

Sus ojos brillaron con picardía.

—Teniendo en cuenta que son hierbas de carácter profiláctico, vete tú a saber...

Me reí por lo bajo, pero cuando la miré, lo hice con toda la ternura que su sola existencia me provocaba.

—Se llamaba *Domina*.

Ella sonrió a su vez y me miró con una expresión que me hizo lanzar un suspiro. Era increíble la forma en que nuestros corazones usaban nuestros ojos para expresar lo que los labios no se atrevían a murmurar.

—¿Qué pasó después de que ella muriera? ¿Fue cuando decidiste convertirte en un Oculito, un Custodio?

—En realidad no. No fue hasta que el Mal se apoderó de mí que no supe de la existencia de la Triada. Entonces tuvo lugar mi conversión. Sabía que yo solo no podría controlar al Mal conociendo el conjuro que lo libera. Cualquier desliz, cualquier debilidad, me harían pronunciar las palabras.

Como la otra noche, cuando moriste.

—¿Morí?

—En mis brazos, Brigid. No podía dejarte morir, ¡no podía! —me excusé —. No me importó desatar una tragedia sin con ello te traía de vuelta.

Vi terror en sus ojos.

—¿Pronunciaste las palabras?

—Por suerte, la diosa Dana vino otra vez en mi ayuda y me hizo entrar en razón.

—Es muy raro que los dioses se involucren.

Me encogí de hombros.

—Desconozco los motivos que tiene la diosa para ayudarme. Fue por ella que me convertí en un Custodio. Yo le rogué fuerza para sobrellevar la carga y consejo para proceder en el futuro. Pensé que la diosa ignoraría mis plegarias, pero me escuchó y me mostró el camino a seguir, así que vendí mi alma y mi memoria a la Triada de la Oscuridad. Pero, al hacerlo, me convertí en algo más que en un Custodio.

—¿En qué? —instó a que continuara al quedarme callado.

—En el carcelero del Mal para toda la eternidad.

—Es decir: no puedes librarte de él y por eso no puedes estar conmigo. Temes perder el control.

—Así es. Lo lamento, Brigid.

Para mi sorpresa, bailó la mano en el aire, restando importancia a mis disculpas.

—Ya veremos cómo arreglamos eso. Centrémonos ahora en tu maldición. Hemos descubierto que tal vez con no humanas no tenga efecto.

—*Tal vez* es muy poca garantía.

—Las muchachas que mataste, ¿eran humanas?

—Sí.

—Es decir, nunca lo intentaste con una no humana.

—No.

Dejó de pasearse y me miró muy seria.

—He apreciado que con Evelina tienes una conexión muy especial. Quizá... con ella...

Me sentí profundamente insultado.

—No —rugí.

—¿Por qué no?

—¿Cómo puedes preguntarlo siquiera, Brigid? ¿Acaso no ves que eres tú, y solo tú, la mujer que añoro? ¿Cómo osas insinuar que bese a otra mujer, que la toque como sueño hacerlo contigo... que tan solo la mire?

Había dolor en sus ojos, pero también determinación.

—Porque quiero que seas feliz. Quiero ayudarte a soportar tu eternidad...

—Con sexo. Porque sería eso, Brigid. Solo sexo. Nunca, en más de dos mil años, lo he necesitado. ¿Por qué habría de hacerlo ahora? —Apresé su rostro entre mis manos y la miré con dulzura—. ¿No entiendes que contigo no sería sexo, que la cópula contigo no sería más que una de muchas otras formas de expresión de mi amor por ti?

—Pero no podemos —susurró con derrota—, porque yo soy humana.

Fui consciente del cambio que se produjo en mi rostro ante sus palabras, por ese motivo le di la espalda. En ese instante me vi de refilón en el espejo. Mis ojos brillaban de forma sobrenatural y mi sonrisa era lobuna.

—Porque soy humana, ¿verdad, Dru? —insistió, tal vez porque se percató de mi cambio—. Una humana con ciertos dones, cierto, pero humana, después de todo.

Unos suaves golpes en la puerta me evitaron tener que responder. Di permiso para entrar y apareció Tristán.

—El señor Mael ordena su comparecencia en el salón sin dilación.

Asentí y esperé a que se marchara para volverme hacia Brigid. Le tendí una mano, que no tardó en agarrar, y me miró con una mezcla de preocupación y congoja.

Y así, agarrados de la mano, llegamos al gran salón, donde todos mis hermanos nos estaban aguardando.

Antes de traspasar la puerta, me giré hacia ella.

—Brigid, no debes temer por lo que encuentres ahí dentro.

Su labio inferior tembló y su nerviosismo aumentó por mis palabras.

—¿Qué voy a encontrar, Dru?

Respiré con calma y la miré directo a los ojos.

—La verdad.

Vale, eso acojonaba, y mucho. Bien podía haberse quedado callado, pero el simple hecho de verse obligado a advertirla ponía en evidencia que el asunto, esa verdad, era de una gravedad considerable.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, pero en ese instante Dru abrió la puerta y se quedó paralizada de la impresión.

Ahí estaban las chicas, Rosa incluida, que la saludó con la mano. También estaban Keve y Ronan, así como Mael, en medio del salón y mirándola con malas pulgas. Pero lo que hizo que la mandíbula se le desencajara fue el resto de asistentes.

—Jo...der —musitó.

Escuchó una risilla procedente del lugar donde estaban las chicas.

—Eso mismo dije yo cuando los vi —apuntó Alba.

—Brigid, permítame presentarte —intervino Dru agarrándola por el codo y animándola a que se adentrara—. Él es Leo, compañero de Selene. —El aludido cabeceó y sonrió. Era alto, muy fornido y asustaba un poco. Parecía un auténtico marine, con su pelo rubio rapado. Brigid recordó que era una Bestia, y así era su apariencia en general, aunque de un atractivo abrumador. A continuación, señaló a un moreno con barba incipiente que la miró con condescendencia—. Él es Alfa, macho dominante de su manada de

licántropos. Y él Dolfo, líder de los Reales. —Brigid dirigió la vista hacia el macho que se inclinó con reverencia. Aunque era menos corpulento que los anteriores, destilaba poder y fuerza. Le recordó un poco a Brad Pitt en el papel de *Entrevista con el vampiro*. Como Evelina, era su belleza dulce e irreal. Era su sonrisa tímida pero cautelosa. Por último, se giró hacia otro macho que parecía recién salido de un libro de historia medieval—. Y él es Wiza, Custodio. Ya te hablé de él.

—El bárbaro —recordó en un susurro.

Dru sonrió.

—El mismo, sí.

—Hechas las presentaciones, comencemos —cortó Mael con brusquedad—. No, pequeña, tú te quedas aquí a mi vera —dijo cuando Brigid hizo amago de ir junto a las chicas, a las que Mael miró con sus inquietantes ojos irisados—. Y vosotras, largo.

—Uy, de eso nada —protestó Alba como si tal cosa—. Yo esto no me lo pierdo.

Mael gruñó.

—Aquí no pintas nada. ¿No tendrías que estar dándole el pecho a tu mocoso?

—Un respeto, semidiós —replicó la albina, airada—. Se llama Helena, y así te dirigirás a ella.

El Príncipe pegó un respingo y la miró horrorizado, o al menos eso le pareció a Brigid, ya que de inmediato se repuso, se irguió y miró al resto de asistentes como si nada.

—Comencemos, y sin interrupciones. — Miró una vez a modo de advertencia a Alba y se dirigió a los asistentes—. Sé que muchos de los presentes estáis al tanto de los hechos, algo que habéis procurado ocultarme. Recordadme tener una charla con vosotros al respecto. —Se escucharon carraspeos y gruñidos, que cesaron cuando Mael levantó la mano—. Hace un año Dru me habló de la persecución que estaban sufriendo Keve y su hermana por parte de un encapuchado acompañado de un cuervo. Voy a ser sincero; me trajo sin cuidado... al menos al principio —añadió cuando hubo un revuelo generalizado de indignación. El semidiós miró al suelo y compuso un rictus

circunspecto—. Creo que todos, sin excepción, nos hemos sentido intrigados por Keve, pues hemos sospechado que su verdadera naturaleza nada tenía de humana. Y si no, miradle. Miradlos —añadió señalando ahora a Brigid—. ¿A cuántos humanos conocéis con un alma invariable tanto en color como en olor? ¿Qué clase de aura es esa?

Todos los presentes miraron a los mellizos y luego entre ellos, pero ninguno respondió, salvo algún carraspeo por aquí y un movimiento de pies por allá, corroborando así que estaban de acuerdo con las palabras de Mael.

Brigid, por primera vez, prestó atención al aura de su mellizo y la comparó con la del resto de humanos presentes. Al principio no advirtió diferencia alguna, hasta que, de pronto, lo vio claro: era inmóvil. Tal y como había dicho Mael, no variaba nunca, siempre estaba inerte. Las de los demás humanos, sin embargo, fluctuaban con suavidad.

Y obtuvo la respuesta.

—Un alma falsa.

Hubo alguna que otra exclamación de sorpresa y muchas miradas perplejas. Solo Mael, Evelina y Dru permanecieron impassibles ante sus palabras.

—¿Cómo puede ser que tenga un alma falsa? —preguntó el tal Leo en tono de mofa—. ¿Ya hemos avanzado tanto que incluso las almas se pueden falsificar?

—Yo no lo llamaría falsificación, sino disfraz —respondió Mael, que levantó las manos cuando todos comenzaron a hablar a la vez—. ¿Nos callamos ya o me tengo que poner chungo? Gracias —dijo con retintín cuando todos enmudecieron—. Podéis llamarlo como queráis, pero la verdad es que Brigid tiene razón. Su aura no es un aura propiamente dicha, ergo... —Elevó una mano y alzó las cejas, a la espera de que alguien respondiera. Como nadie dijo nada, bajó la mano y los miró enfurruñado—. Joder, estáis espesos hoy. A ver, si no tiene aura, eso quiere decir que... ¡que no es humana, coño! —concluyó, exasperado.

—Creo que a esa conclusión llegamos todos hace muchos años, Mael —apostilló el licántropo con cara de aburrimiento.

—Vale, tío listo. Y si no es humano, ¿qué es? —Alfa se encogió de

hombros, pero se movió inquieto en el sofá—. Porque sí, todos nos olíamos algo raro, pero ninguno teníamos nada claro y, para ser sinceros, no te ofendas, Keve, tampoco parecía importarnos. Solo Dru se tomó la molestia de investigar al respecto. Claro que, por otro lado, comenzó a hacerlo movido por propio interés.

—Al margen de los motivos que le llevó hacerlo, lo hizo, Mael —regañó Ronan—. Algo que, según mi modesta opinión, deberías haber hecho tú hace mucho tiempo.

—Modesta, dice... Ronan, no hay ni un ápice de modestia en tu persona. Tú cállate, albina. Y, respondiendo a tu acusación, Ronan, tengo demasiadas cosas en las que pensar como para preocuparme por una subcriatura.

—Pero eso ahora ha cambiado —dijo Dru, rompiendo su silencio.

Se mantenía apartado, con la mirada en el fuego de la chimenea y sumido en sus pensamientos. Un breve cruce de miradas indicó a Brigid que ella formaba parte de estos.

—Pues claro que ha cambiado. No podemos ignorar lo que es, lo que son —corrigió—, ni darles la espalda al peligro que les acecha.

Brigid sufrió un escalofrío.

—¿El fomoriano? —habló Dolfo por primera vez.

Mael asintió.

—Así es, pero ya llegaremos a eso. Como dije, a los hermanos les seguía un ente, pero desconocíamos su naturaleza. Pero no es la persecución lo más extraño de todo, sino los cambios que se han ido produciendo en ellos. La... evolución.

—¿Qué cambios? —quiso saber Leo—. ¿Algo así como la *transformación* de las Bestias?

—Me atrevería a decir que sí. La cuestión es que, ya antes de esos cambios, los hermanos eran atípicos. Keve tenía visiones, y su hermana es empática. Pero no en el sentido superfluo de la palabra, sino mucho más transcendental. Sin embargo, ahora han desarrollado otras habilidades. Keve, Brigid, mostrad los cambios.

Brigid, tras mirar a Keve y fugazmente a Dru, que le dio ánimos con un

cabeceo apenas perceptible, dio un paso hacia adelante.

Se sintió muy incómoda cuando acaparó todas las miradas. Solo se relajó cuando Keve llegó a su lado y le tomó la mano.

—Keve, empezarás tú. A ver, deléitanos.

Keve se encogió de hombros y, como si fuera lo más normal del mundo y sin mostrar nervios, formó una bola de energía. Al hacerlo, todos los presentes se inclinaron un poco hacia delante para verla mejor.

—¿Y qué? —inquirió Leo con desdén—. Es una bola de energía, como la que usamos para neutralizar a los Daimons.

—¿Estás seguro, Leo? —preguntó Mael.

La Bestia entrecerró los ojos y, tras estudiar unos segundos la bola, negó con la cabeza.

—No. Es mayor y de una tonalidad diferente. Supongo que su honda debe ser letal.

—No tengo la menor idea —negó Keve—. Hasta el momento es inservible.

—Pero para algo tiene que valer. ¿Has probado a lanzarla? —quiso saber Dolfo.

—Un millar de veces, pero nada.

—Vale, tomad nota para el futuro: averiguar cómo se activa la bola de energía. Turno de Brigid. Según informes, ha adquirido una fuerza descomunal. Quiero ver esa fuerza. Leo, ven —ordenó Mael.

—¿Yo? ¿Para qué?

—Eres el macho más fuerte de todos, después de mí. Primero quiero ver su fuerza en un Oculito corrientucho.

—¿Corrientucho? —repitió la Bestia con incredulidad—. ¿Yo y mi Bestia te parecemos corrientuchos?

—Sabe por qué lo dice, Leo —señaló Dru.

Leo se encogió de hombros y se puso frente a la muchacha.

—Joder, sí que te pareces a Keve —dijo con una enorme sonrisa de

canalla que hizo que a Brigid se le sonrojaron las mejillas—. Venga, hembra, pégame. Pero cuidado, no vayas a hacerte daño.

Leo iba a sonreír de nuevo, pero entonces Brigid lo empujó y lo mandó a la otra punta de la estancia. Selene pegó un grito y se levantó de un salto cuando su Compañero impactó contra la pared y prácticamente hizo un boquete.

—Ay, por los dioses... ¡Lo siento! No era mi intención empujarle tan fuerte y...—se disculpó Brigid al verle despatarrado y con cascotes de ladrillo sobre sus ropas. Se giró hacia Keve, que la miraba con incredulidad, y le mostró las manos—. ¡Esto va a peor! ¡Lo siento, de verdad! —insistió cuando Leo, tras levantarse ayudado de Selene, volvió a su puesto.

—No te preocupes. He sobrevivido a peores cosas. —Sonrió de medio lado y le guiñó un ojo—. Eres fuerte, nena.

—Vale, puedes con un Oculto normal. Ahora mediremos fuerzas tú y yo. Golpéame.

—Dios, mi sueño hecho realidad —se escuchó susurrar a Alba.

—Cómo la detesto —dijo Mael entre dientes, pero al segundo la ignoró y miró a Brigid con impaciencia—. ¿A qué esperas?

—No quiero hacerlo. Me... asusta. No quiero causar más daño.

—Y no me lo harás —refutó mirándola de arriba abajo casi con desprecio.

—Mael... —advirtió Dru.

Brigid miró en su dirección. Seguía con la vista clavada en el fuego. Parecía que la reunión en sí le traía un poco sin cuidado.

—Ni Mael ni hostias. Venga, tú, pégame.

—Ni lo dudes, Brigid —animó su mellizo—. Si pudiera, yo lo haría.

Tras morderse el labio, y mirar al resto de asistentes, Brigid suspiró y se colocó frente al semidiós, pero en última instancia desistió.

Como Brigid no acató su orden, Mael suspiró con cansancio y se posicionó frente a ella y la miró con intensidad.

—Venga, niña —animó alargando las vocales y en tono de cansancio—, que no tengo toda la mañana.

Brigid negó con la cabeza.

Mael se pellizó el puente de la nariz.

Y, luego, la abofeteó con todas sus fuerzas.

Tuvo efecto, pues ella giró levemente el rostro, pero luego, más sorprendida que enfadada, le devolvió la bofetada, prácticamente por instinto.

Tal y como hizo ella, Mael giró el rostro por el impacto.

—¡Mael, por los dioses! —gritó Ronan, enfadado, pero luego se puso en pie de un salto y gritó alarmado—: ¡Dru, suéltalo!

—Nadie toca a la *mi muyer* —dijo entre dientes, la voz metálica y todo el cuerpo en tensión.

Brigid no pudo verle el rostro porque estaba de espaldas a ella, pero presintió que algo muy grave estaba a punto de pasar si no intervenía.

—Dru, estoy bien —susurró acariciando sus hombros, imposiblemente rígidos.

Como si hubiera recibido una orden silenciosa, Dru dejó caer a Mael. Tembló un poco, pero luego de dos inspiraciones profundas, se volvió hacia ella.

—¿Estáis bien, mi Domina?

Ella asintió y tomó su cintura.

—Perfectamente. Apenas he sentido nada. —Lo miró con preocupación—. ¿Y tú, estás bien?

Dru se restregó el rostro con las manos y apoyó la frente en la suya.

—Ahora sí... —Suspiró junto a sus labios y la miró con ardor, pero luego se volvió a Mael—. Vuele a hacer algo parecido y no respondo de mí, Mael.

Mael ignoró su amenaza, al menos a medias. No era bueno sacar el lado oscuro de Dru.

—Vale, pues tenemos esto: aquí la nena tiene una fuerza equiparable a la mía y es empática. Y su hermano tiene visiones y puede invocar una inservible bola de energía.

—Hay más —dijeron Keve y Rosa al mismo tiempo, tras lo cual se

miraron asombrados.

—¿Qué más? —quiso saber Mael. Como los jóvenes comenzaron a hablar al mismo tiempo y atropelladamente, el Príncipe alzó la mano para poner orden—. Uno por uno. Keve, tú primero.

El muchacho sopesó las palabras, pero luego optó por la demostración. Salvo Brigid, todos dejaron de respirar cuando el muchacho desapareció frente a sus ojos.

—Y ya está —soltó nada más aparecer de nuevo—. Como tú, Mael.

Ronan se inclinó hacia delante y entrecerró los ojos.

—Sí, como Mael.

El aludido no dijo nada, sino que señaló a Rosa.

—Ahora tú.

Rosa sopló para apartarse el flequillo de los ojos y apuntó con la barbilla a Brigid.

—Brilla.

—Joder, Rosa —regañó Brigid—. No tendrías que haberlo dicho. Ni siquiera sé si podría repetirlo.

—Yo sí lo sé —dijo Dru poniéndose frente a ella. Sin dejar de mirarla a los ojos, tomó su mano y se la llevó al pecho, a la altura de su corazón—. Cierra los ojos, mi Domina. Solo siente.

Brigid lo miró con los ojos muy abiertos y una pregunta muda en sus labios, pero el contacto era tan agradable que, finalmente, cerró los ojos, soltó un suspiro y... sintió.

Y lo que sintió fue tan, tan maravilloso, que una sonrisa de dicha se dibujó en su rostro. Dru la llevó de nuevo al lugar de aquella primera noche, un lugar donde eran dos, pero al mismo tiempo uno. Un lugar que olía a humo de turba, a tierra mojada, a sándalo mezclado con espliego. Un lugar donde dos corazones latían al unísono y donde las risas colmaban los oídos y los embriagaban de felicidad.

—Abre los ojos ahora, Brigid.

Con reticencia, hizo lo que Dru le pidió. Él estaba frente a ella, con una

sonrisa tímida y una mirada cargada de amor y ternura, pero al instante se postró ante ella.

Brigid miró al frente y observó cómo todos habían dejado de respirar, pero luego, uno a uno salvo su mellizo, hincaron una rodilla al suelo.

Extendió una mano, como si así pudiera impedirlo, pero entonces vio que esta brillaba con una luz malva que procedía de su propio interior.

—Yo... yo... —miró a su alrededor, buscando ayuda, pero solo Mael le devolvió la mirada.

—Bueno, chicos, pues ya sabéis lo que son estos dos.

Brigid miró a su hermano, que parecía tan perdido como ella. Vagó la vista por los presentes hasta que esta se detuvo en Dru. Cuando este alzó la vista hacia ella, susurró:

—¿Qué soy, Dru?

Él se levantó y le acarició la mejilla con el pulgar. Luego, respondió con reverencia:

—Para los Ocultos, una diosa fae. Para los humanos, un hada. —Tomó su mano y la besó con reverencia. Había océanos de amor en sus ojos castaños cuando añadió—: Y para mí, todo.

CAPÍTULO 25

No me eché a reír de su cara de desconcierto por respeto, pero lo cierto era que su rostro era, cuando menos, cómico.

—¡No me jodas! —oí exclamar a Keve—. ¿Ella es una diosa de verdad?

—Ambos lo sois —respondió Mael.

—Es tan inverosímil... —musitó Brigid, pero después, cuando al fin pareció tomar conciencia de su situación, suspiró entrecortadamente y sus ojos se encendieron de esperanza—. Entonces, si soy una diosa, además soy no-humana. Eso significa que...

La sombra de las dudas, e incluso de las certezas, ensombrecieron mi alma, algo que supuse se vio reflejado en mis ojos, porque los suyos se apagaron un poco.

—Después, mi Domina —musité junto a sus labios en tono triste.

—Ya, ya —cortó Mael con impaciencia—. Dru, haz el favor de dejarte de carantoñas y volvamos a lo importante.

Miré a Mael por encima del hombro, enfadado, pero tras apretar la mano de Brigid con cariño, me aparté un poco de ella.

Solo un poco. Quería en ese momento tenerla lo más cerca posible de mí.

En ese momento... Qué gran mentira.

Quería tenerla siempre, a cada instante, a mi lado.

—¿Qué tipo de dioses son? —quiso saber Ronan.

—A eso vamos, si aquí los mozos dejan de dar el espectáculo. —Gruñí, pero opté por hacerle caso y, temiendo no poder contenerme, regresé a mi puesto junto a la chimenea. Brigid suspiró de desilusión. Volví a gruñir—. Hace poco los mellizos han encontrado un cuaderno antiguo, como una especie

de diario.

—Pero en realidad no es un diario —habló Evelina.

—Es una partida de nacimiento —concluí yo.

—Es decir, la prueba irrefutable de vuestro linaje, descendientes de Elfame, reina de las Hadas.

Todos, en general, soltaron un «¡Ohh!» reverencial.

—Entonces, en resumidas cuentas, no solo soy una criatura mágica, sino que soy descendiente de una reina. Así que de subcriatura nada, ¿eh, Mael? —se vanaglorió Keve, quien creo que aún no era consciente de la magnitud de la situación.

Mael enrojció un poco, pero, asombrosamente, no dijo nada al respecto.

Solo yo, y Evelina, sabíamos por qué no replicó a Keve; no se le tenía permitido. Keve era de mayor rango que Mael.

—Vale, una incógnita resuelta —dijo entonces Leo, quien, por la forma que tenía de mirar a Selene, parecía tener ganas de que la reunión se concluyese de una vez—. Pero, punto uno: ¿qué tiene que ver el fomoriano en todo esto? Y punto dos: ¿por qué sabemos con certeza que fue un fomoriano quien atacó a Brigid?

—Sabemos que fue un fomoriano porque Rosa me lo dijo —respondió Keve con un encogimiento de hombros—. Cuando me llamó, me dijo que un fomoriano había atacado a Brigid.

—Ya, pero, ¿cómo sabía ella que era un fomoriano? —insistió Leo.

En esta ocasión, Keve entrecerró los ojos y miró a Rosa.

—Eso, Rosa. ¿Cómo lo supiste?

La muchacha se sonrojó, pero se irguió en el asiento.

—Vale, antes de que me echéis a la hoguera, o me lancéis una bola de energía o lo que quiera que hagáis, necesito vuestra palabra de que me dejaréis contaros toda la historia.

—¡No te van a tocar ni un pelo! —exclamó Brigid indignada, pero a continuación me miró con pesadumbre—. ¿Verdad, Dru?

—Lo prometo.

—No prometas tanto, druida —señaló Leo en tono acusatorio—. No, hasta que hayamos escuchado toda la historia.

—Eso es lo que quiero: que me escuchéis. Luego... que sea lo que los dioses quieran.

Hubo un momento de silencio, en el cual supuse que la muchacha buscaba las palabras para explicarse. Miró al techo e inspiró para infundirse valor antes de dirigirse a los presentes.

—Mi padre siempre decía que ellos llegarían, aunque no lo recordaba hasta la pasada noche. Durante toda mi vida me han preparado para un momento como este.

—¿Para qué? —quiso saber Ronan.

—Para luchar contra los fomorianos.

—Pero, ¿por qué? Salvo para esclavizaros, los fomorianos no tienen interés alguno en los humanos. Su interés se centra exclusivamente en los *fae*.

—¿Acaso eres tú una *fae*? —preguntó Brigid mirándola con escepticismo.

—Ya sabía yo que eras algo raro —acusó Keve.

—Oh, venga ya —exclamó Rosa con desdén—. ¿Qué ibas a saber tú? Para hacerlo tendrías que haberte molestado en mirarme, aunque fuera un segundo.

—¿Para qué te iba a mirar? ¿Para que te rieras de mí, como solías hacer? ¿Para que me putearas más de lo que lo hacías? Si hubieras sido más amable, quizá hasta te hubiera echado los tejos.

Rosa se puso en pie de un salto.

—¡Serás cretino! Ahora resulta que la culpa fue mía. No fui yo quien después de besarme dijo para que todo el mundo se riera: «se pone bizca».

—¡Es que te pusiste bizca! Por un momento pensé que tenías un solo ojo y... ¡Joder! —susurró mirándola horrorizado—. No me digas que eres tú de quien trataba de prevenirme mi madre...

—No, Keve —corté—. Ella no representa ningún peligro para vosotros.

—Un momento. ¿Pero tu madre no estaba muerta? —preguntó Ronan.

—Sí, pero me visitó en sueños y me dio ese mensaje.

—Y luego dices que yo soy la rara —replicó Rosa.

—¡Silencio! —cortó Mael—. No veo qué tiene que ver esta discusión con el tema que tratamos. O que trataríamos, si no os fuerais por la tangente.

—Pero sí tiene que ver —dijo Keve—. Por eso ella sabía lo que era el apestoso, porque es una de ellos. ¿Acaso no lo ves? ¡Ella es fomoriana!

Después de un segundo de estupor, todos comenzaron a hablar al mismo tiempo, lanzando acusaciones que no tenían lugar.

—A ver, para que todos sepamos de lo que estamos hablando —intervino Alfa—, ¿quiénes son los fomorianos?

Comprendí su pregunta, porque Alfa era el más joven de todos los Ocultos presentes, así que me dispuse a responder.

—Los fomorianos son unos dioses legendarios, oscuros y, se dice, macabros.

—No todos —protestó Rosa con indignación.

—Cierto. Te pido disculpas si te he ofendido, pero lo cierto es que los fomorianos eran dioses de la Muerte y de la Noche. Se decía de ellos que eran amorfos, pero también nos hemos encontrado con grandes bellezas, como Elatha, por ejemplo.

—Rosa también es hermosa —apostilló Brigid, que fue secundada por Keve, que afirmaba con vehemencia.

—Lo es —dije para aplacarla. Rosa tenía razón: cuando Brigid entregaba su corazón lo hacía sin reservas, de forma incondicional, de ahí que se empeñase en defender a su mejor amiga. Me volví a Alfa para continuar la explicación—. Fueron uno de los clanes invasores de Irlanda, hace eones, junto a los Tuatha, los Fir Bolg y los Milesianos, con quienes mantuvieron diversas batallas, hasta que fueron expulsados a las Tierras Muertas.

—Pero, ¿es fomoriana de verdad? —preguntó Dolfo con incredulidad.

Rosa, entristecida, miró a Brigid como pidiendo una disculpa y luego se colocó en el centro de la sala. Una lágrima resbaló por su mejilla, pero después de limpiársela con rabia, mostró su verdadera naturaleza.

—Jo... der —se escuchó musitar a Keve, que la miraba atónito—. Eres...

En esta ocasión, Rosa no se limpió las lágrimas, que brotaban a miles por su único ojo.

—¿Horrenda? ¿Monstruosa? ¿Horripilante?

Keve negó con la cabeza y avanzó hasta colocarse a un palmo de ella. Le acarició la mejilla y susurró:

—Hermosa.

Rosa alzó la vista, que había clavado en el suelo, y suspiró entrecortadamente al ver cómo la miraba Keve.

—Mi abuela tenía razón —dijo Brigid, acercándose a ella y acariciando su cabello—. Al final, Keve te ha visto.

—Pero entonces, ¿es buena o mala? —intervino Alfa.

Muy brevemente, omitiendo la parte personal, narré lo que me había contado Rosa acerca de las facciones de fomorianos.

—Vale, punto dos, aclarado —dijo Leo cuando terminé—. Ahora, volvamos al punto uno. ¿Por qué los fomorianos van tras ellos?

Fue Evelina quien se apresuró a responder.

—Me temo que para eso no tenemos respuesta, pero puede que no haya sabido leer bien el diario de Anjana, la madre de los mellizos. Después de todo, es un dialecto anterior a la Lengua Antigua, el lenguaje secreto de las hadas, aunque por contexto he podido deducir que existió alguna rencilla entre Anjana y su protector, a quien llama Tolc.

—Lo que sí sabemos —continué— es que la historia de Rosa es cierta, pues fue el clan de Elfame quien ayudó a los simpatizantes a escapar de las Tierras Muertas y liberarlos así del gobierno de terror que habían impuesto los Vengadores. Como ya expliqué, los Simpatizantes se convirtieron en Protectores. Por desgracia, si quien os acecha es efectivamente Tolc, desconocemos los motivos que le llevan a hacerlo, aunque si hacemos caso a una antigua leyenda fae podemos sacar una conclusión, y es que se mueve por ambición.

—Esa leyenda —me relevó Evelina— habla de la unión entre un

fomoriano y un fae, convirtiéndose en Reyes de todos los reinos fae.

En ese punto miré a Keve y a Rosa, que tenían en ese momento las manos enlazadas, pero, al caer en la cuenta, Keve se la soltó y se llevó la suya al pecho.

—Rey de reyes... ¡Oh, madre! —exclamó con tristeza al tiempo que se dejaba caer en el sillón y se mesaba el cabello—. Tú me lo dijiste. «Sangre real. Rey de reyes. Protector de protectores. Guerrero y sabio». Si no te equivocaste en esto, tampoco lo harás lo en lo otro.

Brigid lo miró entre ceñuda y asustada.

—¿Qué es lo otro?

Yo lo sabía, pero, como Keve, opté por guardar silencio.

Mael, sin embargo, no lo dejó estar.

—Responde a tu hermana, Keve.

Keve miró primero al semidiós y luego a mí. Yo aparté la mirada. La decisión de hablar estaba en sus manos. No sería yo quien le alentara o le disuadiera a hacerlo.

—Ella... me dijo que... pronto estaríamos... —Susurró entrecortadamente y miró al suelo al terminar—: Juntos.

Brigid se llevó una mano al pecho y soltó un grito de dolor.

—¡No! —corrió al lado de su hermano y, tras tomarlo por los hombros, lo zarandé—. Dime que no es cierto. Dime que no vas a morir. ¡Dímelo!

—No va a morir —respondí yo por Keve, quien, al escucharme, alzó la cabeza y me miró sorprendido.

—Yo te lo conté, Dru. Te dije que ella me prometió que pronto estaríamos juntos. Me lo dijo en sueños, o se presentó en espíritu, o lo que sea lo que hagan los muertos. —Como Evelina, Mael y yo miramos al suelo, nos apuntó con el dedo—. ¿Qué no me estáis contando?

Yo abrí la boca para responder cuando Mael soltó a bocajarro:

—Tu madre no está muerta.

A Brigid se le cortó la respiración cuando el Príncipe soltó aquello. Tal era su estupor, que por un segundo creyó que tal vez no era más que una suposición, pero, al mirar hacia Dru y ver cómo la miraba, supo que sabía de lo que hablaba.

—¿Está viva? —murmuró con absoluto dolor.

«No la siento. Qué extraño», recordó de pronto las palabras de Remedios cuando pidió que invocase a su madre.

El corazón, de golpe, pareció reaccionar, porque comenzó a bombear con fuerza y la respiración volvió, alterada, caótica, tanto que temió estar sufriendo un ataque de pánico.

Porque si su madre no estaba muerta, eso significaba que...

—¿Nos abandonó? —dijo en un hilo de voz.

Dru la miró con tristeza.

—No, mi Domina. Os salvó.

Brigid parpadeó, pero luego su rostro se iluminó de esperanza.

—¿Dónde está? ¿Podré verla algún día?

Dru dudó, pero luego tomó su mano y la obligó a sentarse. A continuación, se puso de cuclillas frente a ella.

—Quiero que entiendas que todo lo que digamos a partir de ahora, todo lo concerniente a tu madre, no son más que suposiciones. La verdad solo la sabe ella, pero no puedo garantizarte que vuelvas a verla, que puedas estar a su lado. Solo Keve podrá hacerlo.

—¿Por qué? —quiso saber su mellizo.

—Porque te lo vaticinó. A ti. Solo a ti. Te prometió que pronto estaríais juntos, pero no dijo lo mismo de Brigid. ¿Me equivoco?

Keve negó y miró a Brigid con tristeza.

Dru apretó su mano.

—Vale, esto es lo que he sacado en claro. —Fue Wiza quien retomó la conversación inicial—. Supongamos que el tal Folc ambicionara la corona y pretendiera esposarse con Anjana, pero no fue así. En el supuesto de que se moviera por ambición, que todavía pretenda unirse a una futura reina fae, esto es, Brigid, ¿por qué atacarla de muerte?

Dru lo miró con frustración.

—Eso es lo que no sabemos. Creemos que algo grave debió pasar entre ellos para que Anjana alejara a sus hijos del sídhe.

—¿Qué es el sídhe? —preguntó Keve.

—El sídhe es el mundo donde moran las hadas. Pero, aunque es un lugar remoto, no es del todo seguro, no mientras aún fuerais adolescentes que no han desarrollado todo su poder. Hasta que se diera el caso, eráis vulnerables a los ataques de los fomorianos.

—Es decir —intervino ella—, aun somos adolescentes.

—En evolución —corrigió Dru—. Vuestros poderes son cada vez mayores, pero aún no los habéis desarrollado del todo. Por eso el fomoriano casi te mata —concluyó en un hilo de voz.

—¿Y después? —quiso saber Keve—. ¿Nos mataría?

—No tan fácilmente—respondió Mael—. Las fuerzas estarían equiparadas, pero no aquí, en el reino de los humanos.

Dru se volvió al semidiós, ceñudo.

—Explica eso.

Mael se encogió de hombros.

—Bueno, de todos es sabido que en el mundo de los humanos todos nuestros poderes se debilitan. Como vosotros, cuando amanece. Es una forma de, digamos, equilibrar fuerzas.

—¿Qué fuerzas? —se mofó Leo—. Los humanos no tienen ninguna.

Mael se rio por lo bajo.

—Y ese es vuestro gran error: pensar que los humanos son débiles. ¿En cuanto a fuerza física? Sí, por supuesto. Pero ellos tienen algo que no tenemos ninguno de nosotros: alma, motivación y ansias de vida.

Todos, tras sopesar sus palabras, asintieron, conformes a su explicación.

—Vale, entonces entiendo esto —habló Keve—: Mi madre, viendo el percal, y sabiendo que éramos carne de cañón hasta que obtuviéramos todos nuestros poderes, decidió protegernos alejándonos de ella.

—Eso es —respondió Dru—. Ella solo aguardaba el momento para llevaros al sídhe. —Miró a Brigid con dolor, pero luego agachó la cabeza—. Estimo que ese momento está próximo.

Brigid, que aún no se había conciliado con la idea de que su madre estuviera viva, musitó como en sueños, más para sí que para el resto:

—¿Por qué nunca vino a vernos? ¿Acaso es porque a las hadas les está prohibido caminar por el mundo de los humanos?

Aunque no era su intención, había en su pregunta una nota de reproche.

Dru debió detectarla, porque la tomó por la barbilla con dulzura.

—No debía, Brigid. Las hadas suelen dejar un rastro muy fácil de seguir. No pudo hacerlo sin ponerlos en peligro.

Brigid asintió, pero, aunque comprendía los motivos que la llevaron a hacerlo, una parte de sí, aquella se había sentido huérfana toda su vida, no podía evitar sentir rabia por aquello que pudo haber tenido y que una leyenda le había robado.

Al cabo decidió reconciliarse con esa parte. Su madre estaba viva. Y eso era... ¡ah, eso era grande! Pronto estarían juntos y...

La alegría se esfumó de golpe cuando recordó las palabras de Dru.

—¿Por qué mi madre vaticinó que solo Keve estaría pronto junto a ella?

«¿Acaso no me quiere?», se preguntó, además, para sí misma, pero pronto se reprochó pensarlo siquiera. Su madre había renunciado a ellos para ponerlos a salvo, luego debía quererlos por igual, ¿no? ¿NO?

Su rostro mostró todas y cada una de sus emociones, porque no solo Dru, todos la miraron con tristeza.

—Las hadas se mueven en el espacio-tiempo —contestó Mael—, por lo que es posible que supiera que algo te ataría al mundo de los humanos.

Todos los ojos se posaron entonces en Dru. Los de este, en el suelo.

—Entonces, ¿es opcional? —intervino Keve, que ahora miraba a su hermana con una mezcla de tristeza y de esperanza—. Quiero decir que si tenemos elección.

—Claro —confirmó Mael—, siempre y cuando tengáis claro que si decidís quedaros en el mundo de los humanos debéis ateneros a las consecuencias.

—¿Qué consecuencias? —quiso saber Ronan.

—Pues ya las he dicho: sus poderes se verán reducidos.

Dru lo miró con desconfianza.

—Pero hay algo más, ¿no?

—Ah, bueno, sí, y lo otro.

—¿Qué es lo otro? —dijo entre dientes y el cuerpo en tensión.

—Pues que... morirán.

Brigid parpadeó. Keve suspiró, agobiado. Dru, rugió.

—¿Cómo que morirán?

—Pues eso; caput. Desde luego, no envejecerán al ritmo de los humanos. A partir de que evolucionen, envejecerán de forma mucho más lenta, pero a la larga acabarán muriendo. Lejos del sídhe, no serán inmortales.

—Eso no tiene ni pies de cabeza —objetó Dolfo—. Nosotros vivimos en el mundo de los humanos y somos inmortales.

—Vosotros, los licántropos, los Bestias e incluso los Custodios, sois de otra raza diferente. Nada tenéis que ver con el mundo de las hadas. Fuisteis creados por los fae para mediar entre ambos mundos.

—¿Y qué pasa contigo? —quiso saber Alba—. Porque tú eres hijo de Taranis, que es un Tuatha.

—Sí, pero soy, además, un Oculto. Yo fui el primer Custodio que creó la Triada.

Aquella noticia pareció sorprender a todos, porque hubo un clamor de estupor en el salón.

Solo Dru pareció impassible ante la última noticia, aunque no con la

anterior, a la que parecía estar dándole vueltas.

—En resumidas cuentas, solo en el sídhe vivirían eternamente. Aquí ellos envejecerían y morirían —acabó musitando con desdicha.

A Brigid pareció parársele el corazón. Porque ella sabía lo que eso implicaba.

Las chicas le habían dicho que podían vivir eternamente siempre y cuando bebieran la sangre de sus Compañeros, pero dudaba mucho que ella tuviera uno.

Eso quería decir que se marchitaría, que, pese a ser un hada, una criatura mágica con ciertos dones, acabaría criando malvas.

No es que tuviera miedo a morir; eso lo tenía asumido desde el mismo instante que tuvo conciencia, ni tampoco a envejecer; su mayor temor era saber que, de tener alguna posibilidad con Dru, esta tenía los días contados, porque, ¿qué probabilidad había de que Dru, con sus sempiternos veintisiete-veintiocho años, la siguiera viendo hermosa, la deseara o incluso la amara cuando ella fuera una anciana de piel arrugada y ralo cabello cano?

Porque Dru nunca, nunca, la tomaría por Compañera.

«Existe una fuerza mayor que me impide tenerte», le dijo una vez.

Y, a juzgar por el rostro acongojado y derrotado de Dru, esa fuerza mayor persistía.

Ilusa... Ella, que había llegado a creer que, al no ser una mujer, sino una hembra fae, había una posibilidad de romper, o al menos anular, su maldición.

Pero ahora... No, ahora no tenía ninguna probabilidad de futuro con Dru.

Él se alejó de ella y volvió a su lugar frente al fuego de la chimenea, al que miró sin ver. Un segundo antes de que se pusiera la capucha y agachase la cabeza, Brigid vio sus ojos.

Negros.

Muy negros.

Y su aura... Ah, se había enturbiado. Brigid preparó sus fosas nasales para captar lo que ya sabía que olería: a podredumbre.

No, ese ya no era el Dru de siempre.

—¿Hermano? —escuchó a Ronan llamarlo, probablemente de las pocas personas que se dio cuenta de su cambio.

—Ahora no, Ronan —dijo en un susurro bajo, ronco, metálico.

Tan pocas palabras que dijeron tanto... Rabia, ira, desolación, derrota. Y dolor. Tanto que asfixiaba.

Hubo unos segundos de silencio. Brigid supo que todos, a juzgar por la lástima que había en sus ojos, supieron la tortura por la que ambos estaban pasando y, de alguna forma, guardaron duelo.

Fue Leo el primero que habló.

—Al hilo de lo que has dicho, hay algo a lo que llevo dándole vueltas. Si es cierto que los Ocultos perdemos parte de nuestros poderes cuando nos da el sol, sin contar con los daños corporales que este nos produce, llevándonos incluso a la muerte si la exposición es de más de tres minutos, ¿cómo cojones hizo Dru para salir ileso el otro día? Porque no le salió si una puta ampolla.

Su pregunta captó inmediatamente la atención de todos, que comenzaron a murmurar, salvo de Mael, que apenas parpadeó y de Dru, que ni se inmutó cuando, sin levantar la cabeza, respondió:

—Bebí la sangre de Alba.

Ronan se puso en pie de un salto.

—¿Qué hiciste qué? —prácticamente ladró.

Dru suspiró y lo miró durante un segundo. Había arrepentimiento en sus ojos.

—Hace un año, cuando le tomé las muestras. Me guardé varios tubos y la bebí.

—Insensato... —gruñó Mael dirigiéndose a él—. ¿Sabes lo que has hecho?

—Sí —respondió con calma.

—Pero señor Dru —intervino Evelina, acalorada y preocupada—. Os dije que lo dejarais estar, que podría tener graves consecuencias.

—«Lo que fue, será» —recordó Alba—. ¿Acaso te has vuelto humano, por eso toleraste la luz del sol? —Como Dru no respondió, se giró hacia Mael—.

¿Es eso, Mael? ¿Se ha vuelto humano? —Luego, miró a Brigid—. A lo mejor lo que ves ahora no es su esencia drúidica, sino su aura humana.

Mael miró a una y a otra.

—¿De qué estáis hablando?

—Antes de la reunión hablábamos de Dru y de que Brigid podía ver su aura. Eso nos descolocó, porque al ser un Oculto no tiene aura, pero Evelina nos informó que sí es posible, pero que según tú le dijiste no es su aura lo que veis, sino su esencia drúidica.

—Sí, a mí también me lo dijo —confirmó Dolfo.

—Y a mí —dijeron a la vez Leo, Alfa y Wiza, que hasta el momento había permanecido callado.

—Pues a mí no me dijo nada —contradijo Ronan.

—Porque no lo preguntaste —replicó Mael con un encogimiento de hombros.

—Es que, como yo no puedo ver el aura de los humanos —se excusó—. Por otro lado, pensaba que el olor que desprendía se debía al tabaco. Nunca lo relacioné con el alma. ¿Para qué? Se supone que los Ocultos no tenemos alma. —Miró a Dru en tono acusatorio—. Joder, tío, has bebido la sangre de mi hembra.

—Lo siento, Ronan —se disculpó.

Dolfo lo miró con curiosidad.

—Así que, ¿ahora eres humano?

—No... no creo. Puedo soportar el sol unos pocos minutos más que la media de los Ocultos, pero pasado ese tiempo me daña. No he querido comprobar cuánto tiempo más. Aunque, ahora que lo pienso... —Dru frunció el ceño y miró a Mael—. Ya otra vez me expuse y pude soportar relativamente el sol.

Mael se tiró de la chaqueta, pero, aunque enrojeció, eludió la pregunta de Dru.

—¿Antes o después de tomar la sangre? —preguntó Ronan.

—Antes, cuando para analizar su sangre la mezclé con la mía y vi algo

atípico en el resultado. Pasaron bastantes minutos antes de que me saliera una ampolla.

—Vaya, qué curioso. Mi record está en tres minutos y medio.

Brigid miró de reojo a Mael, que se mantenía apartado y, aparentemente, inmune a la conversación.

—Algunos Ocultos aguantan más que otros —terminó por cortar—. Además, como dijo, tampoco es para tanto, pues después de todo el Sol acaba haciendo su trabajo.

—Supongo que, al tomar solo un tubo de mi sangre, las consecuencias fueron menores —aventuró Alba.

—No, pequeña. Las consecuencias han sido fatales.

Mael pegó un respingo y lo miró con cautela.

—¿Qué consecuencias?

—Alba lo dijo antes. «Lo que fue, será». —Dru tomó aire y soltó a bocajarro—: He recuperado la memoria.

El Príncipe retrocedió dos pasos, aterrorizado.

—No puede ser.

—Es.

Durante unos segundos ambos se miraron a los ojos. Pareció librarse una batalla de reproches y disculpas, pero pronto Mael claudicó y se solidarizó con el druida. Lo tomó por los antebrazos y unió su frente con la de Dru.

—Ah, Dru. Pobre Dru...

—¡Hola! —exclamó Leo—. ¿Alguien puede decirme por qué es tan grave que haya recuperado la memoria?

—Porque ahora recuerda el conjuro liberador del Mal del Bosque, así como su nombre. Cualquier cosa que lo desestabilice, cualquier hecho que le haga perder el control, puede hacer que lo pronuncie.

—Como el otro día, cuando empezaste a entonar ese cántico tan aterrador, cuando atacaron a...

Selene no acabó la frase, sino que miró a Brigid. Todos la miraban ahora.

—Pero no lo concluyó —añadió Alba—. Algo le hizo desistir.

—Pero no tenemos garantía de que sea así siempre. —Mael negó con la cabeza con tristeza, pero luego se apartó de Dru y se plantó en medio de la sala, acaparando la atención de todos—. Pasemos ahora a lo importante. ¿Cómo ayudamos a los mellizos con el fomoriano?

—Fácil —dijo Dru sin mirarle—. Hasta que puedan regresar al sídhe con los suyos, permanecerán recluidos aquí.

—De eso nada —protestó Keve.

—Me niego a pasar el resto de mi vida escondida aquí.

Dru miró a Brigid. Lo hizo con rabia, tanta que le hizo rechinar los dientes.

—No será tanto tiempo. Estáis evolucionando a un ritmo abrumador.

—Pero no lo sabemos seguro. No, Dru. Mi abuela nos enseñó hace tiempo a hacerle frente a los problemas. Además, Mael ha dicho que después no podrá matarnos tan fácilmente, pero existe la posibilidad. —Brigid entrecerró los ojos y lo acusó con el dedo—. ¿Cómo puedes pensar que voy a quedarme quieta?

—Pero no sabemos cómo y cuándo aparecerá el apestoso de nuevo. Es algo del todo impredecible —contravino Ronan.

—Pues tendámosle una trampa.

—¿Cómo? —quiso saber Mael, aunque por su semblante parecía saber la respuesta.

Tal vez porque ese era también su plan desde el principio.

Brigid no dejó de mirar a Dru cuando preguntó a Mael a su vez.

—¿Cuál es la mejor forma de cazar ratones?

Mael asintió. Keve, también. Los asistentes se miraron entre ellos con preocupación. Brigid, miró a Dru.

Este, la miró expectante y aterrado.

—No, Brigid —imploró.

Brigid alzó la barbilla y lo miró, desafiante.

—Vosotros seréis la ratonera. Y nosotros... —Inspiró para infundirse valor y concluyó—: Nosotros seremos el queso.

CAPÍTULO 26

El corazón dejó de latirme durante una eternidad.

Dejé de mirarla, porque su resolución me hacía temblar de frustración. Brigid no hablaba por hablar: lo decía totalmente en serio.

—¡No! —grité, rugí, supliqué... No sé qué había en esa exclamación.

—Es lo mejor —apuntó Mael, que evitó mirarme en todo momento—. Hay que actuar a la de ya. Postergarlo sería...

—Eso lo sé —interrumpí—. Pero nosotros. ¡Nosotros! Ella... ellos — corregí de inmediato— deben quedar en un segundo plano. Aquí. ¡A salvo!

—Los necesitamos, hermano —oí decir a Ronan, a quien taladré con la mirada.

Rugí de pura frustración.

—¿Tú lo harías, Ronan? ¿Pondrías de cebo a tu Compañera? —miré a Leo y a Wiza—. Y vosotros, ¿lo haríais?

Mis hermanos rehuyeron mi mirada. No supe si eso era un sí, o era un no.

Porque, por mucho que me doliera admitirlo, Brigid tenía razón. No podía permanecer confinada hasta que se produjese su evolución total y regresase al mundo fae, lejos de todo mal.

Lejos de mí.

Muy, muy lejos.

Desesperado, me quité la capucha y comencé a caminar sin sentido.

—No puedo permitirlo. ¡No puedo, Mael!

—Cálmate, Dru —solicitó el semidiós—. Así no nos ayudas.

—Yo me calmo todo lo que quieras, haré todo lo que ordenes, pero a ella

me la dejas aquí. ¡Lo exijo!

—No voy a quedarme al margen, Dru. —Miré a Brigid, que ahora tenía los brazos en jarras—. No eres quién para decidir por mí.

—Esto... disculpa, duendecilla, pero yo creo que Dru tiene razón. —Casi quise gritar de alegría cuando por fin vi a alguien con algo de sentido común. Sentí deseos incluso de abrazar a Keve—. Creo que lo mejor es que tú te quedes aquí.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Y tú, Keve? ¿Tú sí puedes ir?

—Claro. Creo que con uno que se sacrifique es suficiente.

—¡Aleluya! —grité.

Brigid me amonestó con sus hermosos ojos azules, amonestación que me la pasé por los innombrables. En ese momento tenía un único objetivo, y me daba absolutamente igual si con ello me ganaba el odio eterno de mi amada.

Su vida, su salvación, era lo único que me importaba en ese momento.

—No cantes victoria tan rápido, hermano —me agrió la fiesta Ronan—, porque yo creo que sí es insuficiente.

—¿Qué quieres decir? —inquirimos Mael y yo al mismo tiempo.

—¿Recuerdas el pergamino que había junto al diario? La nana que cantaba la abuela a los gemelos.

Mascullé una maldición.

Porque, de nuevo, mi hermano tenía razón.

—¿Qué nana? —preguntó Mael.

—Era una canción de cuna, una nana que cantaba la abuela a los mellizos —informé—. Creo que... ¡ah, diantres! Estimo que es una especie de conjuro para acabar con el mal que los acecha. Hay algo muy fuerte en sus estrofas.

—¿Y por qué esto no me lo habías contado? —regañó—. A ver, qué dice esa nana.

Evelina, con su mente prodigiosa, cerró los ojos y comenzó a recitarla.

Oh, sol, oh, luna, mece la cuna.
Oh, tierra, oh, río, arrulla a los niños.
Nube, aire, volando llegan.
Monte, cueva, y allí se quedan.
¡Princesa, princesa! ¿Estáis despierta?
¡Corred, volad! El príncipe os espera.
Dimbadu, fuerza y luz.
Dumbadi, ¿qué tienes tú?
Jugad antes de que el sol toque el suelo,
¡pues luego el cuervo emprende su vuelo!
¡Cantad, cantad, y la sombra desaparecerá!
Dimbadu, los príncipes crecieron.
Dumbadi, y en reyes se convirtieron

—Joder, es profética. Ella es la fuerza, y él la luz —concluyó el semidiós.

—Pero Brigid también brilla —señaló Rosa.

—No creo que con luz se refiera a eso —replicó Mael—. La luz que nos ha mostrado Brigid es inherente a todos los fae. Es solo cuestión de tiempo que Keve la desarrolle, del mismo modo que, cuando evolucione del todo, Brigid podrá teletransportarse. Me atrevo a asegurar que esa luz hace referencia a la bola de energía de Keve, esa que es inservible y que tenemos que averiguar cómo activarla.

Solo entonces caí en la cuenta de algo.

Y cuando el mundo se me cayó a los pies.

—Solo se activará con la fuerza de Brigid —anuncié con tristeza—. Solo conjuntamente podrán acabar con el fomoriano.

—Vaya, eso sí tiene sentido. Bueno, pues entonces, si estamos todos de

acuerdo...

—No, no, ¡no! —imploré—. Lo mejor es lo que yo he dicho. Nosotros libraremos la batalla. Yo lo mataré. Yo lo haré por ella.

Brigid caminó hacia mí y me tomó el rostro entre las manos, provocándome un temblor.

—Está decidido. No puedes elegir por mí. Me niego. —Como la miré enfurruñado, ella suavizó su mirada y me habló con dulzura—. Dru, no quiero que libres mis batallas. Quiero que luches a mi lado.

—Y, tal y como estás, no puedo dejar que lo hagas.

Mis ojos volaron hacia Mael.

—No me puedes excluir.

—Ni quiero hacerlo, druida. Bien saben los dioses que en este momento tu ayuda es crucial, pero no en el estado en el que estás. Temo que pierdas el control y ahora... Coño, si por norma general acojonas cuando pierdes el control, ahora que conoces el conjuro liberador puede ser letal. El Mal lo tendrá muy fácil para engatusarte para que lo liberes a cambio de su poder, y sabes que harías cualquier cosa con tal de protegerla.

Apreté los dientes con rabia, porque no andaba errado.

—Acéptalo. Asímelo. Hazte a la idea de que puedes perderla, que puede no salir ilesa de la batalla. Que puede morir. —Mi cuerpo entero se agitó ante ese pensamiento—. Hazlo, y solo así lucharás con nosotros. —Miró a los presentes y anunció—: En una semana, tenderemos la trampa al fomoriano.

—¿Una semana? Eso es muy poco tiempo —protesté.

¿Una mísera semana? No, por los dioses. Tal vez en un año, o dos, o... nunca.

—Es tiempo suficiente para elaborar un plan de ataque. El fomoriano debe estar desesperado y andará como loco buscando a los mellizos. Si hasta el momento no había atacado era porque no tenía la certeza de que eran quienes estaba buscando, pero supongo que no le quedó ninguna duda cuando Brigid mostró su esencia fae, ahí, en plena calle, para que todo dios lo viera... Anda que... ya te vale.

—Lo siento —se disculpó ella—. Ni siquiera fui consciente de hacerlo.

—Bueno, pues la próxima vez tienes que ser muy consciente, porque para que aparezca tienes que repetirlo. Entonces, atacaremos nosotros. Mientras tanto, tanto a ti como a tu hermano os entrenaremos para atacarlo, amén de ver si es cierto que con tu fuerza podemos sacarle partido a la bola de tu hermano. A partir de ahora quiero un entrenamiento exhaustivo mañana, tarde y noche. Debéis estar en forma y aprender a defenderos.

—Pero tanto Keve como yo somos cinturones negros —protestó ella.

Yo bufé.

—Qué hartito estoy de esa coletilla.

Ella me miró enfurruñada.

—Coletilla o no, lo soy. Ya sé cómo defenderme y atacar.

—¿A un fomoriano? —se burló Mael—. Lo dudo. No creo que sepas cómo esquivar una onda. Ya, ya —cortó cuando Brigid hizo amago de replicarle—. Esto es lo que hay, te guste o no. Todos, en general, nos prepararemos para el ataque. Empezaremos esta misma tarde. A las cuatro os quiero a todos en el gimnasio. Rosa, tú trabajarás con Evelina mediante sesiones de hipnosis para ver si tu padre te enseñó la mejor forma de acabar con los fomorianos. Y tú, Dru, te prepararás para justo lo contrario: la calma.

Mael desapareció delante de nuestras narices, pero antes de hacerlo me habló a mí. Solo a mí.

«Haz acopio de todas las luces que puedas. Las necesitarás para combatir tu propia oscuridad».

Y así concluyó la reunión.

Al menos, para mí, porque mientras que todos se quedaron para intercambiar impresiones, yo me escabullí cual ladrón en medio de la noche a mis aposentos.

Porque que se iba a hacer, era un hecho.

Que yo no estaba preparado, también.

Así que me dispuse a encerrarme para hacerme a la idea y para luchar contra mis miedos, mis dudas, mi frustración y mi ira.

Y contra mi soledad; presente y futura. Porque, dado el panorama, si por un segundo fantaseé con la idea de formar parte de la vida de Brigid, ahora era del todo imposible.

Y no porque fuera un hada; precisamente el hecho de averiguar que era un hada, y tras sopesar la idea de que la maldición solo atañía a humanas, me hizo plantearme iniciar una relación con ella.

Ahora... Ah, no.

Decidí desechar esos pensamientos, porque debía prepararme para algo más gordo: para el hecho de que en unos días todo se podría ir al garete y... No, ella no iba a morir.

Pero justamente era para eso para lo que tenía que prepararme: para dejarla ir. De mi vida. De la vida, en general.

Pero, ¡maldición!, cómo costaba...

Tanto, que tres días después aun no encontraba sosiego. Así que ahí estaba, tratando de empaparme de la maldita calma.

Unos golpes interrumpieron mis ejercicios de meditación, a los que al principio ignoré, pero fueron tan insistentes que tuve que atenderlos.

—Adelante.

Ronan asomó la cabeza, así que con la mano le insté para que entrara. En cierta forma esperaba su visita, pero no la de los demás: todos mis hermanos estaban ahí.

—¿Qué, cómo lo llevas? —preguntó Leo palmeándome la espalda.

A modo de respuesta me encogí de hombros.

—Lo lleva mal, porque de lo contrario hubiera dicho su famoso: controlado —se mofó Wiza, aunque había en sus ojos camaradería y solidaridad.

—Mal no, hermano. Lo llevo peor.

—Normal —dijo Ronan sentándose junto a mí en el suelo—. Yo no sé qué hubiera hecho de haber estado en su lugar.

—Ya, pues fuiste el primero en estar de acuerdo con Mael.

—Porque tenía razón, y lo sabes, hermano. Eso no quita que me guste la idea, de que, como tú, tratara de impedirlo. Pero al final hay que ser objetivo.

—Objetividad —escupí—. ¿Qué sabéis vosotros de objetividad?

—Pues un huevo —bufó Leo—. A ver si te creer que cuando la señoritinga sale de La Guarida sin mí no me pongo enfermo. Cada vez que no la veo, cada vez que no tengo forma de protegerla, me llevan los demonios. Pero tengo que ser objetivo. No puedo controlar cada paso que da. Debo... dejarla ir.

—Aunque al hacerlo nos mate la preocupación, Dru. Aunque, al hacerlo, sea la última vez que las veamos.

—Calla, calla, yo no quiero ni pensarlo —masculló Leo, que se estremeció visiblemente. Agitó la cabeza, aparcando algún turbio pensamiento—. Hemos venido a decirte que el entrenamiento va de puta madre. No veas cómo esquivas tu chica las bolas.

Me sentí horrorizado.

—¿Bolas de energía?

—Claro —confirmó Wiza—. ¿De qué, si no?

—Pero, ¡podéis lastimarla! —grité poniéndome de pie.

—Bah, tranquilo, son de las básicas. Solo la primera vez sufrió un pequeño percance, pero desde entonces aprendió, la muy jodía.

—¿Qué percance? —pregunté entre dientes.

Ronan apretó los labios para no sonreír.

—Alfa le lanzó una que la mandó a la otra punta. Ella se enojó tanto, sobre todo cuando él se partió de risa, que lo lanzó por los aires. Ahora hay un boquete del copón en el gimnasio.

Me abstuve de sonreír al imaginarme la escena, sobre todo porque aún me atenazaba la preocupación.

—Pero, ¿no la quemó?

—Qué va. Tiene la piel más dura que una piedra.

—No es tanto por la dureza de la piel —intervino Alfa—. Creo que, por instinto de supervivencia, cuando le lancé la bola, justo antes de que impactara

contra ella, brilló.

—Eso es muy interesante —medité—. ¿Alguna novedad más?

—Ya lo creo. Mael hizo que Brigid agarrara la mano de Keve cuando este formó una bola de energía con la otra y... lo flipas —informó Leo—. Era la bola más aterradora del mundo. Como lleguen a poder lanzarla, la onda va a ser descomunal.

—Evelina dice que está buscando la forma de hacerlo.

Alfa miró a Ronan y bufó.

—Pamplinas. ¿Qué puede saber esa? Tanto libro y tanta hostia... Es una pérdida de tiempo.

—Mira que te cae mal, ¿eh? —se rio Leo—. Aunque ya sabes lo que dicen: los que se pelean, se desean.

Para sorpresa de todos, Alfa no contestó, sino que me miró a mí y cambió radicalmente de tema.

O no tanto...

—Hablando de pelear... ¿qué haces aquí recluido?

—Ya sabéis que Mael me instó a que buscara la calma.

—Pues búscala, pero no aquí. No solo —matizó Leo.

—Vosotros sois peores que un grano en el trasero —me guaseé—. Cualquiera os aguanta cuando os juntáis. Sacáis de quicio al Santo Job.

—Oh, pero no me refiero a nosotros, sino a ella.

Miré a Leo con cansancio.

—A ella no puedo acercarme. No sin alterar mi... equilibrio.

Su risa fue lobuna.

—Puede que lo altere un poquillo, pero luego te quedas como un dios, ¿eh, Ronan y Wiza?

Todos sonrieron con camaradería masculina antes sus palabras.

Dolfo, al fin, carraspeó y me miró serio.

—Al margen de los beneficios del sexo, ella te hace bien. He podido observar que cada vez que te toca, o te mira, o te sonrío, o te habla, todo tu ser reacciona y se abandona. Creo que solo con ella encontrarás esa paz que tanto necesitas ahora.

Como no respondí, el Real me miró con tristeza.

—¿Por qué no te das una oportunidad? ¿Por qué no se la das a ella?

—Es por su celibato —respondió Ronan por mí.

Negué con la cabeza.

—Es probable que mi maldición no tenga efecto con ella.

—¿Estás maldito? —preguntó con sorpresa Leo.

Brevemente les conté cómo fue, y a la conclusión que había llegado gracias a la ayuda de Brigid.

—Entonces, es posible que con ella... Ya sabes, ñaca, ñaca.

Suspiré con cansancio.

—Es posible, Leo. Pero no tengo certeza.

—Cojones, ella es fuerte. Seguro que si, dado el caso, te pones a estrangularla, no solo no puedas hacerlo, sino que de la hostia que te suelta te revienta la cabeza.

Me reí al imaginarme la escena. Con Leo era últimamente así; rezumaba optimismo.

—Vale, supongamos que decido tener sexo con ella. ¿No sería injusto para Brigid?

—¿Injusto por qué?

—Porque le estaría dando esperanzas para un futuro juntos.

—Eso no lo entiendo. Sin maldición de por medio, ¿qué te impide tomarla como Compañera? Porque tú la amas, ¿verdad?

Miré a Dolfo con tristeza.

—Precisamente porque la amo. No puedo darle un futuro, no puedo hacerla mi Compañera. Tengo al Mal del Bosque en mi interior, así que,

decidme, y sed sinceros, ¿vosotros intoxicaríais a vuestras compañeras con una sangre que está corrompida, que está llena de oscuridad? —Supe sus respuestas cuando agacharon la cabeza—. Ahí lo tenéis.

—No puedes tomarla como Compañera por toda la eternidad, pero podéis unir vuestras vidas sin vínculo mediante —aventuró Dolfo.

—Pero en ese caso, y si ella decide quedarse en el mundo de los humanos, ella tendría los días contados —sopesó Leo—. ¿Acaso eso es lo que te echa para atrás? ¿Qué dejes de amarla cuando sea una anciana?

—No, Leo, la amaría de todas las formas. Pero yo seguiría teniendo la misma apariencia, la de un hombre de veintiocho años. Me aterra que ella piense que sigo con ella por lástima, o por deber. No, hermanos. Creo que, con el tiempo, sería ella la que me echaría de su lado.

—Visto así... Disfruta del presente —concluyó Leo—. Después de todo, el futuro no existe.

Creo que todos pensaron que no había más que decir, que era momento de que yo reflexionase sobre todo lo que se había dicho.

Bueno, todos no.

Alfa seguí allí, parado frente a mí y mirándome con desprecio.

—¿Qué pasa, Alfa?

—Que eres un jodido hipócrita.

Alcé las cejas, sorprendido.

—¿Yo, hipócrita? —inquirí entre risas.

—Sí, tú, señor Consejitos. Siempre sabes qué decir a los demás, cómo actuar ante los infortunios del resto, pero cuando se trata de ti, reculas como un mísero cobarde.

—No tienes ni idea de por lo que estoy pasando.

—Yo lo veo muy clarito. Todo, todo, Dru, lo magnificas, te lo tomas a la tremenda.

Rugí.

—¿Una maldición que podría acabar con la vida de mi amada te parece

una exageración? ¿Alojar a un demonio dentro y temer que su oscuridad la salpique te parece algo de poca monta?

—Podría, temería... Conjeturas, conjeturas, conjeturas... Basas las cosas en meras conjeturas. —Iba a protestar cuando él extendió las manos con las palmas hacia arriba—. Esto es lo que hay: en esta mano, están las certezas. Y en esta, las incertidumbres. No hay nada de malo en tener miedos, pero cuando estos están aquí —dijo alzando una de las manos—, las certezas bajan aquí. Es tan sencillo como equilibrar la balanza, Dru.

Apreté los dientes, porque, ¡pardiez!, el licántropo tenía razón.

—¿Cómo, Alfa? —pregunté en un hilo de voz.

Él me mostro su sonrisa más lobuna.

—De la forma más sencilla del mundo, Dru. Si tú no tienes las respuestas, búscalas. A veces es tan fácil como preguntar.

Agrandé los ojos y lo miré con estupefacción. Él vio que capté lo que quería decir. Antes de marcharse del todo, cuando ya salía por la puerta, se volvió y me miró con tristeza.

—Pelea, Dru. Pelea.

—¡Brigid!

La aludida se sobresaltó y miró asombrada al semidiós.

—¿Qué?

—Que estés más atenta. Por poco la bola te da.

Brigid lo miró, contrita.

—Lo siento. Hoy estoy un poco dispersa.

—No. Directamente, ni estás. —Mael agarró una toalla y se secó el rostro con ella—. Es suficiente por hoy.

—Pero... No podemos dejarlo. Solo faltan tres días y tenemos que

entrenar.

—Así no me sirves y me haces perder el tiempo. Creo que has avanzado mucho, lo suficiente como para que te tomes el día libre. ¡Ya, no protestes, niña! Qué voz más desagradable tienes.

Y así la dejó, sola en el gimnasio y, por qué no decirlo, un poco perdida. Había estado tan ocupada los últimos días que no sabía qué hacer con el tiempo libre que el Príncipeps le había otorgado.

Descansar.

Oh, sí, esa era una buenísima idea... si estuviera exhausta. Porque cansada estaba, pero no al borde de la fatiga. Y ella necesitaba ese borde para caer rendida en la cama y no pensar.

Pensar era el mal.

Lo peor del mundo.

Porque una vez comenzaba a hacerlo, ya no podía parar, y todos esos pensamientos eran turbios, aterradores y desoladores. Y no solo porque tuviera miedo al día F, como lo habían llamado, sino porque más pánico le daba el después, cuando todo hubiera terminado, cuando ella tuviera que regresar a su casa, a su rutina, a su trabajo. Temía a todo eso y a su decisión.

Era muy atractiva la idea de refugiarse de por vida en el sídhe, con su madre, su padre, si aún estaba allí, su hermano, libre de preocupaciones, sin tener que trabajar, sin preguntarse por el futuro. Pero en ese mundo no había cabida para Dru, y no, ella no estaba dispuesta a renunciar a él.

Cierto que desde la reunión no lo había vuelto a ver, que él la rehuía, que se había encerrado a cal y canto en su cuarto, pero tarde o temprano se verían las caras.

Durante un según pensó en ir a verlo, pero luego supo que era una gilipollez, que él, como ya pudo comprobar una vez, había lanzado un conjuro a la puerta y ni toda su fuerza fue capaz de derribarla.

Con paso triste fue hasta su cuarto, rogando porque el sueño se apoderase de ella tan pronto posase la cabeza en la almohada.

Pero no lo hizo, y al cabo de más de media hora, cansada, desistió de intentarlo y, por lo tanto, hacer frente a sus pensamientos, por muy malos que

estos fuesen.

Con un suspiro de resignación, procedió a levantarse.

Entonces lo vio.

A punto estuvo de gritar por la sorpresa, pero la voz la había abandonado. Nerviosa como nunca, se limitó a mirar a Dru, quien, apoyado en la puerta, la miraba con... ¿hambre?

—Hola, Brigid.

Necesitó tres inspiraciones y un carraspeo antes de poder corresponder a su saludo, pero solo pudo articular:

—Dru.

—¿He interrumpido tu sueño?

—No. Apenas me acabo de echar.

Dru frunció el ceño.

—Quizá sea mejor que vuelva luego. Necesitas descansar y...

—¡No!

Él apretó los labios, conteniendo la sonrisa cuando ella gritó.

—¿No necesitas descansar?

—No quiero que te vayas.

Dru sonrió con timidez y la miró con infinita ternura.

—En ese caso, me gustaría hablar unos minutos contigo.

Brigid lo examinó largo y tendido. Dru llevaba un pantalón negro y una sudadera del mismo color. La llevaba remangada, dejando ver sus antebrazos, que tenía cruzados a la altura del pecho. Llevaba el pelo suelto, y este caía por sus hombros como una cascada, liso y brillante, tan negro como la noche, como el ala de un cuervo...

No, no era momento de dejar entrar a pensamientos perturbadores. Este era su momento.

Suyo y de Dru.

Lo sabía, con una certeza inquietante. Y eso la puso más nerviosa aún.

—Te escucho.

Dru sonrió de forma lobuna. Sus ojos se achicaron un poco, justo antes de que, sin previo aviso, le lanzara una bola.

Brigid gritó, pero giró sobre sí misma y logró esquivar la bola.

—¡Dru! —gritó con incredulidad—. ¿Por qué has hecho eso? ¡Y no te rías!

Dru dejó de reírse, pero no de sonreír.

—Tenía que comprobar si eres tan buena como me habían dicho mis hermanos. Y lo eres, mi Domina. Has estado muy rápida.

—Gra... gracias.

Así que él estaba al corriente de sus actos, no como ella, que había vivido en un mar de angustias.

—¿Y tú qué tal? ¿Avanzas con lo tuyo o no?

Dru de pronto se puso serio.

—No. En absoluto.

—¿No hayas paz?

—Ni sosiego.

Como él la miraba con intensidad, ella enrojeció y se sentó en el borde de la cama. Se miró una cutícula y susurró sin mirarle:

—Si te puedo ayudar en algo...

—Claro. Por eso he venido.

En esta ocasión, Brigid alzó la cabeza, sorprendida.

—¿Ah, sí?

Dru solo movió la cabeza. Como ni dijo ni hizo nada, salvo mirarla con una mirada que cada vez la ponía más nerviosa, carraspeó.

—Bueno, pues aquí me tienes.

Algo relampagueó en lo más hondo de sus ojos marrones.

—Sí. Aquí te tengo —dijo en un susurro ronco. Y enloquecedor—. Pero

antes, hablemos.

Hablar. No, Brigid no quería hablar. Ahora quería hacer todas esas cosas que, aunque vetadas para ellos, se estaba imaginando.

—Vale —claudicó—. ¿De qué quieres hablar?

—En primer lugar, me gustaría saber si ya has decidido lo que harás cuando evoluciones. —Brigid negó con la cabeza. Él la miró con recelo—. ¿No lo has decidido o...?

Y Brigid supo entonces que sí: que lo había decidido.

—No voy a marcharme de este mundo.

Los ojos de Dru relampaguearon de dicha, pero trató de ocultar su alegría con un carraspeo.

—¿Eres consciente de que aquí serás una mortal más?

—Sí.

—¿Y que... envejecerás?

A Brigid se le hizo un nudo en la garganta. No lo por lo que preguntaba, sino por lo que había detrás de sus palabras. Ante la imposibilidad de responder, asintió como pudo.

Dru la miró con tristeza, pero luego, tras un suspiro, se apartó de la puerta y, de dos zancadas, alcanzó la mesilla de noche y allí depositó algo. No tardó en volver a su puesto en la puerta.

Cuando Brigid miró el objeto, alzó una ceja.

—¿Una daga? —preguntó.

—De titanio.

—¿Para el fomoriano? —quiso saber.

Dru negó.

—Para mí.

Brigid miró de nuevo la daga y luego a Dru. Necesitó repetir el proceso tres veces para comprender.

—No estarás insinuando que te apuñale —dijo al cabo con incredulidad.

—No. Estoy pidiéndote que, dado el caso, no dudes en hacerlo. Sé que eres fuerte y que podrías detenerme, pero he creído conveniente contar con alguna ayuda extra.

—¿Para qué? —preguntó en un hilo de voz.

Porque no podía creer lo que Dru estaba insinuando. No debía creerlo.

Pero lo hizo cuando él enrojeció por completo.

—Antes de nada, quiero que sepas una cosa. Creo que las chicas te han contado que hay una forma de alargar la vida de los Compañeros y Compañeras de los Ocultos.

—Con el vínculo —respondió a media voz, presa de la esperanza, pero esta se diluyó cuando él alzó la mano, como si supiera el rumbo que estaban tomando sus pensamientos y quisiera detenerlos.

—Con la mezcla de sangre, algo que yo, nunca, podré compartir con nadie. —La miró con intensidad para ver su reacción cuando insistió—: Nadie, Brigid.

—Ni siquiera conmigo —sostuvo con desdicha.

—Es por... el Mal del Bosque —se excusó Dru.

—Lo entiendo.

Y era cierto. Lo entendía y lo aceptaba.

—¿Y entiendes que tú envejecerás y que yo seré eternamente joven?

Brigid abrió y cerró la boca un par de veces, pero luego, abatida, dejó caer los hombros.

—Y eso te repudiaría.

—No —confesó Dru con seguridad—. Pero, ¿y tú? ¿Lo aceptarías?

Iba a decir que sí, pero dudó. Y no tanto por sí misma, sino por él. ¿Cómo podría atarlo a él, tan hermoso, tan joven, tan vital, a una vieja pasa, caduca, que chocheaba?

Dru supo la respuesta, porque no la obligó a responder. Solo sentenció:

—No tenemos futuro. —A Brigid se le partió el corazón, pero supo que él tenía razón. Solo tenía que encontrar la forma de conciliarse con la idea, de

aprender a vivir sin él y...—. Pero tenemos un presente.

Sorprendida, lo miró de hito en hito.

—¿Qué... quieres decir, Dru?

—Que voy a pelear, Brigid. Por ti. Por mí. Por nosotros. —Sus ojos se empañaron y su voz se volvió ronca—. No sé el tiempo que tenemos, ni cuando la vida nos volverá a separar... Pero, ¿para qué luchar por algo que no existe? Solo tenemos esto. No tengo respuestas para el futuro, pero sí para nuestro presente. Solo me falta tu respuesta, así que la pregunta es, ¿será esta afirmativa? ¿Me aceptas con todas las consecuencias, sabiendo lo que soy, lo que tengo, lo que puedo y no puedo darte?

El corazón de Brigid comenzó a latir al mismo ritmo que surgían las lágrimas.

El labio le tembló, pero no dudó en responder.

—Sí, Dru. Siempre.

Dru tragó saliva con fuerza, pero no hizo amago de acercarse a ella.

—Dioses, Brigid, no hay cosa que desee más que crear el vínculo contigo, compartir mi sangre contigo, pero... —Agitó la cabeza y la miró con resolución—. Pero quiero que sepas que no por ello te amo menos, que no desee pasar mi eternidad a tu lado, reverenciarte... Hacerte el amor —terminó con los ojos empapados en deseo.

—Porque me lo harías —aventuró Brigid.

—Te lo haré —vaticinó—. Siempre que me lo permitas.

Oh, dioses.

Hablaba en serio. Lo iban a hacer. Él había derribado ese muro.

Miró la daga que había sobre la mesilla y luego a él.

—¿Ahora?

—Ahora.

Pero no se movió del sitio. Ella creyó que él esperaba su permiso, así que, a modo de invitación, palmeó el colchón para que se uniera a ella.

Pero él seguía inmóvil, salvo sus ojos, que se movían por su cuerpo con

ansia y un poquito de azoramiento.

Al cabo se sintió divertida. Parecía un jovencuelo en su primera vez, así que lo llamó con un dedo.

—No seas tímido —animó.

Él sonrió con picardía.

—No es timidez —replicó—. Es contención.

—No quiero contención.

La luz del flexo parpadeó. Brigid la miró, sorprendida, pero algo en su interior le dijo que Dru había tenido algo que ver, que no era sino reflejo de sus emociones.

Justo cuando volvió a mirarlo, él estaba con los ojos cerrados, controlando la respiración y, probablemente, a sus miedos.

Porque aún existían.

Lo sabía por su aura, que estaba un tanto apagada.

Por fin Dru abrió los ojos. Su sonrisa se torció y, con pasos calculados se acercó a ella, pero se limitó a sentarse a su lado. Alzó la mano para acariciar su cabello, pero rápidamente la apartó y la unió a la otra, sobre su regazo.

Realmente parecían dos adolescentes en su primera vez.

—Antes de empezar —dijo en un susurro tímido—, me gustaría advertirte sobre dos cosas. La primera es que yo... probablemente... deseé...

—¿Morderme? —le ayudó ella al ver que titubeaba.

—S-sí.

—Podrás hacerlo —dijo con una seguridad aplastante. Como él la miró con sorpresa, añadió—: Querré que lo hagas.

Dru entrecerró los ojos y ladeó la cabeza.

—¿No te dará pavor? La otra vez...

—Es diferente. La otra vez querías asustarme.

—Sí que quería hacerlo —confesó entre risas contenidas.

—Pero esta vez es distinto.

—Totalmente diferente, sí.

Brigid se secó las palmas de las manos en el pantalón y suspiró entrecortadamente.

—Bueno, advertida sobre la primera cosa. Ahora, la segunda.

Dru no la miró, pero asintió. Había dolor en su semblante, pero también resolución. Con un suspiro largo y contenido, se levantó y se colocó frente a ella. Mantenía la mirada en el suelo.

Brigid se puso rígida por su radical cambio.

—Perdóname, mi Domina.

—¿Por qué? —preguntó en un hilo de voz.

—Por esto —respondió Dru.

Cuando alzó la mirada, Brigid quiso gritar.

Era Dru.

Pero no era Dru.

Su aura era totalmente negra, densa, de un hedor insoportable. Sus colmillos alargados no estaban expuestos para darle placer, como habían acordado, sino para atormentarla. Sus ojos, todo el globo ocular, eran de un negro azabache, brillantes, aterradores.

Pero lo peor era su rictus. Demoníaco. Furia en toda su plenitud. Odio en estado puro.

—Dru... me estás asustando —suplicó retrocediendo en la cama.

—Bien —respondió con una voz que no era suya, con una tonalidad que rozaba el alma y la encogía, metálica, oscura.

Dru rugió y, antes de que ella pudiera reaccionar, se sentó a horcajadas sobre ella, cogió la almohada y se la estampó en el rostro.

Al borde del pánico, Brigid se revolvió, sobre todo cuando comprendió que él no estaba jugando, que su intención era clara: quería asfixiarla.

Luchó cuanto pudo. Pataleó, manoteó, intentó zafarse... pero le fue

imposible.

Pensó, y mucho, en muy poco tiempo. Que iba a morir. Que era su amado quien le estaba arrebatando la vida. Que cómo era posible que hubiera perdido la fuerza, porque era incapaz de librarse de su ataque. Ella, que no hacía ni tres horas que había derribado a todos los Ocultos, Mael incluido, y no podía contra su amado.

¿Por qué?

Porque no era su amado.

No era Dru.

Era un demonio más fuerte que ella, más fuerte que todos, tan antiguo como el tiempo.

Y fue cuando la rabia surgió. Y, con ella, el ansia de vivir y de rebelarse.

Al borde casi de la muerte, y sin apenas oxígeno, tanteó sobre el colchón para ver a qué distancia estaba la mesilla.

Necesitaba la daga que Dru le había dado.

«Para mí», le había dicho.

¿Acaso era una prueba?

Tal vez.

Prueba o no, era el demonio o ella.

Aunque para acabar con el demonio, tendría que matar a Dru.

Dudó.

¿Matar a su amado? No. Pero, por otro lado, era lo que Dru esperaba. Lo que le había pedido.

Si se dejaba vencer, si no lo intentaba siquiera, Dru no se lo perdonaría a ella, ni así mismo, así que decidió hacerlo.

Decidió vencer.

Estiró la mano un poco más para ver si llegaba a la mesilla y entonces...

Entonces sucedió.

Un instante estaba agonizando bajo el cuerpo de Dru, y al segundo ahí estaba ella, de pie junto a la mesilla con la daga en la mano.

Como el *chas* de su hermano.

Asombrada, se miró a sí misma y luego a Dru, que después de ver que no había nada bajo él miró en su dirección y rugió. Al hacerlo, le mostró los colmillos, más largos y afilados que nunca, en sus ojos una mirada de odio y un clamor de sangre en su rugido.

Brigid apretó los labios, enfurecida, así que se preparó y esperó su ataque. Cuando él saltó sobre ella, lanzó un grito de guerra y alzó la daga para clavársela.

Pero se detuvo en el mismo instante en que miró a los ojos de la criatura y vio que ya no había criatura.

Que sus ojos ya no eran negros, sino castaños.

Que sus labios ya no mostraban unos horribles colmillos, sino una victoriosa sonrisa.

Que en su rostro no había ni rastro de odio, sino de amor.

Que volvía a ser Dru.

Aterrada por lo que había estado a punto de hacer, dejó caer la daga y comenzó a convulsionarse, tan fuerte, que Dru la tuvo que sostener. Tan pronto él la tocó, Brigid se echó a llorar.

—Ya, ya, mi Domina. Ya.

Brigid lloró un poquito más y necesitó durante un par de minutos su abrazo.

Su calor.

Pero, al cabo, se apartó de él y lo empujó, con tanta fuerza que, esta vez sí, lo mandó a la otra punta del dormitorio.

Dru rio.

Ella rugió.

—¿Por qué has hecho eso? —exigió saber y aún casi sin aliento.

Él dejó de reír y la miró con una pizca de arrepentimiento.

—Por nosotros, Brigid. Lo he hecho por nosotros. Ahora ya sí. Ahora ya es *ahora*.

CAPÍTULO 27

Ella me miró como sin comprender, aun temblorosa y al borde de un ataque de pánico.

—Respira, mi *muyer*, respira con calma.

Las aletas de su nariz se pusieron blancas y me miró como si quisiera matarme.

—¿Que respire con calma? He estado a punto de matarte, Dru. ¡Quería hacerlo!

—Debías hacerlo —corregí—. Yo te lo pedí.

Ella alzó las manos al cielo y comenzó a pasearse, fuera de sí. En ese instante creo que yo no le gustaba ni un poquito.

No supe por qué, pero la situación me hacía gracia. A ella, ni pizca.

—Esto... Esto no te lo perdono. ¿Qué clase de persona soy, qué tipo de amor es este, que entre tú y yo me elegí a mí? —Se detuvo y me miró muy triste. Estaba al borde del llanto. La situación dejó de resultarme hilarante—. ¿Era esta una prueba de amor, Dru?

Negué con pesar.

—¿Por qué elegiste vivir? —pregunté a mi vez.

—Por... porque... —Agrandó mucho los ojos cuando dio con la respuesta—. Porque de lo contrario los miedos hubieran vencido.

Sonreí con orgullo.

—Exacto.

Se mesó el cabello y resopló.

—¿Sabes la tesitura en la que me has puesto?

—¿Si lo sé? —reí con amargura—. Claro que lo sé. La he vivido todas y cada una de las veces que me has pedido que te besara, que te acariciara. El mismo pánico que ahora te embarga me atacaba a mí. La misma parálisis, Brigid. El mismo terror por lo que hubiera sucedido si no te hubieras detenido a tiempo.

Ella comprendió, pero todavía seguía en shock. Y enojada.

—No tenías que haber llegado tan lejos, Dru.

—Llegué justo donde quería llegar. Era imperioso que lo comprobara. — Sonreí con tristeza al recordar las palabras de mi hermano Alfa—. Tenía que inclinar la balanza a favor de las certezas.

Ella agitó la cabeza, exasperada.

—No tengo ni puta idea de qué estás hablando.

El hecho de que empleara ese vocabulario era síntoma de lo mal que lo había pasado, del estado en el que aún se hallaba, así que me levanté y caminé hacia ella. Cuando estuvimos frente a frente, apreté su rostro entre mis manos y la miré con todo el amor que sentía por ella.

—Tenía que pelear para poder vivir, mi vida. No podía dejar que el miedo se interpusiera entre nosotros. —Agarré su mano y, tras besarla, me la llevé al pecho—. Ya hemos peleado. Ahora toca vivir, Brigid. Al máximo —susurré junto a sus labios.

Ella jadeó, o sollozó, no lo tengo claro. Había lágrimas en sus ojos y una expresión de cautela.

—¿Ahora eres tú la que tiene miedo?

Negó con tanto ímpetu que sus rizos me golpearon en el pecho.

—No es miedo. Es contención.

—No quiero contención —repliqué, devolviéndole sus propias palabras.

Nunca sabré qué iba a decir, o a hacer, porque la estreché contra mí y me apoderé de su boca.

Quizá mi plan pareciera descabellado, pero fue necesario. ¿Imprudente? Desde luego, pero liberador. ¡Tan liberador!

Porque ya no me cabía ningún tipo de duda. Ignoraba si una vez que

llegase al clímax el fantasma de Noive me atormentaría como hizo antaño, si la maldición aun persistía, si tendría efecto sobre Brigid, pero tenía clara una cosa: ella no moriría esa tarde. Había usado toda la fuerza y la maldad del Mal para comprobar si ella en verdad podría detenerme. Y lo había hecho.

Así ahora, libre al fin, la besé. Con hambre, con ansia, maravillándome de lo increíble que era entregarse por completo, sin reservas. Agarré su melena en un puño y la obligué a echar la cabeza hacia atrás para tener mejor acceso.

Brigid no tardó en corresponderme, en acudir a los envites de mi lengua, provocándome mil delirios. Ella gemía de forma enloquecedora cada vez que nuestras lenguas se unían, o cuando le mordisqueaba el labio inferior, o cuando mis manos recorrían su espalda o... Dioses, gemía a cada segundo.

Yo no. Yo gruñía como lo que era en ese momento, un animal sediento de placer.

Me aparté de su boca para mirarla durante un segundo, pero no tardé en posar mis labios en su cuello para mordisquearla. Saborearla. Lamerla. Oh, cómo la lamí. A ella debía de gustarle, porque jadeó y me apresó las nalgas hasta el punto de clavarme las uñas.

—Cielos, Brigid —musité totalmente excitado junto a su oído—. Me...

—Extasías —terminó ella entre risas, pero cuando la mordí soltó un grito encantador—. ¡Dru!

—¿Sí, mi Dómina? —pregunté metiendo las manos dentro de su pantalón de deporte para acceder a su trasero y deleitarme con la suavidad de su piel. Dejé de morderla para poder mirarla a los ojos y ver así su reacción cuando uno de mis dedos se escabullera por la hendidura para llegar a...

—¡Joder! —exclamó apretando las nalgas cuando rocé el ano.

—¿Paro?

—Sí... No... No sé...

Sonreí con travesura ante su azoramiento, pero decidí no torturarla más —de momento— y volví a masajear sus nalgas y a besarla.

Ella decidió que había demasiados estorbos entre nosotros, así que me levantó la camiseta y comenzó a mordisquearme el pecho. Yo seguía muy entretenido amasando su trasero y gozando en extremo cada vez que ella me

lamía un pezón, pero, debido a la postura ella no podía quitarme la camiseta, así que me empujó un poco, exasperada, para prácticamente arrancármela.

Yo hice lo mismo con la suya, pero bajo ella aun había una pieza más.

—No me lo rompas —pidió cuando adivinó mis intenciones. En realidad, dado nuestro historial, era normal que pensase que le iba a destrozar el sostén—. No tengo mucha ropa aquí —se excusó. Procedió a desabrochárselo, pero yo se lo impedí.

—No. Me gustaría hacerlo a mí.

Ella detuvo el movimiento y frunció los labios en una sonrisa pícaro. Luego, se dio la vuelta.

—Adelante.

Miré su espalda, maravillado. Con delicadeza, le aparté el cabello y lamí la parte baja de la espalda. Ella la arqueó con un gemido, sentenciando así que quería que repitiese, algo que no demoré en hacer. Mientras lo hacía, procedí a desabrocharle el sostén, pero no lo pude hacer en el primer intento. Ni en el segundo. Ni en el tercero.

Exasperado, gruñí y dejé de lamerla para concentrarme en la odiosa prenda.

Ella rio.

Yo volví a gruñir.

—Lo vas a romper, ¿a que sí?

—Claro —dije al tiempo que lo desgarraba con los dientes—. Ah, que preciosidad, cuánta perfección —murmuré al tiempo que acariciaba su espalda desnuda. Pero, aunque me maravillaba esa parte de su cuerpo, era imperante para mí ver otra.

De modo que le di la vuelta y...

—Divinos —susurré al tiempo que los tomaba en mis manos y los acariciaba apenas con las yemas de mis dedos.

—Ni que fuera la primera vez que los vieras —dijo entre jadeos y risas.

La miré con tristeza, la cual deseché con un brusco movimiento de cabeza.

—Es la primera vez que puedo disfrutar de ellos con plenitud.

Y eso hice. Disfrutar de la textura de su piel, de la rugosidad de su aureola. Tomé un pezón entre mis dientes y tiré apenas de él, pero al ver que ella gemía me lo metí en la boca y lo lamí con hambre.

Mis manos se movieron por su cuerpo y volvieron a perderse dentro del pantalón, pero esta vez mi objetivo era otro. Bajé buscando con mis dedos ese pedazo de cielo hasta que lo encontré. Con mimo y reverencia acaricié su clítoris, provocando una sacudida en ella al recibir el placer y en mí al dárselo.

—¡Qué húmeda estás! —exclamé mientras expandía su humedad. Metí un dedo en su interior y lo saqué para volver al clítoris y acariciárselo ora presionando con insistencia, ora apenas sí rozándolo.

Ella movió las caderas y buscó mi erección, que acarició sobre el pantalón.

—Y tú qué duro.

Y lo estaba. Mucho. A punto de reventar.

Brigid se acabó de desvestir y sentó en el borde de la cama. Parte de su melena acariciaba sus pechos, mientras que el resto lamía su espalda. Había un brillo travieso en sus ojos cuando agarró la presilla del pantalón.

Y yo me quedé paralizado.

No sabía cuáles eran sus intenciones, pero sí mis deseos. Al parecer iban ambos por el mismo camino, porque Brigid me desabrochó el pantalón y, tras bajármelo, miró mi pene con ansia. Por un segundo alzó la cabeza y me miró risueña.

Yo estaba al borde del éxtasis, sobre todo cuando ella sopló con suavidad, provocando una sacudida en mí. Luego posó sus labios en el glande, apenas rozándolo, solo jugando.

Solo atormentándome.

Mientras, sus dedos se movían en una caricia ligera, demasiado ligera, sobre el pene.

La miré con un pelín de impaciencia.

—Cielos, Brigid —imploré.

—¿Qué? —preguntó al tiempo que sacaba la lengua y... se detenía a escasos milímetros.

—Por favor.

—¿Por favor, qué?

Los dientes me rechinaron cuando apreté la mandíbula.

—Ya sabes —dije a media voz, como loco porque...

—Dilo —exigió.

Cuando llevas toda la vida reprimiéndote, te cuesta luego mucho soltarte la melena. Pero entendí que, solo desinhibiéndome, de hecho y palabra, alcanzaría mis anhelos.

—Me-me...

—Me, me —se burló—. ¿Me, qué?

—Métetela en la boca —dije con timidez, pero al ver que ella no cumplía mis deseos, y ahora al fin libre de mis cadenas, continué—. Chúpala. Lámela.

—¿Qué cosa, druida?

Desesperado, sobre todo cuando me rozó durante una milésima de segundo con la lengua, rugí.

No era propio de mí, de verdad, pero entendí que ella me quería así: libre, desatado. Y un poco guarrete.

—La po... la polla.

Su respuesta no se hizo esperar. Con gracilidad se metió el pene en la boca y lo chupó. ¡Ay, dioses, cómo lo chupó!

Eché la cabeza hacia atrás, totalmente entregado, y comencé a gemir. Ella también debía estar disfrutando, porque hacía unos sonidos guturales que me enloquecían. Creí morir cuando se lo metió del todo, hasta la garganta, y sus gemidos provocaron una vibración que por poco me llevó al clímax.

—Detente, por favor. No quiero irme sin ti. No sin que tú lo disfrutes por igual.

Alzó la cabeza y me miró con ternura y deseo a partes iguales.

—No lo comprendes, Dru. Soy empática. Recibo el mismo placer que doy. Siento lo mismo que tú. Yo también llegaré allí.

Y volvió a apoderarse de mi erección, pero lo hizo con delicadeza, sin las prisas de antes, deleitándose con cada dulce lamida. Tomé su cabeza entre mis manos mientras me daba placer, ignoro si para animarla a que continuara o para que detuviera esa tortura.

Creo que fue por el segundo motivo, porque cuando ya creí no soportarlo me retiré, la alcé y, tras obligarla a que me rodeara la cintura con las piernas, la penetré.

Ambos gritamos por la unión. Por la felicidad de ser uno solo. Por la dicha de hallarnos en ese lugar que solo era nuestro: el hogar.

Porque estar dentro de ella era encontrar ese sitio con el que llevas soñando toda la vida, asentarse al fin después de un largo viaje. Unidos en cuerpo, no-alma y...

Deseché ese pensamiento. La imposibilidad de crear el vínculo con ella no me impediría disfrutar de ese momento.

Pero lo cierto era que mi cuerpo exigía su sangre. Mis colmillos desplegados eran la prueba de ello.

Nos quedamos un rato así; yo de pie con ella rodeándome con sus piernas, abrazados, unidos y mirándonos con amor. Ella sonrió y me acarició el rostro. Sus ojos se clavaron en mis colmillos. Había curiosidad en ellos. Y seguridad. ¡Cuánta seguridad!

—Ahora son hermosos. No son como antes. —Y los lamíó.

Con un suspiro la alcé un poco y luego la dejé caer con lentitud. Gemimos por el embiste. Repetí el proceso tres veces mientras le besaba el cuello y lamía con reverencia allí donde debía estar la arteria.

—¿Dru? —preguntó.

—¿Sí, Brigid?

—¿Vas a morderme ahora?

Me reí junto a su cuello, provocándole que se le erizara la piel.

—Aún no.

Fui a echar a andar hacia la cama, pero los pantalones se me habían quedado enredados entre las piernas y por poco tropecé con ellos. Brigid se rio y yo la amonesté dándole una palmada cariñosa en las nalgas.

—Al final va a resultar que sí te gusta dar azotitos —dijo melosa mientras rotaba un poco las caderas.

—Despiertas mi lado salvaje —dije antes de apoderarme de sus labios. Volvimos a besarnos, tiempo que aproveché para deshacerme de los pantalones de un puntapié y caminar hasta la cama, donde nos dejé caer, con cuidado de no deshacer nuestra unión. Mi pene palpitaba dentro de ella, exigiendo liberación, pero debía ir con cuidado si no quería acabar antes de lo deseado. Pero la forma en que ella se removía bajo mí, la forma en que acudía a mis embistes y me apremiaba a que acelerase el ritmo no me lo ponía nada fácil. Acallé sus protestas con un beso, pero continuó agitándose con cada penetración, hasta que, frustrada, me levantó en volandas y se colocó sobre mí.

La miré entre divertido y asombrado. Era difícil acostumbrarse a la idea de que era más fuerte que yo. De soslayo miré hacia la mesilla de noche, pero ella me agarró por la barbilla y me obligó a mirarla.

—Ahora no. Ahora mírame a mí. Solo a mí.

Y comenzó a moverse sobre mí. Lenta y dulce al principio. Rápida y exigente a medida que el placer aumentaba. Comedida unas veces, golosa otras, salvaje casi siempre.

Tan salvaje como yo me puse cuando sentí el primer indicio del orgasmo. Agarré su cintura para impedirle que se moviera y ser yo quien llevara el ritmo. Estaba al borde del abismo, y aunque a veces trataba de retrasar el momento, sus gritos de placer me lo ponían cada vez más difícil.

Sin mediar palabra se echó la melena hacia un lado y me dejó libre su cuello.

Me estaba ofreciendo su sangre.

Sollocé ante tan magno regalo, pero no dudé en aceptarlo. Cuando ya no pude más, cuando retardar más el momento era imposible, clavé mis colmillos en su piel y...

La paz. La felicidad. El placer.

Mientras bebía su sangre cual sediento, bombeé en su interior con fuerza, como un animal, sin piedad ni cuidado alguno. Y entonces ella se convulsionó y gritó con todas sus fuerzas. Las paredes de su vagina me oprimieron para que lo diera todo de mí, y así lo hice, con un orgasmo tan potente, tan liberador, tan aterrador por su magnitud que me hizo gritar, reír y llorar al mismo tiempo.

Brigid se desplomó sobre mí, vencida y satisfecha. Apoyó la cabeza en mi pecho y supe que ella también lloraba cuando sus lágrimas cayeron sobre la “B” de mi tatuaje.

Y así, abrazados con fuerza y aun temblorosos, dejamos que el silencio hablara por nosotros.

¡Y qué silencio tan maravilloso! Porque, por primera vez, supe lo que era el silencio absoluto. Nada de los susurros airados del Mal, ni de Noive.

Solo ella, yo y las palabras que pendían en el aire y que no necesitaban ser expresadas en voz alta.

Nos miramos durante una eternidad, disfrutando del sonido del silencio, de la calma y de la felicidad, nuestras melenas enredadas en la almohada, las piernas entrelazadas y abrazados como si no quisiéramos soltarnos nunca.

Y así me venció el sueño.

Brigid dudaba entre despertarle o dejar que siguiera durmiendo. Estaba de medio lado, mirándolo embelesada. Él estaba girado hacia ella, con una pierna sobre su cadera y una mano aferrando su cintura. Su respiración era suave y profunda, y su semblante de calma.

Ella no había querido dormirse después de hacer el amor, y probablemente él tampoco, pero cayeron presos del sueño.

Brigid se había despertado hacía una hora, cuando sintió una presencia en la habitación, pero cuando abrió los ojos no vio a nadie. Sin embargo, supo que alguien había estado allí, porque quien quiera que fuese había soltado un

suspiro de exasperación antes de desaparecer.

Probablemente había sido Mael, que había ido a buscarla para continuar con el entrenamiento. Era el único que podía materializarse de esa forma.

Bueno, el único no. Keve también podía hacerlo. Era curioso, pero le avergonzaba la idea de que su hermano la hubiese pillado de esa guisa, porque estaban completamente desnudos sin sábana alguna que los cubriese. Y no por la desnudez en sí, si no por lo evidente.

Lo habían hecho. Y, tal y como ella había sospechado, la maldición no había surtido efecto con ella. El labio inferior le tembló de emoción al recordar el momento en que Dru obtenía placer. No había allí nadie más que ellos dos: ni maldición, ni el recuerdo de Noive. Ni siquiera el Mal. Brigid solo había sentido amor, deseo, pasión, pero nada que ennegreciera ni perturbara la unión.

Nada de miedos ni dudas.

Con cuidado de no despertarlo acarició su mejilla. Era hermoso, de una belleza suave y serena. Sonrió al recordar que, en ocasiones, también podía ser un poco salvaje. Y guarrete. Casi sonrió al recordar su vocabulario, el extremo al que le había llevado, porque estaba convencida de que, ni de lejos, Dru empleaba en su día a día ciertas palabras. Como *polla*, por ejemplo.

Una risa baja se le escapó, lo que provocó que Dru se moviera y que abriera los ojos. Al principio parpadeó y vagó la mirada por su rostro, pero entonces despertó del todo y pegó un respingo.

—Brigid —susurró, sorprendido, pero luego pareció recordar lo ocurrido y sonrió de medio lado—. Buen día, mi Domina.

—Dirás buena tarde —se rio ella.

—¿En serio? —preguntó con un fruncimiento de ceño—. ¿Cuántas horas llevo dormido?

—Unas siete, más o menos.

Dru se incorporó y se frotó los ojos.

—Imposible. Los Ocultos no solemos dormir más de tres o cuatro horas.

—Bueno, en tu caso quizá tuvieses sueño acumulado. —Hizo un mohín

seductor con los labios y se pegó un poco más a él—. O quizá te dejé reventado.

Dru sonrió cual lobo feroz y se colocó sobre ella.

—No tanto, mi Domina —murmuró labio a labio—. No tanto.

Comenzó a besarla y a acariciar su rostro, pero pronto le pudo la pasión y bajó las manos para acariciar la curva de la cadera. Brigid se abrió de piernas a modo de invitación, excitada de nuevo, pero él alzó la cabeza de pronto, aterrado.

—Dioses, tantas horas sin alimentarte y... —Agrandó mucho los ojos y, asustado, la obligó a ladear la cabeza, pero luego soltó una exclamación.

—¿Qué sucede, Dru?

—La herida. No la cerré. Se me olvidó hacerlo. ¿O lo hice?

Brigid se llevó una mano allí donde él la había mordido, pero luego se encogió de hombros.

—No lo recuerdo. Lo mismo se ha cerrado sola. Después de todo, soy una diosa.

Dru sonrió de medio lado.

—Mi diosa particular —dijo al tiempo que la penetraba.

Brigid pegó un grito bajo, pero luego se rio y alzó las caderas, animándolo. Mientras Dru la penetraba, con deliciosa y, al mismo tiempo, exasperante lentitud, ella le acariciaba la espalda, las nalgas, los brazos, el cabello... No tenía manos suficientes para acariciarlo.

Nunca había sentido nada igual. No era sexo. Era algo mucho más hermoso, una carrera de fondo cuyo fin no era llegar al clímax, que también, sino disfrutar de lo que venía después; ese estado de felicidad en estado puro que la hacía sentir más viva que nunca. A todo ello se sumaba su empatía, la capacidad que tenía para sentir lo propio y lo ajeno, la maravilla de unirlos para desembocar en una explosión de placer inimaginable.

Y era amor.

Tanto, que asustaba.

A Brigid le gustaba Dru así, tierno y cuidadoso, pero también le gustaba su

parte animal y salvaje, como cuando antes rugió y rugió cuando alcanzó el orgasmo, el rostro desfigurado por el éxtasis y los colmillos desplegados y manchados de su propia sangre.

—¿A qué sabe? —preguntó entre embestida y jadeo.

Dru se detuvo y la miró con el ceño fruncido.

—¿El qué?

—Mi sangre.

La sonrisa de Dru prácticamente la deslumbró. Su aroma se intensificó y su aura se iluminó ante el recuerdo.

—A ambrosía.

—Hablo en serio —protestó ella entre risas.

—Yo también —zanjó él.

Pero ella estaba más que intrigada.

Estaba un pelín celosa.

—Pero, ¿es diferente?

Dru dejó de moverse y apoyó los codos en el colchón para no aplastarla.

—¿Diferente a qué, *muyer*? —preguntó un tanto enfurruñado.

—Pues... a las demás.

Dru se puso serio, hasta el punto de salir de ella y ponerse de rodillas entre sus piernas. Suspiró larga y tendidamente mientras miraba a la nada.

O, quizá, al pasado.

Cuando volvió a mirarla, lo hizo con gravedad.

—Nunca, Brigid. Jamás bebí sangre. Ni eso, ni esto. —Agarró sus caderas y, izándola un poco del trasero, la lamió con parsimonia—. Nunca antes había hecho el amor a nadie. Nunca antes había sido tan cuidadoso con mis caricias —dijo acariciando su pecho con reverencia—. Ni jamás había sido tan salvaje —añadió entrando en ella con una embestida brutal—. Eres mi primera. Eres mi única. Y eso me hace tuyo por siempre.

Los ojos de Brigid se empañaron por la emoción.

—Y yo tuya. Por siempre.

Dru siseó, emocionado, y la besó al tiempo que embestía.

Duro.

Rápido.

Salvaje.

Fuera de todo control.

Desatado.

Brigid se preparó para la mordida y el orgasmo que, presentía, iría de la mano del de Dru, como así sucedió. Pero no había preparación alguna, no para algo tan intenso, tan único y hermoso. Mientras Dru rugía y ella gritaba, sonreía al pensar que siempre sería así: una maravillosa sorpresa.

Dru continuó unos segundos más dentro de ella, moviéndose con deleite y lentitud, dilatando el placer todo cuanto pudiese, hasta que, vencido, se desplomó sobre ella con un quejido de satisfacción.

Brigid sonrió cuando él alzó la cabeza para mirarla.

—Qué extraño poder tiene tu sonrisa —murmuró Dru, la respiración aun irregular y los ojos clavados en su boca—. Desestabiliza mis sentidos y los equilibra al mismo tiempo. Tormenta y calma.

—Dualidad —dijo ella.

Dru rio por lo bajo, pero, de pronto, sus ojos se pusieron turbios y un rugido reverberó en su pecho.

—Mael —gruñó mirando a su espalda.

Brigid a punto estuvo de gritar al ver al semidiós de pie frente a la cama con cara de aburrimiento.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —exigió saber Brigid mientras se escondía como podía bajo Dru, quien trataba por todos los medios de cubrir su desnudez con su propio cuerpo.

—Apenas unos segundos. Desde la cursilada esa de la tormenta y bla, bla, bla.

—Tendrías que haber llamado a la puerta —recriminó Dru.

—Lo hice, pero no respondías. Y claro, dado tu historial es obvio que tenía que entrar a comprobar si ella se encontraba bien.

—Ya ves que sí —replicó Brigid—, así que largo.

Mael gruñó.

—Qué poco me gusta que me den ordenes...

—Pues vete acostumbrando —advirtió Dru entre risas—, porque ella es de mayor rango y está muy por encima de ti.

Mael cabeceó, pero luego se irguió y se tiró de la americana. Brigid cayó en la cuenta de que siempre iba muy bien vestido.

—Eso es irrelevante. Hay noticias frescas.

Brigid se puso rígida de golpe. A juzgar por la tensión de su cuerpo, Dru también, quién, después de pedirle al Príncipe que se diera la vuelta, se apartó de Brigid y, tras cubrirla, se enfrentó a Mael.

—Habla.

—Creemos que el fomoriano está merodeando por la zona —anunció—. No muy lejos, apenas a unos kilómetros al Oeste, en la frontera de los licántropos.

—Pero, ¿lo habéis visto? ¿Estáis seguro de que era él?

Mael chasqueó la lengua.

—Alfa me ha dicho que la manada al completo ha detectado una presencia extraña acompañada de un cuervo, ergo...

Dru se acarició la barbilla y comenzó a pasearse por el dormitorio.

—Me pregunto cómo ha podido dar con nosotros tan pronto.

—Pues yo creo que es por el efecto onda de los *fae*—informó Mael.

—¿Qué es eso? —quiso saber Brigid.

Mael la amonestó con la mirada.

—¿Sabes cuando tiras una piedra al agua y la onda se propaga? Pues lo mismo con vuestros sentimientos. Se van propagando y dejan una estela. Y dada la actividad... sentimental que os habéis traído tu hermano y tú en las

últimas horas no es de extrañar que el fomoriano os haya encontrado.

Brigid lo miró con cara de disculpa, pero luego sus ojos se agrandaron.

—¿Keve está con Rosa? —preguntó feliz por su hermano y su mejor amiga.

—Otra hembra no hay... Al menos disponible —respondió el semidiós con un encogimiento de hombros—. Quizá la haya tomado por eso. Ya sabéis, cuando las ganas de joder aprietan...

—Imbécil —masculló ella—. Ellos se aman. Keve aún no lo sabe, pero pronto lo reconocerá.

—¿Enamorado, el puto elfo? ¿De una fomoriana? Pues vaya gustos más malos tiene.

Dru alzó la mano para acabar con la disputa.

—Volvamos al tema, por favor.

Brigid cayó en la cuenta de una cosa.

—Ahora que lo pienso, las veces que he sentido su presencia ha sido en mis mejores o peores estados de ánimo.

—¿Ah, sí?

Brigid respondió a Dru con un movimiento afirmativo de cabeza.

—Es muy difícil detectarla, pero no imposible, sobre todo para alguien que lleva tanto tiempo rastreándoos. —Mael miró a Dru con gravedad—. Ya sabes lo que significa.

Dru prácticamente giró sobre sus talones y siseó.

—Aún no.

—¿Qué significa? —preguntó Brigid.

Tanto Mael como Dru la ignoraron.

—No podemos dejar que se acerque. No podemos permitir que tome ventaja.

—Dos días, Mael. Habíamos acordado que en dos días...

A Brigid se le paró el corazón cuando supo de lo que hablaban. Pero Mael

tenía razón.

—En dos días puede que sea demasiado tarde —anunció en un hilo de voz.

Dru la miró desolado y tragó saliva con fuerza.

—No estoy preparado. No estás preparada.

Brigid se enrolló la sábana y caminó hacia él.

—Y nunca lo estaremos. Es ahora o nunca.

Dru la abrazó con fuerza. O quizá fuera ella la que se aferraba a él como si quisiese paralizar el tiempo.

—He preparado una reunión a las nueve y media en el salón —escucharon decir a Mael—. Ultimaremos detalles y luego...

No concluyó la frase.

No lo necesitaba.

Ambos sabían lo que significaba ese luego.

Ese luego era el fin de la tregua. Era la lucha por la vida y la muerte, por la luz y la oscuridad, por un futuro poco alentador. Un luego incierto.

—Lo lograremos, Dru —susurró después de un eterno silencio en el que se limitaban a abrazarse y a temblar como cervatillos—. Tenemos que lograrlo. El mal no puede vencer al bien, ¿verdad?

Dru no respondió. La soltó y, con paso cansado, se dirigió al aseo.

Había derrota en su caminar.

Brigid decidió darle ese momento de privacidad, tal vez porque ella misma también necesitaba unos segundos a solas.

Estuvo varios minutos sentada en la cama, mirando a la nada y convenciéndose de que todo iba a salir bien. Aparcó los pensamientos más turbios y miró el móvil. Se asombró cuando vio que ya eran cerca de las nueve.

Se desembarazó de la sábana y caminó hacia el baño. Llamó con suavidad, pero, al no obtener respuesta, abrió la puerta con lentitud.

La imagen que se encontró la dejó atónita; Dru se había pintado

prácticamente todo el cuerpo con símbolos de protección y trataba desesperadamente de trenzarse el cabello.

—¿Qué haces, Dru?

Él la miró durante un segundo, pero volvió inmediatamente a la labor que tanto le estaba costando.

—Trenzarme el cabello para que no me moleste. ¿No lo ves? —respondió enfurruñado.

Brigid sonrió con ternura y se acercó a él.

—Trae, ya lo hago yo. ¡Cómo te tiemblan las manos!

—La mi *muyer* va a arriesgar su vida, así que dime tú cómo quieres que esté —replicó sentándose en una banquetita para que ella pudiera peinarle.

—La tu *muyer* va a salvar su vida, así que quédate tranquilo.

—No tenemos ninguna garantía, Brigid. Ninguna.

Brigid suspiró y, tras atar una goma para sujetar la larguísima trenza de Dru, se colocó de cuclillas frente a él.

—Os tengo a vosotros. Te tengo a ti.

Dru la miró con intensidad antes de agarrar su rostro y besarla con pasión, pero fue un beso efímero, porque se apartó de su boca y miró al suelo.

—Venga, tenemos que vestirnos. ¿Vamos? —insistió poniéndose en pie.

—Aun no estoy listo. —La miró lastimeramente—. Ni tú tampoco.

Exasperada, Brigid se cruzó de brazos.

—Así no, Dru. —Como vio que había captado su atención, lo acusó con el dedo—. Necesito tu fuerza, tu luz, tus poderes... tu amor. Si no me los puedes dar, si vas a ir con miedos y dudas, derrotado de antemano, no quiero que vengas.

Los ojos de Dru se empañaron de lágrimas.

—¿Y qué hago, Brigid? ¿Cómo luchar contra este terror que me tiene paralizado?

—Con fe, Dru. Creyendo en mí, en ti. En nosotros.

Dru cerró los ojos con fuerza e inspiró con fuerza. Cuando los volvió a abrir, había serenidad en ellos.

—Creo —anunció poniéndose en pie, ahora sí dispuesto a pelear. Ahora sí, dispuesto a ganar.

Brigid le pasó los brazos por el cuello y se aupó para darle un beso cariñoso en la punta de la nariz.

—Mucho mejor. —Se separó un poco de él y lo miró muy seria—. Ahora tienes que prometerme algo.

—Lo que quieras.

Inspiró aire, porque sabía que le iba a resultar muy difícil obtener su palabra.

—Me ha costado mucho, pero al final he comprendido los motivos que tenías para pedirme que usara la daga contra ti. Necesitabas esa prueba, aunque para ello sacrificaras tu propia vida. —Dru asintió con resolución—. Pues ahora debo pedirte que te sacrifiques una vez más.

En esta ocasión, Dru entrecerró los ojos. Había recelo en ellos.

—Habla.

Brigid se acercó un poco a él y colocó su mano en el pecho, allí donde un tatuaje milenario había vaticinado su amor.

—Necesito que me prometas que, pase lo que pase esta noche, no dejarás salir al Mal. —Como Dru apartó la mirada, le obligó a mirarla tomándolo de la barbilla—. Pase lo que pase.

Dru apretó los dientes con fuerza.

—No puedo, mi Domina. Ignoro de lo que seré capaz si tú... con tal de...

—Pase lo que pase —insistió ella.

Dru miró al techo y suspiró. Al fin, después de un largo silencio y cuando ella ya creía que él no contestaría, clavó sus ojos en los suyos.

—No lo liberaré. No esta noche.

CAPÍTULO 28

Y decía bien; no esa noche.

Después...

Me negué a pensar en ese después, en concreto en ese que mi pesimismo no cesaba de mostrarme.

Brigid tenía razón; no debía, no podía, dejar que la negrura se apoderase de mí en un momento tan crítico, así que de camino al salón traté de serenarme, aunque no dejaba de temblar.

Iba agarrado de la mano de Brigid, así que ella debió sentir mi nerviosismo porque me la apretó y me miró con preocupación.

Me obligué a sonreír para indicarle que iba bien, pero ella meneó la cabeza con tristeza. Supe por qué cuando, en el pasillo, vi mi reflejo en el espejo; tenía los colmillos parcialmente desplegados, rictus rígido y, lo peor de todo, el iris prácticamente negro.

Tomé el colgante de Brigid y lo apreté, como si pudiera darme la serenidad que tanto necesitaba, pero al hacerlo me llevé una sorpresa, porque, efectivamente, fue como si un torrente de energía me traspasara para, inmediatamente después, sedarme.

—Vaya —musité al tiempo que me detenía—. Qué curioso.

Brigid se detuvo a su vez.

—¿Qué es curioso?

—El colgante. Me ha... sosegado.

Ella sonrió y lo acarició a su vez.

—Lo protegí. Quería que hallaras la calma. La felicidad.

—Tú eres mi felicidad —sonreí mientras buscaba su boca, pero en ese

instante escuché a Mael llamarme.

Prácticamente ladró mi nombre.

Cuando llegamos al salón no pude menos que fruncir el ceño; tan solo estaban Mael, Keve, Ronan y Rosa.

—¿Y los demás?

—Ya están ocupando sus puestos —respondió Mael—. Alfa y su manada rastreando la zona para darnos una ubicación más concreta del fomoriano. Con ellos también están Wiza, Signus y Leo y sus Bestias. Dolfo nos ayudará con sus mejores Reales Psíquicos.

Ahí me llevé una sorpresa. Mira que yo era antiguo, pero nunca había escuchado sobre Reales Psíquicos.

—¿Qué son?

—Son los más aventajados en cuanto a poderes psíquicos se refiere. Como ignoramos el poder del fomoriano, cuanta más ayuda tengamos mejor. Los psíquicos son capaces de crear una barrera psíquica de protección, que levantaremos alrededor de los mellizos para protegerlos. Claro, que eso también puedo hacerlo yo.

—Y yo —puntalicé.

—Ya, pero a cambio de los Reales, nosotros somos los mejores con las bolas de energía, así que tú yo estaremos muy ocupados viendo si nuestras bolas le hacen pupita al bicho.

—¿A un dios? —pregunté con escepticismo.

—Coño, los Daimons también son dioses y te los cargas sin apenas despeinarte. Por cierto, ¿llevas las shuriken de titanio que me pediste?

Lo negué, porque dudaba que las shuriken lastimaran al fomoriano. Mael arrugó el ceño ante mi negativa.

—¿Y con qué coño piensas atacar? —Me señaló con el dedo, enfadado—. Olvida lo que estás pensando, Dru.

Me sonrojé.

—¿Y qué estoy pensando?

—Aprovecharte del poder del Mal. Ni lo pienses.

—Creo que es la única forma de vencerlo —me defendí.

—¡Dru! —gritó Brigid—. ¡Lo prometiste!

—Prometí no desatarlo, mi Domina. No dije nada de...

—¡Te lo prohíbo! —ordenó con desesperación.

Mael se pellizcó la nariz, exasperado.

—Esto es lo que hay, Dru: o te olvidas de ese plan, o te quedas. Tú decides.

Rugí.

—No puedes obligarme.

Mael comenzó a crecer delante de nuestros ojos, hasta que me señaló. Caí de rodillas cuando sentí cómo se me encogía el corazón y me faltaba el aliento.

—¡Mael! —gritó Brigid—. Déjalo, por favor. ¡No le hagas más daño!

—¿Qué decides? —dijo Mael con una voz de ultratumba.

Lo miré con odio mientras me llevaba una mano al pecho y luchaba por respirar.

—Iré.

—¿Y no echarás mano del Mal?

Batallé conmigo mismo, porque ellos tenían razón, pero por lógica era muy insensato pensar que, si algo le ocurriese, me iba a quedar de brazos cruzando.

—¿Dru? —apremió Mael. Y Brigid con sus ojos.

—No —terminé por claudicar.

Ya vería luego sí...

No, luego ya no me importarían las consecuencias.

No me importaría nada.

Mael me liberó al fin y boqueé para recuperar el aire. Por el rabillo del ojo vi que Ronan sacudía la cabeza con tristeza.

Creo que fue el único que sabía de mis pensamientos. Y también el único que los compartía.

«La vida tiene que ganar, hermano», me dijo telepáticamente.

«¿Qué vida, sin ella?»

Y me mostró una imagen de él, de Alba, de la sonrisa de Helena, de los gritos de júbilo de Rómulo y Remo, de Selene llamándome entre risas tito Dru.

Creo que fue ahí cuando claudiqué, cuando, finalmente, me prometí no liberar al Mal.

Pasase lo que pasase. Porque, que no hubiera futuro para mí, no significaba que no lo hubiera para los demás. No podía ser tan condenadamente egoísta como para anteponer mi dolor a la felicidad de los demás.

Supuse que Mael había interceptado nuestra conversación, porque asintió, satisfecho, y volvió a su tamaño normal.

—Bien, ahora que ya todo está aclarado, volvamos a lo importante. Rosa, explícales lo del poder fomoriano.

Agradecí dejar de ser el centro de atención.

—¿Has conseguido averiguar algo más sobre los fomorianos?

—Ya te digo. No veas lo bien que nos ha venido la sesión de hipnosis que me ha practicado Evelina. Resulta que todos los fomorianos tienen un poder en concreto, solo uno. Es, al mismo tiempo, su punto fuerte y su punto flaco, porque despojado de ese poder se convierte en una piltrafa.

—Como el dios fomoriano Balor, que el ojo en su nuca era altamente destructivo, por eso su nieto, el dios Lug, le lanzó una piedra con la honda en él y consiguió matarlo —recordó Ronan.

Esa información era muy buena, aunque insuficiente si ignorábamos el poder de Tolc. Y lo desconocíamos, por cierto.

—Creo que, durante la batalla, no debemos perder detalle a sus actos, con el fin de descubrir su poder y utilizarlo contra él —dijo Mael.

—Creo que la daga de mi padre era importante. Evelina ha descubierto que es de un material especial.

—Forjada en las Tierras Muertas —concretó Mael—. Además, también ha recordado que su padre en concreto la adiestró principalmente en lanzamiento de cuchillos. A ver, criatura, muestra cuan buena eres para que así se nos tranquilice el chaval.

Como me miró con sorna, le enseñé los dientes.

Sí, en esos momentos me saltaba todas las normas de rango a la torera. ¿Quién no lo haría?

Rosa, rauda, se sacó la daga de una funda que había atado a su cintura y la lanzó a la puerta de la entrada. Corrió a recuperarla, regresó a su sitio y la lanzó de nuevo. Todos nos maravillamos al ver que había dado en el mismo sitio.

—Rosa será la encargada de detectar su talón de Aquiles y neutralizarlo, pero, por si acaso, todos estaremos atentos a cualquier peculiaridad y se la notificaremos a Rosa.

—¿Cómo?

Mael se sacó unos botones del bolsillo de su chaqueta.

—Pinganillos, amigo. Ya que ellos no pueden comunicarse telepáticamente, no nos queda otra que echar mano de la tecnología.

Cogí uno y me lo puse en la oreja. Todos procedieron a hacer lo mismo.

—¿Y cómo actuaremos? —pregunté mientras lo acomodaba en la oreja.

—Fácil —respondió Mael—. Tan pronto los licántropos lo hayan localizado, los mellizos irán allí y lo atraerán. Nosotros esperaremos escondidos.

—Fácil —escupí.

—No me mires así, druida, que incluso tú sabes que es la mejor manera de cazarlo. —Su móvil sonó y asintió con la cabeza—. Los lobos le han encontrado. —Me miró primero y luego a Brigid—. ¿Listos?

Quise rugir que no, que ni en un millón de años, pero al fin la hora había llegado. Y, si en algo debía dar la razón a Mael, era primordial acabar con él cuanto antes.

—Listos —respondió Brigid mirándome no muy convencida.

Me llevé la mano al colgante y suspiré. Si sonreí fue para darle ánimos.

—Controlado.

—Perfecto. Ronan, te he mandado la ubicación de Alfa. Tú y Rosa os adelantaréis.

—Pero no puedo ir con la moto hasta allí. Está en medio del monte — protestó Ronan después de mirar su móvil.

—Pilla un Quad. O una de cross. Al gusto.

Mi hermano asintió, encantado. A él le fascinaban todas las motos, fueran del tipo que fuesen. Se disponía a salir cuando Keve se adelantó y abrazó a Rosa.

—Ten cuidado —le pidió.

—Lo haré —respondió la morena besándolo fuerte, con ganas, con un poco de rabia y un mucho de amor.

Ya salían por la puerta cuando Keve gritó:

—¡Ponte casco!

—No lo necesito —bufó Ronan.

—A ti no te digo. ¡Papagena! —gritó. Rosa se dio la vuelta. Su rostro se había iluminado—. Te amo.

—Pues anda, que yo a ti... —Tiró un beso a Keve y salió dispuesta a todo.

—Ven, Brigid —oí escuchar de pronto a Mael—. Tengo algo que comentarte.

—¿Qué cosa? —quise saber.

Mael alzó las cejas repetidamente y me señaló con la cabeza a Keve, que parecía un poco incómodo. El semidió me miró con elocuencia antes de partir, por lo que deduje que Keve le había pedido unos minutos a solas conmigo antes de partir.

Con su marcha Keve carraspeó y se plantó frente a mí. Apretó los labios y miró a un lado, supongo que buscando las palabras, hasta que clavó sus ojos en los míos y soltó a bocajarro:

—Te has tirado a mi hermana.

—Keve... —advertí.

—No lo niegues. Entré a su cuarto para ver cómo se encontraba y os pillé en la cama en pelota picada.

Me puse rígido.

—No tenías ningún derecho a invadir nuestra privacidad.

Keve cabeceó.

—Y lo siento. Pero la cuestión es, ¿tú no eras célibe?

—No con ella —repliqué.

Volvió a cabecear.

—Entonces, ¿has creado el vínculo?

—N-no —titubeé.

Y me soltó un rechazazo. Dolió como mil demonios.

—Cabrón —rugió—. Mi hermana no es una tía a la que follarse y luego si te he visto no me acuerdo. Es de las de...

—Para toda la vida —rugí, furioso porque pensara que yo iba de esa guisa.

Me miró asombrado, pero luego se tranquilizó.

—Vale, es pronto. Apenas os ha dado tiempo. ¿Cuándo lo harás? —insistió.

Apreté la mandíbula con fuerza.

—Nunca.

Keve me miró durante una eternidad. Como no sabía qué estaría rumiando, me preparé para un segundo rechazazo, pero no llegó. Solo preguntó con tristeza:

—¿Por qué?

Suspiré con cansancio.

—Por el Mal del Bosque. No quiero... contaminarla de oscuridad.

En esta ocasión el muchacho me puso una mano sobre el hombro y lo

apretó, comprendiendo.

Pero no satisfecho con la respuesta. Su rostro marcado por la preocupación era la prueba de ello.

—¿Entonces?

—Entonces disfrutaré de todo el tiempo que pueda junto a ella.

—Ella no va a ir al sídhe. Me lo dice el corazón. Ella va a querer quedarse aquí contigo.

—Lo sé.

—Pero sin el vínculo, envejecerá y morirá.

—También lo sé —susurré con dolor—. Pero ni aun así, Keve. Imposible.

—Entonces... tengo que pedirte un favor. Yo iré y vendré, porque siento que tengo que estar allí, pero también aquí, de modo que no podré cuidarla.

—Sobran las palabras, Keve —dije llevándome una mano al pecho. Le tomé por los antebrazos y puse mi frente en la suya—. Daría mi vida por ella. La amo por encima de todo, Keve.

Keve, visiblemente emocionado, me abrazó. Cuando se soltó, había lágrimas en sus ojos, que se limpió con rabia.

—Qué cosas estas del amor, ¿eh, tío?

Sonreí. Comprendí que él necesitaba hablarme de Rosa.

—Así que tú también te has enamorado.

—Uy, qué va —dijo entre risas—. Yo llevo prácticamente toda la vida enamorado de ella, desde los diecisiete años, cuando comencé a trabajar en el Burger King. Lo que pasó fue que por un malentendido nos peleamos y me rompió el corazón. Éramos unos críos y así nos comportamos. Pero ahora... ¡uf, tío! Ahora entiendo cuando Ronan decía que con Alba el sexo era totalmente distinto.

—Porque no es sexo.

Keve sonrió de forma lobuna.

—No, no es sexo, pero al mismo tiempo sí lo es. Fíjate si fue intenso, que mientras me corría empecé a brillar, como Brigid. —Ambos nos reímos, hasta

que Keve volvió a ponerse serio—. Joder, mira que quiero a esa duendecilla.

Le apreté el brazo y, aunque probablemente yo necesitaba más consuelo que él, me dispuse a tranquilizarlo.

—Todo va a salir bien. Los dos vais a salir de esta.

—Pero no sabes muy bien cómo protegernos. No lo niegues, Dru.

—Ese es el problema, Keve. Que sí sé cómo protegeros, pero... Lo prometí.

—Hombre, no así, no a costa del Mal. Pero podías haber pensado en otra cosa.

—¿En qué, Keve? —rugí—. ¿Acaso crees que no me he estrujado los sesos buscando una solución? ¿Qué se suponía que debía hacer, encerrarla?

Keve asintió, pero luego me miró de una forma muy extraña. Me agarró del brazo con fuerza y, con los ojos llenos de resolución, dijo:

—Precisamente.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Que eres un grandísimo gilipollas si piensas que voy a poner en peligro a mi hermana. Muy gilipollas.

Y me teletransportó a la nada.

—¿Dónde vamos?

Mael miró por encima del hombro a Brigid, pero inmediatamente lo hizo al frente y continuó caminando por el largo pasillo.

—A un lugar tranquilo, donde Dru no pueda escucharnos ni interrumpirnos —informó al tiempo que abría una puerta y la instaba a entrar.

Era un cuarto muy peculiar, con una cama, una mesilla y, como ya era habitual en las habitaciones del Hotel, sin ventanas. Pero lo que la hacía

diferente era la ausencia de lujo, pues estaba sin alicatar.

—Siéntate, por favor —pidió Mael señalando la cama.

Brigid lo miró ceñuda, pero como quería partir cuanto antes, obedeció sin rechistar. Mael continuó en el umbral, con un hombro apoyado en el marco de la puerta, las manos en los bolsillos y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. Su expresión, y su actitud, era de extrema gravedad.

—Creo que conozco un poquito mejor que tú a Dru —comenzó a decir, mirándola ahora con sus inquietantes ojos multicolor—. Después de todo, llevo conociéndolo más de dos mil años. He visto cómo todos y cada uno de los días, desde entonces, ha luchado para controlar al demonio que lleva dentro. Y créeme, es admirable. Es tan jodidamente honorable, tan responsable, que no sé si compadecerle o envidiarle. Creo recordar que tú eres empática, así que sabrás toda la oscuridad que carga dentro, con lo que tiene que convivir cada día, cada hora. Cada segundo —recalcó con tristeza.

Brigid asintió y tragó saliva con fuerza.

—Sí, lo sé. La sentí en mi propia piel.

—Cómo ha hecho para controlarlo, lo ignoro, pero lo ha conseguido. Nunca, jamás, ha sucumbido al poder del Mal. —Mael se irguió y sus ojos se achicaron—. Ahora es diferente.

Aunque no lo dijo, la acusación pesaba como una losa.

—Por mí.

—Así es. Por ti. Yo conocía a Dru mejor que nadie, su lucha, sus miedos, sus tristezas, su bien y su mal. Pero este Dru de ahora es diferente. Es más fuerte, sí, pero también más vulnerable, más propenso a la rebeldía. Más proclive a todo.

Brigid sabía qué era ese todo.

—Tú también temes que haga algo si yo...

—No lo temo, amiguita. Me acojona como nada en este mundo puede acojonarme. Y lo hará, pese a su promesa, porque sin ti ya no tendrá por lo que luchar. Ya no tendrá sentido para él vivir. Así aman los Ocultos; con fiereza. Y esa fiereza en Dru puede ser apocalíptica.

Brigid se miró las manos y asintió.

—Por eso me has traído aquí, para que lo convenza de que no venga.

Mael parpadeó antes de echarse a reír.

—¿Y prescindir de él? No, hija, no. Dru es el mejor de todos para lo que nos enfrentamos.

Brigid lo miró con el ceño fruncido y una sensación de alarma.

—¿Entonces?

Mael sonrió con maldad. Dio un paso atrás a tiempo de evitar que unos barrotes de hierro lo atravesaran.

—¡Mael! —gritó Brigid abalanzándose sobre los barrotes, pero tan pronto los tocó sintió una potente descarga que la empujó hacia atrás.

—Keve tenía razón. Con uno que se sacrifique, es suficiente.

La muchacha no sabía si llorar de la impotencia, o rugir de rabia.

—No puedes hacerme esto. ¡No puedes dejarme aquí!

—Contigo aquí garantizo tu seguridad. Dru se quedará más tranquilo y podrá centrarse en lo importante y evitaremos que libere al Mal del Bosque. Así que matamos dos pájaros de un tiro: salvamos tu culo y el de todo mortal e inmortal viviente en el planeta. Un plan perfecto.

—Imbécil —masculló Brigid entre dientes—. Me necesitáis. Sin mí no se activará la bola de energía y...

—Pero eso no lo sabemos, Brigid. En los días que llevamos de entrenamiento ni una sola vez se ha activado. Ya, niña, no me mires así —protestó cuando Brigid prácticamente lo asesinó con la mirada—. Sabes que es por el bien de todos.

—Lo tenías todo planeado, ¿verdad?

—Pues claro. No soy tan inconsciente. Y, claro, tu hermano no podía estar más de acuerdo.

—¿Keve lo sabía? —rugió.

—Él me dio la idea, sí. Y luego lo planeamos todo.

—¿Y Dru? —preguntó en un susurro cargado de ira.

—No, a Dru no le dijimos nada. A esta hora estará tan sorprendido como tú. Y más feliz que unas pascuas de saber que estás a salvo.

Brigid alzó las manos, exasperada.

—¿Y por qué no le dijiste nada? ¿Era necesario hacerle pasar por el calvario de estos días? ¿Sabes lo desesperado que ha estado, lo mal que lo ha pasado?

Los ojos de Mael relampaguearon de malicia.

—Dru necesitaba ese calvario. Había que darle un... —Se rio por lo bajo y le guiñó un ojo—... empujoncito. Dru tenía que encontrar un motivo para luchar, algo por lo que mereciera la pena vivir. Ahora sí está listo. Así sí lo tiene todo controlado.

Y desapareció.

Brigid miró boquiabierta al frente, allí donde segundos antes había un semidiós que la había traicionado.

¿De verdad la iban a dejar allí encerrada? Se encaminó hasta los barrotes y, tras un segundo de vacilación, los agarró.

Y volvió a salir disparada.

—¡Joder! —gritó.

Lo hizo con rabia, impotencia y desesperación, pero no se dio por vencida y se acercó de nuevo a los barrotes. Cerró los ojos y se concentró todo lo que pudo. Buscó su fuerza interior y trató de condensarla en un solo pensamiento: romperlos.

Pero obtuvo el mismo resultado.

Ahora ya no le quedaba rabia, sino una agria sensación de inutilidad. ¿De qué le servía su fuerza si no podía abrir unos barrotes? Si estuviera más delgada quizá podría atravesarlos, pero... No. Para ello tendría que rozarlos y volvería a sentir la descarga que la anularía, así que no.

Iba a darse por vencida cuando gritó de júbilo.

—¡Pues claro! ¡Puedo teletransportarme!

Pero, ¿cómo hacerlo? Solo lo había hecho una vez y por instinto. No era algo que tuviera controlado. ¿Cómo había dicho su hermano que había sido la primera vez?

«Pensé que quería ir al tejado y de pronto estaba allí». ¿Era eso lo que tenía que hacer? ¿Pensar en ir donde estaba Dru?

Esperanzada, se dejó caer al suelo, se sentó como los indios y comenzó a controlar la respiración, tal y como le había enseñado Remedios. Dejó la mente en blanco y se llevó una mano al pecho. Cuando encontró algo de sosiego, y con los ojos fuertemente cerrados, susurró.

—Llévame. Llévame a su lado. Quiero ir con Dru...

Pero nada pasó, así que lo intentó una vez más. Diez. Cientos de veces.

Lloró, rugió, se cabreó, se serenó y volvió a intentarlo. Otras tantas volvió a arrojarle a los barrotes. Golpeó la pared.

De nada le sirvió.

Derrotada, se dejó caer en la cama y se hizo un ovillo. Solo pretendía descansar, pero pronto el agotamiento le pasó factura y se quedó dormida.

Debía estarlo, o al menos estaba soñando, porque de pronto estaba tumbada sobre una alfombra de hierba. El sol cegaba, y la suave brisa mecía sus cabellos. Frente a ella se extendía un prado inundado de flores de todos los colores y tamaños y hasta llegó a escuchar el sonido de una cascada. Asombrada, se levantó y miró a su alrededor, hasta que sus ojos se toparon con un almendro.

Y con una mujer.

De su boca salió un sollozo cuando la mujer sonrió y se encaminó hacia ella. Brigid quiso correr, arrojarle en sus brazos, pero temía hacerlo por si se desvanecía, así que aguardó, con lágrimas en los ojos y el corazón en un puño, a que su madre estuviese a su altura.

—Mi niña —saludó la mujer. Alzó los brazos y esperó a que ella reaccionara.

—Mamá... —lloró Brigid arrojándose en ellos y temblando de alegría.

—Ya, duendecilla. ¡No llores!

—Es que estoy tan feliz de estar contigo... —Se apartó de ella y la miró a los ojos—. ¿Eres real?

—Tan real como tú quieras que sea. Este es tu sueño. Yo solo he acudido a tu llamada.

—¿Lo hice?

—Siempre lo haces. Pero no debía venir. Ahora... —Su madre miró al suelo y se puso seria. Cuando alzó la vista, había en sus ojos preocupación—. Ahora tenía que venir. Debes ir, mi niña. Keve no podrá acabar con Tolc solo.

—Me han encerrado, mamá.

—Lo sé. Trataban de protegerte. Lo que ignoraban es que al hacerlo os han puesto más en peligro, porque Tolc no parará hasta acabar con vosotros, como hizo con vuestro padre.

Brigid se llevó una mano al pecho para detener la punzada de dolor por la noticia.

—¿Papá está muerto?

Los ojos de su madre se empañaron.

—Antes de que vosotros nacierais. Fue cuando comprendí que la amenaza de Tolc no iba en vano.

—¿Qué amenaza? ¿Por qué nos quiere matar?

Los ojos de Anjana se empañaron por el recuerdo.

—Él era mi Protector. Me lo asignaron desde que prácticamente éramos niños. Pero era mucho más; se convirtió en mi mejor amigo. —Anjana esbozó una sonrisa—. Éramos inseparables, siempre íbamos juntos a todas partes. Nos amábamos, como se aman los niños, de forma incondicional. Tolc siempre cargaba con el castigo cuando hacíamos alguna travesura. Para él yo era intocable, me amaba como a nada en el mundo. Y yo a él, del mismo modo que tú puedes amar a tu hermano. Pero crecimos, y ese amor fraternal se convirtió en algo más, al menos para él. Entonces llegó tu padre, y con él amor, así que cada vez era más frecuente que prescindiera de Tolc. Poco a poco Tolc quedó relegado a un segundo plano, y eso lo enfureció. Enloqueció de celos, llegando incluso a hablar con mi padre para prohibir que tu padre y yo nos viéramos. Pero mi padre vio que ya nada podía hacer, que yo me había enamorado, así

que permitió nuestra unión. —Anjara frunció los labios—. Los fomorianos son seres pasionales, que llevan sus emociones al extremo. Cuando aman, aman hasta la muerte. Cuando odian, también. Tole haría cualquier cosa por protegerme, pero también para retenerme, para conseguir mi amor en exclusividad. Enfureció tanto, que juró acabar con tu padre y con su recuerdo. Pensábamos que se calmaría, que al final recapacitaría, por eso no le expulsamos del sídhe, pero no lo hizo y acabó matando a tu padre. —Miró a Brigid con preocupación y le acarició las mejillas—. Solo le queda acabar con su recuerdo. Y con su estirpe. Es por eso por lo que debéis matarlo. Él no se detendrá jamás. Ahora debes ir, mi niña. Keve no podrá hacerlo solo.

—¿Cómo, mamá? He intentado teletransportarme y no ha dado resultado.

—Tienes que hacerlo con el corazón, mi niña.

—Ya lo he hecho. He invocado a Dru, he pedido y deseado ir junto a Dru.

La madre negó.

—No con ese corazón. No con este —dijo apoyando la mano en el pecho de Brigid—. Este se lo entregaste al druida hace mucho tiempo. Tienes que hacerlo con el otro.

Brigid la miró sin comprender.

—¿Qué otro?

Anjana se rio de forma dulce y la besó en la mejilla, el beso añorado de madre e hija. Cuando se apartó, la miró con amor y le dio la espalda.

—¡Madre! —gritó Brigid, pero sentía que el sueño estaba próximo a acabar.

Anjana la miró por encima del hombro y le lanzó un beso.

—¡Corred, volad, el príncipe os espera! —canturreó antes de desaparecer.

Tan pronto lo hizo, Brigid volvió a estar a oscuras, en un cuarto frío y encerrada tras unos barrotes.

Aturdida, se llevó una mano a la mejilla, allí donde su madre la había besado. Ignoraba si era un sueño o había sido verdad, pero lo cierto era que su madre había tratado de ayudarla, aunque no le hubiera dicho cómo escapar de allí.

Aunque... sí lo hizo.

Brigid agrandó mucho los ojos cuando comprendió lo que su madre había tratado de decirle.

—El otro corazón... Mi otra mitad. ¡Mi mellizo!

Se puso en pie de un salto y se llevó una mano al pecho.

—¡Keve! —gritó con júbilo.

Grito que quiso repetir cuando, al abrir los ojos, vio a su hermano a lo lejos, en medio de una explanada y rodeado de los guerreros, pero el grito murió en su garganta.

Porque las cosas estaban realmente feas ahí.

CAPÍTULO 29

Miré a mi alrededor, perplejo. Estábamos en una arboleda, en mitad de un monte. Varios Licántropos y Bestias vigilaban los alrededores, los Reales escuchaban instrucciones de Dolfo y hasta mí llegó el sonido de una moto: Ronan y Rosa.

Keve estaba frente a mí, con una sonrisa de oreja a oreja y esperando a que yo reaccionara.

—¿Y Mael y Brigid?

—Mael no tardará en llegar.

Eso no respondía a mi pregunta.

—¿Y Brigid? —insistí.

Su sonrisa se hizo más amplia cuando respondió:

—Encerrada.

Me tambaleé. Tanto, que Keve tuvo que agarrarme por un brazo.

—¿Estás bien? —oí que decía—. Joder, se suponía que esto te aliviaría.

—¿Aliviarme? —balbuceé. Me costaba respirar de la impresión que me llevé—. No, amigo, esto no me alivia. ¡Esto me da la vida!

Keve asintió y me palmeó el hombro. Mientras esperábamos al resto, me explicó el plan que a escondidas él y Mael habían tramado. No sabía si abrazarlo o estrangularlo por no haberme hecho partícipe.

—No podíamos, tronco. Si lo hubieras sabido, te hubieras relajado, y claro, como Brigid es empática lo hubiera notado y se hubiera oído algo raro.

En ese punto Ronan frenó a nuestro lado y Rosa se apeó de la moto.

—¿Y Brigid? —preguntó.

—No vendrá —dije sonriendo de oreja a oreja.

—¿Por qué? —quiso saber. Era su cara de desconcierto y preocupación.

Keve iba a responder cuando Mael apareció frente a nosotros. Miró a su alrededor y se frotó las manos.

—Bueno, pues ya estamos todos. ¿Preparados?

—No —contestó Rosa—. No estamos todos. Falta Brigid.

Mael la ignoró y se dirigió a mí.

—Rosa nos dijo que el fomoriano desapareció, por lo que deduzco que él también puede teletransportarse.

—Doy fe —respondí—. Yo mismo pude comprobarlo una vez.

—¿Cuándo?

—No viene al caso. La cuestión fue que una vez la siguió un cuervo y detecté la presencia de un ser apestoso. Sentí que Brigid estaba en peligro, así que fui a por él, pero se había desvanecido.

—Pues esto es lo que haremos. Ten —dijo tendiéndome una hoja de papel—. Gracias a Evelina hemos encontrado un conjuro que anula la teletransportación en varios kilómetros a la redonda. Tendrás que lanzarlo tan pronto aparezca el fomoriano y así nos sea más fácil la caza.

Fruncí el ceño.

—Pero esto es un arma de doble filo —apunté—. Esa anulación os afectará tanto a ti como a Keve.

—Pues no, tío listo —replicó con cansancio—, que nunca me dejas terminar. Este es un conjuro protector de poder, que nos lanzarás a nosotros para que la anulación no tenga efecto.

Miré las hojas de papel y fruncí el ceño.

—Mael, estos conjuros son muy potentes. Tendré que emplear todo mi poder.

El semidiós me miró de arriba abajo.

—¿Y?

—Pues que eso me agotará. Necesitaré mucho tiempo para recuperarme. A no ser que...

Los ojos de Mael relampaguearon de malicia.

—A no ser que... —repitió.

Yo me puse rígido.

—Me pediste que no echara mano del Mal.

—Si Brigid estaba presente. Pero no está, ergo...

Lo miré de hito en hito.

—No puedo creer que me estés pidiendo que use su poder —musité no exento de terror.

—No hay otra forma de liquidarlo, Dru. Necesitamos todo el poder del que dispongamos.

—Sí hay otra forma —intervino Rosa, enojada—. ¿Dónde coño está Brigid?

Mael al fin la miró.

—No la necesitamos.

—Ya lo creo que sí.

Ronan suspiró con cansancio.

—Yo estoy de acuerdo con Rosa. Necesitamos a Brigid. Recordad la nana. Creo que es la única forma de acabar con el fomoriano: solo los mellizos podrán hacerlo. —Me miró de soslayo y luego a Mael, enojado—. No me puedo creer que estés hablando en serio, Mael. ¿Sabes lo que le estás pidiendo a Dru? ¿Sabes lo que puede llegar a pasar si deja que el Mal lo roce? Se le puede ir de las manos y ¡hala! A tomar por culo todo.

Mael enrojeció. Keve se movió, inquieto.

—Joder, ahora ya no me parece tan buen plan.

—Vale —claudicó Mael—, esto es lo que haremos. Acotaremos la anulación a solo unos metros. Y en cuanto al conjuro protector de poder, lo limitaremos a Keve. ¿Cómo lo ves, Dru?

—Igualmente es mucho poder, pero podré hacerlo sin extenuarme y sin recurrir al Mal.

—Perfecto, entonces lo haremos ahora, con el fin de que puedas recuperar fuerzas antes de que aparezca el fomoriano. Keve, ¿tienes controlado el brillo fae?

Keve se mordió el labio inferior.

—Pues no sé. Solo me ha pasado una vez, y fue algo que hice de forma involuntaria, cuando estaba... eh... con Rosa.

—Vale, pues pon todas tus energías en ello. Piensa en ella, o lo que veas. La cuestión es que tienes que sentir para brillar. Dru, procede.

Con un suspiro de resignación, extendí la mano hacia la explanada en la que Keve esperaba al fomoriano y comencé a recitar el conjuro. Era un hechizo muy potente, por lo que todos dejaron lo que estaban haciendo cuando comencé a recitarlo. Ignoro si para no interrumpirme o si, como yo, sintieron el flujo de poder. Una neblina se levantó en el llano, confirmando así que el conjuro había funcionado. A continuación, puse la mano sobre Keve y lancé el contraconjuro. Keve se estuvo muy quieto y muy callado, pero supe que estaba surtiendo efecto porque se puso lívido y con cara de susto. Solo habló cuando aparté la mano, para susurrar un *joder* que le salió del alma.

Cuando acabé, las fuerzas me fallaron y caí al suelo de rodillas.

—¿Todo bien?

Alcé el pulgar a Mael, porque si bien había empleado mucho poder, no me sentí desfallecido. Keve me miró con pesar, pero tenía muy clara su misión, así que una vez repuesto de la impresión se encaminó hacia la explanada.

Yo lo miré con preocupación.

—Deberíamos acercarnos.

—Aún no. El fomoriano puede detectarnos. —Aunque no había inflexión alguna en su voz, presentí que Mael estaba preocupado por el muchacho. Sin dejar de mirarlo, me dijo—: ¿Cuánto crees que tardarás en recuperarte?

Me senté en el suelo y me encogí de hombros.

—Unos minutos.

Mael asintió, se sentó a mi lado y me agarró la mano. No lo hizo para darme fuerzas, ni ánimo, sino para tirar de mí en caso de que tuviéramos que salir corriendo.

En absoluto silencio vimos cómo Keve se detenía en medio del llano. Estuvo varios minutos allí, solo, de pie, a la espera. Por un instante le vi cabecear, pero al instante se irguió.

Un segundo después, brilló.

Mael y yo nos pusimos de pie de un salto. Los lobos gruñeron y se pusieron en pose de carrera. Leo y sus Bestias tenían las garras desplegadas. Todos, en general, estábamos alertas para correr hacia la explanada ante la mínima señal.

Y la señal llegó con el graznido de un cuervo.

—¡Ahora! —gritó Mael.

Mientras corríamos, vimos cómo el fomoriano lanzaba una descarga a Keve, pero estaba preparado y la esquivó sin problemas.

Cuando llegamos todos nos pusimos en posición: los psíquicos rodearon a Keve y se agarraron de la mano. El manto que se levantó me dejó maravillado, pero mi puesto estaba frente al fomoriano. Los demás, lo cercaron. Rosa, en cambio, se mantenía apartada.

Fueron las Bestias las primeras en lanzarse al fomoriano, pero este, sin apenas problemas, las fue lanzando por los aires. Con los lobos pasó exactamente lo mismo. Ronan trató de cortar con sus falcatas el brazo con el que empezó a formar una bola, pero él lo detectó y lo golpeó con tanta fuerza que se quedó noqueado.

Mael y yo lanzábamos bolas a diestro y siniestro y si bien lo tambaleaban, no lo hirieron como habíamos supuesto. Y, lo peor de todo, era que nosotros nos estábamos agotando.

—¡Más poder, Dru! —gritó Mael sin dejar de lanzar una bola tras otra.

Me acerqué un poco más para observarlo. Era, además de pestilente, aterrador. Tenía el rostro desfigurado y la nariz bulbosa, pero lo que más me llamó la atención fue su ojo: como el de Rosa, le ocupaba la parte baja de la frente, pero a diferencia de ella, su iris era blanquecino y apenas tenía pupila.

El cuervo graznó a mi izquierda, así que él se giró hacia allí y lanzó la bola. Quise gritar de rabia cuando vi que había dado en el muro y que los Psíquicos se tambalearon.

—Va a derribar la barrera —grité.

El cuervo volvió a graznar, esta vez a mi derecha.

Y el fomoriano volvió a lanzar una bola en esa dirección.

—Claro, eso es... —murmuré, pero luego apreté el pinganillo—. ¡Rosa! ¡Me escuchas!

—Aquí estoy.

—¡El cuervo! ¡Lanza la daga al cuervo! ¡Es su ojo!

Mael me miró y asintió satisfecho, pero entonces miró hacia atrás.

—Joder, ha derribado el muro. ¡Dru, vamos a tratar de levantar uno!

Corrí hacia Keve y, junto a Mael, levantamos un muro de poder. Mientras tratábamos de impedir que las bolas lo derribasen, vi a Rosa que se ponía en posición y lanzaba la daga de su padre. Casi grité de dicha al ver cómo daba al cuervo y este caía al suelo. El fomoriano aulló y se llevó una mano amorfa al ojo, señal de que justo ahí era donde había dado la daga al cuervo.

El fomoriano ahora era vulnerable, al ser ciego, pero entonces le pudo la desesperación y comenzó a lanzar bolas sin tregua. No importaba su objetivo, estaba cabreado y quería acabar con todos nosotros.

Pero, aunque intensificó el ataque, comenzó a fallar, por lo que obtuvimos cierta ventaja sobre él.

—¡Su puta madre! —oí gritar a Leo de pronto—. ¡Dru, a tu izquierda!

Miré hacia donde Leo me indicó y me quedé petrificado.

¡Daimons!

Y estos tenían un objetivo: yo.

—Joder, ¡acaba con ellos, Dru! —ordenó Mael.

—Si lo hago tendría que dejar el muro y solo no podrás —advertí.

—Si no lo haces un Daimon te atacará y todo se va a la mierda —

contraatacó.

Apreté los dientes con rabia, porque en el fondo sabía lo que había pasado: era el momento ideal para que el Mal los hubiera invocado, pues reunió a cinco, uno de cada tipo. Si uno solo me atacaba, podía tambalear mi autocontrol. Los cinco, me vencerían sin problemas.

—Ni lo dudes, Dru —me advirtió Mael, que dejó caer el muro y comenzó a atacar nuevamente al fomoriano.

Así que no dudé, y comencé a lanzar bolas a los Daimons. Fueron apenas dos minutos, pero el suficiente para que Mael cayera de rodillas al suelo, agotado, dejando a Keve a merced del fomoriano.

—¡Tranquilos, puedo esquivarlo!

Eso no lo dudábamos, pero, ¿matarlo? No, dudaba mucho que el muchacho pudiese acabar con él. Ya se estaba preparando para evitar una nueva bola cuando de pronto se escuché un rugido y vi venir corriendo a...

Brigid.

—¡No! —grité.

Grito que lancé de nuevo cuando vi que una nueva bola iba directa a los mellizos.

Porque solo había lanzado el contraconjuro a Keve.

Ella, dentro del círculo, no podía teletransportarse.

Durante unos segundos Brigid miró al fomoriano, pero cuando vio que lanzaba la bola ni lo pensó: empujó a su hermano y rodó para esquivar la bola. Ya a salvo, se puso en posición frente al fomoriano para prepararse para un nuevo ataque, que no tardó en llegar.

—¡No tendrías que estar aquí! —gritó Keve antes de desaparecer, a tiempo de esquivar una nueva bola.

Brigid miró a su alrededor, buscándolo, pero su atención volvió de nuevo

al fomoriano y la rabia surgió de lo más hondo de su ser.

—¡Mataste a nuestro padre! ¡Asesino!

El fomoriano se detuvo y miró en su dirección sin verla. Una sonrisa siniestra mostró una boca de afilados y putrefactos dientes.

—Ella es mía. Anjana es mía. Su amor me pertenece. Ella no lo tuvo a él. Ni os tendrá a vosotros. Solo me tendrá a mí.

Brigid rechinó los dientes, pero entonces él lanzó una bola que por poco le dio. Justo entonces Dru se puso delante de ella y rugió.

—¡Dru, apártate! —gritó, aterrada de que lo alcanzara.

Pero Dru la ignoró y comenzó a formar una bola de energía.

Densa, negra, oscura...

Pero lo que hizo que exclamara de rabia fue el cántico que él comenzó a entonar.

—¡Lo prometiste! —gritó empujándolo con todas sus fuerzas.

Dru salió disparado, pero a Brigid le dio igual. Todo, con tal de que él no sucumbiera al poder del Mal.

Cuando se volvió de nuevo al fomoriano, vio una bola que iba directa a ella. Brigid supo, lo intuyó, que no tendría tiempo a esquivarla, así que agarró la mano de su hermano y cerró los ojos.

Y entonces, como si su hermano hubiera recibido una orden silenciosa, ambos se pusieron a cantar.

—¡Brigid, no! —escuchó gritar a Dru.

Pero entonces sintió cómo algo los protegía, como si de pronto estuvieran dentro de una burbuja.

—¡Y en reyes se convirtieron! —finalizaron la canción.

Brigid sintió el flujo de energía. Tuvo la sensación de que crecía, de que todos sus dones se magnificaban. Supo que Keve había sentido lo mismo cuando de pronto, en silencio, se miraron a los ojos.

Y ambos supieron lo que tenían que hacer.

Keve formó la bola de energía y Brigid le apretó la mano con fuerza.

Con toda su fuerza.

Con todo su ser.

Ambos se convulsionaron cuando la fuerza de una pasó al otro y entonces Keve lanzó la bola al fomoriano y...

—¡Al suelo! —gritó Mael, estupefacto.

La onda fue colosal. Todos sintieron su poder, su fuerza.

Y todos supieron que habían dado al fomoriano cuando este rugió de dolor y comenzó a arder.

Tras la explosión hubo unos minutos de aterrador silencio, en los que vieron cómo el fomoriano se convertía en cenizas.

Todo había acabado.

Poco a poco se fueron levantando, aturridos y atónitos por lo que había pasado.

Brigid sollozó y se llevó una mano al pecho, pero entonces Dru llegó hasta ella y, tras mirarla con admiración, respeto y asombro, la estrechó entre sus brazos.

—¡Oh, Dru! ¡La pesadilla ha terminado! ¡Todo ha acabado!

Sintió vibrar a Dru, que la apretó con fuerza contra él.

—No, mi Domina. Todo ha empezado.

Brigid se apartó de él para mirarlo a los ojos y fundirse en un beso en el que le entregó su ser entero.

Keve miró la escena, todavía perplejo por lo que acababa de suceder. Rosa llegó hasta él y lo abrazó y lo besó mil y unas veces.

—Joder, eso ha sido... —escuchó decir a Alfa.

—Bestial —se rio Leo.

—Gracias a todos, de corazón —dijo Keve a sus amigos—. ¿Alguna baja?

Poco a poco todos se acercaron.

—Un poco maltrechos y agotados, pero bien. El fomoriano era muy duro de pelar.

—Tú lo has dicho bien, era —precisó Mael—. Hale, acabado el problema, que cada uno vuelva a lo suyo, que hay muchos chupasangres que liquidar. Dru, tú tienes el día libre.

—Cojones, ¿y los demás no? —protestó Leo.

—Él tiene que reestablecer el equilibrio. Ha estado a punto de perder el control. Ya hablaremos, ya... Ahora céntrate en relajarte.

Dru, que mantenía abrazada a Brigid, lo miró con encono al principio, con arrepentimiento después de mirar a su amada y ver que esta lo miraba enojada.

—Lo siento —se disculpó.

Keve cabeceó. Mientras los veía alejarse —supuso que su hermana le iba a cantar las cuarenta bien cantadas—, suspiró con pesar.

Pero, qué leches, él hubiera hecho lo mismo. Si él hubiera tenido un poder tan grande hubiera hecho de todo con tal de proteger a lo que más quería.

—¿Vamos, Keve?

Se volvió a mirar a Rosa y sonrió.

—Ve con Ronan. Yo puedo teletransportarme.

Rosa lo besó con pasión y le dio un pellizco antes de marcharse hacia donde Ronan esperaba con la moto de Cross.

Keve iba a desaparecer cuando algo lo paralizó.

Ya no estaba en la explanada, sino que se hallaba en un cuarto viejo lleno de libros. Alguien aullaba y rugía de agonía en estado puro. Keve vagó la vista por la habitación, hasta que vio en un rincón oscuro a Dru, tirado en el suelo y sosteniendo en sus brazos a una muy envejecida Brigid. El muchacho jadeó cuando descubrió que acababa de morir. Sus lágrimas se unieron a las de Dru, pero este de pronto se limpió el rostro y, con determinación, y el rostro marcado por la ira, alzó la mano.

«No», quiso advertir cuando comprendió lo que iba a hacer, pero Dru no lo escuchó.

«Escúchame, Balco. Yo, Aius, te...»

Keve de pronto volvió a la explanada. Alarmado hasta límites insospechados, buscó con la mirada a Dru.

Lo encontró a solas, esperando que Brigid acabara de despedirse de Rosa. Con la respiración alterada y el corazón a mil por hora, se encaminó hacia él, pero tuvo que detenerse a medio camino para serenarse.

—Oh, mierda —musitó—. ¿Qué hago? ¿Qué puedo hacer?

«Lo sabes», le susurró su corazón.

O su madre...

Keve miró al frente y asintió. Luego, con paso decidido, se encaminó hasta Dru, que lo recibió con una gran sonrisa.

—Felicitaciones —dijo el druida—. Habéis hecho un gran trabajo.

—Pues menos mal que ella ha sido tan cabezona como suele ser, porque de lo contrario no hubiéramos acabado con el fomoriano. Teníamos todas las de perder.

—Sí, como dijo Ronan, solo vosotros dos, juntos, podíais acabar con él.

—Bueno, por suerte todo ha acabado. Ahora solo queda disfrutar de la vida, ¿eh, Dru?

El druida sonrió con timidez. Su rostro sonrojado evidenciaba sus pensamientos.

—Supongo que sí. Ahora podrás volver al sídhe y ver a tu madre.

Keve se colocó frente a él y lo acogió. Puso su frente en la suya y suspiró.

—Ay, Dru. Si tuviera que pedir un último deseo, este sería que mi hermana fuera feliz, que la tomaras como Compañera.

—Keve... —murmuró Dru con tristeza.

—¿Sabes qué me dijo mi madre una vez? Que un beso de amor verdadero anula cualquier mentira.

Dru frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Keve lo agarró con fuerza y se pegó a él. Sus labios estaban a escasos

centímetros de los de Dru. Con una sonrisa ladina, y en voz muy bajita, comenzó a entonar un cántico, hasta que susurró:

—Yo, Keve, te invoco a ti, Balco.

—¡No, Keve! —musitó Dru con incredulidad.

—Ven a mí. ¡Vive en mí!

Dru lo miró aterrado y trató de separarse, pero entonces Keve apresó su boca y se preparó para recibir el mal.

Pero para ese Mal no hay preparación posible. Keve lo supo después, cuando sintió el torrente de energía negativa, tan negra y oscura que lo tambaleó y lo convulsionó.

—¿Qué has hecho, Keve? ¿Qué has hecho? —gritó Dru, que al verse desprovisto del Mal, había caído de rodillas al suelo.

—Ahora ya puedes crear el vínculo con mi hermana —dijo con una voz que era mitad suya, mitad del Mal—. Te lo ordeno.

Todos los presentes supieron que algo raro sucedía, sobre todo cuando escucharon un rugido demoníaco.

—¡Keve! —gritó Brigid al ver a su hermano convulsionarse.

—¡No lo toques, Brigid! —pidió Dru—. Tiene al Mal del Bosque.

Brigid se giró para mirar a su hermano, que luchaba contra algo invisible, algo interno. Sus venas se marcaron y se vieron negras, reflejo del veneno que lo estaba consumiendo.

—¡Haz algo, Dru! —pidió cuando al final Keve se arrodilló en el suelo.

Mael, que había visto la escena desde lo lejos, se presentó ante ellos y agarró a Brigid cuando esta trató de ir junto a su hermano.

—Nada podemos hacer por él. Son sus luces las que tienen que luchar contra la oscuridad del Mal.

—Él lo sabía —informó Dru al borde de la desesperación—. Conocía el nombre del Mal. Conocía las palabras para invocarlo.

Brigid ahogó un sollozo y se refugió en los brazos de Dru.

Este lloraba, pero fue incapaz de hacer nada.

Sabía que nada se podía hacer. Él mejor que nadie lo sabía.

Como había dicho Mael, esa batalla solo la podía librar Keve.

Y, por cierto, y a juzgar por su apariencia, la batalla la estaba perdiendo.

—Keve —lloró Brigid al verlo arrastrarse por el suelo y retorcerse cual serpiente.

—¡Joder, haced algo! —suplicó Rosa.

—¡Mael, joder! —exigió Ronan, quien también lloraba—. Para esto, por favor. Va a morir.

Brigid, al escucharlo, rugió y cayó de rodillas.

—Duendecillo, por favor —pidió entre lágrimas—, lucha, lucha por lo que más quieras. Acaba con la oscuridad, por favor.

Keve dejó de retorcerse y la miró. Eran todo el globo ocular negro, pero Brigid pudo ver que allí, en el fondo, en algún lugar, aún existía su hermano.

Que las sombras no se habían impuesto aún a las luces.

Aún...

Keve rugió y se puso de rodillas. Alzó las manos al cielo y...

—No, no, no —exclamó Dru poniéndose delante de Brigid para protegerla—. Va a sucumbir. Ahora llegará el odio y la sed de destrucción y...

—¡Solo enterrando la oscuridad la luz se alzar! —bramó Keve con voz de ultratumba—. Vuelve al inframundo. Yo, Keve, hijo de Anjana, Rey de reyes, te lo ordeno.

Con un rugido el muchacho concentró todo el poder del Mal en las manos, que parecieron crecer ante ellos y se volvieron negras. Y justo cuando todos pensaban que iba a formar una bola de destrucción, enterró las manos en la tierra y rugió.

Y, con él, enterró también al Mal del Bosque.

Se escuchó un aullido aterrador y bajo ellos la tierra tembló.

Y luego, el silencio. La calma.

El fin de una pesadilla.

El comienzo de una agonía.

Porque Keve, tras poner los ojos en blanco, cayó desplomado al suelo.

Había conseguido devolver a Balco al infierno del que había salido, pero aun sentía demasiadas sombras en su interior, tantas, que lo engullían.

Mientras se daba por vencido, mientras la oscuridad lo devoraba, miró hacia su hermana, quien lloraba desconsolada y lo llamaba a gritos mientras Dru la consolaba.

Y sonrió.

No, la oscuridad no había vencido.

Dejaba en este mundo muchas luces.

CAPÍTULO 30

Por primera vez en mi vida, me sentía ligero, libre, pero el precio a pagar fue demasiado alto.

Cómo había hecho Keve para conocer el nombre del Mal lo desconocía, pero una cosa era segura: solo aquel que supiera su nombre podía invocarlo.

Era extraño sentirse solo ahí dentro. Hacía tiempo que no escuchaba al Ente, a Noive, pero presentía que aún existía a través del Mal, que su esencia, como había ya sospechado, se había quedado prendada en el Mal, porque una vez este se marchó, todo lo malo, lo negativo había desaparecido.

Pero, aunque estaba libre del Mal, no estaba feliz. No, porque para ello se tuvo que sacrificar una de las personas más maravillosas de la faz de la tierra; un muchacho que merecía vivir.

Tuve claro por qué el Mal accedió a la orden de Keve: presintió que su poder era mucho mayor que el mío. Un mísero druida frente a un dios fae. ¿Quién no aceptaría el intercambio? Sin embargo, creo que el Mal no tuvo en cuenta una cosa, y era que Keve en realidad era una criatura de Luz.

Otra cosa que me maravilló fue la forma en la que Keve supo devolverle al averno del que salió, enterrarlo bajo tierra, un lugar frío y oscuro del que nunca debió salir. Pero claro, eso solo podía hacerlo un dios mayor que el Mal, una criatura que con un cántico se había convertido en aquello para lo que había nacido: un Rey de Reyes.

Pero, como dije, Keve había llegado demasiado lejos, porque era su vida la que estaba en juego.

Brigid se soltó de mis brazos y corrió hacia Keve, que yacía inmóvil en el suelo. Rosa no tardó en secundarla. Incluso Ronan se acercó, preocupado.

A mí me daba pánico acercarme, porque temía que el desenlace fuera demasiado trágico, así que aguardé con el corazón en un puño a que las chicas

dijeran algo. Lo que fuese.

—Keve, despierta, por favor —pidió Rosa.

Brigid puso la oreja en su pecho y lo cacheó, una y mil veces, mientras su amiga la miraba con los ojos desbordados por el llanto.

—¿Brigid? —susurró Rosa cuando Brigid, tras un par de sollozos, se apartó.

Los labios me temblaron y las lágrimas anegaron mis ojos cuando la vi levantarse y, después de trastabillar, se dobló sobre sí misma y comenzó a vomitar.

No hicieron falta las palabras.

Rosa rugió y su llanto fue agónico. Ronan y yo caímos al suelo de rodillas. Mael se dio la vuelta y se llevó una mano al rostro.

—Oh, Keve —lloré.

Durante varios segundos nadie dijo nada, pero entonces Rosa, presa del desasosiego, comenzó a golpear a Keve en el pecho.

—¡Cabrón! —gritó muerta de dolor—. No tienes ningún derecho a morirte. No puedes dejarme ahora que al fin te tengo. ¡Vive, joder, vive!

Como pude me levanté y caminé hacia Brigid, que se había tirado al suelo y se doblaba de dolor.

—Keve no, Dru. Keve no —decía entre sollozos.

Yo no pude hacer nada, salvo sujetarla entre mis brazos y llorar con ella. Me volví a mirar a Rosa, que continuaba golpeando el cuerpo sin vida de Keve.

—¡Que despiertes, hostias! —estaba divagando ahora.

Mael se acercó a nosotros y apretó el hombro de Brigid.

—Llamaré a todos para informar de lo ocurrido. Hoy lo velaremos y mañana a la noche le haremos un entierro digno de un Rey.

Yo asentí, pero como sentí que Brigid temblaba por sus palabras la estreché con fuerza para darle consuelo.

—Vamos, mi Domina. Debemos ir al Hotel. Mael lo llevará allí y...

—¡Keve! —oímos gritar a Rosa, quien parecía incapaz de hacerse a la idea. La miré con tristeza, pero entonces vi su rostro y me puse rígido—. ¡Keve, Keve!

—¿Rosa? —dije en un hilo de voz cuando vi que la muchacha miraba a su amado con esperanza renacida.

Me miró con los ojos muy abiertos.

—Me ha parecido escuchar un latido —susurró con incredulidad.

Todos abrimos mucho los ojos y nos acercamos corriendo. Fue Ronan quien lo tomó en sus brazos y lo incorporó un poco.

—¿Keve? ¿Puedes oírme? —Lo zarandeó un poco y se lo recolocó en su regazo—. Joder, duende, no nos hagas esto. —Le puso una mano en el pecho y lo examinó con detenimiento. Al cabo, pegó un respingo—. ¡Está vivo!

A Brigid se le escapó un gemido y acarició la frente de su mellizo.

—Keve, haznos una señal.

Y los ojos del muchacho se abrieron.

—Duen...de...ci...lla...

Todos gritamos de alivio y júbilo al escucharlo.

Yo, además, lloré de felicidad.

Hubiera sido muy injusto que él no tuviera un futuro para que su hermana y yo pudiéramos gozar de uno.

—¿Por qué, Keve? —pregunté cuando nuestras miradas se cruzaron.

—Te vi, Dru. —Tosió y los ojos se le cerraron—. Ella moría y tú desatabas al Mal. No podía dejar que la Oscuridad ganara.

—Y no lo hará —dijo una voz celestial.

Miramos al frente, donde una bella mujer vestida con una túnica miraba a Keve con preocupación.

—¡Mamá! —gritó Brigid, que corrió a arrojarse a sus brazos.

—¡Qué bien lo habéis hecho! Pero ahora hay que actuar con rapidez —dijo mirando a Keve, quien nuevamente se había desmayado—. En este mundo no

encontrará la Luz. Tengo que llevármelo al sídhe. Solo allí sanarán sus heridas.

Brigid la miró sin comprender.

—¿Qué heridas?

Anjana me miró.

—Las de dentro. Ha soportado demasiada negrura, demasiada podredumbre. —Hizo una reverencia y me miró con admiración y respeto—. Ignoro cómo has hecho para sobrevivir tantos años, druida. Tú también debes sanar. Aunque ahora eres libre, debes llenar tu vida de luces. —Miró a Brigid y la besó por todo el rostro—. Mi pequeña, sé feliz. Él lo ha hecho todo por ti, así que vive. ¡Vive! Te amo, duendecilla. Vendré a visitarte a menudo.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. Tú también puedes venir al sídhe —me miró con una pizca de arrepentimiento—, sola. Ahora debemos marcharnos para que los sanadores se ocupen de tu hermano. ¿Vamos, Rosa?

La muchacha pegó un respingo.

—¿Yo? Pero soy fomoriana.

—Protectora —corrigió Anjana—. Y el amor de mi hijo. Ven, necesitará tu amor.

Rosa titubeó, pero luego su rostro se iluminó. Abrazó a Brigid con fuerza antes de agarrar la mano que Anjana le tendió. La madre se agachó, acarició el cabello de su pequeño y lo besó en la frente—. Vamos, pequeño. Es hora de vivir.

Y desaparecieron.

Brigid, aliviada, se desplomó en mi pecho y me echó las manos al cuello.

—¡Oh, Dru! Creí morir de pena.

—Lo sé —dije besando su cabeza—. Yo aún estoy temblando.

—Sí —dijo sonriente. Se apretó más contra mí, pero al segundo se apartó. Me miró con asombro y puso una mano en el pecho—. Cielos, estás... solo.

Sonreí y tomé su rostro entre mis manos.

—No, mi Domina. Hay otro ser dentro.

Frunció el ceño.

—¿Noive?

Negué con la cabeza y puse la mano sobre la suya. Apreté para que sintiera los latidos de mi corazón y susurré junto a sus labios.

—Tú, Brigid. Por toda la eternidad.

EPÍLOGO

—Qué tío más guarro.

No pude menos que echarme a reír.

Brigid estaba en medio de mi salón, las manos en las caderas y mirándolo todo con ojo crítico. Y, por qué no decirlo, censorador.

Después de quince días viviendo en su sótano, estimé oportuno que nos fuéramos a vivir a mi guarida, ya que quedaba más cerca de mi zona de patrulla y, además, más cerca de su trabajo.

Fueron quince días de alegrías y de penas, pues no teníamos noticias de Keve y eso nos dejaba a ambos un sabor agridulce.

—No está tan sucio —protesté yo.

Me miró por encima del hombro, alzó una ceja y se encaminó hacia una de las estanterías. Pasó un dedo y, tras mirárselo, me lo mostró.

—Guarro con ganas.

Me encogí de hombros.

—No suelo prestar mucha atención a esas cosas.

—Ya, pues a partir de ahora sí, porque ni voy a ser tu chacha ni voy a vivir entre mugre.

Me incliné a modo de reverencia.

—Lo que ordenéis, mi Domina. Seré yo el que limpiaré para vos.

Hizo un revuelo de hijos al tiempo se dejaba caer en el sofá.

—Ambos limpiaremos —corrigió—. Ahora somos un equipo. Vaya, este sofá es muy cómodo.

—Se duerme bien —dije rascándome la cabeza y sintiéndome de pronto

muy incómodo y avergonzado.

—¿Duermes a menudo aquí? —Sonrió de forma traviesa—. Seguro que te quedabas dormido leyendo algún libro antiguo.

—Cuando leo libros, no suele entrarme sueño. Me suelo concentrar bastante en lo que estoy leyendo.

Ella se rio y me tiró en el sofá.

—No siempre, druida. Hubo una vez que te desconcentraste —pinchó recordando el episodio del sótano y a la vez que se sentaba a horcajadas sobre mí—. Hasta el punto de ponerlo al revés.

Comenzó a darme mordisquitos en el cuello, así que yo acaricié sus nalgas con lentitud, con parsimonia.

Sin miedo a nada.

Libre.

Y condenadamente feliz.

—Ya te dije que una de las anotaciones estaba escrita al revés.

—Y yo que, aunque no pudiera decir mentiras, sabía detectarlas.

—Entonces, si digo que no te deseo, ¿no me crees?

Se rio de forma seductora y se apartó de mi cuello para besarme en los labios. Una mano traviesa se coló entre nosotros y apresó mi erección.

—Bueno, en este caso, las evidencias hablan por sí solas.

Gemí y reí al mismo tiempo.

—Vale, eso sí que es obvio. Pero ¿y si te digo que no te amo?

Quise haberme tragado la pregunta, porque por un segundo sus ojos se oscurecieron. Fue algo muy breve, pero ahí estaba la decepción.

Y yo sabía a qué era debido.

La tomé por los brazos y la obligué a mirarme.

—Sabes que sí, ¿verdad, Brigid? —pregunté con seriedad.

Ella asintió. Apretó los labios con fuerza y puso su mano en mi corazón.

—Sí, Dru. Lo siento siempre que me miras, siempre que nos amamos, siempre que te toco.

No me quedé satisfecho con su respuesta.

—Pero...

—Pero... —comenzó a decir, rehuyendo mirarme—, aún no...

—Aún no has creado el vínculo, capullo —dijo una voz.

Brigid miró hacia atrás y pegó un grito de dicha.

—¡Keve!

—¡Duendecilla!

Yo reí al ver a los hermanos abrazarse y besarse y volverse a abrazar y besar.

Ese momento era suyo, como así dedujimos Rosa y yo, que se puso a mi lado y, tras besarme en la mejilla, miró la escena.

Los mellizos ahora estaban bailando en círculos y cantando la nana mientras reían y lloraban al mismo tiempo.

Hasta que Brigid se detuvo y lo abrazó como solo las hermanas saben hacerlo.

—Joder, he estado muerta de preocupación. Ni una sola noticia tuya.

—Sorry, estaba un poco maltrecho —se excusó.

—Maltrecho no, estaba agonizando —informó Rosa—. Por eso no quise decirte nada, para no preocuparte más. Bueno, por eso y porque me obligó a guardar silencio.

—Bah, pero ya estoy bien. Todavía un poco débil, pero bueno, gracias a los cuidados de mamá y aquí mi futura Reina me voy recuperando.

Brigid exclamó por la noticia. Yo me sentí inmensamente feliz.

—¿Os vais a casar?

—Claro. Y vosotros también —advirtió señalándome con un dedo—. Lo que no entiendo es cómo no lo habéis hecho ya.

Brigid miró al suelo y se sonrojó. Yo suspiré con cansancio.

—No podía hacerlo, Keve. No sin ti.

Y era cierto. Por eso no había creado el vínculo; había estado esperándolo a él, a un muchacho que me lo dio todo.

Keve me miró emocionado.

—¿Quieres que sea tu padrino?

—No querría que fuera otra persona. Debía esperar a que te encontrases con fuerza para ser Testigo del Vínculo.

Keve caminó hasta mí y me tomó de los antebrazos.

—No esperaba menos de ti. —Se apartó, retrocedió dos pasos y tendió la mano a Brigid—. Venga, ven, que ha llegado la hora.

Brigid agrandó mucho los ojos y se llevó los dedos a los labios.

—¿Ahora?

—Ahora, mi Domina —pedí. O, más bien, supliqué.

—Pero... —Se miró a sí misma y se ruborizó—. No estoy convenientemente vestida.

Keve se rio por lo bajo.

—Total, para lo que viene después tampoco vas a necesitar nada de ropa...

Miré a Brigid, y sé que había una súplica en mis ojos, porque asintió y se puso frente a mí. Yo tomé su mano y la puse en mi corazón. La mía la coloqué en el suyo. Había expectación en sus ojos.

En los mías, lágrimas de dicha.

— Mi vida, mi amor, mi amiga, mi amante. Sé mi *Compañera*. Acepta la vida que te doy, acepta mi condición y mi existencia. Toma mi sangre, y deja que yo tome la tuya.

Sus ojos se nublaron por la emoción y el labio inferior le tembló.

Pero no así su voz, que sonó clara y precisa cuando anunció:

—Por siempre, mi druida.

El Hotel, una semana después.

Por norma general, los dioses le tenían en el olvido, pero esa noche estaba de lo más solicitado.

Por suerte, la visita de su padre no fue más que de cortesía y no le llevó más que un par de minutos.

Esus tardó muchísimo menos, lo que se tarda en decir: «Es la hora», pero no por breve fue mejor; al contrario. Su mandato le horrorizó y asqueó a partes iguales.

La tercera visita... Ah, esa la preveía desde hacía días.

Un fogonazo de luz le advirtió de su llegada.

Mael ni siquiera se molestó en mirarla, sino que hizo lo que debía hacer; arrodillarse sin dilación y esperar a que ella hablara primero.

—Sabes a qué vengo, ¿verdad?

El semidiós asintió con la cabeza, pero no despegó la vista del suelo.

—¿Y a qué crees que vengo?

—A regodearte en tu victoria —respondió entre dientes.

—Levántate, Mael. Se te está permitido mirarme.

Mael compuso un gesto cínico antes de acatar su orden. Ni siquiera se molestó en encubrirlo; ya era habitual en él presentar síntomas de irreverencia, algo que enfurecía a algunos y divertía a otros. En este caso, su insolencia provocaba hilaridad, pero, aunque hubiera sido el caso contrario, no le hubiera importado. ¡Era su vida tan aburrida!

Cuando la miró, ella tenía una sonrisa radiante.

—¡Te lo dije! —espetó la diosa tan pronto sus miradas se encontraron. Por primera vez Mael sonrió de forma sincera. Parecía una niña que hubiera hecho

una travesura, con el rostro arrebolado y la mirada pícaro. Ahora aplaudía y daba pequeños saltitos de alegría a su alrededor—. ¡Te lo dije, te lo dije, te lo dije!

—Para ya —farfulló el semidiós.

—Tú no me das órdenes —amonestó la diosa deteniéndose frente a él con un mohín de irritación—. Dilo. Di que yo tenía razón.

—Nunca cuestioné el resultado. Solo los métodos usados.

Dana entrecerró los ojos y ladeó la cabeza.

—¿Qué métodos crees que usé? Habla, semidiós —ordenó al ver que él apretaba los labios.

—Vamos, Dana... —protestó.

—Responde.

Mael se irguió en toda su estatura y alzó el mentón.

—Fue mucha casualidad que fuese aquella *bruxa* quien despertara al Mal del Bosque, un ente que llevaba eones dormido, que solo despertaría con un conjuro secreto que, además, estaba atesorado por los más nobles y poderosos druidas. Alguien tuvo que susurrarle esas palabras. Alguien no-humano —precisó.

Dana sonrió de forma delatora.

—¿Y qué, si lo hice? Aius era mi predilecto. Me idolatraba, me servía de forma incondicional. Era el druida más poderoso y bondadoso, el más leal y entregado. Pero su fidelidad y su entrega no eran de mi exclusividad; amaba a todas las criaturas por encima de sí mismo. No hubo, ni habrá, nadie con un corazón igual. ¿Sabes lo duro que era verle llorar cada día? ¿Sabes la impotencia que sentí aquella vez que lo vi mirar en el pozo y saber que ella estaba muy lejos de sus posibilidades? —Dana frunció los labios y achicó los ojos—. Se merecía vivir para encontrar a su amada.

—Lo hubiera hecho tarde o temprano.

Dana negó con la cabeza.

—Con otro cuerpo y otra vida, después de cientos de reencarnaciones desdichadas que terminarían por aniquilar sus esperanzas y acabara siendo un

alma rota... No, Mael. Me negaba a que su alma tuviera que vivir así durante miles de años. Quería que fuera *él*. Se lo merecía.

—Podrías haber encontrado otra forma de hacerlo inmortal. Yo podría haberlo engatusado con algo.

—¿Con qué, Mael? ¿Con la promesa de encontrar a su amada, como hiciste con el Custodio Ronan? Sabes que él nunca hubiera aceptado semejante trato por un motivo tan personal. Reconoce que mi plan era perfecto.

Mael abrió mucho los ojos y respiró tan profundamente que las aletas de su nariz se dilataron.

—¿Perfecto? —bramó—. A un castro completamente aniquilado y a un pobre hombre desdichado y condenado a la soledad durante dos mil años, que, además, tenía que convivir diariamente con el Mal y con la responsabilidad de no sucumbir a él y de mantenerlo bajo control por el bien de la Humanidad, no lo llamaría yo plan perfecto.

Dana movió la cabeza con tristeza.

—Lloré por todos y cada uno de los habitantes del castro. Eso fue algo que no pude prever.

—Y ahí está la prueba de que tu plan hacía aguas por todas partes. Fuiste muy negligente al no estimar posibles daños colaterales.

— El sino del castro estaba sellado desde hacía mucho tiempo —se excusó—. Aunque lo hubiera previsto, no podía evitarlo. Los dioses no debemos intervenir en la vida de los humanos.

Mael rio de forma ácida.

—Pues os saltáis esa norma cuando os viene en gana.

Dana siseó.

—¿Tú, Mael, te atreves a cuestionar mis actos? ¿Precisamente tú? Dime, semidiós, ¿acaso nunca te has saltado las reglas? —Mael enrojeció, provocando una sonrisa victoriosa en la diosa—. No, claro que no. El puro y recto Mael jamás haría algo ni remotamente parecido. Jamás tomaría el atajo espacio-tiempo para viajar a los noventa y que un grupo de desfasados le aclamen como a un Dios. Jamás engatusaría a un hombre para evitar su caída en el futuro, un hombre que, por cierto, no tenía alma que entregar porque

Epona se la entregó a su amada.

—Puedo hacer con mi tiempo libre lo que me plazca —replicó a la defensiva—. Y lo de Ronan... Era el mejor guerrero de cuantos había conocido. No podía dejarlo pasar.

—No, claro que no. Pero me pregunto qué diría tu padre si descubriera que en su colección de urnas hay dos que no tienen alma.

Mael se sobresaltó.

—¿Dos? —preguntó casi sin voz y al tiempo que tragaba saliva con esfuerzo.

Dana rio por lo bajo.

—Dime, Mael, cuando has descubierto que Dru podía caminar bajo la luz del sol no te has sorprendido. ¿Por qué? —Mael palideció—. Yo te diré por qué; sabías que podía hacerlo. Sabías que resistiría bajo la luz del sol, que no llegaría a matarlo, y no, la sangre de Alba no tuvo nada que ver. Conocías a Dru lo suficiente como para saber que él jamás trasgrediría la norma de no caminar bajo la luz del sol, y no solo por el peligro a morir; Dru es así; fiel, servidor, honesto, obediente y... humano. No le quitaste el alma, confíesalo.

—No debía —se disculpó—. Solo un alma pura podía controlar al Mal. Si se la hubiera arrebatado, hubiera perdido el control hace muchos siglos.

Dana entrelazó los dedos de la mano y se irguió.

—Como ves, ambos tenemos motivos para actuar como lo hacemos. No tiene caso seguir discutiendo. Después de todo, esta historia ha tenido un final feliz.

Mael cerró los ojos cuando ella desapareció de su vista con un fognazo. Cuando los abrió, miró el espacio vacío que segundos antes había ocupado Dana y suspiró.

—Sí, un final feliz. Pero, ¿a qué precio? —susurró, pero luego se volvió hacia la puerta cuando escuchó unos golpes—. ¿Sí?

Tristán abrió la puerta y se adentró unos pasos.

—Tenemos problemas —soltó sin demora—. Acaba de llamar Signus.

—¿Y? —preguntó, aun aturdido por la conversación mantenida con Dana.

—Dice que no la ha visto salir.

Mael arqueó las cejas.

—Hace ya quince minutos que debería haber salido.

—En el Hotel no está —informó el fiel sirviente—. Llevo diez minutos buscándola y no hay ni rastro de ella.

—Maldición —bramó Mael, encaminándose al cuarto de vigilancia—. ¿Y por qué has esperado hasta ahora para decírmelo?

—No se me está permitido molestarle cuando está reunido con los dioses, señor.

—Pero esto era diferente... —Se sentó al frente de las cámaras de vigilancia y comenzó a buscar en las grabaciones.

—Esto ha sido lo primero que he hecho, mi Señor —indicó Tristán—. Pero no he visto nada.

—Pues en algún sitio tiene que estar —replicó Mael mirando las pantallas como si le fuera la vida en ello—. Uno no se desvanece así como si nada... Bueno, yo sí, pero ella... ¡Ahí! —exclamó cuando le pareció ver un halo de luz blanco en la oscuridad.

—No sabía que Evelina pudiera correr tan aprisa.

—Es una Real... Oh, Dios mío... Ha ido en la dirección equivocada. Tendría que haber salido por la puerta Sur y...

—Lo ha hecho por la puerta Oeste —acabó Tristán, mirando la pantalla con los ojos desorbitados y rostro de terror.

—Hacia las montañas, directa al territorio prohibido a los Reales; hacia el territorio de los Licántropos —concretó Mael en tono de derrota y arrepentimiento.

Porque su plan tampoco había sido perfecto.

Porque no había previsto los daños colaterales.

—Es hembra muerta —musitó Tristán con infinita pena.

Mael cabeceó.

—Ya estaba muerta, Tristán. —Miró a los ojos de su sirviente. Había

lágrimas en los ojos de Tristán y agonía en los suyos—. Su muerte se firmó incluso antes de que naciera.

Continuará en Mi Licántropo.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela nunca hubiera salido a la luz si no hubiera sido por vosotras, mis lectoras, que, durante casi cinco años, me habéis instado a que terminara la historia de Dru.

Sois muchas, tantas que llenaría una novela con vuestros nombres, pero debo nombrar a tres personas en especial:

Susana Granados, que con sus mensajes y sus palabras me animaron a continuar.

Mayka Ventura, quien prácticamente a diario se pasaba por la tienda para darme aliento.

Y por último, pero no por ello menos importante, a mi marido, que durante cinco años ha tenido que aguantar mis berrinches, mis dudas, mis arrebatos y mis estados de euforia.

Y, a todas en general; sois muy grandes.

Mucho.

CRÉDITOS

Título original: MI DRUIDA

© Laura Nuño

Nº Registro: 1806067323972

Primera edición: Junio del 2018

Diseño de portada: © Alicia Vivancos /www.aliciavivancos.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

SOBRE LA AUTORA

Pues soy una persona corriente, nadie excepcional, salvo por esas indigentes que viven en mi cabeza y que no paran de dar berridos, también conocidas como Musas. Un día me retaron, y gracias a ello descubrí mi verdadera vocación.

Suelo trabajar como administrativa comercial, y aunque me encanta mi trabajo, ahora sé que me equivoqué de carrera: lo mío es la Historia.

Estoy casada, y enamorada como el primer día. Todavía vivo en esa nube de color rosa preñada de ilusión, quizá por ello me guste tanto leer romántica y escribirla.

Sí, reconozco que dejo un poquito de mi alma en mis novelas.

Me gusta la sencillez, la frescura, el humor, los pequeños detalles, cosa que inevitablemente se refleja en mis novelas.

Soy, en definitiva, una persona normal que suele soñar despierta y a la que le gusta plasmar esos sueños en papel.

Vosotros habéis hecho que muchos de esos sueños salgan adelante.

Por ello...

¡GRACIAS!

OTRAS NOVELAS

Clarita y su mundo de Yupi (Amazon)

Anima Nigrum (Amazon)

Mi Custodio. Los Ocultos I (Phoebe)

Mi Bestia. Los Ocultos II (Phoebe)

Entre dos bandos (Amazon)

Y llenarte el muro de flores (Zafiro)

Al otro lado de la pared (Terciopelo)

El dictado de mi corazón (Vestales)

Highlander tenías que ser (Amazon)

www.lauranuño.com

@lauranunoescritora

@lalanuno

